NO ME LLAMES CENICIENTA

Teresa Cameselle

Lectulandia

¿Qué hacer si te roban el corazón dos veces en la misma noche?

El ladrón de medianoche ha robado el corazón de Alba, estropeando una velada perfecta con un hombre de ensueño. Ahora toca volver a la rutina, terminar sus estudios y, con suerte, su novela. Y también olvidar a un príncipe menos azul de lo que parecía.

Elliot solo quiere inaugurar su galería de arte y llevar una vida tranquila. Pero un wasap erróneo lo hará sucumbir de nuevo al encanto de la única chica de la que no debe enamorarse.

Un padre emocionalmente ausente, una madrastra con sus correspondientes hermanastras, una sirena rubia y un tritón, unos compañeros y amigos íntimos, un detective rarito, un cuadro escandaloso y una joya de gran valor sentimental…

Teresa Cameselle

No me llames Cenicienta

ePub r1.0
Titivillus 01.11.2024

Teresa Cameselle, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Diamantes
Al alba venceré
Los besos interrumpidos producen insomnio
Instintos vampíricos
George Harrison vive
El imitador
Un tritón en la bañera
En el ¡Hola!
Hacer algo decente
Pasado
Una Cenicienta en el café
Café con macarons
Desbrozando el monte
Venganza
Blanco es blanco
Échale la culpa al destino
El monstruo de ojos verdes
Peligro
Una constelación en la cintura
La sombra del pasado
Imposible de olvidar
El hombre invisible
Un paseo en moto
La probabilidad de la tercera cita
Chantaje
El hombre de hielo
La hermosa luz del alba

El cuento del pirata
Nocilla
Presiones
Siempre nos quedará París
Familia
Vértigo
Esa clase de Cenicienta
La medida del infinito
La pobre niña abandonada
Corazón de diamante
Róbame esta noche
No es cuestión de género
Una disculpa y una sonrisa
El ocho de julio
Dime tu nombre
Piel de Asno
El amor es una m****
Lafayette
El imitador
Tesoros
Extracto de la transcripción de las declaraciones de Elliot d'Anglas ante el agente George Harrison
El tobillo de Cenicienta
Te pones tan guapo cuando sonríes…
Mentiras piadosas y de las otras
Con las manos en la masa
Dejaré que cuides de mí
La peor escritora del mundo
Unas palabras de la autora
Sobre la autora

Diamantes

Entrar a la *suite* no era un problema, ni conseguir una de las llaves maestras que utilizaba el personal de servicio. Las camareras estaban acostumbradas a ser invisibles para la exclusiva clientela, y ese era su punto flaco. No podían resistirse a una sonrisa y unas palabras amables.

Tampoco fue difícil localizar la caja fuerte. La semana anterior se había alojado allí una buena amiga que no tuvo inconveniente en invitarle. Ni siquiera se dio cuenta de que, mientras ella dormía, él se dedicaba a inspeccionar cada rincón de las distintas estancias, comprobando también cuál era el sistema de seguridad de la caja.

Ahora, cuando su pequeña linterna led iluminó las joyas allí guardadas comprobó que habían merecido la pena todas las molestias tomadas y los quinientos euros que había pagado por alojarse una noche en uno de los mejores hoteles parisinos.

Descartó algunas, las más simples y las demasiado elaboradas, difíciles de vender; y se enamoró, como siempre, de una pieza concreta: un diamante de talla brillante modificado en forma de corazón, que colgaba de una bellísima cadena de oro blanco. Supuso que había sido un regalo para alguien especial, alguien verdaderamente querido.

El cronómetro indicaba que se le acababa el margen de tiempo seguro para la incursión. Antes de salir de la *suite* cogió un bonito reloj que había sobre una consola, lo adelantó hasta las doce y luego lo dejó caer, asegurándose de que el golpe detuviese la maquinaria.

Eso era lo que hacía su imitador, desde que había empezado a seguir sus pasos unos meses atrás. Una forma de dejar claro que, aunque copiase su estilo y eligiese al mismo tipo de presa y botín, tenía ideas propias. O quizá solo era un mensaje, una forma de

comunicarse con él, no podía saber si para mostrarle admiración o para advertirle que había un nuevo jugador en la partida.

Ahora era él quien le copiaba, en su propio beneficio. Los investigadores tenían que haber detectado que eran dos personas distintas y cuanto más confundiera a los que le seguían la pista desde hacía años, mucho mejor.

También disfrutaba burlándose de la prensa que le había puesto aquel ridículo nombre, al estilo de antiguas películas en blanco y negro. Imaginaba a algún periodista, convencido de su ingenio, buscando un apodo para el famoso ladrón de joyas que aprovechaba las primeras horas de la noche para sus incursiones. *Et voilà!* El Ladrón de Medianoche.

Por algún motivo suponía que al imitador le gustaba aquello. Bien, si para él era un juego, había decidido que jugarían los dos.

Tarde o temprano se descubriría quién llevaba la mano buena y quién iba de farol.

Hizo una parada en su *suite* para deshacerse del botín y comprobar que su esmoquin seguía estando impecable. Se separó el mechón de la frente y buscó en sus ojos aquella mirada antigua, mezcla de satisfacción y orgullo. No la encontró. Hacía tiempo que lo había abandonado.

¿Cuándo había dejado de ser divertido? No le podía echar la culpa de su creciente frustración al imitador. Había llegado el momento de dejar atrás aquella forma de vida, antes de que le devorase.

La sensación de finalización, de cambio, de un futuro lejos de las sombras le acompañó mientras cruzaba con paso firme y seguro el animado *hall* del Hotel LV Champs-Élysées. Sentía que se quitaba un peso de encima y se volvía liviano.

Cruzó la gran avenida silbando la ópera que, a esas alturas de la noche, ya debía entrar en el segundo acto.

Al alba venceré

Alba se frotó las sienes con un movimiento circular que no logró aliviar la pequeña jaqueca incipiente. Por mucho que le gustase la ópera y a pesar de que disfrutaba de una buena representación en directo, comenzaba a convertirse en una tortura a partir del segundo acto.

No sabía en qué momento se le ocurrió que allí encontraría inspiración para una novela. Si quería escribir una nueva versión de *El fantasma de la ópera*, mejor sería ver las películas basadas en la famosa historia, o hacer una visita guiada al edificio en el que transcurre.

Se levantó, provocando una mirada recriminadora de la mujer a su derecha y una pregunta del hombre sentado detrás. Murmuró una excusa apenas audible y abrió la puerta con demasiada energía.

El hombre que caminaba distraído por el pasillo esquivó con un giro elegante la puerta que amenazaba con romperle la nariz. Consiguió salvar el rostro, pero no la tibia que recibió el impacto del zapato femenino, acompañado de un ostensible quejido.

Alba cerró a sus espaldas, apoyándose en la pared mientras se frotaba la punta del pie. Su zapato de salón quedó abandonado en el suelo, como el de una Cenicienta cualquiera.

—Debería usted andar con más cuidado —acusó al desprevenido espectador, resoplando.

—Siento que mi pie haya chocado con su zapato.

Ella levantó la vista y vio la risa bailando en sus ojos oscuros. Al momento se la estaba devolviendo.

«Nunca encontrarás a un hombre interesante en la ópera», le había dicho días antes su amiga Lidia. Acababa de ganarle la apuesta.

—¿Le he hecho daño? —preguntó, tratando de alargar el

momento con el desconocido.

—Sobreviviré. Por suerte, era la pata de palo.

Alba se quedó pensando si «pata de palo» era alguna expresión francesa que desconocía. Decidió que solo le tomaba el pelo. Lo único que tenía de pirata el desconocido era su sonrisa.

—¿Cómo está su pie? —preguntó él.

—Digamos que hoy no saldré a lucirme con el *ballet*.

Levantó de nuevo la punta y movió los dedos bajo las finas medias, para asegurarse de que todo estaba bien. Notó que perdía el equilibrio y exageró el gesto, logrando que el hombre de ojos oscuros la sujetara por un codo. Se acercó tanto a ella que pudo identificar su sutil aroma. Dolce&Gabbana Light Blue. Muy apropiado para su belleza clásica y aquella mandíbula cuadrada.

—Gracias —suspiró, pasando una mano sobre la solapa de su esmoquin. Acarició el suave satén negro que cubría un pecho duro y firme, esculpido a cincel.

Aquel hombre desataba su imaginación. Tan atractivo como un modelo de pasarela, tan fuerte como un boxeador, tan elegante que debía pertenecer a alguna familia francesa de rancio abolengo.

Levantó la cara para bañarse de nuevo en las profundidades de sus enigmáticos ojos. Él inclinó el rostro, sumergiéndose a la vez en su mirada.

—¿Puedo preguntar a donde iba con tanta prisa?

—Huyo de un coro infernal que amenaza con perforarme los tímpanos.

El hombre la miró de arriba abajo, respiró hondo y trató de concentrar de nuevo la mirada en su rostro. Alba se sintió halagada. Tendría que darle las gracias a su amiga por insistir en que llevara aquel vestido negro, si se podía llamar vestido a aquella especie de camisón satinado, pegado a sus curvas, con un borde de encaje transparente cubriéndole apenas el escote.

—¿No le gusta *Turandot*?

—Una princesa que se dedica a rebanar el cuello de sus pretendientes, ¿debería gustarme?

—Tiene sus razones.

—¿Y usted las comparte?

—Digamos que la comprendo.

—Un hombre que comprende a las mujeres. —Alba se llevó una

mano al cuello y la deslizó despacio hacia su escote, asegurándose de que él seguía con la vista el recorrido de sus dedos—. Fascinante.

—Podríamos seguir esta conversación en el café de la ópera, si me permite invitarla a una copa de *champagne*.

—Debo advertirle que las burbujas se me suben a la cabeza con facilidad.

—Prometo no aprovecharme de usted.

Alba enarcó sus cejas oscuras con ironía. El desconocido tenía sentido del humor, algo casi tan atractivo como su abrumador aspecto con aquel esmoquin cortado a medida. Nunca se volvería a quejar del dolor de cabeza que le provocaba la ópera.

—Me encanta lo formales que son los franceses. Si me sigue tratando de usted, es posible que le deje aprovecharse un poquito.

Alargó su pie pequeño, moviendo con cuidado los dedos, y lo introdujo de vuelta en el zapato. Cuando se afianzó sobre los altos tacones, él le soltó el codo por el que la había estado sujetando todo el rato. Alba notó cómo se le erizaba la piel del brazo.

Dio un par de pasos, alejándose del calor de su pecho y de su delicioso aroma. Le dolía más tener que soltarlo que el golpe en el pie. Se tambaleó un poco y el desconocido, siempre atento, le ofreció su brazo con una galantería adorable.

—Permítame que la ayude, señorita —dijo, pronunciando la última palabra en español con un acento terrible.

Ella aceptó su ofrecimiento y enlazó su brazo con el de él, premiándole con su sonrisa de hada traviesa.

—Ha adivinado que soy española.

—Su acento la delata.

—Creía que mi francés era impecable.

—Y lo es. Pero no para un nativo.

—Tendré que quedarme algún tiempo más en París, entonces, hasta hacer desaparecer ese acento.

—Es imprescindible que lo haga, la ciudad de la luz se apagaría sin el brillo de sus ojos.

Alba parpadeó, coqueta, aunque ese no era su estilo. Acostumbraba a ser directa y sincera, pero los modales del desconocido invitaban a imitarle. Casi podía imaginar que estaban en otra época, él con su esmoquin, ella en *déshabillé* de alta costura. Como en *Moulin Rouge*, aunque ella no fuera tan alta y

rubia como Nicole Kidman.

—Ustedes los franceses tienen mucha facilidad para los halagos.

—Espere a que nos tomemos esa copa, y al momento estaré componiendo versos en honor a su belleza.

—No sé si debería preocuparme —bromeó ella, descarada—. Antes de que me arrepienta, vamos a por el *champagne*.

Alba se apoyó mejor en él para bajar las escaleras. El pie ya no le dolía en absoluto, pero era un placer sentir bajo sus dedos el juego de músculos y tendones de su antebrazo, apoyarse un poco en él, hombro con hombro, e inhalar el suave aroma de su colonia.

En el vestíbulo se cruzaron con un hombre que se apresuraba por llegar a su palco. También llevaba esmoquin e inclinó la cara al verlos, como si temiera ser reconocido. Alba apenas se dio cuenta, absorta como estaba en su acompañante; solo lo hizo al ver como él lo seguía con la mirada. El desconocido tenía el pelo tan negro que las luces del pasillo se reflejaban en él con brillos azulados.

—¿Lo conoces?

—Tiene algo que me resulta familiar.

—Si quieres saludarle…

Levantó la mano de su brazo. Al momento se la cubrió con la suya para evitar que se separara de él.

—El *champagne* nos espera. —Se limitó a decir mientras ignoraba al hombre que había desaparecido en lo alto de las escaleras.

Alba asintió y se pasó la lengua suavemente por el labio inferior, pensando ya en el frescor del vino espumoso.

El apurado desconocido debió abrir la puerta de su palco, y al momento les llegaron nítidos los acordes del aria de la princesa *Turandot*. La puerta se cerró y de nuevo estuvieron los dos solos, envueltos en el lujo de maderas, terciopelos y mármoles del teatro de la ópera.

Giró la cabeza para observar su imagen en un gran espejo. Se vio a sí misma como una desconocida, vestida de negro, con la corta melena recogida en lo alto y los ojos ahumados; parecía la pareja perfecta del apuesto caballero que la llevaba del brazo.

Bajo la luz más intensa del vestíbulo descubrió que él tenía el cabello del color de la arena húmeda y los ojos de un turbulento color entre gris y aguamarina.

«*Deja de fantasear, Alba* —se recriminó mentalmente—. *Ni es una película ni una de tus novelas. Es un hombre de verdad. No lo dejes escapar*».

Inclinó la cara para esconder la risa. Era como si se hubiera traído a Lidia con ella; sabía que esas eran las palabras exactas que le diría su amiga.

Estaban ya ante la barra del bar y él le ofreció asiento en una silla alta, sorprendiendo su sonrisa.

—¿Puedo preguntar qué es lo que te divierte?

—Una amiga me aseguró que no se conocían hombres interesantes en la ópera —explicó, recordando las palabras de su compañera de piso—. Y luego insistió en que debía llevar un vestido deslumbrante, por si acaso se equivocaba.

Él deslizó una lenta mirada por su escote y Alba notó cómo se le erizaba la piel bajo la caricia de sus ojos oscuros.

—Sin duda, es deslumbrante —afirmó, con la vista clavada en la unión de sus clavículas.

El camarero aguardaba a una prudente distancia, sin mirarles, aunque solo esperaba una señal para correr a atenderles.

Alba se pasó de nuevo la mano por la garganta, y vio como él seguía su gesto, hipnotizado.

—Necesito esa copa ya —dijo con voz ronca, y él levantó apenas un dedo hacia el camarero, que se acercó de forma apresurada y servicial.

Mucho rato después seguían discutiendo sobre cine, ópera, pintura y vinos espumosos. A veces estaban de acuerdo, a veces no, pero lo cierto es que aquella hora voló como solo lo hacen los momentos mágicos.

—Mi padre me matará si no vuelvo para el último acto.

—No quisiera provocar una tragedia familiar, pero si te vas, el que moriré seré yo, de pena al verte partir.

—De verdad que el alcohol te hace decir cosas muy extrañas. ¿O te estás burlando de mí por contarte que me gusta leer literatura romántica? Parece una frase sacada de alguna novela muy cursi.

Él negó con la cabeza, sin dejar de sonreír, y rellenó sus copas con el fondo de la botella.

—Ni se me ocurriría burlarme, todo lo contrario, estoy muy interesado. Cuéntame, ¿sobre qué escribes?

Alba ni siquiera lo había confesado, simplemente él lo estaba dando por hecho. Su pasión por la literatura no podía aplacarse viviendo solo el lado pasivo del lector.

—Relatos, de todo tipo, no tengo un tema en especial…

—Si tanto te gusta la literatura romántica, ¿no te decides a escribir una novela de ese estilo?

—Tal vez —dijo ella.

—Podías escribir sobre un tipo afortunado que se encuentra a una chica preciosa en la ópera, y la invita a *champagne*.

—Me parece un buen comienzo. ¿Cómo crees que sigue la historia?

—Necesito otra copa para invocar a las musas.

Los dos rieron de nuevo, atrayendo la mirada confabuladora del camarero, que se apresuró a buscar otra botella para ellos.

—Debo recordarte que eres tú la que te has reído de mí cuando dije que me gustaba el cine oriental.

—¡Has dicho que te gustan las películas de Bruce Lee!

—Y me gustan mucho. Tanto, que me apunté a clases de karate después de ver la primera. Tenía diez años.

—¿Y en qué color te quedaste? ¿Amarillo, marrón? La verdad es que no tengo ni idea de cómo va eso.

—Soy cinturón negro tercer dan. Podría rescatarte si ahora sufriéramos un ataque *ninja*.

—En la ópera, no lo veo probable.

Ella extendió una mano y rodeó su antebrazo, buscando los músculos ocultos bajo la ropa.

—Vaya…

Se recorrió el labio inferior con la punta de la lengua, como si de repente se le hubiera quedado seco. Parecía una invitación, así que él se inclinó hacia ella y le envolvió la barbilla con una mano, pasándole el dedo pulgar por el contorno de la boca.

—No me has dicho tu nombre —le dijo, inclinándose más, hasta que sus rostros casi se tocaron.

—Alba —dijo, conteniendo la respiración. La punta de su nariz le rozó el pómulo y ella soltó el aire de golpe.

—*All´alba vincerò*. —Tarareó él, muy cerca de su oído. Alba reconoció el final del aria más conocida de *Turandot*.

—¿Y el tuyo? —preguntó, inclinando el rostro para rozar su

mejilla.

—Ahora mismo no lo recuerdo.

—No puedes olvidarte de tu nombre.

—Estoy pensando en otras cosas. En lo suave que es tu piel, en cómo brillan tus zafiros…

—No llevo zafiros.

—Oh, sí. —La miró intensamente a los ojos azules. Alba parpadeó y sus pupilas se dilataron de pura excitación—. También pensaba en tu boca cuajada de perlas cuando sonríes, y en tus labios de rubíes, hechos para ser besados…

—No dejaré que me beses hasta que me digas tu nombre —le retó.

Puso una mano sobre su muslo, sus uñas pintadas de azul se clavaron en la tela del pantalón y se arrastraron suavemente, provocando un pequeño terremoto que recorrió su muslo hasta la ingle.

—Seré quien tú quieras que sea…

Le tocó la frente con la suya, sus labios a la distancia de un aliento, esperando su permiso.

—¿François?

—No.

—¿Louis?

—Frío, frío.

—¿Napoleón?

—No, por Dios.

—Pues te llamaré Alain… Te pareces a Alain Delon de joven, los mismos ojos, aunque su pelo era mucho más oscuro.

—¿Te gusta Alain Delon?

—Mucho. Era el favorito de mi abuela.

—Seré Alain para ti, entonces. ¿Puedo besarte ya?

El camarero había desaparecido. Un hombre discreto, perfecto para aquel momento. Solo estaban ellos dos, las copas vacías, aquel perfume sensual que los envolvía, y un lejano murmullo de aplausos.

—Por favor…

Los dos escucharon los pasos que se acercaban, y rezaron a la vez para que pasaran de largo. No hubo suerte.

Un hombre se acercaba a ellos, con evidente disgusto en sus

rasgos cetrinos, las cejas negras fruncidas contrastaban con el cabello canoso. Lucía un esmoquin tan bien cortado que lograba el milagro de elevarle unos centímetros de altura y reducírselos al ancho, dotándole de una elegancia que no cuadraba con sus movimientos demasiado enérgicos.

—Aquí estás. Tu madre estaba muy preocupada.

—Lo siento, papá, me temo que he perdido la noción del tiempo. Estaba aquí charlando con el señor…

Miró a su acompañante y recordó que no sabía su apellido. Pero él ya no reía, ni siquiera le devolvía la mirada cómplice; sus ojos estaban clavados en su el recién llegado.

—Ya nos conocemos —dijo su padre.

—Señor Lerna.

Los dos hombres se saludaron brevemente, casi como enemigos. Al momento Enrique Lerna tomó a su hija del brazo, instándola a que le acompañara.

—Vamos, Alba, regresemos a nuestro palco. Adiós, señor d'Anglas.

No pudo evitar que su padre tirara prácticamente por ella, mientras comenzaba una retahíla de reproches. Aun así, su rostro se volvía una y otra vez hacia el hombre que no dejaba de mirarla, acodado en la barra. Le observó como si tratara de memorizar su aspecto: su altura, sus anchos hombros, el pelo rubio oscuro, y los ojos del color del mar en un día de tormenta.

—Adiós, Alba —dijo él cuando ya casi salían al pasillo, en un español casi perfecto, arrancándole la última sonrisa de la noche.

Los espectadores salían de los palcos, la ópera había terminado y ella ni se había dado cuenta del tiempo transcurrido.

—¿Lo conoces, papá?

—Nos presentaron hace algunos meses, ni siquiera recordaba su nombre, pero anoche apareció sin avisar en nuestro hotel. Tuvo el atrevimiento de proponerme un negocio descabellado. Debió de pensar que tengo una fundación benéfica.

Se le habían formado unas manchas rojas en las mejillas y respiraba demasiado rápido. Alba aún recordaba bien todas aquellas señales de furia creciente, tan repetidas en su adolescencia. Decidió no acobardarse.

—¿De qué se trataba? —preguntó.

—Una galería de arte, nada menos, como si no hubiera decenas en París. —Aclaro apenas, con profundo desprecio—. ¿Qué importa? Y ni una palabra de esto a tu madre. Se llevaría un buen disgusto si supiera que has pasado una hora tonteando con un cazafortunas.

—Eres injusto.

—No lo soy, Alba. —Enrique Lerna se detuvo ante la puerta de su palco y miró a su hija de aquella manera que la hacía sentir que volvía a tener cinco años y tenía que responder por haberse comido todo el chocolate de la despensa—. Elliot d'Anglas busca una manera de llegar a mí, de convencerme para que invierta en su negocio, por eso ahora estaba contigo.

—No es verdad. Tropezamos en el pasillo…

—Hija, no seas tan ingenua.

Su padre abrió la puerta del palco y Alba entró, en silencio, hasta detenerse ante su madrastra que la miró apenas un momento. No necesitó expresar en voz alta su disgusto.

En silencio esperaron a que la mayoría del público fuera desalojando el patio de butacas. Silvia odiaba salir apresurada y tener que caminar entre la gente que podía pisarla o darle un codazo; le parecía de una vulgaridad insoportable.

Alba se distrajo mirando los palcos vecinos, pero una y otra vez el rostro atractivo del francés volvía a su memoria. Le dolía pensar que su padre pudiera tener razón. Que Elliot fuese un hombre interesado, un ser frío y calculador, que se había acercado a ella por intereses personales. Recordó su risa, la forma en que sus ojos chispeaban al mirarla, su brazo firme cuando le había ofrecido que se apoyara en él, el mechón de pelo que le caía sobre los ojos y que separaba con gesto perezoso.

Se dijo a sí misma que era una romántica incurable y que estaba exagerando lo que solo había sido una pequeña anécdota, un paréntesis en una aburrida noche de sábado. Aun así, buscó entre los palcos, con ayuda de los pequeños prismáticos de su madrastra, tratando de localizarlo, de recuperar el contacto aunque solo fuera a través de la mirada. No lo encontró.

Por fin Silvia dio su permiso para marcharse. En la calle les recibió una lluvia helada que complicó la tarea de conseguir un taxi que les llevase a su hotel.

En la *suite* les esperaba aún el peor momento de la velada. Cuando su madrastra abrió la caja fuerte para guardar las joyas que llevaban aquella noche se la encontró prácticamente vacía. Pasado el primer momento de disgusto, y tras la llegada en avalancha del personal del hotel y de la policía, intentaron consolarse pensando que su seguro cubriría casi todo lo robado.

Pero nadie le podría devolver a Alba su joya más preciada, el brillante en forma de corazón que le había regalado su abuela en su veinte cumpleaños, poco antes de morir. Al comprender que nunca volvería a verlo no pudo evitar las lágrimas, cuando al fin se encontró sola en su dormitorio. El sueño se negaba a aparecer y ofrecerle un benigno descanso.

Ya casi ni se acordaba de Elliot d'Anglas. O eso se dijo a sí misma antes de dormirse por fin y soñar con él.

Los besos interrumpidos producen insomnio

Por la mañana, Alba aún seguía fantaseando despierta con Elliot d'Anglas. Pasado el primer momento de disgusto por el robo, solo podía pensar en aquel beso interrumpido. A ratos le hacía suspirar. A ratos le provocaba siniestras ideas de parricidio.

Elliot d'Anglas. Hasta su nombre le gustaba. Le sentaba casi tan bien como aquel esmoquin a medida que llevaba. Valía la pena ir a la ópera solo por ver hombres atractivos vestidos como en *Downton Abbey*.

Entre sueños escuchó a su madrastra moverse en la habitación contigua de la *suite*, hablar por teléfono y acercarse para llamar a su puerta.

—¿Alba? —La puerta se abrió sin esperar respuesta—. Alba, es muy tarde ya y tenemos que hacer algunas compras antes de salir para el aeropuerto.

—Vale —contestó sin abrir los ojos ni apenas los labios. Sonó algo así como «pfff».

—Tu padre está en las oficinas hablando con un inspector de la Interpol. Parece que el ladrón de anoche es un especialista buscado en varios países.

—Interesante. —Intentó decir Alba, aunque en realidad pronunció «*neresane*».

—Consuela saber que no puede entrar un ladrón cualquiera en nuestro hotel y robar con tanta facilidad.

Silvia entró en el dormitorio y Alba consiguió abrir los ojos unos milímetros, lo suficiente para verla retocándose el peinado delante de un espejo.

—Sí —contestó.

—Pues nada, te dejo dormir. A mí también me costó dormirme

anoche. Ya no me siento segura en este sitio. Ojalá tu padre se decida a venderlo, y así podemos alojarnos en el Ritz cuando vengamos a París.

¿Vender el hotel? ¿De qué estaba hablando Silvia ahora? Ella no sabía nada de que su padre quisiera vender el hotel. El LV Champs-Élysées era la joya de su imperio hotelero, y un segundo hogar para la familia.

Cuando consiguió sentarse y abrir del todo los ojos, Silvia ya había desaparecido. Escuchó sus altos tacones alejándose por el salón de la *suite* y, al poco, la puerta del pasillo que se cerraba.

Después de una ducha rápida para acabar de despertarse, y a pesar del frío del exterior, salió a la terraza envuelta en su albornoz y con una toalla a modo de turbante. La ciudad se extendía a sus pies. Un hormiguero de turistas trepaba incesante por la Torre Eiffel. En la avenida, unos operarios comenzaban a retirar la iluminación navideña.

Siempre le resultaban las ciudades tristes y desangeladas cuando por fin se apagaban las luces tras los días festivos. De niña había adorado la Navidad, y sobre todo la cena en casa de la abuela Carmen en Nochebuena.

Alba había sido una niña difícil. Hija única de uno de los hombres más ricos de Europa, materialmente tuvo siempre todo lo que se podía desear, lo que no contribuyó a dulcificar su carácter. En su infancia, su frustración se había traducido en rabietas y pataletas de proporciones épicas que finalizaron cuando su madre les abandonó. Sus intentos por acercarse a su padre en aquellos difíciles momentos habían sido inútiles. Cuando él se volvió a casar, su mente infantil le condenó por olvidar a su madre con tanta facilidad, por no intentar pelear por ella y hacerla regresar al hogar. Y en la condena incluyó a Silvia, la usurpadora del puesto maternal, que nunca tuvo ni la más mínima oportunidad con ella.

Volvió al interior y entró en el baño para cepillarse el pelo aún húmedo.

—Buenos días, abuela —le dijo al espejo, una vieja costumbre que había comenzado el día en que su abuela le enseñó una foto de juventud y descubrió que eran exactamente iguales.

En sus últimos días, la abuela Carmen la había animado para que continuara estudiando tras terminar la carrera de ADE,

escogida por su padre. Su consejo había sido que diera un cambio radical: estudiar literatura en La Sorbona y dedicarse a aquello que de verdad amaba. Solía decirle que un espíritu tan sensible como el suyo debía orientarse a las artes o las letras, y en el fondo eso era lo que Alba siempre había deseado.

—Por ti, abuela —dijo al espejo, y una voz sabia y un poco ronca, como la de alguna gran actriz del viejo Hollywood, le contestó: «Por ti, Alba».

Sonó una campanilla y corrió a mirar su móvil.

LIDIA: Vuelve a casa pronto, tengo algo que contarte :D.

ALBA: Voy a disfrutar de un desayuno de 5 estrellas sin prisa, así que ya puedes ir contando :p.

LIDIA: Empieza mi clase. Hablamos más tarde.

Y así sin más, dejándola con la intriga, Lidia la abandonó para entregarse a su pasión por la cocina francesa. Seguramente quería hablarle de su última receta. Algún día su amiga sería una *chef* famosa con un par de estrellas Michelin y le compensaría por todo aquel tiempo sirviendo de muñeco de pruebas para sus platos.

Detrás de ella, colgado en una percha, estaba el magnífico vestido que lucía la noche anterior. Alba se volvió para verlo y recordó la manera en que la había mirado Elliot d'Anglas. Su boca entreabierta cuando se inclinaba para hablarle. La excitación que le hacía olvidar lo que iba a contestar.

Cogió la percha y se puso el vestido por encima del albornoz.

—¿Ve usted algo que le guste? —dijo en voz alta, imaginando que aquella prenda la convertía en la mujer sofisticada y audaz que le gustaría ser—. Quizá podamos seguir esta conversación en mi

suite…

Dejó el vestido en su sitio, con una risita avergonzada. La noche anterior había fingido ser coqueta y ahora probaba con la mujer fatal, pero ambos papeles no iban con ella y su estilo mucho más directo y natural.

Se puso unos vaqueros, sus inseparables y gastadas Doc Martens color cereza y una camisa de cuadros escoceses. Descartó las lentillas, aún tenía los ojos irritados por llevarlas demasiado tiempo el día anterior. Con la cara lavada, el pelo recogido en una coleta floja, y sus gafas de pasta negra, bajó a la cafetería dispuesta a tomarse un buen desayuno.

Imposible dormir cuando has visto a un fantasma del pasado. En su inquieto duermevela, Elliot revivía una y otra vez el momento.

Alba se apoyaba en su brazo, alegando una cojera que ambos sabían que exageraba. Su sonrisa era tan franca como adorable, y por eso apenas prestó atención al hombre que se acercaba, con paso apresurado. También llevaba esmoquin e inclinó la cara al cruzarse con ellos, como si temiera ser reconocido. Alba ni lo miró hasta que se dio cuenta de que Elliot sí lo hacía. El desconocido tenía el pelo negro, con un brillo azulado bajo las luces del pasillo.

Los dos habían llegado tarde a la ópera, como si el otro lo estuviera siguiendo. Por un momento había creído que solo era su reflejo en un espejo. La misma altura y complexión, rasgos similares, idéntica forma de caminar y de llevar el esmoquin. Solo había conocido a alguien que se le pareciera tanto, alguien de su pasado. Lionel Guichard.

En el instituto muchos pensaban que eran hermanos, familia al menos. Lo fue, hasta el día en que sus caminos se separaron para nunca volver a cruzarse. Pasaron juntos por todos los rituales propios de la adolescencia, incluidas las borracheras y las citas dobles. Y como niños malcriados que eran, probaron los límites del riesgo hasta encontrar algo que les había elevado de verdad los niveles de adrenalina.

Se incorporó, sacudiendo la cabeza como si así pudiera alejar aquellos recuerdos que aún le atormentaban. Todo eso había quedado atrás, era un pasado olvidado y enterrado. No había ningún fantasma que pudiera resucitarlo. El hombre de la ópera solo tenía un ligero parecido con su antiguo amigo, y eso había

removido sus recuerdos de aquella forma tan absurda.

Se levantó del sofá, estirando la espalda dolorida. Una pequeña penitencia por su mal comportamiento. Juliette estaba enfadada, y Elliot solo podía reconocer que le había dado motivos. No había ningún compromiso ni obligación entre ellos dos, pero no podías invitar a una chica a la ópera y no aparecer hasta el final del espectáculo.

Abrió la ventana y dejó que el aire helado de aquella madrugada de enero le enfriara el cuerpo y la mente. Bajo un cielo completamente negro, París brillaba como el tesoro de un pirata, cargado de oro, rubíes, esmeraldas y diamantes.

Cruzó la sala y se asomó al dormitorio. Juliette dormía, los ojos cubiertos con un antifaz de seda y su maravillosa melena rubia desordenada sobre la almohada. Era una mujer hermosa y sabía lo que tenía que hacer para lograr su perdón. Aún podían divertirse un poco antes de la hora de su avión.

Solo que él no estaba para diversiones.

Disgustado consigo mismo, se dio la vuelta y se dirigió al baño. Tenía muchas tareas pendientes: un viaje, volver a visitar locales, aumentar sus contactos en el mundillo artístico… Necesitaba un café antes de pensar en todo eso. Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente aliviara su espalda y relajara la tensión de su cuello.

Alba. Se llamaba Alba. Como el amanecer. El mejor momento del día.

Aún le resultaba increíble que fuera la hija de Enrique Lerna. El padre era un hombre tosco, duro, el arquetipo del triunfador hecho a sí mismo. Inteligente y hábil en los negocios, pero poco brillante en las relaciones sociales de alto nivel que, supuso, confiaba a su esposa.

Alba era su única hija, de su primer matrimonio, con una francesa que se mantenía apartada de la escena pública. Sin duda era de su madre de quien Alba había heredado la belleza y la elegancia innata. Era exactamente la princesa del imperio que los medios adorarían. Solo había algo que no cuadraba bajo su seductor *prêt-à-porter*, que llevaba como quien se pone una máscara o una coraza para protegerse de las miradas.

Era demasiado natural, demasiado fresca; auténtica.

Intentó alejarla de sus pensamientos. Total, solo era una pérdida

de tiempo. Imaginaba lo que le había dicho su padre, y sabía que si ahora se la cruzara, no le daría ni los buenos días.

Y pensar que estaba en el mismo hotel, solo dos pisos más arriba, en la *suite* principal…

Sacudió la cabeza, provocando que el chorro de la ducha salpicara la mampara y la pared. Cerró el grifo y se pasó las manos por la cara, escurriendo las gotas que le nublaban la vista y se le colaban entre los labios. Miró a su alrededor, una nube de vapor cubría todo el baño. Se apoyó en la pared, resoplando, un poco mareado por la falta de sueño y el calor de la ducha.

La puerta se abrió trayendo un soplo de aire fresco. Se volvió para ver a Juliette asomada, con el antifaz a modo de diadema, y el ligero camisón pegado a sus curvas. Ella lo miró de arriba abajo, deteniéndose sin ningún pudor en aquello que esperaba provocar con su presencia y su descarado reconocimiento. Al ver que no lo conseguía, apretó la boca y frunció el ceño.

Elliot cogió la toalla y se la envolvió alrededor de las caderas.

—Todo tuyo —le dijo al pasar por su lado, dejándola a solas en el baño.

No se merecía que la tratara así, pero aquel día no tenía ánimo para galanterías.

—Elliot. —Ella le agarró por el brazo y le obligó a detenerse—. ¿Estás enfadado conmigo? ¿Qué te he hecho?

—No has hecho nada, Juliette, no es culpa tuya. Es solo que… Estoy preocupado por otras cosas. Ese negocio del que te he hablado, ya sabes.

Ella inclinó la cara y le ofreció su sonrisa de niña buena.

—Todo va a salir bien, estoy segura. Yo seré tu primera clienta.

Era un encanto, y él un tipo despreciable por invitarla a pasar juntos aquel fin de semana, y luego tratarla de aquella manera.

Le cogió la mano con la que lo sujetaba y se la llevó a los labios.

—Creo que necesito un café. O dos —dijo tan solo, porque su cabeza estaba demasiado lejos de aquella mujer y aquella habitación de hotel.

Cuando la dejó en la puerta del baño y siguió su camino hacia el dormitorio, la escuchó suspirar.

Instintos vampíricos

Arrellanada en un rincón del salón, con uno de sus temarios de literatura delante, y después de dos tazas de café bien acompañadas de *croissants* y zumo, Alba se sentía tan satisfecha que hasta se atrevió a dirigir una sonrisa atrevida al caballero que no le quitaba ojo desde la barra.

Era un tipo curioso que le recordaba a alguna vieja película de Hércules Poirot, el detective creado por Agatha Christie. Incluso llevaba uno de esos anticuados trajes de *tweed* y un grueso bigote. Se preguntó por qué la miraría tanto. No esperaría flirtear con ella, tenía edad más que suficiente para ser su padre. Al poco, la lectura la distrajo, y dejó de pensar en el desconocido de mirada inquisitiva.

—La casualidad vuelve a reunirnos, aunque me ha costado reconocerte.

Levantó la vista para encontrarse, no con el detective Poirot como se temía, sino con el atractivo rostro de Elliot d'Anglas. Le sonreía a medias, entre sorprendido y asombrado por su cambio de aspecto.

—Sí, qué casualidad.

Una mueca de desconfianza unida al tono de su voz debió resultar más que evidente para Elliot, que hizo ademán de despedirse. Al momento pareció arrepentirse y se inclinó hacia ella, con lo que se le abrió el cuello de su grueso jersey de lana. Alba miró fascinada la piel morena que se insinuaba bajo la prenda.

—Tu padre te habrá dicho que soy un interesado que trató de proponerle un negocio inviable, y que te estoy utilizando para intentarlo de nuevo.

Tragó saliva para aclarar sus ideas y dejar de mirar la forma en la que le latía el pulso en la vena yugular, hipnotizándola. Aquel

hombre le despertaba instintos vampíricos.

—Algo así.

—No es cierto. Anoche ni siquiera sabía quién eras.

Había algo en su tono de voz que resultaba demasiado convincente y ella no pudo ni quiso resistirse. Le hizo un gesto para que se sentara a su lado y se vio recompensada con una mirada tan cálida que podría haberla derretido como un muñeco de nieve al sol.

—Lamento el comportamiento de mi padre. A veces puede ser muy protector.

—Esa es la definición de la palabra «padre», ¿no? —dijo él y al momento trató de ocultar la sonrisa nostálgica que se había formado en sus labios con una pequeña provocación—. Si al menos nos hubiera interrumpido solo cinco minutos más tarde…

Su mirada le acarició la boca, haciéndola suspirar. Buscó algún territorio seguro al que aferrarse para no seguir por aquel camino.

—¿Qué tal tu pierna? —bromeó al recordar la patada que le había dado al salir del palco.

—Bien. Por suerte no llevabas esas botas. —Miró las Doc Martens con gesto incrédulo. Se parecían a sus tacones de la noche anterior tanto como aquel vaquero gastado al vestido lencero de Louis Vuitton—. ¿Y tu pie?

—A salvo de tropiezos.

Se arrellanó en la butaca y cruzó las piernas, balanceando el pie para que no perdiera detalle de sus botas.

—¿Haces esto a menudo?

—¿Mudar de piel como las serpientes? —se burló y las gafas le resbalaron un poco sobre el puente de mi nariz. Aprovechó para mirarle por encima de los cristales. Tan cerca, lo veía mejor sin aumento—. Te haré una confesión: esta es la verdadera Alba, ayer solo estaba jugando a ser la hija perfecta que mi padre desea.

Elliot estiró una mano hacia su cara, pensé que la iba a acariciar, pero se limitó a colocarle bien las gafas.

—A mí me pareces perfecta, te pongas lo que te pongas —dijo, y le deslizó un dedo sobre su nariz antes de bajarlo para dibujarle el borde de la boca.

—Eso es porque apenas me conoces.

Lo vio entrecerrar los párpados, cubriendo sus fantásticos ojos,

mucho más bonitos que los de Alain Delon, ahora que los veía a la luz del día. Él detuvo la mano entre el cuello y el hombro. Alba podía notar su propio pulso latiendo demasiado rápido contra su palma.

—Sé que te gusta el buen cine y el buen *champagne*…

—Y los buenos restaurantes —mintió ella para seguirle el juego—. Soy una sibarita, como corresponde a la hija única y malcriada de un hombre rico.

—Me gustaría…

Elliot nunca terminó aquella frase.

Alguien lo llamaba. Una voz femenina repitió su nombre dos veces. Llegaba desde muy lejos, desde otro mundo paralelo tal vez. Alba estuvo a punto de suplicarle que no la escuchara.

—Otra vez no…

Él se levantó, ofreciéndole una sonrisa apesadumbrada.

—Siento no poder quedarme. Me esperan.

Miró hacia el vestíbulo y ella lo imitó. Allí estaba la mujer que lo había llamado, buscándole con la vista, golpeando impaciente el suelo con sus tacones.

Alba calculó que si miraba muy intensamente a la intrusa lograría que desapareciera de su vista.

—¿Te alojas en el hotel? —preguntó para tratar de retenerlo un poco más.

—Me alojaba. Ya nos marchamos.

Sus ojos marinos apenas disimulaban cuánto se estaba divirtiendo. Alba se dio cuenta de que estaba siendo demasiado transparente, pero no le importó. La noche anterior su padre había interrumpido algo que prometía terminar de una manera emocionante, aún le duraba el sentimiento de insatisfacción y ahora otra persona venía a interrumpirlos de nuevo.

—Yo también me marcho hoy.

—¿De vuelta a España?

—No, de vuelta a mis clases. Estudio en La Sorbona, y tengo un pequeño apartamento cerca del metro de Châtelet —explicó, sin saber si le interesaba nada de lo que decía, solo por alargar el momento—. Me he quedado esta noche aquí por darle el gusto a mis padres.

—Entonces quizá volvamos a vernos…

Alba notaba que una sonrisa absurda le tiraba de las comisuras de los labios hacia arriba. Todas esas tonterías que se leían en las novelas románticas sobre huesos que se convierten en gelatina y rodillas temblorosas se hacían realidad bajo la mirada apreciativa de Elliot. Y él parecía tan atraído por su aspecto más habitual como la noche anterior por su vestido de alta costura.

—Aquí estabas. —La mujer del vestíbulo se acercó y le puso una mano sobre el brazo con gesto acaparador, mientras dedicaba una mirada de refilón a Alba—. No sé dónde se ha metido el botones con mi equipaje, así que he tenido que cargar con el neceser. —Hizo un gesto hacia el maletín de Louis Vuitton que parecía a punto de reventar por exceso de contenido. Elliot se ofreció al momento a llevárselo—. Una chica no es nada sin sus productos de belleza —fingió bromear dirigiéndose a Alba, que le devolvió una sonrisa tan vacía como la suya.

No quedó más remedio que presentarlas.

Se midieron de arriba a abajo, como rivales en un *ring*. Juliette…, un metro y setenta y cinco centímetros, cuarenta y nueve kilos, rubia natural, y con unas uñas perfectas de manicura que podrían arrancarle los ojos en décimas de segundos. Alba Lerna, un metro sesenta y cinco centímetros, cuarenta y ocho kilos (tostada con mantequilla arriba, tostada abajo), castaña natural (¿Es que alguien en su sano juicio se teñiría el pelo de castaño?), y con una lengua afilada, ganadora de incontables asaltos verbales.

—¿Es a ustedes a quienes han robado esta noche? Vaya, qué disgusto, imagínese, podía haber sido a cualquiera de nosotros.

—Sí, a cualquiera.

Otra sonrisa vacía, mientras la conversación apenas iniciada ya se agotaba. Elliot le manifestó también su pesar por el robo y al momento dijo que debían partir, Juliette tenía que tomar un avión.

Se alejaron juntos y no le quedó más remedio que reconocer que hacían una buena pareja, tan altos y rubios los dos, esbeltos, elegantes, con ese *savoir-faire* que solo tienen los parisinos.

Le dio un sorbo a su café mientras murmuraba una protesta por su mala suerte.

Sobre la mesa había un teléfono móvil y no era suyo. Aún estaba encendido y tocó la pantalla de prisa, antes de que se apagara y solicitara contraseña. La imagen de fondo eran los nenúfares de

Monet. Otra pasión en común.

Abrió el WhatsApp, añadió rápidamente su nombre y su número a los contactos y se envió un mensaje. Luego lo apagó y compuso su cara más inocente en el momento en el que Elliot volvió a entrar apresuradamente para buscarlo.

Se lo tendió y, cuando él se inclinó para cogerlo, Alba lo atrajo hacia su cuerpo, obligándole a acercarse.

—Llámame —le dijo al oído, dejando que su mejilla le rozara la afilada mandíbula.

—¿Tengo tu número?

—Ahora sí.

Él parecía incapaz de alejarse. Mantuvo la caricia, uno, dos, tres segundos. Y, por fin, respirando hondo, se fue.

George Harrison vive

Alba se arrellanó más en su butaca, recuperó sus apuntes, y leyó diez veces seguidas el primer párrafo. No entendió ni una palabra.

—¿Qué me has hecho, Elliot d'Anglas? —se preguntó en voz alta, mirando el techo.

—¿Suele hablar sola?

Hércules Poirot se acababa de acercar a su mesa, tan silencioso y discreto, que parecía formar parte de la decoración. Alba ya se había olvidado del curioso hombrecito que la miraba desde la barra de la cafetería mientras desayunaba. No era francés, aunque no hablaba demasiado mal el idioma.

—Solo cuando no tengo ningún desconocido que me haga compañía.

—Perdone. —Del bolsillo interior de su chaqueta sacó una cartera y se la mostró. Dentro había una placa dorada en la que se leía «Interpol»—. George Harrison, a su servicio.

—¿George Harrison, como el de los Beatles?

—Sí, bueno, pero yo estoy vivo.

Alba parpadeó sorprendida por la respuesta y entonces el labio superior de George Harrison tembló ligeramente bajo su espeso mostacho, mostrando una amenaza de sonrisa que no pudo resistirse a devolverle.

—¿En qué puedo ayudarle, agente Harrison?

Alba le ofreció su rostro más amable, mientras le indicaba que podía sentarse a su lado. Ella no sabía mucho sobre esa especie de policía internacional a la que pertenecía el agente, pero supuso que querría preguntarle algo sobre el robo de la noche anterior.

—Es usted la hija de Enrique Lerna, el propietario del hotel —afirmó con un tono en el que se impuso su acento británico.

—En realidad el hotel pertenece a la cadena LV Hoteles.

—De la sociedad LV, de la que su padre es fundador y máximo

accionista. —Consultó una libretita de notas, como esos policías de las películas—. Establecimientos hoteleros en media Europa, los más importantes en Francia y España. Su padre es el prototipo de inmigrante que hace fortuna en su país de acogida, Francia, y vuelve luego al de origen que le acoge con los brazos abiertos…

—Sobre todo la oficina de Hacienda.

Alba miró su taza vacía. Necesitaba otro café para seguir aquella conversación. George Harrison la vio buscar con la mirada al camarero y se apresuró a llamarlo, levantando dos dedos con el gesto de un aristócrata inglés venido a menos.

—Muchos puestos de empleo y hasta una sociedad benéfica —continuó, como si ella no le hubiera interrumpido—. Se podría decir que el señor Lerna devuelve a la sociedad parte de lo recibido.

—Eso dígaselo a sus detractores, que opinan que sus donaciones solo son maniobras fiscales. —Llegó el café y se entretuvo con el azúcar, mirando al hombrecillo por encima de la taza—. Dígame, agente Harrison, ¿es usted policía o periodista? Parece que esté tomando notas para escribir una biografía de mi padre.

—Estoy investigando el robo de anoche.

—Nosotros somos las víctimas del robo, lo sabe, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto. —El inglés esperó a que tomara el primer sorbo, antes de entrar en el tema que verdaderamente le importaba—. He visto que conoce a Elliot d'Anglas.

—Apenas. —No entendía aquel cambio de rumbo, ni que tenía que ver que ella conociera a Elliot con el robo en sus habitaciones—. Se aloja también aquí. Bueno, se alojaba, porque ahora se estaba despidiendo.

—¿Sabe algo de su vida, de sus negocios?

—Solo sé que le propuso un negocio a mi padre.

—Pues ya sabe más que yo. —Harrison llamó al camarero y pidió que le sirvieran un té. Parecía que la conversación iba para largo—. El señor d'Anglas vive como un magnate. Se aloja en caros hoteles. —El agente hizo un gesto a su alrededor—. Viste trajes de confección exclusiva, coches, mujeres…

—Espere un momento. ¿Cuenta usted a las mujeres con las que se relaciona como si fueran parte de sus propiedades?

—Disculpe el desliz. —El camarero se acercó con el servicio de té y el agente se detuvo a saborear su aroma, mientras parecía estar

reordenando sus pensamientos—. El caso es que el señor d'Anglas es un absoluto desconocido, como si se hubiera caído de un platillo volante. Nadie sabe nada sobre su pasado, no trabaja, no invierte, no ha heredado… ¿De dónde saca el dinero para llevar tan alto tren de vida?

—Volvamos a las mujeres. —Alba jugueteó con las hojas que había estado leyendo, mientras contenía la risa que le provocaba el curioso agente inglés—. ¿Podría ser un gigolo?

—Podría ser.

—Misterio resuelto, entonces.

—Salvo…

—¿Sí?

—Salvo que cuando él está en una ciudad, siempre hay una fortuna en joyas que cambia de manos.

Alba notó que palidecía. No lo había visto venir en ningún momento, y la tomó por completo por sorpresa. Se preguntó si era alguna broma retorcida del curioso hombrecillo.

—¿Le está usted acusando de algo?

—No se me ocurriría hacerlo sin pruebas.

—Yo tengo una para usted. Anoche el señor d'Anglas estuvo conmigo en el Palacio de la Ópera.

—Me dijo que apenas le conocía.

—Precisamente le conocí ayer.

—¿Sabría decirme a qué hora?

—Sé exactamente que eran las once de la noche. Estuvimos charlando hasta el final del espectáculo. Y según nos ha dicho la policía francesa, el robo ocurrió a las doce.

—Bueno eso lo dicen porque había un reloj roto en el suelo y parado en esa hora.

—Exacto.

A aquellas alturas, Alba empezaba a comprender cómo funcionaba la retorcida mente del policía. No hizo falta que le dijera en voz alta lo que sospechaba. El ladrón podía haber roto aquel reloj a propósito, creando así la ilusión de una hora del robo que en realidad resultaba falsa.

—Quizá debería usted hablar con la policía sobre esto, o con mis padres, yo no soy la persona más adecuada. No he visto nada ni tengo el más mínimo dato que darle que pueda resultar de interés.

George Harrison sopló su té, y su espeso bigote onduló como una serpiente.

—Solo dígame si había una pieza entre sus joyas que fuera diferente, especial. Hemos descubierto que a nuestro ladrón le gustan las joyas… con encanto.

Alba se había puesto en pie, dispuesta a despedirse, pero se detuvo al oír aquellas palabras.

—Yo tenía un colgante. Un brillante en forma de corazón, con una cadena de oro blanco. Me lo regaló mi abuela y le tenía un cariño especial. Había otras joyas más valiosas que el ladrón no se llevó, y sin embargo escogió mi collar.

Apretó los labios, compungida al recordar su pérdida. El agente se puso en pie y la miró con un gesto entre bonachón y satisfecho.

—Es nuestro hombre. Todo en este robo tiene su sello.

—Atrápenlo entonces.

—Le prometo que lo haremos, señorita Lerna, y entonces recuperará su colgante.

Alba le dio las gracias y se alejó con paso firme, tratando de ignorar la sensación de la mirada del agente Harrison en su espalda. Pensar que Elliot d'Anglas era un ladrón le resultaba tan absurdo como si le hubieran dicho que el propio presidente de la República había entrado la noche anterior en su *suite* para robarles.

Qué ganas tenía de volver a su rutina de clases, a su piso, y a ver a sus amigos. Aquella tarde despediría a sus padres y, con suerte, no volvería a verles hasta el verano. Todo lo ocurrido en aquellos extraños días quedaría muy pronto olvidado. O eso quería creer.

De nuevo estaba en el vestíbulo del hotel, llevando ella misma la maleta en la que había traído lo imprescindible para aquellos dos días con su familia. Miró impaciente por encima del hombro de su madrastra, esperando que su padre apareciera de una vez y pudieran despedirse definitivamente.

—No has hecho ni una sola compra en las tiendas que te recomendé —le reprochó su madrastra, mientras la miraba de arriba a abajo con un gesto de decepción ante su vestuario.

—Te han informado mal, Silvia, ya lo verás cuando llegue la factura del vestido que llevé anoche para la ópera.

A veces aún hacía esas cosas. Comprar algo tan caro que esperaba con impaciencia una llamada, un reproche, una amenaza

de cortar su cuenta de gastos. Nunca ocurría.

—Era un vestido bonito. Vuitton siempre es una apuesta segura. ¿Dónde se habrá metido tu padre?

La vio abrir y cerrar su bolso de Carolina Herrera con impaciencia, tentada de buscar un cigarrillo, a pesar de que no se podía fumar en aquella zona. Alba golpeó dos veces el suelo con el pie, ganándose una mirada de advertencia. Aquella tortura no se acababa nunca.

Su padre apareció por fin, cruzando el vestíbulo con su acostumbrada energía.

—Las maletas están en el coche, y el chófer nos espera. ¿Vamos?

—Yo cogeré el metro.

—¿El metro? —Su madrastra la miró como si hubiera dicho que se iba a tirar de cabeza al Sena.

—No me importa, de verdad. Además, tenéis el tiempo justo para llegar al aeropuerto, no quiero que os retraséis por mí.

Su padre resopló con disgusto. Como en el fondo no podía evitar quererle, Alba hacía el esfuerzo de ponerse en su piel y comprender su frustración. Su primera esposa le había abandonado, dejándole solo con una hija que se negaba a convertirse en heredera de su imperio. Su segunda esposa no le había dado más descendencia, ni tenían esa clase de relación en la que ella hacía de esposa perfecta y complaciente, descanso del guerrero cuando llegaba al hogar.

—Apenas hemos tenido tiempo para hablar —dijo su padre.

Le pareció tan sinceramente dolido, que hasta lo disculpó por haberse pasado el fin de semana en reuniones de negocios, sin disfrutar de sus supuestas «vacaciones» en París.

—Dentro de nada se acaba el curso y vuelvo a casa —contestó con excesiva alegría.

Vio que su padre hacía cálculos mentales de las semanas que faltaban para las próximas vacaciones. La arruga de su entrecejo se hizo más profunda. Alba reconocía para sus adentros que la única que le daba alguna alegría era Rocío, la mayor de sus hermanastras, que trabajaba con él en un puesto importante dentro de la dirección de la cadena hotelera. En el puesto que le correspondería a ella si no hubiera huido de casa (como su madre), a Francia (exactamente como su madre), a vivir su sueño de estudiar literatura y escribir su primera novela. (No sabía si su madre tenía algún sueño de ese tipo.

En realidad, no sabía nada de ella desde hacía años.).

—Nos vamos, entonces —insistió su padre.

Alba se sintió tan aliviada al ver que de verdad se iban, que se acercó y le dio un beso en la mejilla. Luego sopló dos besos al cutis perfectamente maquillado de Silvia, y los acompañó hasta el coche. Despidiéndolos con un alegre gesto de la mano.

Tuvo que contener un suspiro de alivio hasta que el vehículo desapareció entre el intenso tráfico de la avenida.

Se volvió con los ojos entrecerrados, dispuesta a recoger su maleta que había dejado ante el mostrador de recepción. La punta de su pie chocó, por segundo día consecutivo, con la tibia de algún incauto. Y ahora no llevaba zapatos de salón.

—Agente Harrison, cuánto lo siento.

—No se preocupe. —Logró decir el inglés, con el mostacho temblándole y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó, ahogada entre la culpabilidad y las irrefrenables ganas de reírse del gesto crispado del pobre George Harrison.

—Ya ha hecho bastante, gracias. Me despido de usted, señorita Lerna. —Se tocó la frente, levantando el ala de un sombrero imaginario—. Tengo la sensación de que no será la última vez que nos veamos.

—Procuraré ir con más cuidado, entonces.

Lo vio alejarse, con un andar vacilante, dolorido, convencida de que realmente no volverían a verse nunca.

¿Qué tenían que ver un hábil ladrón de joyas, el misterioso Elliot d'Anglas, un agente de la Interpol y una estudiante española en París?

Nada. Obviamente.

El imitador

No lograba olvidar al hombre que se le había cruzado brevemente en la ópera. Había removido sus recuerdos de una forma casi absurda.

El tren se deslizaba veloz y silencioso hacia su destino. En su maletín, las joyas de la familia Lerna, listas para entregar al perista que se ocuparía de su venta. Su último botín.

Quizá era eso. Su vida iba a cambiar radicalmente y eso le traía recuerdos de sus inicios, de cuando comenzó a robar en las casas de sus vecinos. Eso era lo que hacía con su mejor amigo. Un pasatiempo para dos adolescentes ricos demasiado aburridos.

Al principio solo eran pequeños objetos. El reto era conseguir colarse en el interior, aprender a anular o esquivar alarmas, abrir puertas y ventanas de seguridad, y llevarse alguna prueba que demostrase que habían superado el reto. Durante meses acumularon pastorcillas de Lladró, ceniceros de Murano y máscaras venecianas.

Luego llegó la ambición. Retos más difíciles, premios más cuantiosos. Gastaban el dinero que conseguían a manos llenas, y se hacían con joyas que no tenían a quien vender, así que se las regalaban a las chicas que les gustaban, ganándose sus favores y convirtiéndose en los reyes de la noche en Marsella. Eran adorados como si fueran estrellas de *rock*.

Y entonces aquella burbuja estalló, como lo hizo gran parte de su mundo con la maldita crisis económica.

Dejó atrás los recuerdos amargos del pasado y volvió al interior del Eurostar, consultando el reloj para comprobar que llegaban puntuales a Londres.

Dejaría que el imitador siguiera con sus burdos robos, cavándose su propia fosa, sin que nadie, ni prensa ni policía, se hubiera percatado aún de que existían dos ladrones de joyas con métodos

similares. Tarde o temprano lo atraparían, era torpe y arriesgado, y cometería algún error que facilitaría el trabajo de la Interpol.

El apodo de la prensa le resultaba muy favorable porque en el momento en el que detuvieran al otro, le achacarían todos los robos similares de la última década. Lo que lo dejaba a él libre de toda preocupación para su nuevo plan de vida.

Comprobó que llegaba a tiempo para la cita con Smith, supuesto nombre de su perista. Las joyas desaparecidas de la caja fuerte de la *suite* de la familia Lerna, iban a ser rápidamente tasadas y vendidas en un mercado discreto y generoso. La pequeña fortuna que le iban a proporcionar sería suficiente para mantenerle una temporada. Y en todo caso, siempre tenía su fondo de reserva para emergencias.

Durante el trayecto en tren había abierto su maletín para comprobar que todo estaba en orden. Su mirada se posó en la elegante cadena de oro blanco, con su diamante en forma de corazón. No era una joya que luciría la esposa de Lerna, demasiado sencilla a pesar de su valor. Supuso que le pertenecía a la hija del empresario.

Salió de la estación de Saint-Pancras e hizo señas para llamar a un taxi. El collar de la joven permanecía en el bolsillo interior de su cazadora, en contacto con su propio corazón.

Un tritón en la bañera

En casa por fin, pensó Alba, con un suspiro. Subió los cinco pisos sin ascensor hasta el ático abuhardillado sintiéndose libre y ligera como una mariposa.

—¡He vuelto! —exclamó nada más cruzar la puerta, dejando su maleta al lado del sofá.

Miró la pequeña estancia que era recibidor y salón a la vez con una sonrisa satisfecha. Allí estaban los cuadros que compraba a pintores callejeros, sus libros, sus discos, la butaca orejera en la que le gustaba sentarse a leer; todo lo que hacía de aquel lugar su auténtico hogar.

—¿Lidia? —llamó.

Se asomó a la diminuta cocina y al dormitorio del fondo. No había nadie.

El sonido del agua la alertó y se dirigió al baño. Sabía cuánto le gustaba a su amiga el mayor tesoro del apartamento, una enorme bañera con patas doradas en forma de garra. Se podía pasar una hora sumergida, hasta que salía arrugada como un bebé recién nacido.

Abrió la puerta y se asomó. Allí estaba ella, tan relajada, la cabeza apoyada en el borde, con la melena recogida en un moño flojo y una sonrisita de completa felicidad.

—Aquí estabas.

—¿Alba? —Lidia abrió los ojos sobresaltada.

—¿Quién es Alba? —preguntó una segunda voz y entonces descubrió que al otro lado de la bañera acababa de asomar una cabeza morena.

—Siento interrumpir.

Dio dos pasos atrás, deseando que se la tragara la tierra, pero la carcajada de Lidia la detuvo.

—No interrumpes nada, niña. Solo nos estábamos relajando.

—Ya.

—En serio. Estamos agotados, no hemos parado en toda la noche.

—Vale, Lidia, lo entiendo. No hace falta que me des más explicaciones.

Cerró la puerta a sus espaldas, disimulando una carcajada. Así era Lidia, y debía reconocer que no tenía mal gusto. El chico que asomaba por el otro lado de la bañera era tan espectacular como exótico. Una versión, más joven y con pelo, de Dwayne Johnson.

—¿De verdad estás tan agotada? —preguntó la voz masculina detrás de la puerta—. Porque ahora que somos tres se me ha ocurrido otro jueguecito…

Una exclamación ahogada, un chapoteo y una petición de socorro siguieron a aquellas palabras. Hasta su voz sonaba *sexy*. Mejor huir antes de que le hicieran una oferta que no pudiera rechazar.

Comprobó que no salía agua por debajo de la puerta y, cogiendo su maleta, se fue al dormitorio. Allí estaba su portátil, sobre el escritorio delante de la ventana. Lo encendió y, al momento, la pantalla le mostró el documento en el que estaba trabajando. Se sentó a la mesa, se puso los auriculares con música a suficiente volumen como para destrozarse los tímpanos, y releyó lo escrito.

> *Los encuentros fortuitos solo se dan en las historias románticas, en los cuentos y en el cine. O eso creía ella, hasta que la fortuna la puso en el camino de su príncipe azul.*
>
> *Quizá él no pensó que fuera un encuentro tan afortunado, al menos aquel día y en aquel momento, cuando ella volcó una taza llena de café caliente sobre sus mocasines de ante.*

Una hora después Franz Ferdinand le aseguraba al oído, a los dos oídos, que si estaba sola, él estaría allí esperándola. Con los ojos cerrados, Alba tarareaba *I say don't you know, you say you don't know* cuando una mano la sacudió sin ninguna consideración, arrancándole una exclamación de sorpresa.

—¿Así estudias? —preguntó Lidia, sentándose a su lado en la cama y mirando con gesto desconfiado el grueso tomo que Alba tenía sobre las piernas.

—¿Ya se ha ido tu tritón?

—¿Paul? No tiene cola. —Lidia soltó una carcajada ante la mirada inquisitiva de su amiga—. Bueno, al menos no tiene escamas. Cola sí que tiene, y sabe moverla muy bien.

—No tienes remedio.

Alba recordó con un pequeño escalofrío de placer la sonrisa que Paul le había dedicado desde la bañera. Un gesto que, unido a la mirada intensa de sus ojos oscuros, se convertía en una promesa tan sensual como atrevida.

—Niña, si no te diviertes en vacaciones…

—Tú siempre te diviertes, Lidia, en vacaciones, antes de vacaciones, después de vacaciones…

La otra no contestó, aunque le dedicó una sonrisita de suficiencia, mientras se desenredaba con los dedos la melena aún húmeda. Su pelo rubio, casi blanco, iba formando suaves ondas al secarse, que enmarcaban su rostro delicado.

—¿Y tú? Cuéntame, ¿cómo te ha ido con los jefes?

—Como siempre. —Alba dejó el libro sobre la mesilla, procurando distraer la atención de su amiga—. El sábado, en la ópera, conocí a alguien.

—¿Un hombre? ¿En la ópera? Nunca lo hubiera creído.

—Era muy guapo. —Alba fingió desmayarse de la impresión, ante el gesto incrédulo de la otra.

—¿Guapo? ¿Estilo actor de Hollywood, modelo de ropa interior o musculitos de gimnasio?

—Ninguno de esos. Guapo de verdad. —Abrió los ojos con gesto alucinado—. Tiene el pelo rubio oscuro, de esos que en verano se llenan de mechas claras con el sol; la piel dorada como si acabara de estar en la playa, en pleno enero; nariz recta, boca bonita, mentón fuerte… —Se detuvo para respirar hondo, completamente perdida en su recuerdo—. Lleva el esmoquin como si lo hubieran inventado para él, pero también está fantástico con vaqueros y jersey de lana. Y sus ojos… Sus ojos son del gris azulado de una noche de tormenta.

Lidia meneó la cabeza, más incrédula aún que antes.

—Alba, eso no existe, y si existiera tendría que ser patrimonio de la humanidad.

—Y a mí no me importaría ser la encargada de conservación y mantenimiento.

—Parece que describes a Matt Boomer.

—Lidia, siento informarte de que Matt Boomer no existe. En realidad, en Hollywood hace años que crean a los actores por realidad virtual, ya sabes, como en Avatar.

—O sea, que no hay actores de color azul, ¿en serio?

Alba rio las palabras de su amiga.

—Y tu Paul es un holograma, reconócelo. Esos bíceps harían llorar a Vin Diesel.

—Su melena haría llorar a Vin Diesel, pero no estamos hablando de Paul ahora. Recuerda aquello de lo que no hablamos. Mi propósito de año nuevo.

Alba unió las manos sobre el pecho e inclinó la cabeza. Durante la espantosa resaca del pasado uno de enero, su amiga había tenido una visión. Descubrió entonces que sus relaciones no duraban porque se entusiasmaba demasiado pronto, se enamoraba de los chicos en la primera cita, y a las veinticuatro horas estaba planeando su boda, cuántos hijos tendrían, y la casa que se iban a comprar a las afueras de París, con una cocina enorme donde ella reinaría feliz. El propósito de Año Nuevo de Lidia era acabar con el gafe por medio del silencio absoluto sobre sus relaciones.

—Mis labios están sellados —anunció y se removió sobre la cama, acomodando los cojines a su espalda.

Lidia se tumbó a su lado, mirándose las uñas pintadas de distintos colores para formar un arcoíris.

—Bien, cuéntame cuál es el problema —indagó, adivinando lo que Alba no se atrevía a contar.

—Parece que hay algo sospechoso en cuanto a su vida.

—¿Guapo y sospechoso? Alba, tú has ido otra vez al cine en sesión continua y te estás haciendo un lío.

—¿Quieres que te cuente o hago una promesa de silencio como la tuya?

—¡Uy, qué interesante! —exclamó Lidia de repente, con los ojos muy abiertos para exagerar su interés—. Cuenta, cuenta. ¿De qué estamos hablando exactamente?

—¿Sabes que nos robaron en la *suite* del hotel?

—¿Os robaron? ¿Pero ese hotel superultrapijo y carísimo no es el mejor de la cadena de tu padre?

—Parece que a los ladrones no les impresiona mucho esa

cuestión. A Silvia la dejaron casi sin joyas. Y a mí… —Alba suspiró—. Bueno, el ladrón se llevó mi corazón.

Lidia frunció el ceño.

—¿Es una metáfora? Creo que me he perdido.

—El diamante en forma de corazón, el que me regaló mi abuela.

—Ay, Alba, lo siento, niña, sé que te encanta ese colgante.

—Sí, es algo muy especial.

Alba parpadeó un poco, para alejar la humedad traidora que acudía a sus ojos cada vez que recordaba su joya perdida, y pasó a contarle a Lidia la surrealista charla que había tenido con el agente de la Interpol George Harrison.

—Guau, esto se pone de cine.

Su amiga se recostó sobre la almohada, cerrándose el kimono de seda, que mostraba más de lo que ocultaba. Alba pensó por enésima vez que Lidia era demasiado guapa, demasiado *sexy* y demasiado coqueta, incluso cuando solo estaban las dos en aquella habitación. Los pocos chicos, dos en realidad, con los que ella había salido en el tiempo que llevaban en París, tendían a quedarse sin habla cuando les presentaba a su compañera de piso.

Alejó aquel pensamiento para retomar el hilo de la conversación.

—Bueno, la verdad es que eso es todo. No creo que vuelva a ver a Elliot d'Anglas, ni que el gemelo de Hércules Poirot logre adivinar el paradero de nuestras joyas. La verdad, no parecía un hombre de muchas luces, y se le veía demasiado obsesionado con achacarle la culpa de esos robos a Elliot.

—¿Ni siquiera te pidió tu teléfono? ¿Te preguntó dónde vivías?

—¿El agente George Harrison?

—No, tonta, el rubio buenorro.

Alba no se atrevió a confesar que ella misma lo había añadido a la agenda del WhatsApp de Elliot. El silencio en el que se mantenía desde entonces la maldita aplicación era doloroso para su orgullo.

—Lidia, te estoy diciendo que estaba con otra, su novia o lo que fuera. Una chica impresionante, como recién salida de un desfile de Victoria's Secret.

—¿Recién salida de un desfile? ¿Es que iba en ropa interior?

Alba no pudo evitar reírse antes de tumbarse boca arriba, mirando el techo descolorido, cerró los ojos y suspiró.

Lidia miró a su amiga pensativa. Se conocían desde el instituto, había estudiado juntas la misma carrera, ADE, y a ninguna le gustaba ni se veían ejerciendo de ejecutivas agresivas. Cuando Alba anunció que se iba a París a estudiar literatura francesa en La Sorbona, Lidia decidió hacer también lo que siempre había querido: estudiar cocina con los mejores maestros. Su nivel era tan alto, que la habían admitido nada menos que en *Le Cordon Bleu*.

—Ya sabes que esas modelos nunca comen —dijo, porque para ella ese era el peor defecto de la mujer occidental: tratar de vivir del aire para mantener la línea—. Y, en todo caso, que estuvieran juntos no significa que tengan una relación, ¿no? A lo mejor ni siquiera compartió habitación con tu hombre en el hotel.

Le guiñó un ojo a su amiga, que se puso colorada mientras le rehuía la mirada con ojos soñadores.

Sí que le había gustado el desconocido de la ópera, pensó Lidia, pero es que lo de Alba no tenía remedio. La naturaleza le había dado todo lo que una mujer podía desear, pelo bonito, piel perfecta, rasgos regulares… Con un poco de maquillaje y un vestido bien escotado, pararía el tráfico por la calle… Pero ella no, ella tenía que ser sencilla y natural, aunque eso significase vestirse como *Ana de las Tejas Verdes*. Solo le faltaban las trenzas.

—No es *mi* hombre.

No, no tenía remedio, y ella no iba a entrar de nuevo en un tema en el que sabía que ya no quedaba nada por discutir. Aun así, no pudo evitar picarla un poco.

—Porque tú no quieres. ¿Llevabas ese estupendo vestido que te compraste para la ópera? —Alba asintió, quizá recordando cuánto había insistido Lidia para que se lo comprase porque le pareció perfecto para ella—. Niña, o ese tío está más ciego que un topo o ahora mismo se debe de estar dando de cabezazos contra alguna pared por haberte dejado escapar.

—Qué exagerada eres.

Alba tomó de nuevo su libro y buscó la página en la que se había quedado. Lidia recordó que tenía que acabarlo aquella misma semana para poder presentarse al examen del lunes siguiente, pero esa no era excusa para dejarla a medias.

—¿Y nada más? Me cuentas tu aventura y te quedas tan tranquila. ¿Ahora te vas a poner a estudiar? Ay, Alba, es que no

puedo contigo.

—No tengo nada más que contar. Pero si quieres contarme algo sobre tu tritón…

—Ya te he dicho que se llama Paul… —Lidia parpadeó con afectación—. Nació en Hiba Oa, en las Islas Marquesas, y toda su vida se ha sentido a la sombra de Paul Gauguin. Está convencido de que su espíritu vaga por la isla, buscando un heredero de su don.

Alba soltó un resoplido escéptico.

—¿Y…?

—Es pintor, claro.

—Claro. ¿Y tan bueno como Gauguin?

—Ya sabes que no entiendo ni pizca de pintura, pero sus cuadros me encantan. Tienen algo… Algo especial…

Alba volvió a meter el marcapáginas en su libro y lo dejó sobre la cama.

—Lidia, confiesa, ¿son los cuadros o el pintor?

—De verdad, tienes que verlos porque yo no sé explicar lo que siento cuando los miro. Son diferentes, Alba, te hipnotizan…

—Me estás picando la curiosidad a propósito, sabes que no puedo resistirme ante algo así.

—Ha conocido al dueño de una pequeña galería de arte y se ha ofrecido a hacerle una exposición.

—Eso es estupendo.

—Y… quiere pintarme desnuda.

—¿Para la exposición? Si se enteran tus padres te matan.

—No tienen por qué enterarse. La verdad es que me lo estoy pensando.

Lidia jugó con un mechón de su melena, entrecerrando los ojos con gesto felino.

—¿En serio?

—Una no tiene veintitantos toda la vida. Imagínate cuando tenga ochenta y le enseñe el cuadro a mis nietos y les diga, esa tía tan buenorra soy yo. Será como cuando la abuelita del Titanic recupera el retrato que le hizo Leo Dicaprio.

—Pobres nietos.

Lidia ni escuchó la respuesta, estaba mirando al techo, perdida en sus ensoñaciones.

—¿Vendrás a ver sus cuadros y me darás tu opinión?

—preguntó, regresando a la Tierra.

—¿Sincera?

—Por supuesto.

—¿Tiene algún autorretrato? Digo, por ver si la cola tiene o no escamas…

Le lanzó un cojín a la cara antes de que terminara la frase, lo que le hizo soltar una carcajada.

—Tú ocúpate de su faceta profesional, que de su cola ya me encargo yo.

Lidia se levantó de la cama y cruzó muy airosamente la habitación, anunciando que pondría café para las dos. Alba le dio las gracias y abrió, una vez más, el dichoso libro.

A veces le costaba entender a su amiga. Le acababa de contar una historia digna de una serie de Netflix, y al momento siguiente, tan tranquila, se perdía en una historia de papel seguramente mucho menos interesante.

Al salir de la habitación cruzó los dedos e invocó a todas las fuerzas divinas para que el encuentro con Elliot d'Anglas no fuera tan casual ni el único que Alba tuviera en el futuro. Tenía el pálpito de que iba a ser así.

En el *¡Hola!*

Como cada mañana cuando tenía turno en la cafetería, Alba subió al metro en la parada de Châtelet. Tomó la línea 4, la de color rosa, dirección Porte d'Orléans, y se bajó en la parada de St. Michel.

En los pasillos del metro se encontró con Étienne, su compañero favorito. Se colgó de su brazo con confianza, saludándole con un alegre *bonjour*.

—¿Preparado para las hordas de turistas?

Étienne rio. La preciosa cafetería en la que trabajaban era un atractivo irresistible para parisinos y extranjeros, y el hecho de estar ubicada en pleno Barrio Latino, suponía un movimiento constante de clientes, intenso y agotador.

—La culpa es de tu cara bonita, princesa —la acusó su compañero, siempre tan galantemente francés.

—Las chicas no viene por mí. —Le devolvió ella el cumplido.

Y era cierto. Étienne, con sus enormes ojos almendrados y su cara de niño bueno, tenía mucho éxito entre las mujeres. Sabía decirle la palabra adecuada a cada una para que se sintiera especial. También coqueteaba con ella descaradamente. Alba se lo tomaba como un juego que no enturbiaba su agradable amistad.

Sonó su teléfono con un WhatsApp de Belén, la hija pequeña de su madrastra.

BELÉN: *Kien* es el tío bueno con el que sales en el *Hola*?

ALBA: No sé de qué me hablas.

BELÉN: Estáis tomando café en el hotel.

Belén le envió una fotografía de la revista. Y sí, ahí estaban, bajo los titulares de la noticia del robo al famoso empresario hotelero. «*La hija de Enrique Lerna y su atractivo acompañante, compartiendo desayuno*», rezaba el titular. Amplió la imagen y comprobó que, más que ocuparse de las joyas robadas, los redactores de la noticia estaban interesados en la relación que pudiera tener «*la hija única y heredera del imperio Lerna*» que estudiaba en París, y trabajaba «*como una camarera más*» en una famosa cadena de cafeterías. Por favor, si hasta decían en qué local en concreto se la podía encontrar.

ALBA: Solo me estaba saludando.

BELÉN: De *ke* lo conoces? Si no lo *kieres*, me lo pido.

ALBA: Estoy en el metro, no llega bien la conexión.

Apagó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo, esperando que su hermanastra la dejara en paz.

—¿Malas noticias? —preguntó Étienne.

—Muy malas. La prensa rosa me persigue.

—Ya deberías de estar acostumbrada.

—Pensaba que en París estaba a salvo —resopló—. Si nos asaltan turistas españoles atraídos por los cotilleos, huiré por la puerta de atrás.

—Te cubro las espaldas —dijo su compañero.

—Ya, mientras me miras el culo. —Le dio una palmada en el

brazo—. No tienes remedio, Étienne.

—No sabes cuánto sufro teniendo que trabajar con mujeres hermosas que me ignoran. Soy un mártir —aseguró, apoyando la cara en su hombro y parpadeando con tanta afectación, que sus larguísimas pestañas le hicieron cosquillas en el cuello.

—Sí, y algún día te subirán a los altares.

Salieron del metro cogidos del brazo. Dos adolescentes que pasaban por su lado se quedaron embobadas mirando a Étienne. Cuando él les guiñó un ojo, las chicas se deshicieron en risitas, diciéndole adiós con la mano.

—Las chicas de hoy no respetan nada —se mofó Alba, como si ella fuera una anciana en comparación—. Por eso prefiero no tener un novio tan guapo.

—Me partes el corazón —aseguró Étienne, llevándose una mano al pecho.

Al momento siguiente le estaba mirando las piernas a la mujer que pasaba por su lado.

En el número 24 del Boulevard Saint-Michel estaba el local en el que llevaba trabajando ya varios meses a tiempo parcial. No necesitaba aquel trabajo, por supuesto, el sueldo ni siquiera cubría su parte del alquiler. Solo estaba jugando a ser Cenicienta, entre posos de café en vez de chimeneas sucias, poniéndose en el papel de la protagonista de su novela.

—No creo que este verde vómito le haga ningún bien a mi cara bonita —protestó mientras se ponía el delantal.

Étienne puso los ojos en blanco y le ayudó a atárselo, después de que ella se hiciera un lío con el primer nudo. Como premio, Alba le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Me rompes el corazón con esos besos fraternales —protestó él, fingiéndose dolido.

José, su otro compañero, les avisó de que la cafetería se estaba llenando y los dos se apresuraron a ayudarle.

Un poco más tarde, aquella misma mañana, sus compañeros de la cafetería hicieron una apuesta. Étienne atendería a todas las chicas y José a los chicos. A ver cuál de los dos conseguía una cita antes de que terminara su turno.

Alba apostó por el mexicano, con el que tenía una relación muy especial porque podían hablar en español y meterse con Étienne

cuando el francés se ponía demasiado… *francés*.

Y no solo por eso, José era el tipo de chico que a ella le gustaba de verdad: moreno, ojos grandes y expresivos, siempre con barba de tres días perfecta. Había sido campeón de boxeo juvenil en México, peso ligero, y se le reconocía aún en su cuerpo delgado pero fuerte, y en su manera de caminar como si bailase sobre un *ring*. Pero lo más importante era que sabía que podía confiar en él y que siempre le diría la verdad. Si no lo hacía con palabras, bastaría con mirarle a la cara. Sus emociones le hacían transparente como el mar Caribe.

Dejó a los chicos con sus bromas y salió de detrás del mostrador para recoger las mesas sucias. Estaba comprobando que no faltara surtido en la mesa donde estaba el azúcar, cacao y demás para los cafés, cuando un hombre se le acercó.

—Disculpe, ¿las cucharillas?

Alba lo miró y se quedó sin habla al menos un par de minutos. Era como si Elliot d'Anglas se hubiera teñido el pelo de negro intenso. Poco a poco fue encontrando más diferencias con el recién llegado y así consiguió volver a coordinar sus pensamientos.

Le indicó los palitos que se utilizaban para las bebidas y notó que le disgustaba su uso. Alba lo miró con curiosidad. Sin duda era francés, aunque tenía un acento que pocas veces había escuchado.

—Yo también prefiero las cucharillas de verdad —bromeó, haciéndole un guiño.

Era muy atractivo, quizá por eso le había recordado a Elliot. La misma altura y complexión, la nariz un poco más ancha y la mandíbula afilada. Su piel, de un pálido invernal, parecía aún más blanca en contraste con su cabello negro.

Entonces se dio cuenta de que no tenía ninguna bebida en la mano. Se preguntó si era del tipo que entraba para robar la canela o las servilletas. No lo parecía. Demasiado elegante a pesar de su ropa informal.

—Conozco un café en la orilla del Sena, un sitio muy agradable, con tazas de porcelana y cucharillas auténticas…

—¡Alba, te necesitamos! —Llamó José desde la barra.

Se despidió del desconocido con una sonrisa, sin hacer caso a aquella especie de inesperada invitación apenas insinuada. No era la primera vez que un cliente intentaba algo con ella y sabía cómo reaccionar, amable pero distante.

—¿Qué ocurre? —preguntó en español a su compañero.

—Me da mala espina ese vampiro con el que estabas hablando.

—¿No te parece atractivo?

—No me va el estilo conde Drácula. Prefiero a los hombres que saben sonreír.

José lanzó una mirada rápida a su compañero Étienne, que atendía a dos jovencitas que se reían con cada una de sus palabras.

Cuando Alba buscó de nuevo al cliente desconocido, después de archivar mentalmente aquella miradita de José para analizarla más tarde, el hombre de pelo negro ya había desaparecido.

—¿Quién era ese? —preguntó Étienne, acercándose.

—No lo sé. Parecía que quería ligar, pero del modo más frío que te puedas imaginar.

—¿No sería un periodista en busca de alguna exclusiva?

Alba se llevó una mano a la boca, sorprendida. Claro, eso debía ser. Un periodista francés que había visto sus fotos en las revistas españolas. Menos mal que José la había salvado a tiempo de caer en sus garras.

Al día siguiente Alba no tenía clase, así que dedicó la mañana a ordenar su habitación. No se consideraba una maniática del orden ni de la limpieza, de hecho tenía una idea muy particular sobre ambas cosas, en especial sobre lo que ella llamaba su desorden creativo. Apilaba sus pertenencias de forma que los colores crearan un mosaico atractivo a la vista. Libros, películas, infinidad de cajitas donde guardaba bisutería, conchas marinas y todo tipo de recuerdos extravagantes de sus viajes se apilaban sobre la mesilla, en la estantería al pie de la cama, o colgaban de la pared. El armario no tenía puertas, en realidad era solo una estructura de armario. Su ropa seguía el mismo esquema caótico, esta vez entremezclando colores y texturas.

En sus AirPods cantaba Coldplay y ella ni se daba cuenta de lo desafinada que sonaba cuando entonaba *I'd rather be a comma than a full stop*.

El primer año de facultad había salido con un friki de la informática que la había *convertido* al mundo Apple. De resultas de aquella buena influencia, entre el colorido de su habitación destacaban los diseños minimalistas con el logo de la famosa manzana, que cubrían su escritorio.

Su pequeña maleta roja de ruedas estaba aún al pie de la cama. La abrió para vaciar su escaso contenido. Se quedó con el vestido lencero de Vuitton entre las manos, acariciando su sedosa tela. Se lo puso por delante y se miró en el gran espejo de cuerpo entero que tenía al lado del armario. No sabía cuándo lo podría lucir de nuevo. En su vida de estudiante no asistía a eventos tan elegantes como para ponérselo, y tampoco era cuestión de llevarlo cuando venían algunos amigos a casa a jugar al Scrabble.

Por fin lo colgó de una percha y lo dejó a la vista, formando parte de la decoración. Así siempre recordaría una noche que empezó desastrosa, y que se convirtió en la más emocionante que había vivido en sus dos años en París.

Hacer algo decente

Mucho más cerca de lo que ella podía imaginar, el hombre que ocupaba sus pensamientos, acababa de firmar el contrato de alquiler de un local comercial. Cuando el agente inmobiliario se marchó con los documentos recorrió el espacio, menor de lo que desearía, pero esto era todo lo que se podía permitir a falta de un socio capitalista como Enrique Lerna. El salón principal de su casa familiar de Marsella había sido más grande.

La casa de Marsella. Hacía tiempo que Elliot ya no soñaba con el hogar en el que se había criado. Demasiados recuerdos dolorosos que nunca logró asimilar. Ni siquiera sabía por qué pensaba ahora en todo aquello, quizá porque era un momento de transición en el que al fin dejaba atrás una interminable juventud y comenzaba su etapa de adulto. Por eso, su mente inquieta no dejaba de echar la vista atrás, a otros tiempos que fueron felices hasta que estalló la burbuja de jabón en la que vivían.

Recordó que tenía dieciocho años y todo un verano de fiestas sin límite por delante antes de comenzar sus estudios superiores, cuando llegaron los hombres de los maletines.

Estuvieron horas con su padre en el despacho. Su madre se negó a contestar a sus preguntas y se encerró también en su habitación, ciega y sorda a lo que estuviera ocurriendo. La comida se enfrió en las fuentes y el servicio se desesperaba, pendientes de recibir órdenes que nunca llegaron.

Ya atardecía cuando se fueron los dos hombres, silenciosos y con la mirada oculta tras sus gafas de sol. A la hora de la cena, tampoco nadie se sentó en el comedor.

A las doce de la noche, Ellit estaba vestido y listo para salir. La última novia de su amigo Lionel le iba a presentar a su prima recién llegada de París. Una excitación creciente hacía que se moviera a pasos largos por la habitación, esperando el momento en que no

hubiera ojos ni oídos indiscretos que vigilaran su marcha.

Y entonces escuchó un sonido que nunca antes había escuchado, salvo en una sala de cine. Un sonido tan nítido y doloroso en los oídos que aún resonaba a veces en sus pesadillas.

Otro sonido lo trajo de vuelta al presente, el estruendo de una moto demasiado potente para aquella calle estrecha lo sacudió con la fuerza de aquel terrible recuerdo. Se pasó una mano por el pelo, como si así pudiera aclarar sus ideas y miró a su alrededor, a su local recién alquilado. Era hora de ponerse a trabajar.

Se había prometido a sí mismo hacer algo decente con su vida cuando cumpliese los treinta, y ya se pasaba dos años largos del plazo. Tenía que compensar tanto tiempo perdido.

Otra semana más a Alba le tocaba turno de tarde, lo que le permitía comer con Lidia en su apartamento. Su compañera le servía platos de *bistró*, y a cambio ella se ocupaba de la intendencia del piso: pagar facturas, reponer bombillas, y limpiar cuando el polvo empezaba a acumularse.

Era el peaje que tenía que pagar por su ansiada libertad. Ella, que se había criado rodeada de un ejército de sirvientes, en una casa enorme de La Moraleja, donde no tenía que recoger ni su plato de la mesa. Ahora, cuando le tocaba limpiar el baño, se ponía un enorme delantal plástico, un pañuelo en la cabeza y guantes. Había considerado la idea de usar mascarilla, pero sabía que Lidia se reiría de ella para el resto de sus vidas. Lo que más odiaba del mundo era limpiar el inodoro, y el artilugio al que más asco le tenía era la escobilla.

Alguien llamó a la puerta cuando se estaba vistiendo. Salió a abrir tal cual estaba, con unas mallas negras y un top de flores muy escaso. Por la mirilla espió a Paul, el tritón de Lidia, parado en el descansillo con un ramillete de flores silvestres en la mano.

—¡Hola! ¿Son para mí? —preguntó traviesa, a pesar de que sabía la respuesta.

Paul la miró con calma, desde su flequillo recto, hasta los pies descalzos. Le ofreció una sonrisa lenta y pensativa.

—A cambio de que poses para mí.

Alba lo dejó entrar y cerró a su espalda, recostándose en la puerta.

—No puedo posar desnuda, me lo impide mi religión.

—¿Qué religión es esa? —preguntó el pintor, con curiosidad.

—La mía. El primer mandamiento es no intentar robarle el novio a mi mejor amiga, y eso incluye no desnudarse delante de él.

Le hizo señas para que le siguiera hasta el salón, donde tenía su calzado y el jersey grueso de punto que había elegido para ese día.

—No me acuesto con mis modelos —dijo Paul, y al ver las cejas enarcadas de Alba asomando por el cuello del jersey que se estaba poniendo, se apresuró a puntualizar—. Con ninguna en este momento. Solo con Lidia.

—Le gustas mucho, ¿sabes?

—Y ella a mí.

—Pues no hagas nada que lo estropee —le apuntó con el zapato que tenía en la mano—, o tendré que matarte.

Paul parecía estar divirtiéndose, tanto que Alba comprendió que estaba haciendo lo contrario de lo que había prometido. Era imposible no coquetear con un hombre tan atractivo. Procuró concentrarse en terminar de arreglarse, se le hacía tarde para ir a trabajar.

—¿Dónde está Lidia? —preguntó él por fin, ante su silencio.

—Tiene clase, se fue hace un rato.

Le cogió las flores que aún tenía en las manos, y fue a la cocina a ponerlas en una jarra con agua.

—Nunca me aprenderé el horario de sus clases —le dijo el pintor, desde la puerta.

—Las dejo aquí para que las vea mientras hace la cena. Y yo me tengo que ir corriendo, que casi no llego.

Paul la acompañó hasta el portal, insistiendo en que le gustaría pintarla. Al final convinieron en que sería solo un retrato, y Alba se despidió antes de echar a correr hacia la parada del metro.

Le tocaba de nuevo turno con Étienne. Entre cliente y cliente, su vehemente compañero le juraba que le rompería el corazón si no aceptaba salir con él, aunque solo fuera una vez.

José rondaba a su alrededor, poniendo los ojos en blanco con cada frase subida de tono que el otro le dedicaba. Alba pensó que debería dedicarle un poco de tiempo a su amigo y hacerle ver que perdía el tiempo suspirando por el francés. O tal vez debería decirle todo lo contrario, y animarlo a lanzarse a la piscina. Étienne solía presumir de que él estaba abierto a toda clase de nuevas

experiencias sexuales. Quizá el atractivo mexicano supiera darle lo que esas mujeres que solo le duraban una noche no le ofrecían.

—Étienne, ¿alguna vez te has montado un trío? —le preguntó, mirando a José de reojo.

—¿Con tu amiga Lidia? Lo sueño a diario desde que me la presentaste. Solo dime hora y lugar. Y que sea hoy, por favor.

—No hablo de Lidia. Olvídate de ella, ya está pillada.

El francés suspiró y se llevó una mano al corazón, exagerando su pena.

—Por ti, lo que sea, Alba, pero Marie no es mi tipo… —Marie era otra de las camareras del Starbucks, una francesa algo estirada, con la nariz tan fina que Alba estaba segura de que dormía con una pinza puesta para aplastarla.

—No es eso lo que digo… —Trató de reordenar sus pensamientos—. Me refiero a si alguna vez te lo has montado con otro tío y una chica.

—Mis labios están sellados.

—Y si el otro tío y tú… Bueno, ya sabes.

—Creo que estás dando muchos rodeos para preguntarme si soy gay. Y no, no soy gay. ¿No te ha quedado claro hasta ahora? ¿Tengo que dejar de usar desodorante o algo para que veas lo hetero que soy?

Étienne levantó un brazo y se olió la axila, y a continuación se dio golpes en el pecho con los puños cerrados. Alba le sujetó las manos entre risas.

—Te estoy preguntando si eres *bi*.

—No.

—Si alguna vez te ha gustado un chico.

—No.

—Ya sabes, en el instituto, en la facultad…

—No.

—Aquel tío con el que podías hablar de cosas más personales, contarle tus rollos, y sentirte más a gusto con él que con el resto de la pandilla…

—¿Cómo sabes eso? —Étienne enarcó las cejas, haciendo que sus preciosos ojos brillaran bajo la luz mortecina de la cafetería—. Vale, has acertado de casualidad. Pero eso no significa nada, Alba. A mí me van las tías, me gustan las tetas y las curvas y todo eso.

—¿Y si se te insinuara un moreno muy guapo, con el mentón de Chayanne y las caderas de Ricky Martin…?

Alba supo que había metido la pata cuando Étienne se giró para buscar a José, que limpiaba mesas al fondo del local.

—¿Te ha dicho algo sobre mí?

—No, no, no hablaba de José.

—Por supuesto que hablabas de él, moreno, guapo y latino.

Alba pilló al vuelo lo único que le interesaba escuchar.

—¿Te parece guapo?

—Tengo ojos en la cara, Alba, y sé reconocer cuando un tío es guapo, no creo que eso me convierta en gay.

—¿Saldrías con él si te lo propusiera?

Étienne inspiró hondo y miró al techo de la cafetería, soltando el aire entre un suspiro y un bufido.

—¿Es una apuesta o algo? ¿Te ha pedido él que le ayudes en esto?

—No, no, no sabe nada y a lo mejor estoy metiendo la pata. —Alba juntó las manos delante del pecho, como si rezara—. Por favor, no le digas nada.

Étienne aceptó, con gesto magnánimo, y se acercó a la caja al ver entrar a una pareja.

Durante un buen rato, atendió a un cliente tras otro, tan amable, risueño y servicial como siempre. Aun así, entre cliente y cliente, Alba pudo observar divertida cómo no dejaba de lanzarle miraditas de reojo al mexicano.

Sabía por experiencia propia que no hay nada más halagador que descubrir que le gustas a alguien. Hace que le mires con otros ojos, aunque ella sabía bien que eso te puede hacer caer en la trampa de iniciar una relación en la que simplemente te dejas querer.

—Nos estamos quedando sin vasos —anunció de repente, al ver que José entraba en el almacén.

—Pero si he traído hace un rato… —contestó Étienne.

Con un ágil giro de cadera, tapó el expositor que su compañero miraba.

—Es que no para de entrar gente —dijo.

Étienne se encogió de hombros y se fue al almacén. Alba se frotó las manos y se colgó una medalla del pecho. Esperaba que aquello

fuera el inicio de un bonito romance, y ella la mejor celestina de la historia.

José estaba bajando una caja de café muy pesada del estante más alto del almacén. Étienne dio un paso para ayudarle, pero se detuvo a contemplar el juego de los músculos de sus brazos y sus hombros en tensión. Dichosa Alba, seguro que solo le había dicho aquello para meterse con él.

—¿Buscabas algo? —preguntó José.

Se dio cuenta de que lo había pillado mirándolo con gesto pensativo. Se pasó la mano por la cabeza, desordenando sus cuidados rizos, y sonrió.

—Eh… Vasos, buscaba vasos.

—Pero si hace poco que los repuse.

—Y yo. Pero Alba…

—Ha sido Alba, claro.

Se quedaron mirándose, bañados en el aroma a café y chocolate del almacén. Una luz parpadeó y jugó con las sombras del rostro de José, volviéndolo más moreno, peligroso. De repente recordó que era boxeador, o lo había sido en su tierra natal. Étienne lo imaginó en un combate, puños en alto, el protector en la boca y la cabeza inclinada, como un toro a punto de embestir. Se pasó una mano por el estómago.

—¿Estás bien, *güey*? —preguntó José.

—El maldito capuchino, siempre me sienta fatal.

—*El mal del puerco* —se burló el otro.

—Siempre que me hablas en español me parece que me estás insultando.

—Es solo una forma de decir que habrás comido demasiado, Étienne, no creo que sea solo el capuchino.

Étienne se hizo a un lado para dejarle pasar. Sus ojos se encontraron por encima de la caja de café y las preguntas volaron en ambas direcciones. Un duelo de espadas que cada uno resistió como pudo.

—Sea lo que sea que te haya dicho Alba, no le hagas caso, ya sabes que le gusta inventarse historias.

—No me ha dicho nada.

—*Me vale madre*.

Ni se molestó en preguntarle el significado. Estaba implícito en

la forma en que se encogió de hombros y salió del almacén sin volverse para mirarlo.

Al quedarse solo se sintió tan avergonzado que notó como un fuego que le subía desde el estómago y le incendiaba la cara. Era el capuchino, se dijo, terco. Solo el maldito capuchino.

Cuando vio la cara con la que José salía del almacén, Alba supo que era mejor no hacer preguntas. Tomó posición en su puesto, comprobó que todo estaba en orden, suficiente suministro de cafés, tés, y demás especialidades; tazas limpias, y todo el resto de intendencia necesaria, incluidos los vasos que había fingido no tener.

En general, la rutina le servía para desconectar, podía viajar en su propio mundo interior y redactar capítulos de su novela mentalmente… Pero aquel día, en más de una ocasión, se encontró recordando los ojos tormentosos de Elliot d'Anglas, las sospechas del agente Harrison, y su hermoso vestido colgado de una percha en el dormitorio.

Miró el WhatsApp y vio el mensaje que ella misma se había enviado desde el teléfono de Elliot. «Hola, Alba». Ahí seguía, una semana después, sin respuesta.

Y entonces comprendió dos cosas. Una, que lo había escrito en español. Aunque eso no era importante, ¿no? Hasta el turista del país más lejano sabía lo que significaba «hola» en español, ¿verdad?

Y dos, que en realidad el mensaje se lo había enviado a sí misma, y a la que le tocaba responder era a ella.

Un: «Hola, Elliot», quizá. ¿O parecería una acosadora? No, qué tontería, tenía que haberlo hecho antes. Quizá comentar algo sobre lo bien que lo había pasado aquella noche en la ópera. Sería casi como un gesto de cortesía.

Tocó la pantalla, con la mano tan temblorosa que desplegó el menú en vez del teclado. Entonces un cliente la reclamó con un *excuse me* demasiado alto y desafinado. ¿Tanto tiempo llevaba abstraída como para poner nervioso a un inglés? Se guardó el teléfono en el delantal y esbozó su mejor sonrisa de princesa Disney, la que siempre le garantizaba buenas propinas.

Pasado

Aquella noche volvió a soñar con el pasado, con el arriesgado juego que le había servido para aprender el oficio al que se había dedicado sin ningún tipo de escrúpulos durante más de diez años.

Al despertar aún pensaba en aquella noche, en el último reto. O el primero importante.

Esta vez no se trataba de una baratija o una pequeña pieza de porcelana más o menos valiosa.

Mientras su amigo se hacía con la estrella del árbol navideño de los vecinos, él revisó los cajones del despacho del dueño de la casa y encontró varios miles de euros en efectivo. Los escondió en el bolsillo de su cazadora y no le dijo nada a su compinche de allanamientos.

A la mañana siguiente, el día de Navidad, dejó su ciudad natal atrás para siempre.

A lo largo de los años mejoró su técnica y sus objetivos. Conoció a Smith, el perista londinense, y se centró en las joyas. Un robo al año le daba para vivir y hasta para sacar adelante los estudios que no había podido empezar en su momento. Descubrió que le apasionaban los objetos hermosos, se podía pasar horas admirando las piedras preciosas y las delicadas filigranas de collares, anillos y pendientes de sus botines.

En los primeros tiempos, también pasó mucho tiempo en los museos. Apenas tenía para pagarse un alojamiento, y en invierno se estaba bien en aquellos locales inmensos, con su temperatura constante. Rodeado de obras de arte, soñaba con robar alguna para decorar el triste cuartucho en el que vivía. Por eso, cuando las cosas le fueron mejor, se decidió a estudiar Historia del Arte, y hasta soñó con crear sus propias obras.

Tuvo que añadir otra decepción a las muchas de su joven vida, no tenía talento para pintar y tuvo que conformarse con seguir

admirando a los grandes genios, y también a los artistas desconocidos que pueblan las calles de París.

El arte era su mayor y único amor en la vida solitaria que se había construido. Y las mujeres hermosas que pasaban por su vida, solo eran obras de arte vivientes de las que disfrutaba por unas horas, unos días, para luego renunciar a ellas, consciente de que no se puede poseer la belleza.

Una Cenicienta en el café

Elliot dejó atrás las obras interminables y echó a andar por la Rue de Seine. Quería caminar hasta agotar la adrenalina, y sentarse luego en un café a descansar.

Estaba harto del diseñador de interiores que parecía empeñado en cambiar su proyecto, del pintor que no entendía que solo quería las paredes en blanco, sin ninguna filigrana, del escayolista que quería poner molduras de palacio veneciano a un espacio que se había diseñado para pasar casi desapercibido… Ninguno de ellos comprendía su idea. Una galería debe ser solo un contenedor, lo más invisible posible, para lucir en sus paredes las obras de arte en cada exposición, las verdaderas protagonistas del evento.

Alargó el paso por el Boulevard Saint-Germain, con las manos en los bolsillos del vaquero, la cabeza gacha, sin mirar a las personas que se cruzaba. Hacía frío, cada vez más según avanzaba enero, y el cielo de un gris plomizo amenazaba lluvia. Sin embargo él apenas lo sentía, concentrado aún en aquella pelea diaria en la que se habían convertido las obras de la galería.

Quizá debería volver y gritar unas cuantas órdenes. Desahogarse, como el típico propietario autoritario. Pero lo cierto es que era un novato en todo aquello. Nunca había tenido un negocio ni personas bajo su mando, apenas sabía cómo lograr que hicieran lo que quería. Tal vez todo aquello le venía grande; tal vez era mejor olvidarlo y buscarse algún trabajo monótono con horario de oficina.

Aspiró hondo una bocanada de aire helado, buscando tranquilizar sus pensamientos, pero solo logró que el frío le inundase los pulmones.

Giró a su derecha en el Boulevard Saint-Michel, un poco más calmado, decidido a tomarse ese café y olvidarse por un momento del caos de las dichosas obras.

En la puerta de la cafetería más cercana había una pareja despidiéndose. Ella llevaba el delantal verde propio del negocio. Le vio darle dos besos al chico moreno que se marchaba. Lo despidió con la mano, antes de volver al interior del local.

Comprobó en su teléfono que era la ubicación que le había enviado por WhatsApp.

Ni una palabra en una semana, después de aquel «*Hola, Alba*» que ella misma había escrito en su móvil. Solo su ubicación. No entendía de qué iba el juego, pero ahora que la había visto con sus gafas de pasta y aquel horrible delantal, no podía resistirse a su llamada.

Lo saludó con una sonrisa sorprendida y le preguntó qué iba a tomar, con exagerada formalidad. Pidió un capuchino.

—No has mejorado en nada tu acento —bromeó, aprovechando que no había nadie más a la cola.

Alba le dijo el importe y le cobró, resoplando con la barbilla bien alta cuando le entregó la vuelta.

—Mi francés es perfecto, a veces me preguntan de qué barrio de París soy.

—¿Del barrio de Salamanca?

Ella abrió grandes los ojos tras las gafas de montura de pasta, sorprendida por su conocimiento de Madrid.

—De La Moraleja, en realidad.

—¿Y qué hace una chica de La Moraleja, hija única del dueño de la cadena de Hoteles LV, poniendo cafés aquí?

Señaló con un gesto a su alrededor, muy explícito, como si considerase aquel local poco menos que el infierno de las cafeterías parisinas.

—Dejo que mis hermanastras disfruten de la fortuna familiar y las Visa platino, y yo practico el papel de Cenicienta. En vez de limpiar chimeneas, lo mío son los posos de café.

—Y al anochecer vuelves en tu carroza calabaza al LV Champs-Élysées, donde un mayordomo y media docena de criados te preparan la bañera de la *suite*, y te sirven una cena de tres estrellas Michelin.

Alba miró al techo con gesto soñador, mientras se colocaba la melena castaña sobre un hombro para acariciarse las puntas. Elliot descubrió que, bajo la luz intensa del local, los mechones tenían

diferentes tonos que iban desde el marrón hasta el dorado. Brillantes como turmalinas.

—Ese sería un buen plan, sobre todo hoy que mi turno se alarga hasta el infinito.

Al fondo de la barra alguien dijo el nombre de Elliot. Se vio obligado a dejar a Alba para recoger su capuchino. La otra camarera, esta sí que era francesa, le lanzó una mirada más que invitadora mientras le entregaba el vaso de papel. Elliot se lo agradeció y caminó hasta la mesa donde estaba el surtido de azúcares, cacao, canela y demás para completar la bebida mientras Alba atendía a dos clientes que acababan de entrar.

Dejó el vaso sobre la mesa, olvidándolo al instante, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en una columna, dispuesto a esperar. Ella sonreía a la indecisa pareja, cantándoles las excelencias de sus productos. Su francés era impecable, pero disfrutaba con la broma.

No sabía exactamente qué era lo que le gustaba de ella, aparte de su ingenio y su sonrisa de buena chica, que explotaba con descaro. Ni de lejos era una belleza como Juliette, y tantas otras que conocía. No tenía la elegancia innata de las parisinas, ni su buen gusto al vestir; por debajo del delantal veía que llevaba mallas negras y unas bailarinas completamente planas. Ahora entendía por qué le parecía más baja que cuando la conoció en la ópera. Entonces llevaba unos tacones de vértigo, con la inconfundible suela roja de Louboutin; unos zapatos que costaban el sueldo que podía recibir por un mes de trabajo en aquel lugar. Por dos, en realidad.

Hacía calor en el local. Elliot se abrió la cazadora y vio que había captado la atención de Alba. Ella le dedicó una mirada reconocedora muy muy cálida. Desde la punta de las zapatillas deportivas, pasando por sus vaqueros gastados, el jersey de cuello vuelto y hasta su pelo recién cortado. La vio fruncir el ceño, como si intentara cuadrar su imagen *sport* actual con la del hombre elegante de la ópera. Aprovechando que no había más clientes a la cola, volvió al ataque.

—Entonces, dime, ¿cuándo termina el turno interminable?

—Ya me gustaría saberlo a mí. Todo depende de que llegue José.

—¿Quién es José?

La puerta se abrió en ese momento y entró un muchacho con cara de apuro, pelo pincho muy corto y un *piercing* en una ceja. Con los brazos en jarras, Alba salió de detrás del mostrador, fulminando con la mirada al recién llegado.

—Ya te vale, José, no puedes seguir llegando tan tarde. Étienne tenía prisa y me ha tocado a mí quedarme cubriendo tu turno.

—Lo siento, linda, es que perdí el metro.

—No me vengas con cuentos, no tengo tiempo para eso. Yo me voy, así que cámbiate y ponte a trabajar. —Caminó con él hasta la puerta del almacén, quitándose el delantal. Antes de desaparecer en su interior, se volvió para sonreír a Elliot—. ¡Ahora vuelvo!

No había entendido ni una palabra de aquella conversación. Alba se había dirigido en español al chico, suponía que su compañero. El acento de él era muy diferente, mexicano tal vez, pero el de ella… Oh, Dios, era absolutamente delicioso.

Por hacer algo, añadió un poco de azúcar y cacao a su café, lo revolvió con uno de aquellos absurdos palitos de madera y lo probó. Desde luego, los había tomado mejores y el vaso desechable no ayudaba. Sabía a papel mojado.

Alba apareció en la puerta del almacén, aún riñendo con su compañero, pero ahora ya entre risas. Se había quitado el delantal. Por encima de las mallas lucía un vestido estampado de flores. Con las bailarinas, una chaqueta gruesa de lana que parecía heredada de su abuela, y el gorro con pompón que llevaba en la mano, parecía una niña lista para ir a la pista de patinaje.

—Soy libre y toda tuya —le dijo, acercándose.

Por supuesto, no entendió ni palabra de aquella frase. Su español básico no iba más allá de *hola y paella*. La miró desconcertado, todo en ella era desconcertante, y entonces Alba se dio cuenta de lo que había hecho y rompió a reír.

—No sabes nada de español, ¿verdad? —preguntó entre risas.

Le puso una mano en el hombro, y se inclinó hasta recostarse sobre su pecho y hablarle al oído. «Yo te enseñaré», le susurró en francés, logrando que se le erizara la piel que le acarició con el aliento. Notó cada centímetro de su cuerpo, cálido y deliciosamente curvilíneo, amoldándose al suyo.

Podía vestir como una niña, reír como una niña, pero debajo de

aquella ropa estaba la mujer que había conocido en la ópera envuelta en satén. Y él iba a necesitar algo más que un café para resistirse a tantos encantos.

Café con *macarons*

Alba temía que Elliot se fuera mientras ella se cambiaba en el almacén y aprovechaba para echarle un sermón a José. Su amigo estaba poniendo en peligro su puesto de trabajo, y además obligaba a sus compañeros a cubrirle. Algo pasaba entre sus dos compañeros favoritos porque llevaban días esquivándose, procurando no coincidir ni en los turnos ni en los cambios. Como era una entrometida sin remedio, les había preguntado a los dos por separado. Lo habían negado con tanto apuro que le había quedado claro que el problema era grave.

Por eso se alegró tanto al ver que Elliot seguía allí, mirando su capuchino como si fuera un vaso de arsénico. Se le acercó con la mejor de sus sonrisas, sin darse cuenta de que le hablaba en español.

Se apoyó con descaro en su pecho para hablarle al oído y pudo notar bajo la mano el latido acelerado de su corazón cuando su aliento le rozó la oreja. Elliot dejó que se separara de él, sin tocarla voluntariamente ni hacer un ademán de retenerla. Alba pudo leer en su rostro la lucha que mantenía consigo mismo para fingir que su contacto no le afectaba.

—No es tan malo —dijo en francés, al ver que tiraba el vaso a la papelera.

—Déjame que te invite a un sitio donde sirven café de verdad.

—¿En taza de porcelana? —preguntó ella, poniéndose el gorro y metiendo algunos mechones rebeldes debajo de la lana.

—Con cucharilla de plata.

Elliot le ofreció su brazo, y ella lo enlazó con la mejor de sus sonrisas. No podía parar de sonreír. Se sentía terriblemente feliz por volver a verle.

—Dime, ¿cómo me has encontrado? —le preguntó, mientras

bajaban por el *boulevard* hacia la orilla del Sena.

—La localización del WhatsApp era bastante exacta.

—¿La… localización?

Alba no sabía de qué estaba hablando. Lo miró confundida y de repente notó que se hacía una luz en su mente. Sacó el móvil y comprobó sus mensajes. Ahí estaba. Cuando había guardado el teléfono con tanta prisa, tocó la opción de enviar localización. Notó el calor que subía por su cuello, cubriendo de rojo sus mejillas.

—No sabía si era una invitación o una petición de socorro —bromeó Elliot, consciente de su apuro.

—¿Venías dispuesto a rescatarme?

—Por supuesto.

—Ten cuidado con lo que ofreces, siento debilidad por los príncipes azules.

Él frunció un poco el ceño, y cuando Alba trató de adelantarse un paso, la detuvo, señalándole el semáforo en rojo que le impedía cruzar la calle. Un coche pasó tan cerca que Alba tuvo que dar un saltito atrás y volvió a encontrarse pegada a su cuerpo. Se estaba tan bien allí, que podría quedarse a vivir para siempre.

—Se me da mejor el papel de villano. —Le aseguró Elliot, inclinando la cara para acercarla peligrosamente a la suya.

—Acabas de salvarme de un atropello.

—Forma parte de un retorcido plan para ganarme tu confianza.

—Interesante. En el fondo, los príncipes azules son bastante aburridos.

El semáforo ya había cambiado a verde, y por Alba podía cambiar cuantas veces le diera la gana, que ella no pensaba dar un paso.

—Eres demasiado confiada. Podría ser un indeseable.

—Eso lo dudo.

Se mojó los labios con la punta de la lengua, sintiendo de repente la boca muy seca. A ella no le parecía en absoluto un indeseable. Todo lo contrario, era la cosa más deseable que había en varios kilómetros a la redonda.

Al final, Elliot decidió por ella y la obligó a avanzar para cruzar la calle.

—Te vi en la puerta de la cafetería, despidiendo a un chico.

—Étienne —aclaró ella—. Otro compañero.

—Te llevas muy bien con tus compañeros. ¿Va con el contrato, u os ponen algo en el café para fomentar ese buen ambiente?

—Ja, ja, ja, no creas, no todos son tan majos. Étienne y José son buenos amigos, y nada más, por si te lo estás preguntando.

—No pretendía insinuar nada.

—Sí que lo pretendías. Como te he dicho antes, aunque no me hayas entendido, soy libre y toda tuya.

Le vio parpadear, confuso. Supuso que no estaba acostumbrado a que una chica fuera tan directa.

—Yo…

—Por favor, dime que no tienes una relación seria con aquella chica, ¿Juliette, verdad? O con cualquier otra, para el caso.

Giraron a la izquierda, hacia la Place Saint-André des Arts. Elliot se tomó su tiempo, hasta que estuvieron sentados en un agradable café, para contestarle.

—No tengo ninguna relación, ni seria ni de las otras, en este momento.

—¿Cómo es posible? —preguntó sin poder contenerse—. ¿Están locas las francesas?

Era consciente de que lo desconcertaba a cada palabra. Observó con mirada felina cómo él se quitaba la cazadora, apreciando lo bien que le sentaba el jersey de punto, que se ceñía a su ancha espalda. El camarero se acercó, y dejó que él pidiera café y pastas para los dos.

—¿Siempre dices lo que piensas?

—Creo que es una actitud muy sana.

—A veces podría ser cruel.

—Intento frenarme a tiempo, no creas, también tengo mi sensibilidad.

Se recostó en la silla, cruzando las piernas. Le vio repasar su atuendo por enésima vez. Desde luego no era el fabuloso vestido de Vuitton, que llevaba cuando se conocieron, ni ningún elegante modelo francés de *Prêt-à-porter*. Aquel era su verdadero su estilo; esperaba que él no se sintiera decepcionado y que no se enfriase el evidente interés que le había hecho seguirla hasta el interior de su cafetería.

El camarero volvió con dos olorosas tazas de café y una bandeja con *macarons* de distintos colores. Como una niña golosa, se lanzó

a por uno de frambuesa, relleno de chocolate. Lo masticó con los ojos cerrados, devorándolo de dos bocados.

—Oh, Dios, esto me aporta tanta felicidad…

—¿No tenéis pastas así en tu cafetería?

Abrió los ojos para lanzarle una mirada amenazadora.

—No es mi cafetería. Si lo fuera, tendría camareros como ese. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el elegante y atractivo joven que les había servido—. Y los mejores reposteros de París. Nada de tartas de queso y zanahoria.

Elliot se rindió, divertido, ante aquella entusiasta sinceridad. Añadió azúcar a la taza, revolviendo con la cucharilla mientras parecía pensar en lo que iba a decir a continuación.

—Ahora recuerdo que me dijiste que estudiabas literatura francesa.

—No es eso lo que me quieres decir. —Casi le interrumpió ella.

—¿A qué te refieres?

—Tengo la impresión de que deseas decirme algo desde el momento en que me viste, y que no te decides.

Estaba claro que su cara de póker no la engañaba. Sin duda era muy bueno disimulando sus pensamientos, pero ella parecía tener un sexto sentido para esas cosas, casi como un superpoder de heroína de cómic. Era como el Profesor Xavier de los X-Men, versión femenina y sin señales de calvicie.

—Lo que ocurrió aquella noche en la ópera, con tu padre…

—Ah, no, eso está totalmente olvidado. —Alba lo descartó con una mano, y tomó otro *macaron*, jugueteando con él en vez de llevárselo a la boca—. Mi padre puede ser muy gruñón.

—Y ahora me dirás que en realidad es un pedazo de pan.

—Tampoco tanto. —Soltó una pequeña carcajada—. Trata a la familia como si fuéramos sus empleados, o mejor, su pequeño ejército, y él un general de los de sable y mostacho. —Le dio un pequeño mordisco al pastelillo—. Pero bueno, es mi padre y le quiero. Qué remedio, ¿no?

Elliot asintió con la cabeza, pero Alba creyó ver algo nuevo en el fondo de sus ojos, algo frío y oscuro que antes no estaba allí.

—No dejes que se te enfríe el café —le recomendó, dejando atrás el tema.

—En realidad, lo más divertido de aquello fue conocer al agente

Harrison de la Interpol.

La expresión de Elliot no varió. En realidad, pareció convertirse en una especie de esfinge inmutable.

—¿Un agente de la Interpol? ¿Esto tiene que ver con el robo de las joyas de tu madrastra?

—Supongo, aunque él no me dijo que estuviese investigando concretamente ese robo.

—¿Y qué te dijo?

—Quería saber de qué te conocía e hizo algunas insinuaciones… —Alba rio y se llevó un dedo a la sien, haciendo ver que el extraño hombrecillo le parecía un pirado—. En realidad, no me creí que fuera agente de la Interpol.

Y entonces Elliot hizo una pregunta que la sorprendió.

—¿Así que me sigue el rastro?

—Eso parece.

La luz del día desapareció del exterior de repente. Por la ventana pudo ver cómo la sombra de una gran nube cubría al café y las personas que estaban dentro, oscureciéndolo todo. Alba tuvo un presentimiento. Como si una voz dijera en el interior de su cabeza que no siguiera por aquel camino, que no le iba a gustar lo que podía descubrir.

Él habló antes de que ella reaccionara a aquel pensamiento, mientras consultaba su reloj de acero, con gesto impaciente.

—Me temo que se me hace tarde.

—¿Tienes que ir a trabajar?

—Eso parece. ¿Y tú? ¿Has terminado por hoy en el café?

—Pues sí, pero también se me hace tarde. Lidia me mata si llego tarde a cenar. —Elliot le dirigió una mirada interrogativa—. Es mi compañera de piso —aclaró—, estudia cocina, y yo soy su muñeco de pruebas.

Dejó que él pagase la cuenta mientras se preparaba para irse, poniéndose la bufanda y el gorro de forma que apenas quedaba visible la mitad de su cara.

—Te acompaño —le dijo Elliot, ya en la puerta.

Por suerte la parada del metro estaba muy cerca, así que Alba aceptó su compañía, por más que era evidente que los pensamientos de Elliot estaban ya muy lejos de ella y de aquel lugar.

—Siento haber nombrado a ese loco de Harrison, parece que te

ha molestado.

—No es agradable saber que un supuesto agente de la Interpol va por ahí haciendo preguntas sobre mí.

—No pasa nada, si no tienes nada que ocultar.

Ella mostró su gesto más ingenuo y una sonrisa comprensiva que desperdició por completo porque él ya no la miraba.

—Me ha encantado verte, Alba, pero ahora, de verdad, tengo mucha prisa.

No podía dejar que se fuera tan disgustado. Se puso de puntillas, apoyándose en sus hombros, y lo besó en las dos mejillas, manteniendo el contacto un poco más de lo apropiado.

—A mí también me ha encantado. Tenías razón con el café, era delicioso.

Él asintió, y se giró para marcharse, haciendo apenas un gesto de despedida con la mano. Alba se quedó parada, ante las escaleras de bajada al metro, admirándole sin recato. Sus hombros se veían anchos bajo la cazadora negra, y aquel vaquero parecía fabricado a medida para resaltar su estupendo culo.

Desapareció de su vista, y se vio obligada a sacudir la cabeza para salir de su ensueño. Cuando empezaba a bajar las escaleras, se dio cuenta de que ni habían insinuado una próxima cita.

Su mente, siempre tan optimista, decidió que cuando quisiera volver a verla solo tenía que buscarla en el trabajo.

Su corazón, un poco dolorido, tenía dudas por aquella brusca despedida.

Otras partes de su cuerpo, y las hormonas que las controlaban, se debatían entre la resignación y la pataleta al perder de manera tan brusca el objeto de su deseo.

Desbrozando el monte

En casa no la esperaba la cena prometida, y la voz de Lidia tarareando en el baño le hizo temer que de nuevo estuviera sumergida en la bañera con su tritón.

—¿Lidia? —preguntó con cautela, para hacer notar su presencia.

—¡En el baño! Estoy desbrozando el monte.

Alba se acercó hasta la puerta, sin atreverse a abrirla por temor a lo que pudiera encontrarse. Sabiendo lo adicta que era su amiga a la depilación brasileña, dudaba que tuviera mucho que desbrozar.

—¿A tu isleño no le buscan los bosques frondosos y salvajes? —bromeó.

—No para este cuadro. Quiere pintarme como una diosa griega, larga melena al viento, y nada que oculte mi perfecto cuerpo.

—Como se entere tu madre, te va a coger por esa larga melena y llevarte a rastras de vuelta para España.

Alba siguió el pasillo hasta su habitación, donde se quitó la chaqueta y se dejó caer sobre la cama, suspirando agotada. El sueño estaba a punto de vencerla cuando Lidia apareció en la puerta, con una sonrisa traviesa, se puso una mano sobre los pechos, y otra sobre el pubis perfectamente rasurado. Solo le faltaba la concha gigante para representar *El nacimiento de Venus* en vivo y en directo.

—¿Qué te parece? —preguntó, sin importarle los ojos en blanco de Alba.

—Que Boticcelli se estará removiendo en su tumba por no poder pintarte. Ahora sé una buena chica, vístete y prepara la cena antes de que desfallezca.

—Eso me solía decir Henri, y ya sabes dónde le dije que se metiera sus órdenes —le respondió Lidia.

Alba recordó al tal Henri, el guapísimo primer ligue de su amiga

en París, del que solía contar que era muy bueno en la cama y completamente descerebrado fuera de ella.

—¡Largo! —le gritó Alba, lanzándole un cojín que no llegó a su destino.

Lidia le sacó la lengua y se fue, meneando su trasero desnudo con afectación.

—Qué aburrida eres.

—Pierdes el tiempo conmigo. Si quieres practicar juegos de chicas, recuerda que Celine sigue esperando tu llamada.

Celine era otra camarera de su cafetería. Una chica de pelo corto y rasgos afilados, con más músculo que Étienne y José juntos.

—No es mi tipo —dijo Lidia desde su habitación. El apartamento era tan pequeño que podían seguir la conversación desde cualquier punto.

—¿En serio? —Alba se retorció sobre la cama, estirando su espalda dolorida por demasiadas horas de pie—. ¿Tienes un tipo de chica preferido?

—Por supuesto, ¿tú no?

—Eh… No sé. Tendría que pararme a pensarlo.

—Pues yo lo tengo claro. —Lidia volvió a aparecer, llevaba solo puesta una larga camiseta que le tapaba hasta medio muslo. Alba rezó para que al menos se hubiera puesto unas bragas—. No me gustan las de aspecto masculino, pelo corto y espalda ancha. Si me ligara a una tía, preferiría que fuera muy femenina, suave y delicada.

—Veo que lo tienes todo pensado. —Alba gimió, deseando acabar con aquella conversación y poder llevarse algo a la boca.

—Tal vez alguien como Denise, ¿sabes? La pelirroja del curso de cocina. Me fascina esa piel tan blanca, y las pecas, y…

Alba se tendió boca arriba, fingiendo estar al borde del desmayo.

—Cocina… Hambre… Muerta…

—Vale, vale. Capto la indirecta.

—¿Indirecta? Creía que estaba siendo muy directa.

—Ahora por protestar tanto, te conformarás con una ensalada.

—¿Solo una ensalada? ¿Le pondrás queso? ¿Y nueces? ¿Un poco de tu salsa especial de yogur?

Lidia se marchó hacia la cocina y Alba se quedó en la cama, relamiéndose de anticipación. Decidió que era mejor entretenerse

con algo, para acallar los rugidos de su estómago. Se sentó ante el portátil y revisó lo que llevaba escrito antes de añadir unos párrafos.

¿En qué estaba pensando? Ella solo era una camarera más de las muchas que servían cafés a lo largo y lo ancho de toda Europa en las cafeterías Staryou.

Y él era su jefe.

No su jefe directo. Era el jefe de su jefe, el jefe de todos los jefes. El jefazo. El CEO de la empresa propietaria de Staryou, lo que sea que signifiquen esas siglas.

Y según la revista Amore, se iba a casar con la hija del dueño de la mayor suministradora de café de Colombia. Un matrimonio por amor, obviamente.

En su vida no había sitio para una Cenicienta cubierta de posos de café.

Poco rato después, Alba estaba sentada en la pequeña mesa de la cocina, devorando a grandes bocados puñados de canónigos bien aliñados con salsa de yogur.

—Sí que tenías hambre.

Lidia comía despacio, pequeños bocados seleccionados, sentada con la espalda derecha y las piernas cruzadas, con el tenedor en alto como si solo con mirar la comida ya le alimentara. Parecía estar posando para alguna revista femenina en un artículo sobre la dichosa operación biquini de cada primavera.

—Es que está buenísimo. Algún día harás muy feliz a un hombre.

—Ya hago muy feliz a mi hombre, y ni siquiera ha probado mi cocina.

—Pues cuando la pruebe, no te librarás nunca de él.

—Quizá no quiera hacerlo.

Alba siguió comiendo, sin decidirse a comentar aquellas palabras. Lidia nunca se tomaba sus relaciones muy en serio, le duraban mientras se divertía, y, en cuanto dejaban de hacerlo, pasaba a otra cosa sin dramas ni remordimientos. No creía que con Paul fuera a ser diferente. Tal vez la tenía fascinada porque era pintor y nativo de una tierra exótica, pero lo que ahora era una novedad, también le cansaría con el tiempo.

—Paul me ha pedido que pose para él —le confesó, como si no

tuviera importancia, y sin pararse a respirar siguió hablando—. La salsa hoy te ha salido mejor que nunca…

—¿Desnuda?

Los halagos no iban a servir para distraer su atención, estaba claro.

—Por supuesto que no… —Ante su rápida respuesta, Lidia enarcó las cejas con aquel gesto suyo de actriz de cine mudo—. Le dejé bien clarito que no me desnudo delante de los novios de mis amigas…

—¿Cuándo lo viste?

—Vino a mediodía, buscándote. —Se giró en la silla para buscar la jarra con las flores de Paul—. Las trajo para ti —aclaró—. Dice que no sabe tus horarios. Deberíais tener una agenda compartida o algo…

Las cejas de Lidia seguían enarcadas, prueba de que no iba a conseguir distraerla con su verborrea.

—¿Se quedó mucho rato?

—Yo estaba saliendo para el trabajo. Dejó las flores y bajamos juntos. —Apoyó los codos sobre la mesa y la cara entre las manos, enmarcándola—. Le dije que tal vez un retrato…, si te parece bien.

Exageró su carita de niña buena y logró que las arrugas de tensión que cruzaban la frente de su amiga empezaran a disolverse. La vio mirar las flores con gesto soñador.

—Es un gran pintor, ¿sabes?

—Estoy deseando ver sus cuadros.

Una vez aclarado el tema, siguieron comiendo como si no hubiera pasado nada. Como si Lidia no hubiera estado a punto de clavarle un tenedor a su mejor amiga solo por hablar con su chico. Su Lidia, la que no conocía el significado de las palabras celos y posesividad. Alba deseó que fuera solo un trastorno mental transitorio.

—Hoy he visto a Elliot —dijo Alba, dejando su tenedor sobre el plato casi vacío—. Bueno, en realidad me ha visto él a mí. Ha entrado en el Starbucks a pedir un capuchino que le pareció horroroso, y ha insistido en invitarme a un café en otro sitio. Pero José llegaba tarde, y yo no podía salir, y…

—Espera, espera, espera. ¿Quién es Elliot? —Lidia la miraba con el ceño fruncido, y Alba casi pudo ver los engranajes de su mente

girando, como las ruedecillas de un reloj, hasta que encajaron con un suave clic—. ¡El tío bueno de la ópera!

—Ese.

—¿Te ha estado buscando?

—No. Lo que pasó es que… sin querer… le envié mi localización por WhatsApp.

—Sin querer, ya.

—Lo juro.

Alba levantó la mano izquierda y Lidia se la bajó entre risas.

—Se jura con la derecha, tonta.

—Soy zurda.

—No te enrolles y cuéntame todo de tu ligue de la ópera.

—Hablamos, bromeó conmigo sobre el café, y acabamos tomando uno en Saint-André des Arts…

—*Blablablá*. —La interrumpió Lidia—. Dime lo que quiero oír, ¿está tan bueno como recordabas? ¿Te gusta ahora más que el día de la ópera?

Alba compuso un gesto formal, como un médico a punto de dar malas noticias.

—Siento decirlo, pero está más bueno que tus ensaladas.

Lidia se llevó una mano al corazón.

—Eso es una blasfemia. —Tomó su copa y bebió un pequeño sorbo, sin dejar de mirarla por encima del cristal—. Estás coladita por él.

—¿Coladita? ¿Estamos aún en el instituto?

—Mejor dicho, muy muy coladita. *Requetecoladita*.

Alba miró al techo y suspiró. Sí, vale, Lidia la conocía demasiado bien.

—Cuando lo tengo adelante siento que estoy a punto de derretirme como un muñeco de nieve al sol —reconoció, dejándose caer contra el respaldo de la silla—. Y otra vez nos han interrumpido cuando la cosa se ponía interesante. En la ópera fue mi padre, después en el hotel, su «amiga» la modelo de Victoria's Secret, y ahora el maldito George Harrison.

—¿El de los Beatles? ¿No está muerto?

—El agente de la Interpol, Lidia, ¿no escuchas nada de lo que te cuento?

—Solo cuando hablas del tío buenorro, no de aburridos

detectives de novela. —Le guiñó un ojo para demostrar que sí se acordaba del agente Harrison de la Interpol, y de su parecido con el literario Hércules Poirot—. ¿Qué pasa con él? ¿Os está siguiendo?

—No, no, me refiero a que nos interrumpió metafóricamente. Fue nombrarle, y a Elliot le entró una prisa tremenda por terminar un trabajo urgente.

—Qué sospechoso…

—Es todo tan absurdo. —Alba se removió en su silla, y al final se puso en pie y comenzó a recoger la mesa—. Como en alguna comedia americana, ¿te imaginas? El protagonista es un ladrón de guante blanco, guapo y elegante, que se aloja en el mismo hotel que sus víctimas, acude a la misma ópera y se codea en la alta sociedad.

—*Atrapa a un ladrón*, con Cary Grant y Grace Kelly. Me encanta esa película.

—Y a mí, pero no creo que existan ladrones como Cary Grant.

—Yo prefiero pensar que sí. —Lidia fingió un suspiro emocionado y le entregó su plato—. ¿Y cuál era ese trabajo tan urgente que tenía que hacer tu hombre misterioso?

—No me lo ha dicho. Ni que me llamaría ni nada.

Alba dejó de apilar los platos usados en el fregadero, y se volvió con gesto exageradamente compungido.

—Ahora sabe dónde trabajas. Volverá, ya lo verás —aseguró Lidia con la mirada puesta en su copa, en la que el vino blanco relucía con brillos dorados bajo la luz de la lámpara.

—Si lo dice tu bola de cristal.

—Le gustas, Alba, mucho. Después de conocerte con ese maravilloso Vuitton te ha reconocido con la pinta que llevas y un delantal verde de jardinero. Eso es amor, niña.

Alba se miró su vestidito de flores, casi indignada por el comentario. Lidia tenía razón, era lo más diferente al escandaloso vestido lencero de la ópera que se podía poner.

—Espero que aciertes. —Juntó las palmas de las manos y mira al techo con exagerada actitud orante—. Que vuelva y tengamos una cita de una bendita vez. O moriré de frustración recordando cómo le quedaban esos vaqueros.

Lidia detuvo el balanceo de la copa y la miró a través de ella, con una sonrisa muy traviesa.

—Lo de los vaqueros no me lo has contado. Quiero detalles,

muchos.

Venganza

No descubrió el desastre que había dejado atrás hasta mucho tiempo después. Años, en realidad.

Su amigo, su hermano, su compañero de aventuras, fue detenido y condenado a varios años de cárcel. Las joyas que regalaba a sus novias lo descubrieron.

Sus padres habían sufrido varios reveses económicos, y habían perdido las amistades e influencias que tal vez hubieran evitado o reducido la condena de su único hijo.

No fue capaz de reunir el valor suficiente para tratar de contactar con él, escribirle o visitarle en donde cumpliera condena. Le avergonzaba haberlo abandonado así a su suerte, y aún más saber que en ningún momento había confesado tener un cómplice, a pesar de que la policía aseguraba en los periódicos de la época de la detención que suponían que podía tratarse incluso de una banda organizada. Había leído toda aquella información en la hemeroteca y luego decidió olvidarla.

Y ahora llevaba semanas dándole vueltas a aquella historia, solo porque se había cruzado en la ópera, semanas atrás, con un desconocido que le recordaba a su viejo amigo.

¿Se estaba volviendo loco?

¿Acaso lo estaba siguiendo?

¿Buscaba algún tipo de venganza?

Y lo más preocupante… ¿Sería él el imitador que copiaba su forma de trabajar desde hacía un par de años? ¿El que había empezado a romper relojes para confundir a los investigadores sobre la hora en la que ocurrían los robos?

¿Sería él el auténtico Ladrón de Medianoche?

Blanco es blanco

Elliot se volvió al escuchar la puerta abrirse y vio aparecer a Paul Bruat, el hombre en cuyo arte había confiado el éxito de su galería.

—¿Piensas quedarte trabajando toda la noche?

—He despedido al pintor. No entiende que el blanco es blanco. Ni blanco roto, ni blanco nube, ni, por favor, blanco vainilla. ¿Qué demonios es blanco vainilla?

Bruat se encogió de hombros y se paseó por la estancia, estudiando las pruebas de color en la pared.

—Quizá el blanco puro que te gusta resulte muy frío.

—Esto no es un *spa* ni un restaurante, quiero que las paredes pasen desapercibidas. Lo único importante es lo que vamos a colgar de ellas.

Se dio la vuelta y chocó con los botes de pintura apilados en una esquina con la suficiente fuerza como para volcarlos. Por suerte, estaban bien cerrados.

—¿Y si lo dejas por hoy y nos vamos a tomar unas cervezas?

Elliot asintió y se puso la cazadora bajo la mirada paciente del otro hombre. Le gustaba Paul Bruat. Había descubierto sus obras en Internet y, al saber que vivía en París, no había dudado en concertar una cita para pedirle ver los originales. En pocas horas habían llegado a un acuerdo para que fuese el artista que inaugurara su galería. Pero no era solo trabajo, Paul era un tipo tranquilo y optimista, a pesar de que prácticamente vivía del aire desde su llegada a Francia. A este paso sería el primer hombre al que llamaría amigo en muchos años.

—¿No has quedado hoy con tu chica? —le preguntó, mientras caminaban por las calles vacías, buscando algún bar abierto.

—Estuvimos toda la tarde en el estudio. Me encanta dibujarla, no es solo que sea preciosa, ¿sabes? Es… pura inspiración.

Entraron en The Bombardier, donde podían combinar las cervezas con unas buenas hamburguesas.

—Necesitamos ese cuadro. Creo que va a ser la pieza central de la exposición.

Paul hizo unas señas al camarero y encargó las bebidas, mientras consultaban la carta.

—Gracias, Elliot, por confiar en mí —dijo, dejando el menú a un lado para mirar a su nuevo amigo—. Sé que te juegas mucho, y espero que todo salga bien para los dos.

—Eres muy bueno, Paul, y tus cuadros se merecen una galería de las grandes. Soy yo el que te está agradecido. Esto es solo el comienzo.

El camarero les sirvió dos jarras de cerveza cubierta de espuma, y los dos hombres las chocaron en un sonoro brindis.

A la tercera cerveza, Elliot ya ni se acordaba del desagradable agente de la Interpol que hacía preguntas indiscretas. Sin embargo, una vez más, no podía dejar de pensar en la sonrisa de Alba Lerna, y en volver a verla con un vestido tan escaso como el que llevaba la noche de la ópera. O sin nada. Mucho mejor.

—¿Quién es la chica? —preguntó Paul.

—¿Qué?

—Estás mirando a la nada y sonriendo. Y no creo que el camarero sea tu tipo, así que supongo que estás viendo algo que solo está en tu cabeza.

Enfocó al camarero al que se refería Paul, y que estaba justo en la línea de su mirada. No, no era su tipo. Bueno, ya ni sabía cuál era su tipo. Llevaba años rodeado de modelos de pasarela y ahora se quedaba embobado al recordar a una niña con mallas y un vestido de flores.

—La he visto dos veces. A primeros de enero, y esta misma tarde. Pero no logro sacármela de la cabeza.

—Entonces tendrás que verla más a menudo —dijo el pintor, abriendo las manos para resaltar lo obvio—. Quizá sea tu destino.

—Quizá —dijo pensativo antes de volver a beber de su jarra.

Ojalá el destino se le hubiera revelado un poco antes. Antes de pifiarla buscando la financiación de Enrique Lerna para su negocio, y quedar así marcado para siempre como un cazafortunas. Antes de tomar decisiones que hacían que se sintiera un miserable cuando

estaba con Alba.

Pero nadie podía hacer retroceder el tiempo ni borrar los errores del pasado. Y no estaba dispuesto a dejarse castigar por lo que ya no tenía remedio.

Tenía el teléfono de Alba y sabía dónde trabajaba. Ahora solo necesitaba reunir el valor para volver a verla.

Alba llevaba todo el almuerzo mirando fascinada el tatuaje que asomaba bajo la camiseta de manga corta de Paul. La tinta negra formaba dibujos geométricos que le cubrían toda la piel hasta el codo.

Por fin se había decidido a preguntarle si tenía algún tipo de significado; antes de responderle el pintor se quitó la camiseta, dejándola sin aliento con la visión de sus marcados pectorales.

—Primero fue el hombro —le explicó, pasando la mano por la articulación, como sin aún doliera—. Tenía trece años, y esto me convirtió en un hombre.

El intrincado dibujo comenzaba en la base del cuello, y seguía trazando líneas, arcos y círculos por toda la piel del brazo hasta el codo. Otra rama se abría en espiral sobre el pecho para enroscarse alrededor de su pectoral y terminar en forma de cuerno afilado.

—Un hombrecito —se burló Lidia, que estaba sirviendo el postre, una maravillosa macedonia de papaya, mango y piña.

—A esa edad ya medía casi tanto como ahora. —Presumió Paul, para nada ofendido.

—¿De alto? —interrogó Lidia, y su mirada descarada acarició su pecho desnudo y más abajo, en una clara insinuación.

Alba siguió recorriendo el tatuaje con la vista, ajena a las insinuaciones con doble sentido que se lanzaban. Era como un laberinto, y la tentaba a seguirlo con las manos, buscando la salida.

—Puedes tocar —la invitó Paul, y al momento ella le deslizaba las yemas de los dedos por la curva del hombro.

—Eso, no te prives —intervino Lidia, pinchando un trozo de fruta tres veces seguidas, hasta convertirlo en papilla.

Alba se echó atrás en la silla, sorprendida por el tono de su amiga. Lidia nunca se había sentido molesta antes porque ella hablase con uno de sus ligues, y tampoco era el primero que flirteaba con ella abiertamente.

—Esto está buenísimo —dijo finalmente, comiéndose el postre

como una niña buena.

—Son frutas típicas de mi tierra —les dijo Paul.

—Lo sé. —Lidia bebió de su copa de Chardonnay, con gesto de suficiencia—. No puedo cocinar al estilo tradicional, haciendo un hoyo en la arena para el fuego, pero quizá algún día viajemos a tu país, y podré ver cómo lo hacen.

—Me parece una idea maravillosa.

Cuando Lidia se puso en pie, para recoger la mesa, Paul la envolvió por la cintura y la sentó sobre sus piernas. Ella rio, apoyando las manos abiertas sobre su pecho desnudo.

—Ya recojo yo —anunció Alba, viendo que la distracción iba para largo.

En la cocina, mientras lavaba los platos con la música puesta a todo volumen para no escuchar lo que pudiera estar pasando fuera de aquellas paredes, se reía sola al pensar que su amiga por fin estaba pillada. Y no le extrañaba; Paul tenía un atractivo demoledor, la piel morena y los rasgos fuertes de los nativos isleños. Para dedicarse a una actividad tan estática como la pintura, lucía un cuerpo de entrenador de gimnasio, y además estaba aquel fantástico tatuaje. Se preguntó si tendría alguno más en otras partes del cuerpo aunque, vista su afición a presumir de ellos, supo que no debía preguntárselo, por si acaso.

No, las chicas nunca saben, cantaba Franz Ferdinand en su reproductor de mp3, y Alba esperaba que Lidia sí supiera lo que estaba haciendo. Solía encapricharse de hombres muy atractivos, y luego los descartaba con facilidad, con cualquier excusa sobre incompatibilidades personales. Pero Paul parecía hecho a medida para ella, y sus defensas empezaban a quebrarse. La prueba definitiva eran esas raras demostraciones de celos, algo inaudito en la alegre y liberal Lidia. Esperaba que solo fuera una etapa ligada al enamoramiento, y que, con el tiempo, si su relación se afianzaba, su amiga lograra tomárselo con más calma.

Una campanilla la advirtió de que su móvil estaba recibiendo mensajes de texto. Eran sus hermanastras, Rocío y Belén, a vueltas con el cumpleaños de su prima, que estaba organizando un fiestón a medias entre los quince de los latinos y una puesta de largo a la antigua usanza en el Ritz. Ya les había dicho varias veces que no pensaba ir, tenía exámenes esa semana en la facultad, y tampoco

podía pedir días en su trabajo. Pero ellas se empeñaban en contarle hasta el último detalle, en especial Belén, la *fashion victim*, que no dejaba de enviarles fotos de vestidos *ideales* para la fiesta.

ALBA: No puedo ir. Ese *finde* es la inauguración de la expo de Paul. Ya me contaréis todo:-).

BELÉN: *Ke* pasada.

BELÉN: Pesada:-(.

ALBA: Yo también te quiero :P.

Por fin la dejaron en paz y pudo terminar de recoger la cocina. No se esforzó demasiado, sabía que después Lidia haría su propia limpieza. Todo tenía que estar inmaculado en su altar culinario, para que ella pudiera concentrarse en la creación de sus deliciosos platos.

Comprobó la hora en el reloj y se dio cuenta de que llegaba tarde a trabajar. Salió corriendo de la cocina, sin prever que se podía encontrar a la parejita enrollándose en medio de la sala. Por suerte, se habían ido al dormitorio de Lidia, de donde salía un intenso olor a incienso, acompañado de acordes de música *New Age*. Su amiga estaba utilizando la artillería pesada, pensó mientras se lavaba los dientes a toda prisa, cogía el móvil y las llaves, y salía del piso dando un portazo.

Cuando bajaba las escaleras a saltos, incapaz de esperar al ascensor, recordó que iba a cambiar el turno de José, su compañero mexicano. Entonces frenó el paso, respiró hondo, y pensó que él le debía más de una por los retrasos de las últimas semanas. Así que

con una sonrisita malvada, decidió que no tenía tanta prisa.

Échale la culpa al destino

Elliot giró sobre los talones para observar con ojo crítico el espacio a su alrededor. Por fin podía ver el local sin escaleras, botes de pintura, y mil herramientas por medio. Estaba tal como lo había imaginado, blanco y diáfano, un contenedor preparado para desaparecer bajo el impacto de las obras que allí se expusiesen.

Miró el reloj impaciente pero aún faltaban unos minutos para que llegase Paul. Sabía que su apuesta era demasiado alta, la primera exposición debía ser conservadora, segura; para darse a conocer y obtener un rápido beneficio. Sin embargo, se había sentido fascinado por la obra de aquel desconocido, que se declaraba heredero de Paul Gauguin, y su serie de grandes cuadros donde convertía las calles de París en paisajes selváticos.

Paul Bruat había hecho el viaje inverso al del gran pintor postimpresionista. Nacido en la Polinesia, llevaba años malviviendo en París, sumergiéndose en el mundo artístico y cultural de la capital, siguiendo las huellas de tantos grandes creadores, coqueteando con distintos estilos: impresionismo, cubismo, surrealismo, hasta encontrar el suyo propio, más cercano al pop y a las antiguas revistas *pulp*. El resultado era a la vez fascinante e inquietante, y Elliot solo podía esperar que el público que acudiese a la exposición se sintiera tan atraído por su obra como él mismo.

La puerta se abrió a su espalda. Elliot se giró para ver llegar a su pintor acompañado de una belleza rubia. Paul, con sus casi dos metros de estatura y su espalda de jugador de *rugby*, ocupaba todo el hueco de la puerta, impidiendo la entrada de la luz del sol. Cuando dio dos pasos más hacia el interior, pudo ver que eran dos chicas las que le acompañaban. Detrás de la escultural rubia había otra chica más bajita, morena, y aniñada.

Bien, si el destino se empeñaba en cruzar sus caminos, no

quedaba otra que aceptarlo.

Extendió la mano para saludar a Paul, que se la estrechó con entusiasmo, mirando el espacio a su alrededor.

—Has venido acompañado —dijo.

—Sí, sí. —Paul atrajo a la chica rubia, envolviéndola por la cintura—. Esta es Lidia.

—Encantado.

Elliot le tendió la mano, pero ella se acercó y le dio dos besos en las mejillas.

—Paul me ha hablado mucho de ti, es como si te conociera hace tiempo. —Se volvió hacia su amiga, recordando sus modales—. Te presento a…

—Nos conocemos.

Los ojos de Alba parecían enormes con el marco de las gafas negras. Esperaba un reproche, un desplante. Habían pasado varias semanas desde aquel café en la Place Saint-André des Arts. Para su sorpresa recibió una sonrisa traviesa cuando ella también se acercó para besarle.

—Desapareciste otra vez —le dijo ella al oído, demorando el roce de los labios sobre su mejilla.

—He estado muy ocupado.

Abrió las manos, abarcando así el espacio a su alrededor. El olor a pintura fresca fue sustituido por el perfume floral de Alba, que le envolvió como una caricia.

—Así que eres el arriesgado galerista que va a exponer la obra de Paul.

—Ese soy yo.

—Será un éxito —vaticinó Alba, y le ofreció una sonrisa confiada.

—¡Elliot! —dijo de repente Lidia, y sus ojos chispearon al mirar a su amiga—. Ese Elliot.

Si Alba se sintió avergonzada por las palabras de su amiga, logró disimularlo con una mezcla elegancia e ironía.

—Lo suyo no es la discreción —aclaró.

—¿Debo suponer que Alba te ha hablado de mí?

—Lo sé todo, todo.

—No es que haya mucho que saber… —dijo él, reservado.

Lidia parpadeó con afectación y se colocó la melena, con un

gesto felino que puso a Alba en guardia. Por suerte, Paul dijo algo sobre el almacén, y tiró de ella, obligándola a acompañarle.

Elliot se volvió para mirar a Alba a los ojos, sumergiéndose en su profundidad, tratando de leerle los pensamientos. Supuso que estaba acostumbrada a que su atractiva amiga acaparara la atención, pero para él, que había salido con algunas de las modelos más reputadas de Europa, todas ellas conscientes de su belleza, Lidia solo era una chica bonita más. Nada tan especial como Alba.

Al fondo del local, Lidia y Paul desaparecían en el almacén, donde ya estaban los lienzos esperando para ser expuestos.

—¿Entiendes de arte?

—Soy una experta. —Levantó la nariz, presumida—. ¿Se aceptan recomendaciones? —Elliot asintió—. ¿Has visto el cuadro de Lidia?

Asintió de nuevo. Paul había pintado a su novia desnuda, sobre uno de los pies de la Torre Eiffel. Del suelo nacía una hiedra que la envolvía y ataba a la pata metálica, los tallos de la planta cubrían sus partes más íntimas, enmarcándolas como la caricia de un amante. El conjunto recordaba algún cuadro de temática religiosa, el martirio de San Sebastián, tal vez. Solo que Bruat había logrado que la mirada sibilina de la modelo, fuera absolutamente pecaminosa.

—Lo he visto —admitió—. Es magnífico.

—Debería ser lo primero que se viese al entrar. Aquí, en esta pared. —Alba se paró delante de la puerta, entrecerrando los ojos para imaginar el cuadro ya colgado—. Será impactante.

La dejó seguir dando su opinión; en unos minutos, había distribuido todos los cuadros y estaba ayudando a Paul y Lidia a sacarlos del almacén y a ponerlos en el suelo, delante de la pared que les había adjudicado. Los tres se llevaban bien y hacían constantes bromas, mientras discutían sobre la perfecta ubicación de cada obra.

Elliot recibió una llamada en su móvil y se encerró en su pequeña oficina, de paredes de cristal, para poder hablar sin dejar de observarlos.

—*Monsieur* d'Anglas, me han informado que pronto inaugurará su galería, y no he recibido una invitación para el evento.

El acento británico era inconfundible. Elliot suspiró exasperado, aquel hombre era una piedra constante en su zapato, cada vez más

afilada.

—Mister Harrison —le habló en inglés, para no tener que sufrir sus malas conjugaciones—, será un placer recibirle en mi humilde negocio.

—Un local en la Rue de Seine, rodeado de los más importantes negocios de arte de París, no creo que se pueda llamar humilde.

—Solo soy un pequeño pez rodeado de tiburones.

—¿Tiene usted miedo de que se lo coman?

—Digamos que este pequeño pez tiene los dientes bien afilados.

—Una piraña, entonces.

El agente inglés se rio de su propio chiste con una breve carcajada.

—Exacto.

—Espero impaciente esa invitación. Ya sabe a donde remitirla, oficinas de la Interpol en Londres.

Se despidieron brevemente, y Elliot tuvo que resistir el impulso de tirar el teléfono al suelo.

Le seguía la pista como un perro de presa desde hacía meses. Encima había tenido el descaro de preguntarle a Alba por él, aquella vez, en el hotel LV. Si no fuera mala publicidad para la galería, lo denunciaría por acoso. No quería verse expuesto a habladurías acompañadas, quizá, de noticias tergiversadas en la prensa.

No le preocupaba más que un molesto mosquito, en realidad. El agente se daba aires de Hércules Poirot, pero en realidad no pasaba de ser un torpe Inspector Clouseau. No tenía tiempo para su juego del gato y el ratón; ahora su trabajo era conseguir buenos clientes para la galería, y equilibrar sus cuentas para no pagar demasiados impuestos.

Y además estaba Alba, la desconcertante hija de Enrique Lerna, con sus gafas de pasta tan modernas como anticuadas, sus vestidos de flores y sus zapatos planos. Claro que no olvidaba la primera vez que la vio, y entonces era una mujer de curvas insinuantes, mirada retadora y labios rojo pasión. En este caso el hábito sí hace al monje, pensó, meneando la cabeza y resoplando ante su evidente incapacidad de ignorar la presencia de la chica en su galería. Podía tratar de evitarla, como había hecho desde que la invitó a aquel café semanas atrás, pero no olvidarla.

Silenció el teléfono, lo dejó sobre la mesa, y salió del despacho. Alba regresó al almacén, para comprobar si se habían dejado algún cuadro. Cuando escuchó pasos a su espalda y que se cerraba la puerta, se volvió con una sonrisa invitadora.

—Y pensar que tu galería está tan cerca de mi trabajo.

—Ya te dije que no me gusta el café de ese local.

—Tenemos más cosas que café.

Ella apoyó las caderas contra una larga mesa, con las manos a ambos lados, aferradas a la tabla de madera. No le interesaba perder el tiempo comportándose como lo harían la mayoría de las chicas en su situación, fingiéndose ofendida o indiferente. Elliot podía evitarla y simular falta de interés, pero cuando la tenía delante, la atracción mutua era tan intensa que saltaban chispas en ambas direcciones.

—Tampoco me apetecen esas tartas americanas —dijo él, dando dos pasos más hacia ella.

Alba se acomodó contra la mesa, echando atrás los hombros. Por el escote entreabierto asomó el encaje de su sujetador negro, una sensual prenda de lencería que contrastaba con el inocente estampado del vestido.

—¿De verdad, de verdad, no hay nada que te guste en mi cafetería?

Él dio otro paso, y las puntas de sus zapatos se tocaron.

—Supongo que hay cosas que no he probado.

Alba se subió a la mesa y le puso las manos sobre el pecho, enredando los dedos en sus solapas. Estaba muy elegante y a la vez informal, con vaqueros desgastados, americana gris oscuro, y una camisa blanca abierta en el cuello.

—¿Sabes que esta es la tercera vez que nos vemos en tres meses? Y una curiosidad, siempre nos vemos el día ocho. El ocho de enero en la ópera, el ocho de febrero tomamos café, y hoy es ocho de marzo.

—No sabía que había pasado tanto tiempo. He estado muy ocupado con todo esto.

Elliot hizo un gesto que abarcaba la galería a su alrededor. Alba lo ignoró, con la mirada fija en su rostro. Subió las manos por su cuello y tiró suavemente de él, acercando la boca para hablarle de nuevo al oído.

—No voy a esperar otro mes para que me beses.

Sus mejillas se tocaban y Alba pudo notar su respiración agitada.

—¿Qué harás si no me decido?

Ella simplemente giró la cara, y le recorrió el mentón con los labios, hasta llegar a su boca. Elliot se dejó besar, sin intentar abrazarla ni participar apenas en la caricia. Aun así, Alba podía notar bajo sus manos, el pulso cada vez más acelerado en su cuello. Se le escapó una risa sin poder ni querer evitarla.

—Me siento como un villano de novela seduciendo a la pobre damisela incauta contra sus deseos.

Elliot curvó su apetitosa boca, respondiendo a su broma.

—¿Debería desmayarme?

—No, por favor, entonces no podría aprovecharme de ti.

—Eres una villana con demasiada conciencia.

La puerta se abrió y apareció Lidia, que se quedó en el vano, mirándoles con descarado interés.

—Vaya, parece que interrumpo.

—Lárgate, Lidia, estamos ocupados.

—Siento chafarte la diversión, pero una mujer muy elegante pregunta por Elliot.

Alba se dio cuenta de que aún le sujetaba por el cuello. Deslizó sus manos, arreglándole las solapas de la chaqueta, y le dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¿Otra de tus modelos de pasarela? Me dijiste que no tenías ninguna relación. No voy por ahí seduciendo a tíos comprometidos.

—Según tus cálculos, eso te lo dije hace un mes. —Elliot la miraba severo, contenido—. Pero sigue siendo verdad.

Alba se mordió el labio inferior, un poco harta de su frialdad. No sabía por qué mantenía esa pose tan distante, y ahora no iba a lograr adivinarlo.

—Me han dado mejores besos —le reprochó, dispuesta a que se sintiera tan disgustado como ella.

Entonces Elliot se acercó más y la tocó por primera vez. Le envolvió la cintura con las manos para ayudarla a bajar de la mesa. Al levantarla, pegó su cuerpo al suyo, tenso y mucho más excitado de lo que demostraba su expresión. Alba disfrutó con el contacto, así que dejó salir el gemido que nacía en su garganta.

Elliot se inclinó para imitarla, hablándole al oído.

—Yo no te he besado, Alba. Cuando lo haga, no seré tan cruel como para dejarte frustrada e insatisfecha.

La soltó y ella tuvo que volver a agarrarse de la mesa para no caer al suelo debido al pequeño terremoto que acaba de recorrer sus articulaciones. Elliot se dio la vuelta sin añadir nada más, y salió del almacén, seguido por la mirada apreciativa de Lidia.

En cuanto cruzó la puerta, su amiga se volvió y la arrinconó contra la pared.

—¿Vas a contarme lo que está pasando?

Alba no podía hablar. Su garganta era un pedazo de papel de lija, y sus dedos aún temblaban al recordar el tacto del cuello de Elliot. Si las últimas palabras que le había dicho eran una especie de amenaza, rezaba porque la llevara a cabo.

—Ni yo misma lo sé. —Logró decir, con voz ronca.

—¿De verdad es el buenorro de la ópera? —Lidia se llevó las manos a las mejillas, exagerando su emoción.

Alba asintió, mientras trataba de calmar su respiración.

—Esto va a ser complicado.

Lidia imitó su gesto, asintiendo con expresión comprensiva.

—¿Merece la pena?

Alba se llevó una mano a la frente, tan caliente como si tuviera fiebre, y luego se tocó las mejillas frías. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido tan atraída, tan excitada, por un hombre? Ni lo recordaba. Quizá nunca.

—Me temo que sí.

—A por él, entonces.

Lidia simuló que tenía un lazo de vaquero en la mano, y lo agitaba sobre su cabeza.

—No es los que se dejan domar, me temo.

—Solo lo necesario para que te deje montarlo. —Lidia le guiñó un ojo, con una sonrisa insolente.

—Mientras no me tire de la silla y acabe rompiéndome algo.

Como, por ejemplo, mi tonto y enamoradizo corazón, pensó.

Lidia la agarró de una mano y la llevó de vuelta hacia la galería.

El monstruo de ojos verdes

La mujer que lo buscaba era una periodista que quería hacerle una entrevista sobre la inauguración de la galería. Y sí, era tan elegante como Lidia había avisado. Alta y rubia, y con una blusa demasiado escotada para el mes de marzo. Aparentaba unos cuarenta años bien llevados, esa edad peligrosa en que las mujeres saben lo que quieren y no sienten reparos en demostrarlo.

—Fascinante —dijo al estrecharle la mano.

Su mirada se había deslizado sobre los cuadros, sobre Paul, y por fin había encontrado el rostro de Elliot antes de decir aquella palabra. Se detuvo en cada sílaba, como si las saboreara.

—Lo es —respondió Elliot, señalando la obra del pintor y girando para abarcar toda la exposición, precariamente expuesta por los suelos.

La periodista se llevó una mano al escote, y separó un poco la tela, como si sufriera un acaloramiento repentino. Su mirada iba de la mano de Elliot al cuadro que señalaba. Se dio cuenta de que, desde su perspectiva, sus dedos acariciaban los pechos desnudos de Lidia.

—Gracias —dijo Paul, acercándose con los movimientos lentos y sensuales de un felino a punto de abalanzarse sobre su presa—. Soy Paul Bruat.

—Denise Martin, de *Le Monde*. Un placer, *monsieur* Bruat.

—Solo Paul, por favor.

El pintor se inclinó ante la mano que le tendía la periodista, y le besó el dorso, cerca de la muñeca. Elliot pensó que eran dos conquistadores natos midiéndose cara a cara, preparados para entrar en acción.

—Los modales de un caballero y el aspecto de un exótico isleño —dijo Denise, como si ya estuviera redactando el titular de su

reportaje para la revista dominical.

—Permita que le presente a Elliot d'Anglas, el propietario de la galería, y el primero en confiar en mi trabajo.

Elliot extendió su mano, formal, consciente de que las chicas los miraban desde la puerta del almacén.

La periodista volvió a mirarle de arriba abajo, como si fuera una más de las obras de arte de la galería.

—El destino ha querido que nuestros caminos se cruzaran y me siento muy afortunado por ello —explicó, señalando a Paul, ofreciéndole a la periodista el tipo de comentarios que sabía que le gustaría escribir en su reportaje—. No podía imaginar mejor exposición para inaugurar la galería.

Denise sonreía a uno y otro, alternativamente. Parecía que los había encontrado en un bar de copas y estuviera decidiendo con cuál de los dos se iría aquella noche a casa. Aquel «fascinante» que había pronunciado, seguía flotando en el aire, como uno de esos perfumes pegajosos que se resisten a evaporarse.

Observó embelesada el tatuaje que asomaba bajo la camiseta de manga corta de Paul, deslizando la mirada por los dibujos geométricos que le cubrían la piel hasta el codo. Cuando por fin se decidió a preguntarle si tenía algún tipo de significado, antes de responderle, el pintor se quitó la camiseta, dejándola sin aliento con la visión de sus marcados pectorales.

—Se empieza por el hombro —le explicó, y la periodista jadeó cuando Paul giró la articulación y el dibujo onduló como si tuviera vida propia—. Tenía trece años, y esto me convirtió en un hombre…

Elliot escuchó un bufido y vio a Lidia, con las mejillas enrojecidas, cuchicheando algo a Alba.

—Ya estamos otra vez. —Le pareció entender que decía, y luego bajó la cabeza, como un toro dispuesta a embestir.

Alba la sujetó por un codo, y le aconsejó paciencia. Era importante para todos que la exposición saliera en la prensa. Elliot se movió un poco para obstaculizar las miradas asesinas que la rubia lanzaba a la periodista.

—Tienes unas manos muy suaves —decía Paul a la periodista.

—Las mías también lo son —aseguró Lidia, desde la puerta del almacén y luego bajó el tono para añadir—. Verás cuando te las

ponga alrededor del cuello.

Denise se detuvo, sorprendida por aquella desconocida que se inmiscuía en su «entrevista».

—Disculpe a mi novia —bromeó Paul, encantado de suscitar tanta atención femenina—. Normalmente, no es tan posesiva.

—Disculpe también a mi novio. Normalmente no es tan capullo.

Hubo un pequeño revuelo y al fin Alba y Lidia anunciaron que se marchaban, dejándolos solos con la periodista, que parecía más que satisfecha con aquella espantada, casi como si se debiera a algún tipo de triunfo personal.

La mujer miraba a Paul con un gesto pesaroso y Elliot entendió que era porque había vuelto a vestirse. Luego se volvió hacia él y lo cogió del brazo con demasiada confianza. Era como una niña ante el escaparate de una pastelería, decidiendo entre el chocolate y la nata.

—Ahora que estamos más tranquilos, quiero que me lo contéis todo, todo —exigió, dándole unas palmaditas en el antebrazo—. Sobre la galería, sobre los cuadros y… sobre vosotros.

Por primera vez en su vida, Elliot supo cómo se sentía una mujer ante las miradas demasiado intensas de un desconocido dispuesto a conquistarla. No era una sensación muy agradable.

A la mañana siguiente, Alba se levantó temprano para sus clases y arrastró los pies hasta la cocina, sin poder apenas abrir los ojos hasta que tuvo la cafetera al fuego.

No había podido ni despedirse de Elliot. La periodista aquella había puesto a Lidia de los nervios y decidió que era mejor llevársela de allí antes de que corriera la sangre. Por el camino la dejó desahogarse y despotricar a gritos sobre las descaradas francesas roba hombres. Por suerte lo hacía en español, lo que no sorprendía nada a los fríos galos que se cruzaban, acostumbrados a los ruidosos españoles.

Varias veces intentó dar la vuelta, dispuesta a arrancar a su novio de las garras de la tal Denise. A duras penas logró convencerla de lo importante que era para Paul esa entrevista para un diario de renombre, y la expectación que crearía ante la inauguración de su exposición.

—¿Ya está el café?

En realidad, el café estuvo a punto de terminar en el suelo.

—¡Lidia! ¡Qué susto me has dado! ¿Qué haces tú levantada a estas horas?

—He dormido fatal. No sé nada de Paul desde ayer. Ni un mensaje —dijo, mostrando su móvil.

Alba dejó la cafetera con cuidado, y cogió dos tazas y cucharillas.

—Seguro que la periodista vampiresa los ha tenido muy ocupados —resopló, tan molesta como su amiga con lo ocurrido—. Aquella mesa del almacén es fuerte y puede dar mucho juego.

Lidia la miró casi con odio.

—La culpa es tuya por meterle mano a tu hombre de la ópera, y dejarlo a medias. Seguro que la rubia le ha dado lo que tú solo le ofreciste.

—Anda, bébete el café y relájate, que estás muy alterada. Quizá te iría mejor un descafeinado.

Lidia tomó la taza que le ofrecía, amenazándola con el dedo índice extendido, y se quemó con el primer sorbo. Murmurando maldiciones por lo bajo, revisó su teléfono por enésima vez y lo puso boca abajo sobre la mesa.

—*Quel salop*.

Alba escondió una risa detrás de su taza. Su compañera nunca decía un taco en español, pero había aprendido a hacerlo en francés con maestría. *Qué cabrón*, sí. Qué cabrones, los dos.

—Yo paso. Y tú también deberías.

—Por supuesto. París está lleno de tíos buenos deseando conocerme.

—Teniendo en cuenta que llevamos aquí siete meses, creo que no quedan tantos que no lo hayan hecho ya.

Lidia hizo una bola con su servilleta de papel y se la tiró a la cabeza. Alba se la devolvió con la frente.

—Me voy a la ducha, se me hace tarde.

Media hora después salía del apartamento, casi de puntillas para no volver a despertar a la fiera que rumiaba su disgusto en la cocina. Algo había dicho Shakespeare sobre el monstruo de ojos verdes que son los celos. En este caso, el monstruo llevaba mechas californianas y uñas demasiado afiladas.

Sentando en el suelo del descansillo ante la puerta de su apartamento estaba Paul. La miró como un cachorro que acaba de

encontrar a su dueño.

—Me abrió el portal un vecino.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Una hora. No quería despertar a Lidia, pero es que tiene mi teléfono y no sé nada de ella desde ayer por la tarde.

Alba se llevó una mano a la boca para contener la risa.

—¿Tiene tu teléfono?

—Le pedí que me lo guardara en el bolso porque estaba sin batería.

—Espera un momento.

Volvió a entrar en el apartamento. En el perchero de la entrada estaba el bolso que Lidia llevaba el día anterior. Lo cogió y lo llevó hasta la cocina.

—Lidia, bonita, ¿quieres echar un vistazo a tu bolso? Juraría que oigo un zumbido como de un móvil o algo.

—Mi móvil está aquí…

Como el café que habían tomado no era descafeinado, Alba vio que su amiga reaccionaba al momento. Abrió el bolso y sacó un móvil apagado, con gesto confuso.

—¿De quién es? —preguntó Alba, con gesto inocente.

—Es de Paul, no tenía batería y me pidió que se lo guardara.

Contó hasta diez, regodeándose solo un poquito en el apuro de su amiga, y volvió a salir al descansillo.

—Ya puedes entrar. Está despierta.

Dejó pasar a Paul, y se quedó esperando el ascensor, tarareando por lo bajo aquella canción de Franz Ferdinand que no se le iba de la cabeza, «*las chicas nunca saben, cómo hacen a un chico sentirse*…».

Peligro

Las ediciones digitales de los principales diarios europeos destacaban la noticia de última hora. Luigi Capelli, el magnate italiano de la automoción, había sufrido un robo en su mansión del lago de Como. El ladrón había aprovechado la fiesta de la noche anterior para colarse entre los invitados, supuestamente, y llevarse las valiosas joyas de la tercera esposa de Capelli. La fiesta se había prolongado hasta la madrugada, y nadie se había dado cuenta de lo ocurrido hasta bien entrado el día, cuando un empleado del servicio encontró un reloj de sobremesa roto en el suelo. Marcaba las doce en punto.

Estuvo a punto de lanzar el iPad por la ventana, tan frustrado se sentía. Uno no podía meterse con Luigi Capelli y salir bien parado. Era bien conocido que el magnate tenía amistades peligrosas, de las que te invitan a cenar y te convierten en comida para peces en algún puerto lejano, con dos bonitos zapatos de cemento en los pies.

Si Capelli y sus amigos tiraban de los hilos correctos, podían llegar hasta Smith, el perista, y este vendería a su madre por salvar su pellejo.

Su retiro soñado se estaba convirtiendo rápidamente en una pesadilla. Alguien tenía que pararle los pies al imitador, cuanto antes. Lo de menos era ya que los pillara la Interpol. Ahora hasta sus vidas estaban en peligro.

Una constelación en la cintura

—*Oh, la, la! La petite robe noire*.

Alba se miró al espejo y sonrió al reflejo de Lidia, a su espalda. El corto vestido negro se ajustaba a sus curvas, enmarcándolas sin ceñirse demasiado; las mangas formaban unas curiosas ondas que rizaban la costura hasta la muñeca; el escote redondo, sencillo. El toque de distinción lo ponía una franja transparente en la cintura.

—Como diría mi madrastra, Valentino no falla —le dijo a su amiga, negándose a pensar en la factura que le llegaría a su padre por aquel capricho.

—¿Me prestarás los zapatos alguna vez? —Rogó Lidia, haciendo un exagerado puchero.

—Calzas un número más que yo.

—Me cortaré un dedo como la hermanastra de Cenicienta.

Alba puso los ojos en blanco y volvió a girar para revisar su imagen. Los altísimos tacones de los Louboutin, los mismos de la noche de la ópera, lograban que sus piernas parecieran largas como las de una modelo de pasarela.

—No es como llevar el delantal verde y unos *leggins*, ¿no?

—Para nada. Elliot caerá rendido a tus pies.

—No se trata de eso.

—Por supuesto que se trata de eso.

—Quiero decir que no lo necesito a mis pies.

Se tocó la cintura; bajo la tela transparente se adivinaban los siete pequeños lunares que tenía encima de la cadera derecha, dispuestos como la constelación de la Osa Mayor.

—Ya imagino, lo prefieres más cerca de tus lunares.

Lidia se puso detrás de ella, le sacaba media cabeza, así que pudo ver su mirada traviesa reflejada en el espejo.

—¿Ya estamos otra vez con tus jueguecitos?

—Si el hombre de hielo se rinde por fin, y descubres que bajo su frío exterior oculta un volcán incandescente… —Lidia se giró para estar a su lado, envolviéndola con un brazo por la cintura. Su vestido rojo fuego era el perfecto contraste para el negro de Alba—. Alguna vez podemos salir los cuatro, ya sabes, como parejitas.

—Me encantaría salir con Paul.

Alba se mostró tan maliciosa como su amiga, y se relamió el labio inferior después de decirlo.

—Sé que te encantaría, cariño, he notado cómo lo miras.

—Ese tatuaje me tiene loca.

—Y a mí la frialdad de Elliot. Estoy deseando descubrir cómo es cuando se derrite.

Podían seguir así toda la noche, pero tenían una cita y no era ocasión para llegar tarde. Alba se dio el último retoque de carmín, que convirtió sus labios en fresas maduras y jugosas, y cogió su bolso. Lidia seguía ante el espejo, retocándose una melena completamente perfecta. Quería a su amiga, la sentía más familia que a los de su sangre, pero en ocasiones como aquella le entraban ganas de estrangularla.

—Hagamos un pacto para esta noche, yo dejo de mirar embobada a Paul, y tú no intentas darle celos con Elliot.

—No necesito esos trucos de adolescente, Paul está loco por mí. Desde aquel día con la periodista se ha portado como un novio de ensueño.

—Lo sé, y hoy es su gran día, así que pórtate tú como una buena chica, como la novia que apoya y admira a su hombre. Yo prometo ser la buena amiga que se mantiene en plano secundario, sin interrumpir vuestro momento de gloria.

Lidia intentaba ponerse una pulsera, pero sus dedos temblaban y era incapaz de asegurar el cierre. Alba se acercó, y se ocupó de hacerlo, enternecida ante los nervios súbitos de su amiga.

—No sé qué me pasa, Alba, tú sabes que yo no soy así. —Lidia cerró los ojos y suspiró—. Ayer estuve a punto de estamparle un vaso en la cara a una camarera. No dejaba de rondar nuestra mesa, pasaba tan cerca de Paul que siempre le tocaba, con la cadera, con el muslo, y cuando venía a servirnos, se inclinaba delante de él hasta que se le salían las tetas por el escote.

—Estás exagerando —dijo Alba, quitándole importancia a las

palabras de su amiga—. Pero eso es lo que te pasa por buscarte un novio tan estupendo. Tendrás que tatuarle en la cara una señal de prohibido tocar.

Lidia se encogió de hombros, respiró hondo y cambió de tema, tan rápido y con tan poco disimulo, que encendió una señal de alarma en la cabeza de Alba.

—Va a ser un éxito, ¿verdad?

—Por supuesto, Paul tiene mucho talento, y hoy lo descubrirá París, y mañana el mundo entero hablará de la exposición.

Le siguió la corriente, no tenían tiempo para profundizar en el tema de sus preocupantes celos. Ya buscaría el momento para hablar en serio de aquel tema.

—¿Y si mi cuadro sale en las noticias? ¿Y si lo ve mi madre?

—Te recordaré que ya te lo advertí.

Lidia tomo aire con fuerza y resopló de forma muy poco elegante.

—No va a salir en las noticias —le dijo a su reflejo en el espejo—. A nadie le interesa el arte, solo los deportes.

—O eso es lo que creen los medios de comunicación —opinó Alba, cogiendo su llavero para apurar a su amiga con el tintineo de las llaves—. Míranos a nosotras, dos chicas monísimas, listas para acudir a una exposición un viernes noche.

—Si los tíos se enteraran, harían cola en la puerta de la galería.

—Ni siquiera hay que pagar entrada, y las copas son gratis.

Alba abrió la puerta y casi empujó a Lidia hacia el descansillo.

—Tienes más prisa tú que yo. Pobre Elliot, no sabe lo que le espera.

—No —dijo Alba, y se pasó la mano por la corta falda del vestido, alisando arrugas inexistentes. El ascensor se abrió y sonrió a su reflejo en el espejo—. No tiene ni idea.

La inauguración era un éxito, teniendo en cuenta que la galería era nueva y el artista desconocido, Elliot tenía motivos para sentirse más que optimista con el resultado de su apuesta. Sin embargo, hacía ya rato que quería olvidarse de todo, coger de la mano a la chica del vestido negro demasiado corto y arrastrarla hasta el almacén para repetir aquel beso que no lograba olvidar. Mejor aún, para besarla él, hasta dejarla sin aliento. Necesitaba descubrir si la pequeña constelación que se marcaba en la tela transparente de su

cintura era un adorno del vestido, un tatuaje, o una senda de lunares diseñada para hipnotizarle.

—Todo va bien, ¿verdad? —preguntó Paul, mirando a todas partes, excitado como un niño el día de su cumpleaños.

—Va de maravilla. —Acertó a decir, y le dio un sorbo a su copa para aclarar la garganta—. Ha venido Denise Martin, la periodista de *Le Monde*, y el hombre del pelo canoso, delante del cuadro de Lidia, es de *Le Figaro*.

—¿La prensa hablará mañana de la exposición? —preguntó el pintor con los ojos a punto de salirse de sus cuencas.

—De eso se trata, aunque hoy todas las noticias se mueven en la red, la prensa clásica sigue siendo la mejor publicidad porque llega a todos los públicos.

—Lidia está preocupada por si sus padres ven el cuadro.

Elliot rio, mirando a la modelo, que coqueteaba abiertamente con el periodista de *Le Figaro*.

—Es una pintura muy hermosa, intensa pero elegante, no creo que a nadie le pueda disgustar; y es la que más expectación ha despertado, probablemente cerremos su venta esta misma noche.

Paul miró su copa medio llena, y la vació de un trago.

—Necesito otra.

—No te emborraches aún. Déjalo para cuando cerremos.

El pintor asintió. Olvidando la bebida se dirigió hacia Lidia y su acompañante, con el ceño fruncido al ver cómo la chica reía los comentarios del hombre que podía ser su padre.

Elliot cruzó los dedos, esperando que Paul fuese lo bastante listo como para no enemistarse con el periodista de un medio tan importante. Se volvió en busca de Alba. La vio con una copa vacía en la mano, riendo las gracias a un marchante de arte que se había mostrado muy interesado en la obra de Paul.

Caminó hacia ella, cogiendo una copa llena por el camino, y se la ofreció, cambiándosela por la vacía.

—Una gran inauguración, d'Anglas, enhorabuena.

—Gracias, Lombard, ya veo que te diviertes.

Miró a Alba al decirlo. Ella escondió la cara tras la copa, bebiendo la mitad de un sorbo.

—Sin duda.

El marchante también miró a Alba, recorriéndola de arriba abajo

con una sonrisa libidinosa.

Alba extendió la mano libre, como si fuera a tocar a Lombard, y la puso sobre la solapa de la chaqueta de Elliot, acariciando su pecho con gesto íntimo.

—Cariño, los zapatos me están matando, ¿podría sentarme un ratito en tu oficina?

—Te acompaño, la puerta está cerrada.

Le ofreció su brazo, que Alba enlazó como si necesitara de su apoyo para caminar.

—Ha sido un placer, señor Lombard.

—El placer ha sido mío, señorita Lerna.

El hombre los despidió con evidente disgusto, sin ocultar su decepción al ver cómo se le escapaba lo que ya consideraba una conquista fácil.

—Es un imbécil —dijo Alba, fingiendo que se ahogaba—. Gracias por rescatarme.

Elliot sacó la llave de su bolsillo y abrió la puerta de la pequeña oficina, cediéndole el paso con un ademán. Ella entró pisando segura, demostrando que para nada le molestaban aquellos tacones de vértigo, los mismos que la noche de la ópera, si la memoria no le fallaba. Cerró la puerta a su espalda y la miró mientras caminaba hasta su mesa, se daba la vuelta, y se apoyaba en ella, con las manos a los lados de las caderas.

Todo en ella era una invitación abierta, y Elliot ya no encontraba razones para seguir resistiéndose. Ni su padre, ni el agente Harrison, ni los oscuros secretos de su pasado, ni toda la policía francesa podrían impedir que la besara aquella noche, en aquel momento. Ya no le preocupaba lo que les tuviera preparado el caprichoso destino.

Quizá por eso se había preocupado de bajar las persianas que ocultaban el interior de la oficina de miradas indiscretas.

—Lidia te llama el hombre de hielo —dijo Alba, haciendo una preciosa mueca con sus labios pintados de rojo intenso.

—Tu amiga siente la necesidad de coquetear con todos los hombres que conoce.

—No solo con los hombres.

Era una declaración excitante, pero Elliot no tenía capacidad en ese momento para pensar en ellas dos, solas en su apartamento,

divirtiéndose sin necesidad de compañía masculina. La imagen se cruzó, sin poder evitarlo, por su mente calenturienta, pero la alejó con férrea decisión. Tenía un negocio que atender, era una noche importante, no podía distraerse de aquella manera.

Alba se llevó una mano al cuello, frotándose la nuca con gesto cansado.

Elliot quería cruzar los cuatro pasos escasos que los separaban para masajearle él mismo cualquier parte de su cuerpo que lo necesitara.

—¿Un día largo? —preguntó, manteniéndose en su papel distante.

—He tenido clases a primera hora y después un turno larguísimo en la cafetería. Creía que no llegaría a tiempo.

Nunca entendería sus contradicciones. Una vez más, como la noche de la ópera, vestía una creación de algún famoso diseñador; era evidente que aquel vestido no se lo había comprado en un centro comercial. Sin embargo, insistía en seguir trabajando por un sueldo que apenas le debía de cubrir el alquiler.

—Pienso que…

—Ese es tu problema, hombre de hielo, piensas demasiado.

Alba hizo lo que él no se atrevía. Cruzó los pocos metros que los separaban, y lo tomó por las solapas de la chaqueta.

—¿Vas a besarme de nuevo?

—No. Vas a besarme tú.

—¿Eso crees?

—Estoy segura.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque me prometiste una demostración.

—Quizá debería hacerlo.

Ella se puso de puntillas, echando el cuello hacia atrás para ofrecerle su boca. Elliot se resistió un segundo, dos, tres, solo por el placer de tenerla pegada contra su cuerpo, expectante y ansiosa.

El hombre de hielo podría derretir el Ártico con los pensamientos que le provocaba aquella mujer cada vez que la tenía cerca.

Puso las manos sobre su cintura, en aquella franja de tela transparente, e inclinó el rostro hasta rozar su cuello con la nariz. Notó su piel cálida, y el intenso perfume que bañaba su piel. Solo

en París las mujeres olían de aquella forma tan deliciosa que invitaba a devorarlas como la más deliciosa creación de un maestro pastelero.

Alba se giró hasta tocarle las mejillas, y él notó que contenía la risa. Para ella era solo un juego, una apuesta con su amiga quizá. Elliot, sin embargo, tenía la certeza de que si seguían aquel camino, les llevaría mucho más lejos de lo que ambos podían calcular.

Y aun así, no podía dejar de desearla. De rendirse a su provocación.

Acercó los labios a los de ella hasta que sus alientos se confundieron. Casi podía saborear el *champagne* en la boca de Alba; estaba deseando sumergirse en ella hasta descubrir todas y cada una de sus burbujas.

Y entonces alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta.

Elliot tuvo que girar rápidamente, sujetando a Alba contra su pecho, para evitar que el intruso chocara con ellos al entrar.

—*Monsieur* d'Anglas, ¿interrumpo algo?

—La puerta estaba cerrada, así que, evidentemente, sí.

George Harrison, con su traje príncipe de Gales y su ridícula pajarita, respondió con una sonrisa afable al exabrupto de Elliot, antes de posar su intensa mirada sobre Alba.

—*Mademoiselle* Lerna, qué casualidad.

—Un placer volver a verle —consiguió decir Alba, con evidente fastidio.

Cuando Elliot la soltó para enfrentarse al agente de la Interpol, ella se apoyó de nuevo en el escritorio, como si las piernas no pudieran sostenerla.

—Qué curioso encontrarles de nuevo juntos.

El detective miraba a Alba, y Elliot también lo hizo, admirando su rápida recuperación, así como su gesto abierto y descarado. Él, por su parte, aún trataba de recuperar el aliento, incómodo al pensar que Harrison se daría cuenta de su excitación.

—¿Sigue usted tras la pista de su ladrón de guante blanco?

—Como un buen sabueso, sí.

—Uno que ha perdido el olfato —dijo Elliot, sujetando la puerta por la manilla, impidiendo al inglés que se adentrase en la oficina—. ¿Ha venido a ver los cuadros o solo a molestar?

Directo y grosero. No se merecía otra cosa, por acosarle, por poner ideas peligrosas en la cabeza de Alba, por interrumpir el mejor momento de la noche.

—Estoy muy interesado en la obra de su joven pintor y en su galería. —Harrison se tocó el bigote con un dedo, con gesto pensativo—. Me ha sorprendido mucho que por fin se establezca, después de tantos años viajando de aquí para allí, sin oficio ni hogar conocidos.

Elliot enarcó las cejas y se esforzó por mantener su gesto más inexpresivo. Ahora vendrían las acusaciones, las sospechas, las preguntas, hasta conseguir que Alba también dudara de él.

Pero ella, una vez más, le sorprendió.

Pasó junto a él para acercarse al agente de la Interpol y lo tomó por un brazo. Los dos eran de la misma estatura.

—Permítame que le acompañe a buscar una copa de *champagne* —le dijo ella, dándole una palmadita en el antebrazo.

George Harrison, perplejo, no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar de vuelta a la zona de exposición.

La sombra del pasado

Durante la hora siguiente, Alba llevó al inglés de cuadro en cuadro para observarlos con calma, analizando cada pincelada, mientras le ofrecía una copa tras otra y reía coqueta, como si estuviera en la mejor de las compañías.

Notaba que Elliot no dejaba de observarlos, cada vez más fascinado, como si fuera a él a quien sonreía y acariciaba con gestos mimosos, ahora en el hombro, ahora en el brazo. Por fin, el pobre agente Harrison, confundido por tanto alcohol y tanto flirteo, se dejó convencer para llamar a un taxi y volver a su hotel.

Alba le abrió la puerta del vehículo y le dio dos sonoros besos en las mejillas antes de que entrara. Luego agitó la mano alegremente para despedirlo, en el momento en el que el vehículo se alejaba.

Había un hombre en la acera, casi oculto entre la niebla, fumando. Le resultó familiar y se acercó a hablarle cuando vio que la miraba.

—¿Qué le parece la exposición? —preguntó, segura de recibir una crítica muy positiva de la obra de Paul.

—Interesante —dijo.

Tenía ese acento del sur que Alba ya había escuchado antes.

—¿Alguna pintura en concreto?

—No entiendo gran cosa de arte, pero no me importaría llevarme ese retrato de la chica rubia para mi salón, o para mi dormitorio.

Mostró una sonrisa de depredador que a Alba no le gustó nada. Cuando se movió, la luz de la farola se reflejó en su pelo negro, provocándole una sensación de *déjà vu*.

—Ya está vendido. Y la chica rubia es la novia del pintor, le aconsejaría cuidar sus comentarios cuando se refiera a ella.

—Y también es su amiga, ¿no?

El vampiro periodista, ahora lo recordaba. Había estado en la cafetería después de que salieran aquellas fotos en el *¡Hola!* Seguramente se había colado en la exposición para hacerle alguna foto con Elliot. Las revistas españolas pagarían bien por nuevas imágenes de la hija de Enrique Lerna y su «atractivo acompañante», y más si podían desvelar su nombre y ocupación.

—Supongo que es usted un *freelance* —le dijo, sin pararse con preliminares—. Le compro las fotos.

—¿De qué está hablando?

—Ya sabe de qué hablo. No quiero aparecer de nuevo en la prensa rosa.

—No soy un fotógrafo.

—¿Qué hace entonces? ¿Escucha conversaciones y toma notas para hacer alguno de esos ridículos reportajes? «La hija del empresario apoya a su novio en la inauguración de su galería de arte…».

—Se equivoca conmigo.

El hombre dio una larga calada a su cigarrillo. Después expulsó lentamente el humo, sus facciones difuminadas tras las volutas grises. El parecido con Elliot era evidente, aunque ahora distinguía más diferencias notables.

—¿Quién es usted?

—Solo una sombra del pasado.

La mirada del desconocido pasó por encima de su hombro. Alba se giró para ver lo mismo que él: Elliot daba la espalda a la ventana, hablando con una mujer que gesticulaba señalando los cuadros.

No la seguía a ella. El hombre del pelo negro tenía alguna cuenta pendiente con Elliot. Y él ni siquiera era consciente de que lo vigilaba.

Se volvió, dispuesta a enfrentarlo. Pero se había desvanecido entre la niebla.

Elliot vio entrar a Alba, frotándose los brazos. Había estado un rato fuera con George Harrison, sin chaqueta, con aquella fría niebla que cubría la calle.

Se deshizo de la entusiasta admiradora que no acababa de decidir qué cuadro se llevaría, y cruzó la galería para encontrarse con ella.

Cuando Alba descubrió que la miraba le devolvió una sonrisa

soberbia. Fingió que se colgaba dos medallas en el pecho. Su premio por deshacerse del agente inglés.

Elliot la observaba embelesado. Quería cogerla en brazos, llevarla de vuelta a su oficina, y besarla por fin hasta quedar sin aliento.

Denise Martin, la periodista de Le Monde se le acercó en ese momento. Su copa estaba vacía, como ella le hizo ver con afectación. Como buen anfitrión, debía ocuparse de que su invitada no estuviera tan desatendida.

Aceptó su enhorabuena por la exposición y, una vez más, tuvo que olvidar sus planes, sus deseos y esa necesidad cada vez más acuciante de tener a Alba entre sus brazos, para centrarse en el negocio.

La galería se vació por fin. Solo quedaban Paul y Lidia, enlazados por la cintura, parados delante del magnífico cuadro que había acaparado la atención de los asistentes.

—¡Enhorabuena, chicos!

Alba se acercó y extendió los brazos para abarcarlos a ambos. Todos habían bebido mucho. Entre risas y tropiezos, Lidia acabó por apoyar la espalda en la pared y deslizarse hasta el suelo. Paul la acompañó, y se sentaron los dos, desmadejados y agotados, riendo como niños.

—Creo que necesito otra copa —dijo Lidia, arrastrando la voz al hablar en español.

Paul la miraba sin entenderla, pero lo mismo le hacía muchísima gracia lo que decía.

—Creo que ya nos lo hemos bebido todo —dijo Alba, llevándose una mano a la frente.

Y entonces alguien la sujetó por la cintura y tiró de ella.

Antes de que entendiera lo que ocurría, Elliot ya la había llevado de vuelta a la oficina, y la tenía acorralada contra la puerta, de un modo casi amenazador. Alba sintió la excitación que le nacía en el vientre, creando ondas que sacudían su cuerpo de punta a punta.

—Te debo un beso.

—¿Solo uno?

—Serán dos. El segundo por ocuparte del agente Harrison.

—Ha sido un placer, es un caballero muy simpático. Siempre me han caído bien los ingleses.

—¿Y los franceses?

—No me gustan especialmente, creo que prefiero los italianos…

Elliot no le dejó terminar la frase. Le rodeó la cara con las manos y la besó. Un beso largo y profundo, con sabor a *champagne* y a muchas otras cosas: a deseo, a necesidad, al vértigo de lo incontrolable.

Cuando él se separó para tomar aliento, Alba se agarró de sus hombros, convencida de que caería al suelo desmayada si no la sujetaba.

—Ya sé que es un tópico estúpido, pero ahora es cuando tiras de un manotazo todo lo que hay sobre tu escritorio y me subes encima.

Elliot giró el rostro para mirar su mesa, llena de papeles que aún tenía que terminar de revisar, con su iMac a la derecha, y una hermosa estatuilla de cerámica a la izquierda.

—Hay cosas muy valiosas sobre esa mesa.

Alba resopló y se echó a reír a continuación.

—El hombre de hielo ha vuelto.

Cuando él la sujetó con más firmeza por las caderas, extendiendo sus largos dedos para acariciar la curva al final de su espalda, Alba pudo comprobar que el hielo solo era una fachada exterior.

—Aún no sabes el poder que tienes sobre mí —le confesó.

Supo que él se arrepentía de aquellas palabras según salieron de su boca.

—¿Lo tengo?

Le puso una mano sobre el pecho, acariciándoselo, notando su piel ardiente bajo la tela de la camisa. Una risa absurda se le escapó de los labios. Notaba la cabeza pesada, los ojos amenazaban con cerrarse, pero no podía dejar escapar aquella oportunidad, ahora que por fin Elliot comenzaba a rendirse.

—Seguiremos esto en otro momento, ahora debes irte a casa.

—No quiero —protestó como una niña pequeña.

—Has bebido demasiado.

—Y tú eres un caballero que no se aprovecha de una chica borracha.

Se le colgó del cuello, ofreciéndole de nuevo su boca. Allí entre sus brazos, se sentía en el paraíso. No estaba dispuesta a permitir que nadie la expulsara, aunque apareciera un ángel con una espada

llameante. La idea del ángel la hizo reír de nuevo.

—No siempre soy un caballero. —Le aseguró Elliot, besándola en el cuello, separando el escote del vestido para desnudar su clavícula y subiendo de vuelta hasta su oreja—. Solo soy un hombre que quiere que recuerdes lo sucedido a la mañana siguiente.

Su aliento le hacía cosquillas en el oído. Alba sintió un estremecimiento muy placentero.

—Porque será inolvidable.

—Sí, lo será.

Aquellas palabras le hicieron temblar las piernas. Aunque el *champagne* también tenía su parte de culpa. Sí, no estaba en condiciones para nada legendario aquella noche.

—Es una promesa. Espero que no se me haya olvidado mañana cuando despierte.

—Te llamaré para asegurarme.

Y a la mañana siguiente, efectivamente, sus recuerdos eran un borrón de pinturas de colores intensos.

Después de un café largo con paracetamol, también recordó un par de besos que la habían dejado más frustrada y ansiosa de lo que llevaba ya meses, desde que alguna caprichosa diosa de la fortuna la hiciera tropezar con Elliot d'Anglas en los pasillos de la ópera. Se preguntó a qué otra deidad tendría que rezar para que su historia dejara de ser un cúmulo de desencuentros y pasara a una fase más interesante.

Vendería su alma por un largo rato a solas, sin interrupciones, con su hombre de hielo.

Imposible de olvidar

Elliot miraba fijamente el teléfono sobre su escritorio, como si fuera un animal salvaje que en cualquier momento pudiera saltar sobre él.

Debería llamarla.

No, no debería llamarla.

¿Por qué tenía que ser la hija de Enrique Lerna? Para su padre siempre sería el cazafortunas que trata de chantajearle por medio de su hija, o de vengarse por su negativa a patrocinar su negocio.

Por eso era mejor no llamarla. Dejar que esperara una vez más, que se desilusionara. Pronto se cansaría de aquel juego, sin duda hasta su paciencia tenía un límite.

No podía estar con ella, así de simple. Una vocecita constante en su cabeza le decía que Alba no era para él. Ojalá fuera solo una diversión para una noche, para unos días. Pero sabía que no sería así. Cuanto más estaba con ella, más la deseaba. La añoraba cuando no la tenía cerca. Y habían pasado semanas desde la inauguración.

La recordó con aquel vestidito negro, la cintura trasparente, la deliciosa constelación de lunares dibujada sobre su cadera.

Se echó atrás en la silla con tanto impulso que las ruedas lo alejaron de la mesa. Mejor así. Se sentía tentado de hacer lo que ella le había propuesto aquella noche, tirar de un manotazo todo lo que había sobre su superficie. Pero esta vez no sería cegado por el deseo, sino por la ira.

El maldito George Harrison, el peor agente de la Interpol, había tenido que estropear el momento. Y aún había llamado al día siguiente para regodearse. Recordó que, al otro lado de la línea, la voz del inglés tenía un sonido rasposo como de papel de lija.

—Enhorabuena por el éxito de su exposición. —Le había dicho en su propio idioma. Sin duda la resaca no le permitía usar su penoso francés.

—Agradezco su presencia —le contestó Elliot, mordiendo cada sílaba antes de expulsarla.

—Ahora debo regresar a Londres, pero nos volveremos a ver.

—Le echaremos de menos.

—Un saludo para la señorita Lerna. Fue una compañía encantadora.

—Se lo daré de su parte.

Recordó que había colgado el auricular con tanta fuerza que el eco del golpe le dejó sordo por un momento.

Desde entonces solo había hecho o recibido llamadas relacionadas con la galería y la exitosa exposición de Paul Bruat. La buena marcha del negocio debería complacerle y hacerle olvidar otras cuestiones.

Solo que ella era imposible de olvidar.

Estaba harto de todo aquello.

No sentía remordimientos por cómo había vivido hasta aquel momento, no necesitaba pedir perdón ni aceptaría algún tipo de penitencia. Solo que, en algún momento, todo aquello había dejado de ser divertido.

Por fin empezaba su nueva etapa, la vida que tanto había ansiado, y quería hacerlo sin lastres del pasado.

Decidir si Alba formaba parte de ese pasado o era un prometedor futuro, era la cuestión que no le dejaba dormir desde hacía semanas.

Por fin había pasado la Semana Santa, y los huevos de Pascua ya no llenaban todos los escaparates de las pastelerías de París. Incluso la invasión de españoles, que aprovechaban un largo puente festivo para viajar también había cesado, y Alba se encontró con una tarde bastante tranquila en la cafetería, tanto que hasta tenía tiempo para charlar con sus compañeros.

Étienne le contaba una historia sobre una chica rusa que había conocido el fin de semana. Según él, tenía la piel más blanca y la melena más rubia que había visto nunca.

—Rubia natural —insistió, abriendo mucho los ojos.

Alba soltó una carcajada.

—¿Estás seguro? ¿La has revisado bien a fondo?

—Varias veces.

Su amigo asentía, con los ojos oscuros muy abiertos y una

sonrisa de triunfador que la divertía muchísimo.

—Te noto enamorado —se mofó de él.

—Espera, que tengo una foto.

Alba se tapó los ojos cuando él sacó el móvil.

—Por favor, dime que no estáis en la cama.

—Yo no hago esas cosas, soy un caballero.

—Sí, y yo Coco Chanel.

Miró la pantalla por entre los dedos, y luego bajó las manos, para coger el móvil.

—Es una belleza.

Los dos lo eran, y hacían una pareja increíble. En la foto, Étienne apoyaba su cabeza, de indomables rizos castaños, en el hombro de una diosa nórdica de cabello dorado y ojos celestes.

—¿Te gustan las rubias?

—¿Qué pregunta es esa? —dijo Alba.

—Venga, sé que las chicas habláis de esas cosas, no como los tíos que nos da corte hablar de si los otros son guapos o no. Vosotras lo tenéis mucho más claro.

Alba le devolvió el móvil y se cruzó de brazos, pensativa.

—No es una cuestión de si me gustan rubias o morenas, te puedo decir que Scarlett Johansson me parece una bomba sexual, y que Anne Hathaway tiene unos ojos fascinantes.

—¿Pero alguna de ellas te hace dudar de tus opciones sexuales?

Alba miró al techo, se frotó la nariz, y fingió considerar seriamente la pregunta.

—No, creo que no.

—Menos mal que aún quedamos heteros convencidos en el mundo.

Lo dijo con tanto sentimiento que Alba estalló en una carcajada, atrayendo las miradas del resto de sus compañeros y de los pocos clientes que había dentro de la cafetería.

José salió del almacén y los miró con cara de pocos amigos. Su compañero no era el mismo desde hacía un tiempo.

Étienne se volvió para mirar también al mexicano. Se guardó el móvil en el bolsillo y dijo algo sobre tareas pendientes.

Alba vio que José volvía al almacén, y lo siguió.

—¿Qué os pasa? ¿Habéis discutido?

—No sé de qué me hablas.

—Venga, José, sé que estás colado por Étienne desde hace tiempo. Y tú sabes que solo le interesan las tías. Cuantas más, mejor.

—No sabes nada.

José estaba disgustado de verdad. Nunca le había hablado así. Se soltó de la mano que le sujetaba y volvió a la cafetería, dejándola con la palabra en la boca.

¿Era posible que hubiera pasado algo entre ellos? ¿Por eso José siempre llegaba tarde y evitaba que sus turnos coincidieran con los de Étienne?

Salió del almacén buscándolo. No lo veía por ninguna parte. Se acercó a Étienne, que preparaba un té con la misma concentración que si estuviera montando la bomba atómica.

—¿Qué le has hecho a José?

—¿Yo? —Étienne estuvo a punto de tirarse el agua hirviendo por encima—. Será qué me ha hecho él a mí.

—Es muy buen tío —tanteó Alba, a ver si lograba tirarle de la lengua.

—No me va su rollo, y él lo sabe. Solo porque estaba borracho…

El francés cerró la boca y Alba estuvo segura de que se había mordido la lengua porque los ojos se le humedecieron de repente. Miró el nombre del cliente escrito en la taza y lo llamó en voz alta, dejando el pedido sobre la barra.

—No ha querido contármelo todo. —Se inventó al momento, cruzando los dedos a la espalda, convencida de que mentía por una buena causa—. Está fatal.

—¿Y cómo crees que estoy yo? Veinticinco años disfrutando a tope de mi heterosexualidad, y ahora viene él y… Y… Quiere volverme loco. Esto es lo que está haciendo.

La cola para pedidos empezaba a impacientarse al ver que nadie les atendía. Alba quería mandarlos a todos a paseo, cerrar la puerta y sentarse con sus dos amigos a discutir lo que estaba pasando. No era curiosidad, ni que quisiera entrometerse en sus vidas. Bueno. Sí. Un poco. Pero solo porque los quería mucho y no soportaba verlos así.

José entró en la cafetería. Alba supuso que había salido a fumar, aunque lo había dejado hacía un mes. Aquello se volvía cada vez más grave.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando pasó por su lado y confirmó que olía a tabaco.

—Sí. No pasa nada. Perdóname, linda, no quería hablarte mal.

—Después hablamos, ¿sí? —le dijo, ofreciéndole su sonrisa de reconciliación.

Santa Alba de los corazones rotos, esa era ella.

Cuando se volvió, había varios pares de ojos mirándola con instintos asesinos. El primero de la cola ni siquiera esperó a que le diera los buenos días y ya estaba haciendo su pedido a toda velocidad.

Atendió al menos a dos docenas de clientes a velocidad del rayo, y consiguió por fin un minuto de tranquilidad en la cafetería. Miró de nuevo a sus compañeros, cada uno en un extremo de la barra, al parecer ocupadísimos los dos, y suspiró.

—Buenos días —dijo un nuevo cliente, y Alba se volvió a mirarle.

Elliot d'Anglas, con una camiseta negra que resaltaba su estúpido y sensual rostro, siempre dispuesto a provocar un cortocircuito en sus neuronas.

Al momento olvidó su pequeño drama para centrarse en el suyo propio.

—Hola. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No estoy en la carta. Puedes pedir un capuchino, un té, alguna tarta…

—Por favor.

No la iba a conmover. Le daba igual cuanto suplicara.

—Estoy trabajando.

Así era ella, firme y dura. Inconmovible.

—Hoy es ocho de abril…

El hombre invisible

No la iba a convencer tan fácilmente. Ni siquiera con eso. No podía seguir jugando a un juego en el que las reglas cambiaban constantemente.

Y empezaba a acumularse clientes a su espalda.

—Si no vas a pedir nada, retírate de la cola, por favor.

—¡Por esta caja! —gritó Étienne, atrayendo al resto de clientes, y ganándose una furibunda mirada de Alba.

—Ponme un café *latte* pequeño.

—¿Lo tirarás a la papelera?

—Probablemente.

—Entonces, no. Me niego.

—No puedes negarte a servir a un cliente.

—Tenemos reservado el derecho de admisión.

—Alba…

No quería mirarlo, pero lo hizo, y supo que estaba perdida.

Tenía el pelo revuelto como si se acabara de levantarse de la cama; los ojos enmarcados por tristes sombras grises. Vestía más informal que nunca, con su cazadora negra y aquella simple camiseta de algodón del mismo color, que dejaba adivinar unos marcados pectorales. El contraste entre su gesto apesadumbrado y aquel cuerpo que incitaba al pecado, desconcertaba e irritaba a Alba.

—Parece que te ha pasado un tren por encima.

—Así es como me siento.

—¿Estás enfermo?

—Estoy enfadado conmigo mismo, y no sé cómo arreglarlo.

Sin previo aviso, Étienne puso su pie sobre el de ella, y, teniendo en cuenta que su compañero gastaba un 44, agradeció llevar sus duras Doc Martens.

—¿Qué haces? —le susurró, agachándose con él detrás del mostrador, fingiendo que se les había caído algo.

—Dale un respiro al pobre, sea lo que sea lo que te ha hecho, está sinceramente arrepentido.

—Estoy harta de darle oportunidades, aparece y desaparece como el hombre invisible, y se cree que no tengo otra cosa que hacer que esperar a que se acuerde de que existo.

El murmullo de los clientes impacientes empezaba a tomar forma de manifestación, así que no les quedaba más remedio que abandonar la terapia y dejarla para mejor momento.

—Yo me ocupo de los cafés y tú sales a tomarte tu media hora libre.

—Es temprano.

—Me da igual, sal y arregla tus asuntos de una vez.

Salieron a la vez de detrás del mostrador, como dos marionetas asomándose en su pequeño escenario. Étienne corrió a atender a los furiosos clientes; Alba le hizo una seña a Elliot para que la siguiera al exterior.

Sus esfuerzos por fingir indiferencia casi se fueron al traste cuando le llego su aroma. Doce&Gabbana Ligth Blue. Le encantaba que usara una colonia suave, no esas agresivas que se supone que seducen mujeres. El aroma cítrico se mezclaba con otro más intenso a óleo y lienzo; sin duda pasaba mucho tiempo en la galería.

—Te debo una disculpa.

—No te confundas, no estoy enfadada contigo, no tienes ninguna obligación hacia mí ni yo hacia ti. Simplemente, me he rendido.

—Eso duele.

También tu indiferencia, tu silencio, tu absoluta falta de interés. Alba se mordía la lengua para no convertir aquello en una absurda pelea de enamorados. Apenas se conocían, solo habían coqueteado un poco. Habían saltado chispas entre ellos, sí, pero no habían llegado al punto de iniciar siquiera remotamente un compromiso.

—No sé qué me pasa contigo, Alba, parece que no puedo evitar estropearlo una y otra vez —siguió diciendo, puesto que no respondía.

—Pero siempre vuelves.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué te empeñas en estropearlo?

Se cruzó de brazos, a la defensiva, para poder mirarle a la cara y tratar de leer en su expresión la realidad de lo que pensaba. Ya no se fiaba de sus palabras.

—Por tu padre —dijo tan solo, y supo que no mentía.

Ella comprendió por fin que el trato que le había dado su padre cuando le propuso su negocio había herido profundamente su orgullo, tanto como para obligarse a mantener la distancia con ella.

—Soy mayor de edad, mi padre ya no me dice con quién puedo salir a jugar.

Sonrió con pocas ganas. Quería quitarle hierro a aquel asunto, olvidarlo de una vez, pero a él parecía pesarle demasiado.

—Si se enterase… Siempre pensará que soy un cazafortunas.

—¿Y quién soy yo, entonces? ¿Solo la hija de Enrique Lerna? ¿La heredera de parte de su imperio? ¿Acaso no valgo nada por mí misma? Ya has visto cómo vivo aquí, tengo mi trabajo, mis clases, un pequeño piso compartido…

—Alba, el vestido que llevabas la noche de la inauguración, o el de la ópera, no se pagan con tu sueldo.

Enrojeció un poco al verse descubierta, bajo la cabeza para mirarse el horrible delantal verde, y volvió a levantarla, con un suspiro resignado.

—Sí, vale, tengo mis tarjetas de crédito, pero solo las uso en caso de extrema necesidad.

—¿La inauguración era una extrema necesidad?

—Tú lo eras —confesó, valiente, dando un paso al frente para que pudiese leer la verdad en sus ojos—. La galería era tu castillo, y mi vestido la armadura. Creí que lo había conseguido…

—Luchaste con valentía y honor. —Elliot inclinó la cabeza, en reverencia—. Y yo fui el cobarde que salió huyendo.

Alba parecía más que dispuesta a mandarlo a paseo, casi podía escuchar las palabras saliendo de su boca, y de repente algo cambió en su expresión. Se estaba rindiendo.

—Tengo que volver, acabo de empezar mi turno y esto no es España para poder escaquearme cuando me dé la gana del trabajo.

—¿En España pasa eso? No dejas quedar muy bien a tus compatriotas.

—Por lo menos no somos tan estirados como los franceses.

Elliot intuyó la sonrisa que ella reprimía para no dar el brazo a

torcer; para no revelar que se estaba ablandando. Sus ojos brillaban, más azules que nunca. No sabía qué hacía para ganarse la atención de Alba, a pesar de lo mal que terminaban siempre sus encuentros. Tal vez era un regalo de su desastrosa hada madrina, haciendo algo bueno por él por primera vez en su vida.

—Diría que te estás comportando precisamente como una estirada y desdeñosa francesa.

Estaba tensando la cuerda, y en cualquier momento se podía soltar y darle en la nariz.

Se levantó un aire fresco, que hizo tiritar a Alba. Elliot se quitó la cazadora y se la puso sobre los hombros, sujetándole el cuello para cerrársela en la garganta expuesta. Su piel tan blanca, y las venas azules que la cruzaban, lo distrajeron hasta el punto de pasar los dedos pulgares por el borde suave de sus clavículas, y subir hasta la perfecta línea de la mandíbula. Todo en ella era adorable. Su boca pequeña en forma de corazón, que siempre parecía recién besada, sus iris de zafiro, enmarcados por espesas pestañas, su espeso cabello castaño, cayendo en desordenados mechones sobre la frente lisa y despejada. Cada pequeña pieza del *puzzle* que formaba su rostro, tenía la perfección del mejor diamante que nunca hubiera pasado por sus manos.

—¿Qué piensas?

—Que eres la cosa más bonita que he visto nunca.

—No soy una cosa, soy una persona…

—Entonces, eres la persona más bonita que he visto nunca.

—… y las personas tenemos sentimientos.

—Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Siento no haberte llamado. Siento ser el hombre de hielo. Siento ser tan gilipollas.

—Hay que ser muy gilipollas para aparecer de nuevo un día ocho.

—Tenía una alerta en mi agenda. O me decidía a verte hoy, o renunciaba a ti para siempre.

Alba dio un paso atrás, y otro, obligándole a soltarla.

—No se puede renunciar a lo que no te pertenece.

Lo estaba haciendo fatal. Ella tenía el don de retorcer cada palabra que decía, para que luego se atreviera a bromear sobre su

dominio del francés. Se sentía más torpe que un adolescente en su primera cita. Tenía que intentar algo antes de hundirse del todo en el fango que amenazaba con tragárselo.

—¿Me darás una oportunidad de hacerlo bien?

La puerta de la cafetería se abrió, y salió José, el joven mexicano, con un cigarro y un encendedor en las manos. Alba se quitó la cazadora y se la devolvió a Elliot, le dijo que la esperase un minuto y luego también habló algo con su compañero, en español.

Cuando se quedaron solos, los dos se miraron confundidos y un tanto incómodos. Muerto de curiosidad, Elliot se atrevió a pedirle que le tradujera las palabras de Alba.

—Que le debo muchas horas y hoy me toca devolvérselas.

Exactamente en un minuto, Alba volvió a salir, poniéndose su abrigo y con el bolso colgando del cuello. Cuando Étienne se asomó y le gritó que a dónde iba, le hizo una señal de la victoria con los dedos por toda respuesta.

Elliot y José permanecían parados tal y como los había dejado. El camarero ni siquiera había encendido su pitillo.

—Llévame a un sitio en donde no haya estado nunca.

—¿Es algún tipo de prueba?

—Lo es.

—Olvídate de museos, amigo —dijo José, en un francés cargado de acento mexicano—. Y tampoco las librerías, pasa más tiempo en esos sitios que en su casa.

—¿He dicho que pudiera utilizar el comodín del público? —preguntó Alba, y los dos la miraron desconcertados. Se acercó a Elliot y lo cogió del brazo—. Vamos. José, tú a trabajar, y nosotros a nuestra aventura.

—Me parece injusto, linda, y más sin previo aviso.

Le dijo adiós con la mano y dejó que Elliot la guiara por las estrechas calles del barrio latino, camino de su galería.

—Allí ya he estado —le advirtió.

—Solo vamos a buscar mi moto.

En el café, José había vuelto al interior. Con la cabeza gacha se dirigió al almacén para volver a ponerse el delantal. No quería encontrarse con la mirada de Étienne, no quería escuchar su típico tono de chico listo burlándose de él porque Alba se la había jugado haciéndole cubrir su turno.

¿Cómo podía estar enamorado de semejante imbécil?

Había abandonado su país y su familia para poder vivir su vida con total libertad. Su padre estaba aún enfadado con él por rechazar un buen puesto de trabajo en su empresa, y la mano de la hija de su socio, para irse a Europa donde aún ni había logrado convalidar su título de ingeniero.

No le importaba trabajar de camarero, ni compartir piso con seis inmigrantes más, aunque eso supusiera tener que coger turno para utilizar el único baño de la vivienda. Allí, en París, nadie juzgaba su sexualidad, ni tenía dificultades para conseguir una cita. Podía ser él mismo, y eso era lo único importante de verdad.

Sería un hombre feliz si no fuera por Étienne.

Étienne y sus preciosos ojos que te miraban como si pudieran traspasar la piel y llegar hasta tu alma.

Étienne, que la noche anterior, en plena borrachera, le había besado como si le fuera el alma en ello.

Dijera lo que dijera, no era el beso de alguien que no sabe a quién besa ni por qué. Era más bien el de quien se ha estado reprimiendo demasiado tiempo y el alcohol le da la libertad de hacer lo que realmente desea.

—¿Qué haces aquí? —El dueño de sus pensamientos llegaba para interrumpirlos—. ¿No te marchabas ya?

—Cubro el turno de Alba.

—¿Por qué?

—Se lo debo.

—A ella y a todos. A mí también me ha tocado pringar más de una vez cuando llegas tarde.

—Lo siento —dijo, y dio un paso, esperando que su compañero lo dejara pasar.

—¿Qué le has contado a Alba?

—Nada. ¿Qué le has contado tú?

—Que me pillaste con la guardia baja cuando estaba borracho.

—¿En serio?

José apretó los puños a los costados y contó hasta diez para no dar un empujón a Étienne y obligarle a dejarlo pasar.

—Es la verdad.

—De acuerdo, si esa es la verdad, te pido disculpas, y no te preocupes que no volverá a pasar.

Levantó las manos y las abrió, como en una interrogación, y por fin logró que Étienne lo dejara pasar.

—No pasa nada —dijo el francés.

—Vete a la chingada, pendejo —le respondió en su idioma, y salió hacia la cafetería antes de que le preguntara qué significaba.

En el almacén, Étienne se pasó una mano por el pelo y respiró hondo.

No le había gustado la sonrisa de José antes de salir. Y menos ese «pendejo» que había entendido perfectamente. Suponía que el resto de su despedida no era precisamente otra disculpa.

No sabía qué estaba haciendo mal. Probablemente todo. No se le daban bien las relaciones, y menos con un tío. Le caía bien José, incluso reconocía que le gustaba y estaba a gusto con él, hasta que se dio cuenta de que él no le veía solo como un amigo.

Era raro porque, por un lado, le halagaba, y por otro, le ponía muy nervioso.

Mejor dejarlo así. José estaba enfadado, y quizá ahora se le pasara el interés, o el capricho, lo que fuera que sentía.

Y entonces dejaría de mirarle con esa cara de anhelo que tanto le molestaba.

Le molestaba muchísimo.

Era insoportable.

—Él sí que es un pendejo —murmuró entre dientes, tratando de imitar el acento del mexicano.

Luego miró a su alrededor, preguntándose por qué había entrado en el almacén.

No tenía ni idea.

Un paseo en moto

Alba no entendía nada de motos, pero desde luego aquella era impresionante, con todas las piezas metálicas brillantes como si fueran plata pulida. Pasó la mano por el asiento de cuero, gastado por el uso y muy suave, y aceptó el casco que Elliot le tendía, con gesto crítico.

—Me da un poco de claustrofobia.

—Es más cómodo de lo que parece.

No lo era, pero se resignó a llevarlo, suponiendo que no se parecía tanto a la Hormiga Atómica como su mente se empeñaba en imaginar.

Elliot se subió a la moto y ella se tomó un momento para disfrutar de la vista de aquellos vaqueros que se le ceñían estupendamente a los muslos, dándole un aspecto de jinete de película.

—¿Vamos?

Asintió y subió detrás de él, agarrándose a su cintura con más fuerza de la necesaria. Absorbió su aroma, respirando hondo para relajarse y no le dijo que las motos y la velocidad le producían un vértigo horroroso. Aún no estaba dispuesta a confesar sus debilidades al enemigo, y menos cuando él había confesado su cobardía y estaba a solo un paso de la rendición. O eso esperaba, al menos.

Tuvo que reconocer que la moto se deslizaba con una suavidad inesperada, y que, en parte debido al tráfico, no alcanzaba una velocidad suficiente para asustarla. Circularon por la orilla del Sena, con el sol de frente, y Alba supuso que la llevaría a alguno de los museos de Los Inválidos. Adoraba el Dorsay y el Rodin, y precisamente por eso ya los tenía muy vistos; y, en cuanto a los museos militares, no eran sus preferidos.

Solo rezaba para que no cometiera el error de llevarla a la Torre

Eiffel. Por muy bonita que se viera en las películas americanas, aquello era un hormiguero de turistas que formaban colas interminables para subir y bajar ordenadamente de la transitada estructura. Verse rodeada de japoneses haciendo fotos, o peor, de turistas españoles hablando a voz en grito, diciendo que aquello no era para tanto y que mucho mejor el campanario de la iglesia de su pueblo, le parecía lo más anti romántico que podía imaginar.

Para su inmenso alivio, al llegar a Los Inválidos, giró a la izquierda y fue bordeando la gran explanada, adentrándose por el Boulevard, con el museo Rodin y sus jardines cerrados de altos setos a su izquierda. Allí dejaron la moto.

—Dejemos a Rodin para otro día —le dijo él, adivinando sus pensamientos—, imagino que lo habrás visto más de una vez.

La cogió de la mano y caminaron por la explanada hacia el gran mausoleo que parecía presidirla. Alba abrió la boca y la volvió a cerrar un par de veces.

—¿En serio?

—¿Qué hay más grande en Francia que Napoleón? Bueno, aparte del queso, el vino, el paisaje…

—¿Una tumba? Te pido que me sorprendas, y me traes a una tumba.

—Un gran monumento a uno de los hombres más grandes que ha dado la historia.

—Un gran megalómano, quieres decir, porque por lo demás, creo que era un tipo bajito y lo más destacado de él era su nariz.

—Qué falta de respeto —se burló Elliot, tomándola de la mano para guiarla al interior del edificio.

Alba se dejó llevar, sin demostrar lo mucho que le gustaba todo lo que veía; los materiales nobles con los que estaba construido el mausoleo, los uniformes y los cuadros de batallas, y el gran sarcófago que contenía los restos mortales de Napoleón I; enorme dada la talla del difunto emperador.

—¿De verdad tienes ese tipo de sentimiento nacionalista? ¿La *grandeur* francesa, y esas cosas?

—Durante años he vivido con un pie en Inglaterra y otro en Francia, creo que soy la persona que más uso hace del túnel del Canal de la Mancha. También he pasado épocas en otros países europeos, además de una etapa *hippie* en Ibiza que es mejor no

recordar. —Una carcajada vibró en su garganta, contenida a duras penas—. Respondiendo a tu pregunta, no, no soy un maldito chovinista francés.

—Es bueno saberlo porque, la verdad, Francia mola, pero no hay otro país como España.

—Estoy de acuerdo.

—¿Estuviste mucho tiempo en Ibiza?

Elliot asintió. Con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y la cazadora de cuero que se había puesto cuando fueron a buscar la moto, parecía mucho más joven que la noche de la ópera, cuando lo conoció llevando un esmoquin impecable. Alba no podría decidir con qué aspecto le gustaba más. Ese hombre se vería *sexy* hasta disfrazado de esquimal.

—Fui a pasar unas vacaciones de verano, y me quedé seis meses.

El mausoleo parecía vacío, solo estaban ellos y unas cuentas momias militares de antiguas glorias. Elliot apoyó la espalda contra la balaustrada de mármol y tiró por ella, poniéndole las manos sobre la cintura. Alba tuvo que preguntarse si estaría empezando a perder la cabeza por un hombre que era capaz de hacerle sentir excitación en un lugar tan frío con el leve roce de las palmas de sus manos sobre las caderas.

—¿Recuerdas algo, o todo aquello está como envuelto en bruma? —Bromeó, imaginando a qué placeres se habría entregado en la isla.

—Hace muchos años, yo tenía unos diecisiete.

—Lo dices como si ahora tuvieras el doble.

—No me falta mucho. —Abrió las manos sobre su espalda y las subió lentamente, acariciándola con sus largos dedos, creando una ola de calor que se expandía por su piel en todas direcciones—. Y ese es otro motivo por el que no debería salir contigo, porque parezco un patético tipo maduro raptando a una niña de instituto.

—Llegas tarde —jadeó Alba cuando sus manos encontraron la piel desnuda del escote, y le acariciaron las clavículas—. Hace mucho que terminé el instituto.

—¿Fuiste una alumna aplicada?

—Pregúntame mi edad de una vez.

—Nunca se le pregunta la edad a una mujer.

—Sí, cuando puedes presumir de tener veintiocho y quejarte de

que siempre te echen varios menos. —Los pulgares de Elliot se entretenían ahora acariciando su mandíbula—. Así que, ya ves. —Alba se echó hacia delante, hasta apoyarse en su pecho—, puedes proponerme todas las perversiones que se te pasaban por la cabeza la noche de la ópera cada vez que me mirabas el escote, que no vas a cometer ningún delito.

Uno de sus pulgares le recorrió el labio inferior, y Alba le devolvió la caricia con la punta de la lengua. El ardor que sentía en sus partes más sensibles, al contacto con el no menos caliente cuerpo de Elliot, amenazaba con fundir el mármol que los sostenía.

—¿Aún tienes ese vestido?

—Por supuesto. No es apropiado donar un Vuitton.

Sus bocas estaban cada vez más cerca, tanto, que Alba podía ver la sombra de la barba oscura asomando bajo su piel, enmarcando aquellos labios apetitosos que ansiaba devorar.

—¿Te lo pondrás para mí? ¿El viernes?

—¿Me vas a invitar a cenar?

—¿Prefieres un restaurante o quieres venir a mi casa?

—¿Sabes cocinar?

—Ni idea, pero tengo una guía con los mejores servicios a domicilio de París.

Ella entrecerró los ojos, alargando hasta el infinito su respuesta. Se apiadó de él cuando pensó que Elliot ya no podría soportarlo más.

—Nada de restaurantes caros, cocineros estrella y comensales inapetentes.

—Entonces, no será la Tour d'Argent.

—No soporto la Tour d'Argent. Esa costumbre de numerar cada pato que cocinan, me pone los pelos de punta.

—¿No te gusta el plato estrella de unos de los restaurantes más famosos de París?

—No me gusta que me recuerden cuántos patos mueren para alimentar a sibaritas aficionados.

—Voy a tener que hacer una lista de todo lo que no te gusta: los franceses estirados, los restaurantes caros, los comensales inapetentes y sibaritas aficionados… Creo que no deberías de vivir en París. Está lleno de todo lo que odias.

Alba giró a su alrededor. Miró la enorme sala e inclinó la cabeza

para observar los altos techos. Después volvió a fijarse en el hombre que tenía enfrente, revisándolo de arriba abajo, dos veces, sin ningún pudor.

—Tiene otras cosas que me gustan mucho.

Una tos sonora y evidentemente fingida, y unos pasos demasiado marcados en el silencio del mausoleo, anunciaron la cercanía de un guardia de seguridad, al que sin duda no le parecía aquel el mejor lugar para los arrumacos de la pareja.

Alba se separó de Elliot, que al momento se volvió para apoyarse sobre la balaustrada y mirar al piso de abajo, a la cripta donde el gran sarcófago rojo aparecía rodeado por doce bellas estatuas que representaban sus doce grandes victorias.

—Son seis féretros en total, de diversos materiales metálicos y distintas maderas, uno dentro de otro…

—Como una muñeca rusa.

—Exacto, por eso el resultado final es tan desproporcionado.

—Ya decía yo que un tipo tan pequeñito no necesitaba un sarcófago tan grande.

El guardia pasó de largo, después de dirigirles una larga mirada amenazadora. Alba se mordió el labio inferior para no echarse a reír en su cara.

—Pillados como dos adolescentes —dijo él.

—Ya habíamos llegado a la conclusión de que ninguno de los dos aparenta la edad que tiene. Solo nos faltan las carpetas del instituto, la mía llena de fotos de cantantes, por supuesto.

Elliot dejó de fingir que le interesaba la cripta y se volvió a mirarla, frunciendo el ceño a la vez que curvaba los labios en una sonrisa dolorosa.

—Cada vez que estoy contigo acabo al borde de la muerte por frustración.

—No soy yo la que ha empezado este jueguecito de seducción en… —Abrió las manos, abarcando todo el edificio a su alrededor—. ¡En un mausoleo!

Estaban a medio metro de distancia, y Alba aún podía sentir la corriente eléctrica, cálida, poderosa, que atraía a sus cuerpos sin remedio.

Elliot extendió su mano, con la palma hacia arriba.

—No es un juego —dijo.

Alba puso la suya encima y miró fascinada como desaparecía entre sus dedos cuando tiró de ella, atrayéndola hacia su cuerpo.

—El guardia…

Elliot la cogió por la cintura y giró con ella, como si bailaran un vals, para ocultarse de miradas indiscretas detrás de una columna. Alba lo contempló con la boca entreabierta, un poco temblorosa, estar entre sus brazos provocaba un pequeño terremoto en su corazón. Miró sus labios, tan apetitosos, y no supo cuál de los dos inició el beso. No fue una caricia dulce ni tan moderada como sería aconsejable en un lugar público. El fuego que ardía entre ellos era ya incontrolable. Gimió cuando su lengua se abrió paso hacia su boca, y le salió al encuentro, derritiéndose de puro gusto. Las manos de Elliot bajaron por su espalda hasta cogerla por las nalgas para pegarla a sus caderas. Él era todo dureza. Ella, puro calor. Se olvidó de dónde estaban y hasta de su nombre. Quería que le arrancara la ropa y hacer lo mismo con la suya, rodearle la cintura con los muslos y que la empotrara de una maldita vez contra la columna que los sostenía.

Tuvo que ser Elliot, con un gruñido de auténtico dolor, el que puso fin al beso, enterrando la cara en su hombro.

—Me matas —dijo.

Alba estuvo a punto de protestar. No sabía por qué se había detenido, por qué sus manos ya no la apretaban fuerte contra su cuerpo, sino que la estaban separando, centímetro a centímetro, como si estuviera despegando un vendaje de una herida dolorosa.

Oyeron pasos que se acercaban y los dos se acordaron al momento del guardia del mausoleo. Alba se pasó las manos por el pelo y la ropa, ganándose una mirada risueña de Elliot.

—No hagas eso —le dijo.

—¿Hacer qué?

—Mirarme como si me fueras a hacer el amor en este momento. No prometas lo que no puedes cumplir.

—¿Quién dice que no lo puedo cumplir?

—Este maldito sitio —dijo ella, mirando a su alrededor—. La próxima vez, llévame a un hotel.

Se quedaron un rato mirándose, sin tocarse, recuperando el aliento perdido. El móvil de Elliot vibró en su bolsillo y él lo sacó con desgana, mirando el mensaje en la pantalla iluminada.

—Tengo que volver a la galería —dijo.

—¡Y yo tengo clases! —Alba miró su reloj y al momento casi echó a correr hacia la puerta—. ¿Puedes llevarme al metro?

—Si quieres te llevo a la Facultad.

—No, no, que el tráfico estará imposible y te llevaría demasiado tiempo.

La luz del sol les cegó por un momento, y casi tropezaron al bajar las escaleras, con las prisas por llegar a la moto.

—Dime una cosa —preguntó Alba, asegurándose el casco, resignada a aquella tortura—, ¿por qué me has traído aquí?

—Querías que te sorprendiera, ¿no? —Ella asintió—. Y no podía ir mucho más lejos, he quedado con unos compradores dentro de veinte minutos.

—¿De veinte minutos? ¡Vámonos!

Volaron sobre el *boulevard*, esquivando a los coches que no tenían tanta prisa como ellos, hasta llegar a la parada de metro más cercana.

—El viernes, no te olvides.

Alba le entregó su casco, y aprovechó para levantarle la visera del suyo y depositar en sus labios un beso descarado.

—¡Cómo para olvidarlo! —Exclamó, caminando hacia atrás, hasta tocar la barandilla de las escaleras del metro—. Nuestra tercera cita. ¡Ya sabes lo que significa!

—No, no lo sé.

Ella se encogió de hombros, giró sobre sus pies, y desapareció entre el bullicio del metro.

No había llegado a la última escalera, cuando sonó el WhatsApp de su móvil.

Solo había escrito una interrogación.

Le contestó con la bailarina de flamenco. Tenía que recomendarle alguna buena comedia romántica, a ver si aprendía cuál era la norma de la tercera cita.

La probabilidad de la tercera cita

Aquella noche Alba no podía dejar de pensar en la cita. La tercera cita.

Era divertido saber que Elliot no era tan aficionado a las historias románticas como ella, y no conocía la norma de las comedias americanas sobre que la tercera cita es la oportunidad de tener sexo.

¡Oh, sí! No podía dejar de pensar en eso. ¿Tendría que ser la seductora y no la seducida? Sería todo un reto tratar de derretir aquel delicioso témpano de hielo francés. Esperaba no encontrar solo agua en su interior sino un buen *champagne* burbujeante.

Todo el cuerpo le hormigueaba con las ideas que se le iban ocurriendo, incluidos algunos lugares inconfesables.

Era hora de ponerse a escribir y aprovechar tanta excitación para transmitírsela a sus personajes.

> *Nunca había conocido a una chica así. Era divertida, fresca, natural, y él era el rey de los tópicos, pero ¿cómo describirla sin quedarse corto?*
>
> *La deseaba. Tanto que resultaba doloroso. Y no podía ponerle un dedo encima. Era su jefe. El hombre que firmaba sus nóminas. Y además había aceptado aquel compromiso a cambio del mejor contrato de suministro de café de la historia de Staryou.*
>
> *Era curioso que, de los dos, ella fuera la única realmente libre.*

Se daba cuenta de que su protagonista, el director de una importante cadena de cafeterías, para nada inspirada en Starbucks, por supuesto, comenzaba a parecerse demasiado a Elliot.

Los dos eran hombres que mantenían las distancias. El de su novela, porque no podía tener una aventura con una empleada, y además estaba comprometido. ¿Y Elliot? ¿Era simplemente su carácter, o había algún secreto en su vida que le obligaba a ser así?

Sería divertido jugar a los detectives con él. Se imaginó con una gran lupa, un sombrero con orejeras y una capa, a lo Sherlock Holmes. Elliot sería el sospechoso de algún crimen al que tendría que interrogar. Si las palabras no funcionaban, quizá tuviera que torturarlo un poco… Quitarle la camisa para comprobar si esa espalda era tan ancha como parecía vestido, y atarle las manos para que no pudiera defenderse. Lástima que estuviera en contra de cualquier tipo de violencia, incluso como juego sexual. ¿Buscarle las cosquillas se consideraría tortura? Mejor aún, buscar sus zonas erógenas y torturarlo con caricias lentas y provocadoras…

Alba se retorció sobre la cama, seducida por su propia fantasía. Imposible conciliar el sueño si ese hombre no dejaba de controlar sus pensamientos.

Mejor escribir un poco más, tenía que canalizar toda aquella energía.

Sentado tras su mesa, Elliot lanzó un largo suspiro de puro agotamiento, frotándose el cuello para relajar la tensión. Acababa de cerrar por fin la galería, después de una larga tarde con una pareja indecisa que declaraba su amor por todas y cada una de las obras de Paul Bruat, pero que se sentían incapaces de decidirse por una sola.

Revisó su móvil en busca de llamadas perdidas y algún mensaje, nada urgente.

Se recostó en la silla de cuero de alto respaldo, cerró los ojos durante un rato, y por fin se rindió y abrió el WhatsApp.

ELLIOT: Me vas a explicar lo de la tercera cita?

Aún casi podía sentir su cuerpo pegado a su espalda, sus brazos envolviéndole la cintura, su risa cantarina en el oído.

ALBA: Lo he pensado bien, y creo que no es una tercera cita.

Aquella respuesta lo desconcertó. Abrió su agenda para repasar algunas notas que solo él podía comprender.

ELLIOT: El 8 de enero, en la ópera.

ALBA: No fue una cita, fue un encuentro inesperado.

Inesperado, delicioso, un encuentro que le hacía pensar en *champagne* y el susurro del sedoso vestido negro deslizándose entre sus muslos.

ELLIOT: El 8 de febrero te invité a café.

ALBA: Eso casi cuenta por una.

Café y *macarons* que ella había devorado, como una niña golosa en una pastelería.

ELLIOT: El 8 de marzo apareciste en la galería.

ALBA: Otra casualidad, tampoco cuenta.

Sí que contaba, claro que contaba. Era la prueba de que el destino se empeñaba en reunirlos una y otra vez, aun contra su

obstinada voluntad.

ELLIOT: La inauguración?

ALBA: Me invitó Paul, no tú.

Tenía respuesta para todo, y una energía inagotable. Otra cosa que le encantaba de ella.

ELLIOT: Entonces, es la segunda cita.

ALBA: Eso me temo.

ELLIOT: Por qué lo temes?

ALBA: Porque me había hecho ilusiones con la idea de la tercera.

Si todo ese lío de la tercera cita tenía que ver con lo que estaba pensando, él, desde luego, no pensaba desilusionarla.

ELLIOT: Espera. Lo de hoy no cuenta?

Por supuesto que contaba. No la iba a dejar escapar así como así. No esperó su respuesta.

ELLIOT: Yo creo que sí.

ALBA: Venga, vale, sí que cuenta.

Sonrió a la pantalla como si tuviera a Alba enfrente.

ELLIOT: Entonces, me lo vas a explicar, o tengo que esperar al viernes?

ALBA: Sabes usar Google, verdad?

Le gustaba cuando se hacía la listilla.

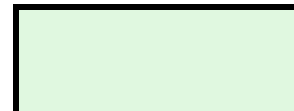
ELLIOT:…

ALBA???

ELLIOT: Tenemos que esperar al viernes? Puedo ir a recogerte ahora?

ALBA: Tengo que llevar mi Vuitton a la tintorería.

ELLIOT: Me vale cualquier otra cosa, hasta ese delantal verde.



ALBA: Es lo menos *sexy* del mundo.

ELLIOT: No cuando lo llevas tú.

ALBA: Casi sin batería. Nos vemos el viernes.

ELLIOT: Tendrás que compensarme por la espera.

Ella le volvió a responder con esa bailarina flamenca que le parecía un jeroglífico indescifrable, aún mayor que el tema de la tercera cita. Lo único que él sabía a ciencia cierta era que le encantaba utilizarla como despedida.

Apagó el ordenador y se puso en pie, dispuesto a regresar a su apartamento. Mientras dejaba atrás la galería y se adentraba por las calles tranquilas y oscuras, iba pensando en lo que había hecho con su vida en los últimos años, y por qué le parecía que le llevaba a Alba mucho más que los escasos cuatro que calculaba, si era cierto que ella había cumplido veintiocho.

Aunque no tenía ningún problema con la tecnología, de hecho navegaba por la red profunda con la facilidad con la que cualquier usuario medio lo hacía por las redes sociales, la utilizaba más como un medio de trabajo que como un entretenimiento.

Esa era la cuestión. Había dedicado los años que otros derrochaban en fiestas, ligues y variadas locuras, a profesionalizarse en su «sector».

Pero no sabía a qué restaurante debía llevar a una chica a la que no debía impresionar.

Quería ser él, por una vez, el auténtico Elliot.

Solo un hombre invitando a una chica preciosa a un bonito restaurante, cruzando los dedos para tener la suerte de que ella le deje besarla al final de la cita.

No recordaba haber emprendido nunca una misión tan complicada.

ELLIOT: No serás vegetariana?

La campanilla del móvil había sobresaltado a Alba cuando se estaba sirviendo el primer café de la mañana. Le dio un buen sorbo, tras vaciar en la taza medio azucarero. La cafeína y el azúcar eran indispensables para despejar sus ideas al levantarse.

ALBA: Solo cuando no hay un buen chuletón a mano.

ELLIOT: Eres demasiado pequeña para comerte un chuletón.

ALBA: Ya estamos otra vez con mi edad?

ELLIOT: Hablaba de tu tamaño.

Alba se miró las piernas desnudas y los pequeños pies descalzos. Vale, no podía discutir sobre su estatura, por mucho que presumiera de pasar del metro sesenta, lo cierto es que medía más bien metro cincuenta y ocho.

ALBA: Necesito un segundo café antes de hablar de tamaños.

ELLIOT: No será ese horrible café de tu trabajo.

ALBA: No estoy en el trabajo. El café lo compra Lidia, que es una sibarita. Este es de Colombia.

Y estaba realmente rico. Se sirvió un poco más, convencida de que lo necesitaría.

ELLIOT: Estás en pijama?

Alba se miró la camiseta larga de algodón que llevaba, con una imagen de la princesa Mononoke sobre el pecho.

ALBA: No uso pijama. Quién te crees que soy? Una abuelita?

ELLIOT: Dime que no llevas un camisón de seda y encaje, por favor.

ALBA: Ese lo tengo reservado para la noche del viernes. Un chico me ha invitado a cenar, y espero que sea a un sitio elegante.

ELLIOT: Has cambiado de idea sobre los restaurantes caros? Tengo que consultar la Guía Michelin?

ALBA: Retiro lo de elegante, y vuelvo al chuletón.

ELLIOT: De verdad quieres un chuletón para cenar?

Alba lo meditó un poco. No, la verdad es que no se veía devorando un trozo generoso de carne poco hecha con Elliot sentado enfrente. Ni el Vuitton podía salvar un momento tan poco glamuroso.

ALBA: Retiro el chuletón. Qué habías pensado?

ELLIOT: Estoy a tu disposición, pero por favor, que no sean hamburguesas o *pizzas* recalentadas.

ALBA: Ya me parecía a mí que tú también eras un sibarita.

Le quitó el papel a una magdalena y se demoró en darle un mordisco, saboreándola antes de mirar de nuevo la pantalla.

ELLIOT: Lo que desees, Cenicienta.

No pudo evitar una sonrisita tonta. Recordaba lo que le había dicho aquella vez en el café, que trabajaba allí porque era la Cenicienta y sus hermanastras se quedaban con la herencia familiar. Algún día le contaría lo que hacía de verdad trabajando en esa cafetería. Pero aún no, las cosas tan personales no se revelan así como así, ni siquiera en la tercera cita.

Pero le encantaba que le citara una de sus películas favoritas.

ALBA: Estás mezclando historias de princesas, sabes?

Cerró los ojos para imaginarse a Elliot con la cara cubierta por un antifaz y la ropa negra del pirata Roberts. Estaría aún mejor que Cary Elwes.

ELLIOT: Lo sé. También he visto *La princesa prometida*.

ALBA: No te pega nada. Tienes pinta más de… No sé, de preferir el cine europeo pedante.

ELLIOT: Lo tomaré como un cumplido. Me temo que tengo trabajo.

ALBA: Nos vemos mañana.

ALBA: Lo de la comida a domicilio no parece mala idea.

Elliot miró el mensaje en su móvil. Mientras hablaban, Alba había cambiado su foto de perfil, que antes era de algún personaje de animación japonés que él no conocía, y ahora tenía a Robin Wright en *La princesa prometida*, con los ojos vendados y un puñal en el cuello.

ELLIOT: En tu piso?

ALBA: Imposible. Aquí están Lidia y Paul todo el día retozando como adolescentes salidos.

ELLIOT: No sé cómo lo soportas. Tienes un gran espíritu de sacrificio.

ALBA: Nací para ser mártir, lo sé.

ELLIOT: La pobre niña rica.

Le gustaba meterse con ella, y no olvidar nunca quién era su padre y cómo lo había tratado.

En otro tiempo, casi le parecía que en una vida anterior, él también había sido un niño rico, mimado, protegido, rodeado de lujos y comodidades. Luego todo se había torcido; los que decían ser amigos de sus padres desaparecieron en sus mansiones rodeadas

por muros, les dieron la espalda y no miraron nunca atrás, exactamente cómo había hecho Enrique Lerna cuando le propuso financiar su galería. Cuando los remordimientos amenazaban con ahogarle, solo tenía que recordar aquellos tiempos.

ALBA: He pensado mudarme al LV Champs-Élysées, pero el servicio de mayordomo las 24 h me asfixia un poco.

ELLIOT: Te entiendo, es un servicio insufrible.

ALBA: Entonces… Me vas a invitar a tu casa, o tendremos nuestra cita debajo de un puente? En los del Sena, hay demasiada humedad.

Era directa y sabía lo que quería. Elliot se imaginó que también sería así cuando decidiera que podían tener sexo, y eso lo mantenía en un estado de excitación constante. No sabía si podría soportar aquella situación veinticuatro horas más.

ELLIOT: Tendré que ver si el ama de llaves ha pasado el aspirador.

ALBA: Y recuérdale que ponga sábanas limpias.

Lo estaba matando. Y lo peor era que, sin duda, lo hacía a conciencia.

ELLIOT: Voy a buscarte. Ahora.

ALBA: No puedo, mañana tengo que trabajar.

ELLIOT: No necesitas ese trabajo.

ALBA: Y tengo clases.

ELLIOT: Por un día no pasará nada.

ALBA: Pero el sábado lo tengo completamente libre, y si eres bueno conmigo, dejaré que me hagas el desayuno.

Y sí, una vez más, le puso la maldita bailarina de flamenco.

Solo un ejercicio de contención suprema logró evitar que lanzara el teléfono por la ventana.

No más mensajes ni llamadas.

La próxima vez se verían cara a cara, a ver si era tan valiente como a través de la pantalla.

Se temía que sí.

Chantaje

Podía sentir todas y cada una de las toneladas de agua que cubrían el túnel que cruzaba el Eurostar, bajo el Canal de la Mancha. Solo su férreo control lograba evitar que sucumbiera a un ataque de claustrofobia.

Había estado en otras situaciones difíciles. Encerrado en los conductos de ventilación de un gran edificio de oficinas, esperando su oportunidad para escapar; en el polvoriento sótano de un museo, rodeado de momias y otros objetos siniestros; y hasta en las catacumbas de Roma, buscando una salida alternativa. En todas esas ocasiones la adrenalina corría por sus venas, manteniéndole alerta, y la confianza en sí mismo le permitía enfriar su mente y analizar la situación con absoluta calma.

Ahora estaba en terreno desconocido, enfrentándose a la situación más peligrosa que nunca hubiera imaginado.

Sacudió la cabeza, como si intentara alejar a una avispa.

Si pudiera, daría vuelta a aquel maldito tren y se olvidaría de Londres, del perista y sus amenazas, de ese último golpe que les haría ricos y legendarios, y la promesa firme de no volver a molestarle nunca más.

Pero no se podía detener un tren, y menos hacerlo girar en redondo, sobre todo cuando viajaban por el fondo del mar.

Solo le quedaba invocar su cada vez más escasa paciencia. Recordar los motivos por los que se iba a negar a la propuesta de Smith, fuera la que fuera, y volver a París.

El Ladrón de Medianoche original se había retirado para siempre.

—Sencillo y seguro, nunca has dado un golpe como este.

—Porque nunca he trabajado por contrato previo. No quiero tratos de ese tipo, Smith, lo sabes. Si algo sale mal, el cliente puede enfurecerse y meternos en un lío.

El nombre del perista no era Smith, claro, pero de algún modo tenía que llamarlo. Le vio frotarse la calva sudorosa. Aquel hombre, que podía venderle una serpiente a su madre y convencerla de que era un animal de compañía, se estaba quedando sin argumentos.

—Pierre…

Lo mismo que él le llamaba Smith, el perista había decidido llamarle Pierre. Un nombre típico francés, inofensivo, si no fuera porque era el nombre de pila de su padre.

—Estoy retirado, Smith, no insistas. Y no me amenaces, sabes que tengo tanto contra ti como tú contra mí.

—Ese hombre está en la lista Forbes, amigo, entre los diez primeros.

—Pues entonces tiene dinero suficiente para comprarse las joyas que me pides que robe para él.

—No es una cuestión de dinero, sino de justicia. Sus padres fueron expoliados de todo su patrimonio y murieron en un campo de concentración nazi. La persona que vende las joyas de su familia las heredó de su abuelo, el oficial de las SS que se las robó.

—Una historia conmovedora. —Se removió en su asiento, cansado e incómodo—. Supongo que hay mecanismos oficiales para recuperarlas, si se puede demostrar la procedencia…

—Se ha cansado de esperar la solución oficial. Es un hombre muy mayor y quiere recuperar las joyas de su madre antes de morir. —Smith bebió de su taza de té e hizo una mueca de desagrado, seguramente estaba frío después del rato que llevaban discutiendo—. Vamos, Pierre, es un golpe fácil, apenas habrá seguridad, es una subasta privada y discreta.

—Si es tan fácil, envía a tu otro hombre.

—No tengo otro hombre.

El falso Pierre cruzó las piernas y se entretuvo un instante en alisar una arruga inexistente en su pantalón.

—Entonces, no sabes nada de ese ridículo imitador que se dedica a romper relojes…

Una gruesa gota le corrió a Smith por la sien. Se la enjugó con un pañuelo. No hacía demasiado calor en la oficina, nunca hacía calor en Londres a esas alturas de la primavera, así que era fácil deducir los motivos que hacían sudar de aquella manera al perista.

—Algo he leído en los periódicos.

—Y también habrás leído lo de Ginebra, y lo de Lyon. Pero lo más grave es lo del lago Como. Si Luigi Capelli decide ir a por nosotros, no tenemos ni la más mínima oportunidad.

Smith no podía mirarle a los ojos. Los dos sabían que el imitador trabajaba para él, o al menos que le vendía los botines de sus robos. Pierre se sentía tentado de agarrarlo por el cuello sudoroso y obligarle a confesar. No serviría de nada. Él era el menos interesado en que atraparan a ninguno de los tres. Sería un hilo del que la Interpol podría tirar hasta que cayeran todos.

—Es un tipo muy torpe, pronto le cogerán, y si insiste en imitarme, logrará que le condenen por sus robos y los míos.

—Sería una suerte para ti.

—Sí, lo sería. Pero también podría ocurrir al revés. Por eso no voy a arriesgarme. —Se puso en pie y miró desde lo alto al hombrecillo, con pinta de oficinista gris, que parecía dispuesto a arrodillarse y suplicarle—. Es la última vez que me despido, Smith, y es un adiós definitivo.

El hombre de hielo

El viernes por la mañana Alba daba saltitos por la cafetería, regalando a cada cliente su mejor sonrisa, incluso a los pocos franceses que se dignaban a pasar por allí. Cuando los que entraban eran españoles, casi siempre muertos de vergüenza a la hora de hablar en idioma extranjero, se mostraba seria y muy digna.

—Quería un café con leche, por favor.

—*Pardon?*

—*Eh… Café au lait…?*

—*Oui.*

—*Petit, sil vous plait.*

—*Oui, monsieur.*

El hombre miró a su acompañante, y volvió a mirar a Alba, levantando una mano con el dedo índice y corazón extendidos.

—*Deux petits cafés au lait. Oui?*

—*Yes*, digo, *oui. Merci.*

Una gota de sudor comenzaba a correrle por la sien a su paisano. Alba tuvo que morderse el labio para no estallar en una carcajada.

—¿Por qué haces sufrir al pobre hombre? —le preguntó Étienne, susurrando a su espalda.

—Le viene bien practicar. Sabe más francés de lo que él mismo se cree.

—Eres terrible.

—Lo sé.

Volvió a mirar al cliente, con su gesto más inocente.

—Serán diez euros, por favor —anunció en perfecto español.

El hombre se volvió a la mujer que le acompaña.

—¿Diez euros? ¿Por qué es tan caro el café en este sitio?

La mujer miró a Alba, luego al que debía ser su marido, y se

mordió el labio inferior. Los hombros le temblaron un poco de la risa contenida.

—Es un buen café —anunció Alba—. Y la leche también es buena. Y lo servimos con el nivel justo de espuma y sobre todo con mucho cariño.

El cliente la miró como si se acabara de caer de un árbol. Dudó un momento entre enfadarse o aceptar la broma. Por suerte para Alba ganó lo segundo.

—Vale, ya entiendo, café y lecciones de francés, será por eso que es tan caro. *Trés bien, mademoiselle*.

—*Merci, monsieur*.

Hacia la hora de comer el café se iba vaciando. Alba remoloneaba en el almacén, cuando vio a Étienne mirando a su teléfono como si estuviera a punto de tirarlo al suelo y pisotearlo.

—¿Tan mal has salido en el último *selfie*?

—Irina… La rusa… Pasa mucho de mí. —Le quitó el sonido al teléfono y se lo guardó en el bolsillo trasero—. Me he gastado una pasta en unas entradas para un concierto de un grupo que decía que le encantaba, y ahora me sale con que tiene otro plan.

—¿Y no te invita a ese otro plan?

—El otro plan se llama Dimitri, y es el tipo con el que salía antes de conocerme a mí.

—¿Y qué tal está Dimitri? El nombre suena al malo en una película de James Bond; uno de esos rusos rubios, cachas y con mucho acento.

—Algo así.

—No sé qué le ven a esos tíos, desde luego no son mi tipo. —Alba le cogió la cara con las manos, apretándole las mejillas—. Pudiendo tener a alguien tan dulce como tú.

Étienne estaba ya negando con la cabeza cuando cambió de idea. Cogió las manos de Alba por las muñecas, y las acarició con sus pulgares, dibujándole círculos concéntricos en el dorso.

—Si quieres algo dulce para esta noche, soy todo tuyo.

—Yo ya tengo una cita hoy.

—Dime que no es con el hombre de hielo.

—Con el escote que me voy a poner, te aseguro que esta noche le cambio el apodo —contestó, guiñándole un ojo.

—Genial. Yo estaré en mi casa comiendo una *pizza* y viendo

alguna profunda película europea en la tele.

—El porno a solas es muy triste.

—Lo sé.

José se asomó al almacén, con el móvil de Alba en la mano.

—Te lo has dejado al lado de la caja, y lleva un rato sonando.

Tenía dos llamadas perdidas y un mensaje. Todo de Elliot.

> ELLIOT: Te estoy llamando y no lo coges. Tengo que atender un asunto urgente fuera de la ciudad. Dejamos la cena para otro día.

Y nada más. Ni una disculpa. Ni una palabra cariñosa. Ni un emoticono siquiera.

—¿Pasa algo? —preguntó Étienne.

—Que a mí también me han dado plantón.

—¿En serio? —preguntó José, que estaba reponiendo la nevera de postres.

Alba asintió, pesarosa.

—Joder —exclamó Étienne—, tu hombre de hielo cada vez me cae peor.

—Y a mí.

—¿Vas a pasar de él?

—Me temo que es lo mejor.

Étienne la rodeó por la cintura y le dio un abrazo de oso, apretándola fuerte hasta que la hizo chillar y el color le volvió a las mejillas. José le dio una palmadita en el hombro, y se fue a atender la caja.

—Vente conmigo al concierto.

—¿Cómo amigos?

—Claro.

—Entonces deja de tocarme el culo y vamos, que tenemos trabajo.

Étienne levantó los brazos, mostrando las palmas de las manos abiertas.

—¿Sabes que a veces se te nota que estudiaste en un colegio de monjas…?

—Te sorprendería saber cuántas cosas se aprenden en un colegio de monjas.

Alba se ató el mandilón verde y sonrió al cliente que seguía en la cola, tras el que estaba atendiendo José.

—¿Me las contarás esta noche? —le preguntó Étienne cuando ella hubo tomado el pedido y comenzaba a prepararlo.

—Quizás, si te portas bien.

—Siempre me porto bien con las chicas.

Era imposible no quererlo, y más cuando ponía aquella cara de angelito y dejaba caer sus largas pestañas, casi con gesto inocente. No le sorprendía que el pobre José estuviera tan pillado.

Con lo fácil y divertida que era su vida hasta aquel maldito ocho de febrero en la ópera. Apretó tanto el vaso que el café *latte* que servía estuvo a punto de desbordarse.

Se preguntó qué haría la protagonista de su novela en una situación así. Si en vez de tener un príncipe azul rendido a sus pies, tratando de conquistarla con toda clase de sorpresas y momentos románticos, se enfrentara al hombre que tenía un iceberg en lugar de corazón. ¿Lograría ella derretirlo? En sus novelas favoritas el proceso solía ser complicado, pero siempre terminaba bien, por eso le gustaba tanto leer literatura romántica.

Por desgracia, sus muchas lecturas no le nublaban el juicio. Aún sabía distinguir la hermosa ficción de la cruda realidad.

Y la realidad es que Elliot d'Anglas era el hombre más escurridizo, ficticio o real, al que se había enfrentado.

Quizá ni siquiera valiera la pena seguir intentándolo.

Pasó un fin de semana miserable, después de engañar al pobre Étienne aceptando su invitación, para luego engañar también a José. Aún no sabía el resultado de su trabajo de celestina. Cruzaba los dedos esperando que al menos sus amigos tuvieran más suerte que ella con el amor.

ELLIOT: Hola. Ya he vuelto.

Alba miró su teléfono móvil como si le hubieran salido cuernos y rabo de repente. No pensaba contestar. Que se conformara con ese chivato del doble *check* azul.

ELLIOT: Puedo conseguir una reserva para esta noche, si te apetece aún ir a cenar.

Tenía que contestarle, no quedaba más remedio. Por desgracia, él sabía dónde trabajaba, y probablemente donde vivía, seguro que Lidia y Paul se lo habían dicho.

ALBA: Hoy no puedo.

Tres palabras. Era la reina de la concisión.

ELLIOT: ¿Mañana, entonces?

ALBA: No salgo entre semana, tengo que madrugar.

ELLIOT: ¿El viernes, entonces?

No parecía dispuesto a darse por rendido. Alba notó que empezaba a ablandarse. Quizá aquel viaje era muy importante para su galería, tenía que tener en cuenta que estaba empezando y siempre era difícil hacerse un nombre y darse a conocer. Paul lo había defendido cuando Alba llegó a su casa disgustada por el plantón. Y aunque lo había acusado de solidaridad masculina, en el fondo prefería creer que tenía razón.

Si Elliot simplemente quisiera pasar de ella, no insistiría tanto en llevarla a cenar. A veces le parecía que aún estaba dolido por la forma en que su padre lo había tratado, rechazando su propuesta de negocio, y hablándole tan fríamente en la ópera. Pero ella estaba segura de que ya no tenía ningún interés en su dinero, ni en asociarse con él. Había conseguido abrir su galería, y la exposición de Paul estaba siendo un éxito. Y en el futuro sin duda se sentiría

orgulloso de haberlo logrado él solo, sin el respaldo de la fortuna de Enrique Lerna.

ALBA: El 8 de mayo.

ELLIOT: Pero si estamos a mediados de abril!

ALBA: El 8 de mayo es mi único día libre.

Estaba jugando con él. Probando su paciencia y sus límites. Cruzó mentalmente los dedos, deseando que él entendiera que ese día se había convertido para ella en la fecha mágica de cada mes.

ELLIOT: De acuerdo. Cenamos el 8 de mayo, pero ¿no podemos vernos antes? Estoy dispuesto a tomar hasta el café que preparas.

ALBA: Mi café está mucho mejor de lo que crees. Pero no podrás probarlo hasta el 8 de mayo.

ELLIOT: Espero probar más cosas que tu café.

Alba no tenía una respuesta para esa declaración, así que apagó el teléfono y lo dejó sobre su mesilla antes de salir corriendo para la ducha. Otra vez llegaría tarde a la cafetería.

La puerta del local estaba cerrada, con un cartel que rezaba

«volvemos en 5 minutos». Alba entró por la puerta trasera y se encontró a Étienne y José en el almacén. Por sus caras era difícil saber si estaban discutiendo o a punto de enrollarse.

—¿Todo bien, chicos?

José la miró con ojos enrojecidos.

—Te pasaste de lanza, Alba —dijo, y salió por la puerta de la cafetería.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Étienne, que no entendía una palabra de español—. Da igual, no me importa. ¿Cómo se te ocurre, Alba?

—Me pareció una buena idea. Las cosas han estado muy tensas por aquí últimamente.

Realmente le había parecido una gran idea cuando le dijo a José que tenía dos entradas para un concierto y quedó con él en el bar en el que se había citado con Étienne. Sin avisar a ninguno de los dos de quién iba a ser su acompañante en el concierto.

—Ya sabes por qué están tensas, y una cita a ciegas no es la mejor forma de solucionarlo.

Su amigo parecía más confuso que enfadado. Alba se acercó y le puso una mano sobre el hombro, que él miró como si fuera algún objeto desconocido y peligroso.

—¿De verdad, de verdad, de verdad que José no te gusta para nada?

—No me van los tíos.

—No hablo de tíos en general, hablo de José.

—Es un tío.

—Tiene ese acento mexicano tan adorable, y esos ojos oscuros de poeta, y mejor culo que Chris Hemsworth.

Étienne habían empezado a poner los ojos en blanco con lo de «ojos de poeta», pero el giro final lo hizo reír.

—Es imposible tener mejor culo que Chris Hemsworth.

—¿Qué me estás diciendo, superheterosexual? ¿Te has parado a mirarle el culo a Chris Hemsworth?

—Bueno, es Thor, siempre me han gustado los cómics y eso…

—Estamos hablando de culos.

—Prefiero el de Scarlett Johannsson.

—¿Y te has fijado en ese rizo del flequillo que siempre le cae sobre la frente cuando anda apurado?

Como si lo hubieran invocado, José, y su rizo rebelde, asomaron por la puerta del almacén.

—Voy a abrir, se está juntando gente en la puerta.

—Oye, José, lo siento. —Alba se acercó y le dio un abrazo a su compañero que lo pilló por completo por sorpresa—. Es cierto, soy una celestina penosa y Étienne un capullo que no sabe lo que se pierde.

—No pasa nada, linda, pero no hace falta que me toques el culo para consolarme.

Alba retiró la mano, no sin antes asegurarse de que Étienne había visto su gesto y estaba mirando el culo de José con interés.

—Ya abro yo —anunció, y corrió a quitar el cartel de la puerta.

Étienne dio un paso adelante retando a José con la mirada para que se apartara de su camino. El mexicano apretó la boca, esa boca que la noche anterior estuvo a punto de derribar todas sus convicciones.

Tenía que reconocerle que sabía besar. Por un momento, incluso se olvidó de la extraña sensación del roce de su barba.

—Es mejor que mantengamos las distancias un tiempo —dijo, sin atreverse a salir del almacén. No podía hacerlo sin tocarlo. Y no estaba seguro de cómo reaccionaría si lo tenía de nuevo tan cerca.

—Este es un sitio muy pequeño —dijo José.

Étienne bajó la cabeza y se quedó mirando los pies de José. Pisaba como un marinero en altamar, afianzándose al suelo para no salir despedido. Costumbres del *ring*, supuso.

Se preguntó si podría apartarlo de un empujón. Sabía que no podría con él en un cuerpo a cuerpo; solo si lo pillaba desprevenido. Levantó la vista y comprendió que él sabía lo que estaba pensando. Todo su cuerpo estaba en tensión, los puños apretados a los lados de las caderas.

—¿Me vas a pegar?

—¿Eso es lo que te pone? —José extendió la mano y lo agarró por el cuello de la camiseta, le dio un tirón para acercarlo y le habló al oído—. He visto demasiados hombres rotos sobre la lona, no es eso lo que quiero en mi cama.

Étienne tragó saliva y se quedó quieto, muy quieto, sintiendo su aliento en el cuello. Su cama… De repente lo imaginó todo. Sus cuerpos desnudos y entrelazados, nata y caramelo, una combinación

que le hizo lamerse los labios, como si ya la estuviera saboreando.

—¿Alguien va a venir a ayudarme? —gritó Alba desde el exterior, rompiendo el momento.

José se echó atrás, soltó la camiseta de Étienne y abrió las manos, en un gesto de paz.

—¡Voy! —dijo Étienne, sin moverse un paso.

José le estaba mirando la boca. Los labios húmedos por el paso de su lengua. La mirada de otro tío no debería de ser tan erótica, pensó Étienne. Aquello empezaba a írsele de las manos.

—Vete. Yo tengo que buscar… vasos.

Notó que le temblaba la voz. Ya no parecía furioso, ahora era otra cosa lo que tenía en mente. Étienne tuvo que hacer un esfuerzo para no bajar la vista y confirmar sus sospechas. Estaban tan cerca que solo un centímetro de aire separaba sus ingles. Sería fácil comprobarlo. Y demasiado peligroso.

—Vasos, sí, creo que hacen falta.

Se giraron a la vez y sus caderas se rozaron apenas. Étienne notó el calor que le encendía el rostro y se rio de sí mismo. Salió del almacén sin volver la vista atrás, sacudiendo la cabeza a los lados. José lo estaba convirtiendo en una ruborosa dama victoriana.

La hermosa luz del alba

El ocho de mayo, a las ocho y media de la tarde, Elliot detuvo su moto ante el edificio de apartamentos en el que vivían Alba y Lidia. Trató de ignorar el extraño temblor de sus manos al quitarse el casco.

Hacía un mes que no la veía. Ni siquiera habían hablado más que para concretar de nuevo día y hora, y que él la recogería en su casa.

Ella se había mostrado fría e implacable, algo a lo que no estaba acostumbrado. Porque las mujeres nunca habían sido difíciles para él. No sabía cómo rendir un castillo tan bien fortificado, estaba más acostumbrado a tener todas las puertas abiertas y una alfombra roja tendida para recibirle.

Ni siquiera sabía por qué ponía tanto empeño en seguir intentándolo. Tanto tiempo sin verla había enfriado su interés, o eso pensaba hasta que la vio aparecer en el portal.

Llevaba unos vaqueros ceñidos y unos botines de tacón que hacían sus piernas larguísimas. Cuando dejó de recorrerla, desde la punta del pie hasta la cintura, se encontró que también llevaba un top de fondo negro que reflejaba la luz con destellos tornasolados. Bajo su hermosa melena de turmalina asomaban unos grandes aros dorados, que le rozaban las mejillas. Se había pintado los ojos en tonos oscuros, lo que hacía brillar aún más sus iris de zafiro.

Recordó la noche de la ópera y por qué le había fascinado entonces. Era una mezcla de tantos estilos, de tantas mujeres, que nadie podría etiquetarla. A su lado, el diamante Koh-I-Noor, resultaría decepcionante.

—Me encanta tu moto —dijo ella, dando una vuelta alrededor—. Te sienta tan bien…

No miraba solo a su Harley, que sin duda recordaría de la otra vez. Con todo descaro, le estaba recorriendo de arriba abajo, como

él había hecho con ella. Se removió en el sillín un tanto incómodo. Tampoco estaba acostumbrado a mujeres tan directas; la mayoría de las que había conocido en el pasado se limitaban a lanzar miradas de soslayo, a parpadear y a soltar alguna risita infantil cuando un hombre les parecía atractivo.

Alba no era aquellas mujeres, eso le quedaba cada vez más claro. Sabía lo que quería, y lo que no, y no dudaba en expresarlo.

Tendría que ser totalmente sincero, si quería estar a su altura.

—Me había olvidado de lo preciosa que eres.

—Una ofensa y un piropo en la misma frase.

—Y de lo buena que eres con las palabras.

—¿Te acuerdas de mi nombre, al menos?

Elliot sonrió, vencido. Se acomodó sobre el sillín, manteniendo la moto derecha con la fuerza de sus piernas, y observó fascinado cómo ella le miraba los muslos, donde el vaquero se le ceñía enmarcando sus músculos.

—Siempre me ha gustado el amanecer —dijo—. Cada día es un nuevo comienzo. Una promesa de que algo bueno puede suceder, una oportunidad para enmendar errores pasados; la prueba fehaciente de que sigues vivo y respirando. La luz del alba es lo más hermoso del mundo. —Se detuvo para respirar hondo—. Entiendo por qué te pusieron ese nombre.

Ella se acercó, tanto que tuvo que levantar la cabeza para mirarla a los ojos. Se había quedado embobado mirando su piel desnuda. El escote del top era tan bajo que mostraba el precioso valle entre sus pechos, sin rastro de sujetador que los aprisionara. No se iba a quejar porque no llevase puesto el famoso Vuitton.

—Tú también eres bueno con las palabras —dijo ella, y depositó un beso tan suave en los labios, que le provocó un gruñido de frustración.

Tenía muchas maneras de torturarle, y aquella noche parecía dispuesta a emplearse a fondo.

—¿No quieres enseñarme tu casa? —le preguntó, y esta vez dejó que su mirada vagara por su escote, apreciando la forma de sus pezones bajo la tela satinada.

—Lidia y Paul están arriba. Probablemente aprovechando que he salido para practicar un poco de sexo salvaje.

—Qué suerte tienen.

—No se complican. Saben lo que quieren y lo disfrutan al máximo.

—Ojalá todo fuera siempre tan sencillo.

Algunos pensamientos negativos se le cruzaron por la cabeza. Para evitarlos, se concentró en ofrecerle el casco a Alba e insistir en que se lo pusiera, antes de colocarse también el suyo.

—Sube, princesa, y agárrate bien.

—Cenicienta nunca imaginó que el príncipe azul apareciera montado en una Harley —bromeó ella tras cumplir sus instrucciones y rodearle la cintura con los brazos.

Cuando apoyó la cara en su espalda, con todo su cuerpo en contacto, Elliot tuvo que respirar hondo y soltar el aire muy despacio antes de arrancar la moto.

—¿Te puedes creer que nunca había estado en uno de estos restaurantes flotantes? —preguntó Alba, aceptando la mano que él le ofrecía para subir a bordo del barco.

—Un punto a mi favor, entonces.

Elliot se dio cuenta de que había estado preocupado espera de su reacción. Alba había sido muy exigente sobre las condiciones de su cita, y temía estropearlo todo con una elección equivocada.

Había varios restaurantes de aquel tipo en el Sena, muy solicitados por los turistas, así que escogió el más pequeño para asegurarse un poco de tranquilidad. Una suculenta propina al encargado de las reservas le facilitó el acceso a la mejor mesa, la más retirada del comedor, pegada a una de las ventanas.

Se pusieron de acuerdo en el menú y en el vino. Comenzaron con *champagne*, muy frío y reluciente a la luz de la vela que había en el centro de mesa.

—Por un nuevo comienzo. —Brindó Elliot, levantando su copa para chocarla con la de Alba.

—Por un nuevo comienzo. —Alba bebió todo el contenido de un trago. Cuando dejó la copa sobre la mesa, las burbujas del vino relucían en sus ojos azules—. Cuéntame algo de ti, hombre misterioso, por ejemplo, ¿cómo te llamas?

Elliot enarcó las cejas, a punto de caer en una trampa que él mismo se había tendido, pero logró reaccionar a tiempo al notar que el gesto de ella no contenía ni rastro de malicia. Comprendió que solo estaba bromeando sobre su conversación de meses atrás la

ópera, cuando él le había dicho que podía llamarle como quisiera.

—Creo recordar que preferías Alain.

—Hoy no tengo cuerpo para un Alain —le retó ella.

—Elliot d'Anglas, *mademoiselle*, para servirla.

Extendió su mano y ella se la estrechó sobre el mantel, encantada con aquel juego.

—Alba Lerna. Encantada.

Le giró la muñeca, y se entretuvo un rato en acariciar sus dedos, recorriéndolos de arriba abajo como si fuera un ciego tratando de reconocer a la dueña de aquella mano.

—¿Y a qué te dedicas, Alba Lerna?

—Soy una humilde camarera, que sueña con escribir un libro y ganar el premio Goncourt algún día. Fama, prestigio, y una buena cuenta bancaria. Es todo lo que puedo desear.

—¿Es todo lo que hay que saber sobre ti? ¿No me ocultas algo? ¿Una doble personalidad, tal vez?

No le iba mantenerse pasiva mucho tiempo, así que se sumó a su juego, acariciándole la muñeca por debajo del puño de la camisa.

—Tal vez me confundes con la hija mimada de cierto magnate hotelero. Me suele suceder. —Elliot posó su mano abierta sobre el mantel, y Alba delineó las líneas de su palma, como una gitana leyéndole el porvenir—. ¿Y a qué te dedicas tú, *monsieur* d'Anglas? ¿Ocultas algo oscuro y reprochable en tu pasado?

—Algo terrible —dijo él, observando su rostro fijamente, mientras ella solo miraba su mano—. Soy el heredero de una estirpe maldita, una familia que lo tuvo todo y lo dilapidó hasta dejar a su último descendiente en la indigencia.

Alba le miró por fin, tan profundamente que sintió que podía leer en su mente, y descubrir hasta aquellos secretos que se ocultaba a sí mismo.

—Las grandes herencias son caramelos envenenados. El que la recibe no sabe cuánto le costó a sus antepasados acumular poder y riquezas, y suele derrocharla en caprichos inútiles.

Ella estaba resumiendo la historia de su familia con una intuición asombrosa, a partir de sus parcas y melodramáticas palabras.

—No hablemos de cosas serias —propuso él, antes de seguir haciendo confidencias peligrosas—. Es una noche para divertirse.

El camarero trajo el vino y se lo sirvió, retirando las copas vacías de *champagne*.

—Si siguen trayendo bebida y nada de comida, la noche va a ser demasiado divertida.

Lo fue. Encontraron temas seguros de los que hablar, principalmente de su infancia. Alba le contaba sobre sus años de colegio de monjas, y las bromas terribles que se gastaban entre compañeras. Elliot habló de sus vacaciones de verano en Biarritz, donde sus abuelos tenían una casa y se juntaban varios primos, entregados a toda clase de travesuras, más o menos inocentes.

Cuando hablaba de aquellos tiempos, el hombre de hielo se desvanecía. Sus ojos reflejaban la luz como el mar en un día de verano, y al sonreír se le formaban unos pliegues a los lados de la boca que tenían a Alba completamente fascinada.

A la hora de los postres, mientras él le preguntaba si prefería alguna tarta de la carta, ella solo podía pensar en devorarlo a él, con o sin ropa. Mejor sin ella.

—Seguro que te encanta el chocolate.

—Nocilla —dijo ella, y Elliot la miró como si no comprendiera nada—. Nocilla de dos colores —continuó en español—. Quiero quitarte esa camisa y untarte de Nocilla de dos colores. Eso es lo que quiero de postre, y nada más.

Él se rio. Ella imaginó que aunque no entendiera ni una palabra, intuía el sentido por su expresivo gesto.

—Si me estás haciendo alguna proposición indecente, me gustaría que me la tradujeras —le pidió.

—¿Tienes Nocilla en tu casa? —preguntó ella, ahora en francés.

—No sé qué es Nocilla.

—Nutella… Crema de chocolate para untar… —Elliot negó las dos veces—. Mermelada, nata montada…

—Me temo que mi despensa suele estar bastante vacía.

—Da igual, no necesitas aderezo ninguno, estás muy bueno así al natural.

—¿De qué estás hablando?

—De que quiero tomarme el postre en tu casa.

Notó sus dudas. ¿Había algo malo en su casa? Esperaba que no fuera uno de esos tíos desordenados que tienen el suelo lleno de calcetines sucios, y cajas de *pizza* vacías por todas partes.

Y si lo era, le daba igual. Esa noche era su noche, no iba a esperar a que ocurriera algo malo de nuevo, a que él tuviera que viajar, o apareciera algún otro policía buscándole, o que su padre le dijera que no se fiaba de él.

Solo quería un poco de sexo, bueno, a decir verdad, quería más que un poco. No se iba a casar con él, ni a comprometerse para toda la vida, ni mucho menos hacer alguna otra idiotez como enamorarse. Lo que sentía por Elliot era lujuria en estado puro, desde la primera vez que lo vio, y no soportaba más aquella estúpida espera.

Él pareció captar por fin su urgencia y sus libidinosas intenciones.

—Vale. El postre. En mi casa.

Alba no esperó a que le retirara la silla para levantarse.

El cuento del pirata

Elliot aceptó, como quien claudica ante su enemigo. Hizo un gesto al camarero para que le trajera la cuenta y pagó, sin decir ni una palabra.

—¿Hay algún problema con tu casa? —preguntó Alba al subirse a la moto, con la sensación de que lo estaba obligando a llevarla contra su voluntad—. He visto muchos pisos de estudiantes, y te aseguro que no me asusto fácilmente.

—No, no se trata de eso.

Le ofreció el casco con una sonrisa tranquila. Parecía… Resignado… No era un gran comienzo para una buena noche de sexo.

—¿Tienes una habitación llena de mujeres, como en el cuento del pirata Barbarroja?

—¿No era Barba Azul?

—Ni idea, a veces soy un poco daltónica.

Al menos sonrió un poquito con su ocurrencia.

—No, no tengo un cuarto lleno de mujeres.

—¿Vives con tu abuelita, que te calceta paños de ganchillo para las mesas y sofás?

Elliot soltó una carcajada.

—No, no tengo abuelita que me calcete nada.

—Oye, Elliot, en serio, si no quieres que vayamos, no pasa nada. Me llevas a casa y nos olvidamos de esto.

Levantó el casco para ponérselo y él la detuvo. Le tomó la cara entre sus manos y le dio un beso largo y delicioso. Cuando terminó, Alba se sintió como si hubiera subido al Everest y vuelto a bajar. No hacía nada de frío en aquella montaña.

—¿Crees que voy a dejar que te marches después de amenazarme con untarme en chocolate y convertirme en tu postre?

Sus manos abandonaron su cara, bajaron por los hombros y

llegaron hasta la cintura, y más abajo aún. Cuando la apretó contra su cuerpo, pudo sentir su maravilloso calor corporal a través de las capas de ropa de ambos. No había ni rastro del hombre de hielo aquella noche. Su obvia excitación la hizo gemir contra su boca, cuando volvió a besarla.

Ni siquiera pudo procesar la idea de que él había entendido lo que le había dicho en español.

Ya lo pensaría en otro momento. Cuando sus neuronas volvieran a conectarse, porque en aquel momento estaban en cortocircuito.

Cuando por fin se subieron a la moto y se agarró de su cintura, tuvo que retroceder para que sus cuerpos no se tocaran apenas. Estaba tan excitada que si tenía que viajar pegada a su magnífico culo, tendría un orgasmo al primer bache que pillaran.

Se besaron en el portal y en el ascensor. En la puerta del apartamento, mientras Elliot lo abría, y en el vestíbulo, que fueron regando con su ropa, hasta entrar en una habitación solo iluminada por la luz de las farolas de la calle.

Alba siempre había pensado que esas escenas solo ocurrían en las películas y era fabuloso descubrir que existía esa pasión desatada. Y más aún, que su hombre de hielo podía dejarse llevar de aquella manera.

—¿Necesitamos protección? —preguntó él, obligándola a volver por un instante a la realidad.

—Solo anti terremotos —aseguró ella, concentrada en desabrocharle la camisa y reconocer con sumo cuidado lo que había debajo.

—¿Estabas tan segura de que me seducirías esta noche?

—Hice una apuesta muy alta conmigo misma. No podía permitirme perder.

Le pasó las manos abiertas por los pectorales, y adoró la forma en que él se mordió el labio inferior cuando sus pulgares jugaron con sus tetillas, haciendo que se endurecieran.

La mínima reserva de mente consciente de Alba pudo registrar que la habitación parecía muy vacía, y que ni siquiera había cama, solo un futón japonés. Se dejó caer sobre el mismo, después de lanzar el top y los vaqueros a una esquina.

—Al menos los vecinos no se quejarán de los ruidos del somier —dijo entre risas.

—Espero que les demos suficientes motivos de queja —contestó Elliot, de pie ante ella, desabrochando uno a uno los botones del vaquero.

Alba se incorporó sobre los codos, deleitándose con el espectáculo. Vestido, Elliot parecía un modelo de alguna marca cara de trajes a medida. Desnudo, no era la estatua de mármol griega que había imaginado. Era, más bien, pura pornografía. Estuvo a punto de arrodillarse y dar gracias al cielo, como le habían enseñado en el colegio.

—Se van a enterar —aseguró, y separó las piernas para dejar que él se arrodillara entre ellas.

—Esto es muy bonito —Elliot tiró de los tirantes de su sujetador, bajándoselo—, pero lo que hay debajo es mucho mejor.

La prenda de encaje desapareció, y al momento fue sustituida por su boca, que besaba, lamía y chupaba cada centímetro de sus sensibles pechos, hasta hacerla ronronear y contorsionarse en busca de sus caricias.

—Creo que el señor Calvin Klein sobra en esta cama —dijo ella, cuando pudo recuperar un poco de aliento—. No quiero compartirte con nadie.

Elliot se tumbó sobre las sábanas, y dejó que ella se encargara de deshacerse del intruso. Cuando el bóxer fue a reunirse con su sujetador en alguna esquina del dormitorio, Alba se ocupó de reconocer cuidadosamente aquel territorio recién ganado. Había valido la pena disputárselo al señor Klein. Ella aún llevaba su última prenda, y no quería despegarse de él ni un centímetro para quitársela. Se sentó sobre sus muslos a horcajadas y se frotó contra él, hasta que el encaje se enredó y lo albergó en su interior.

—Ahora entiendo por qué hay hombres que se ponen bragas —bromeó Elliot, sin dejar de besarla.

Sus manos estaban en todas partes. Delineándole el contorno de los labios, acariciándole la nuca, atormentando sus pechos, o masajeándole la espalda hasta llegar a sus nalgas y marcarle el ritmo. Ella se movía arriba y abajo, adentro y afuera, sin liberarle del encaje que les mantenía unidos, preso de sus caricias y exigencias.

—Esto… es… demasiado.

La primera oleada llegó y la barrió. Tensó la espalda, con la

cabeza caída hacia atrás, y luego se derrumbó sobre el pecho de Elliot, gimiendo y jadeando. Él siguió moviéndose, torturándola, exprimiéndola, hasta que ella pidió tiempo, entre jadeos, y rodó sobre el futón, huyendo de su contacto.

Pero él la siguió, implacable. Le arrancó la prenda torturadora, y le separó las piernas, abriéndose paso entre ellas.

—Pídeme que siga.

—No puedo… respirar…

—¿No quieres más? ¿Quieres que pare ahora?

Alba abrió los ojos, lo miró, y supo que lo haría. Que pararía si ella se lo pedía, a pesar de que estaba literalmente temblando de excitación. Respiró hondo, dos, tres veces, hasta que sus pulmones se abrieron para albergar todo el aire que necesitaban.

—Quiero más, claro que quiero más. Lo quiero todo.

Y él se lo dio. Una y otra vez. Clavándose en su interior hasta que ella gritó lo suficiente como para despertar a medio vecindario. Y entonces él se unió a sus gritos y se dejó ir, y la habitación estalló a su alrededor como si estuvieran en el cráter de un volcán en erupción. Sus cuerpos, cubiertos de ardiente lava, salieron despedidos hacia el cielo, para luego volver a caer, despacio, muy despacio, hasta un valle fresco y mullido, donde el sueño les rindió. Alba despertó al poco. Imposible dormir con aquel hombre al lado.

Aprovechó para memorizar cada lunar y cada pliegue de su piel. Recorrió con los dedos la cicatriz del antebrazo, recuerdo de algún accidente, la línea más oscura de la piel de su cuello, y el vello corto y crespo sobre el esternón. Bajó por el vientre plano y duro y volvió a subir.

Olía a jabón, a madera y barniz, recuerdos de los cuadros de la galería. Su piel emanaba un calor constante que invitaba a acurrucarse sobre su pecho y entregarse al descanso como un bebé.

De repente no podía soportar no descubrir cuál era el motivo de la cicatriz que lucía desde el codo a la muñeca. Estaban allí, desnudos, en la mayor de las intimidades, y no saber apenas nada de su vida pasada se convirtió en una barrera que amenazaba con echar a perder el momento.

—¿Qué te ocurrió? —le preguntó suave, muy cerca del oído, consciente de que hacía rato que se había despertado al sentir sus caricias.

—Me caí de la bicicleta la primera vez que monté.

—Serías muy pequeño.

—Sí.

—¿Volviste a montar?

—No he vuelto a acercarme a ese artilugio diabólico.

—¡Estás bromeando!

Alba se echó a reír y bajo la guardia, momento que Elliot aprovechó para tumbarla sobre la cama y colocarse sobre ella a horcajadas. Estaba a su merced, y el volcán amenazaba con entrar de nuevo en erupción.

Él imitó sus gestos, reconociendo cada centímetro de su piel, besando lunares y zonas especialmente sensibles, descubriendo incluso algunas que ella misma desconocía. Encontró la cicatriz bajo el ombligo, y la interrogó sobre ella.

—Un *piercing* de mala calidad.

—Lástima. Me hubiera gustado verlo.

—Creo que no volveré a intentarlo.

—¿Lo harás si yo me subo a una bicicleta?

—¿Es un trato?

Elliot descendió sobre su cuerpo, hasta que los pezones erizados tocaron su pecho.

—Hecho.

Y luego la besó. Su boca, tan hermosa, recorría la suya como si fuera el mejor de los cafés de París, la más dulce repostería. La punta de su lengua le separó los labios, introduciéndose hasta encontrar la suya y bailar juntas un tango decadente.

En la cama, Alba era como Elliot se la había imaginado en sus mejores sueños. Ágil, elástica, inagotable. Entraba en cada juego que le proponía, cambiaba las reglas, le sorprendía una y otra vez. Sus besos eran pura lujuria; sus caricias a veces juguetonas, a veces ardientes como el sol del desierto.

No se dejaba guiar y la mayor parte del tiempo parecía demasiado consciente de lo que estaba haciendo, por eso Elliot disfrutaba del momento en que la veía por fin perderse en el placer, gemir, suspirar, deshacerse entre sus brazos. Olvidaba su propio desahogo por la satisfacción de llevarla a ella hasta el delirio y luego acogerla entre sus brazos, rendida y jadeante, mimosa como una gata feliz.

El amanecer le sorprendió besando la línea fascinante de su cintura, la cicatriz del ombligo, los siete lunares que dibujaban una constelación sobre su cadera. Podía perderse entre aquellas estrellas y nunca más regresar al mundo real.

Empezaba a sospechar que aquella no era una simple atracción, ni mucho menos algo tan sencillo como el sexo. Para su sorpresa, descubrirlo no lo asustó ni un poco.

Nocilla

—Quédate —pidió Elliot.

—¿Tienes que ir a la galería?

—Sí, pero quiero que me esperes aquí. Pensaré en ti toda la mañana, con esa preciosa cara de sueño y las mejillas sonrosadas.

Alba se arrebujó bajo el edredón, bostezando sin poder evitarlo.

—Tengo esa cara de sueño porque apenas me has dejado dormir.

—Y por supuesto, yo me llevo las culpas. —Su rostro también se veía sonrojado y lucía una sonrisa que le hacía varios años más joven, casi un adolescente—. No fui yo quien despertó a las tres de la mañana preguntando si tenía Nocilla.

—Ni Nocilla, ni nada mínimamente comestible. He visto cocinas en Ikea con más alimentos en la despensa que la tuya.

—Todo lo que quiero para comer está ahora en esta cama.

La destapó y procedió a recorrer su vientre a base de suaves mordiscos, haciéndola retorcer de cosquillas.

—¡Moriré de hambre si me dejas aquí abandonada toda la mañana!

—Te traeré café antes de irme.

—¿Y un *croissant*?

—Dos *croissants*. Tienes que reponer fuerzas para el segundo asalto.

—¿Este solo ha sido el primero?

—Ajá.

Elliot se levantó y le ofreció una magnífica visión de su cuerpo completamente desnudo, bañado por el suave sol matutino. Se rio cuando Alba le lanzó un silbido y algunos piropos subidos de tono mientras él buscaba ropa limpia en su armario.

Alba aprovechó para echar un vistazo al dormitorio y comprobar que estaba tan vacío como le había parecido al llegar. Había un par

de cajas de mudanza apiladas en una esquina, una bombilla colgando del techo como única luz. El gran vestidor, dentro del que se había metido Elliot, parecía demasiado ordenado en comparación.

—Hace poco que vives aquí, ¿no?

Salió del vestidor, la miró y ella le hizo un gesto hacia las cajas cerradas. Él asintió.

—He estado muy ocupado con la galería.

—¿Quieres que abra las cajas y ponga un poco de orden? Se me da bien y me moriré de aburrimiento toda la mañana aquí sola sin nada que hacer.

—No. —La respuesta fue tan brusca, que hasta él mismo se sorprendió. Trató de enmendarlo con una sonrisa de disculpa—. No, gracias.

—Uy, ha vuelto Barba Azul.

—¿Cómo quieres el café?

Desapareció en el baño, huyendo de sus preguntas.

Por suerte para ella, no era de las que construyen castillos en el aire fácilmente. Hasta aquel momento lo suyo solo era una intensa atracción que había terminado, más tarde lo que me hubiera deseado, en la cama.

Y había sido genial, oh, sí. Algunos momentos de aquella noche se merecían figurar en el Libro Guinness de los Récords, sección especial Alba Lerna, como una de las experiencias más excitantes, placenteras y satisfactorias de su vida.

Pero eso no significaba que estuvieran caminando juntos hacia el altar.

En realidad, sentía que seguían muy lejos el uno del otro. Era consciente de que Elliot levantaba una y otra vez barreras invisibles pero muy sólidas, para mantenerla alejada. No sabía si valdría la pena el tiempo y el esfuerzo que le iba a suponer intentar derribarlas.

Y entonces él salió del baño, con el pelo húmedo del color de la arena mojada, envuelto en el aroma de su loción para después del afeitado, abrochándose los botones de una impecable camisa blanca, sobre aquel magnífico torso que había llegado a conocer muy bien aquella noche.

Sí que valía la pena, decidió sin titubear.

—¿Café y *croissants*, entonces?

—Nada me haría más feliz.

Le dedicó una larga y perezosa mirada, con los ojos brillantes de pensamientos pecaminosos. Alba sintió como si la acariciara desde la frente hasta la pierna que asomaba fuera de la sábana; encogió los dedos del pie bajo su escrutinio.

—Nada me parece más importante en este momento que hacerte feliz.

Cuando hablaba así, tan bajito que las palabras parecían salir a duras penas de su boca, con su delicioso acento de francés de alta cuna, le provocaba palpitaciones en zonas muy alejadas de sus oídos.

Se acomodó sobre las almohadas, dejando que la sábana cayera hasta que solo sus pezones erizados la frenaban, y se pasó lentamente la lengua por el labio inferior.

—Entonces, que sea café, *croissant*, y un poco más de Elliot d'Anglas.

Él estiró una mano y la posó sobre su empeine, recorriendo con un dedo los tendones, finos como cuerdas de guitarra. Sus manos tenían la facultad de convertir en zonas erógenas cualquier trozo de piel que acariciaban.

—Ahora vuelvo —dijo, y le pareció que casi suspiraba.

En cuanto escuchó la puerta cerrarse, corrió al baño a ocuparse de asuntos de intendencia. Se miró en el espejo tras lavarse la cara y las manos. Comprobó que su pelo era un revoltijo sin forma, y que seguía teniendo cara de sueño. ¿Por qué tardaba tanto ese café?

Pero le gustó lo que estaba viendo.

—¿Tú tenías esta cara tras tu noche de bodas, abuela? —preguntó a su imagen—. Seguro que sí, picarona.

Oyó el tintineo de unas llaves y corrió a meterse de nuevo en la cama. Se envolvió apenas con la sábana, para recuperar su pose sensual, y se aseguró de estar ofreciéndose de forma en que no pudiera recibir un no por respuesta.

Elliot traía un paquete de papel con café y *croissants*, y estaba mirando su teléfono móvil.

—Tengo varias llamadas sin atender —le explicó, entregándole el desayuno, sin mirarla—. Me voy ya. Nos vemos al mediodía.

Y se marchó, sin echar un vistazo a su suculento escote, ni

pararse a acariciar de nuevo su pie.

El hombre de hielo había vuelto.

Y ahora que él ya conocía a fondo su anatomía, necesitaría mucho más que un vestido *sexy* o unos tacones de infarto para mantener su interés.

Ingenio, paciencia y perseverancia. Eso le había enseñado su abuela que se necesitaba con los hombres. Y, sobre todo, no convertirse en la malvada protagonista de *Atracción fatal*, esa película en la que Glenn Close estaba dispuesta a cargarse a la esposa de su amante para tenerlo solo para ella, que había dejado traumatizada a su pobre abuela.

Ingenio, paciencia y perseverancia, repitió en voz alta. A la abuela le había servido para mantener un matrimonio feliz durante cuarenta años. Alba se conformaba con conseguir que Elliot estuviera dispuesto a olvidarse de unas llamadas inoportunas por ella.

Toda la mañana Elliot se vio asaltado por recuerdos de la noche pasada. Tal y como había imaginado, Alba era una amante entusiasta, sin ningún tipo de pudor, y muy creativa. Se entregaba al sexo con tanta alegría que lo convertía en una auténtica fiesta. Nunca antes una mujer le había arrancado una carcajada en la cama. Ya estaba deseando repetir la experiencia.

Paul se pasó por la galería a media mañana, lleno de aprensión por las noticias que pudiera darle. Cuando le confirmó que se habían vendido dos cuadros más se dejó caer en la silla del despacho, haciendo crujir la frágil estructura metálica que la sostenía.

—Sé que es un tópico, pero solo se me ocurre decir que mi sueño se está haciendo realidad.

—Un sueño que compartimos. —Hablar con el pintor le distraía de pensamientos lujuriosos, así que se dispuso a alargar la conversación—. Te ofrecería una copa para celebrarlo, pero es un poco temprano, ¿no?

—No bebo cuando trabajo —dijo, como si fuera un policía de servicio—. Esta mañana he comenzado una nueva obra. El éxito me inspira.

—Una buena noticia. Definitivamente, se impone una gran celebración. ¿Una cena tal vez?

—¿Con nuestras chicas?

Paul fingió un gesto tan inocente que al momento supo que no solo estaba allí para preguntar por sus pinturas.

—¿Te envía Lidia a preguntar cómo fue la cena de ayer?

Se encogió de hombros, resignado.

—Alba no ha vuelto aún a casa, y parecer ser que no suele pasar la noche fuera.

—Está en mi piso. —Un recuerdo fugaz de una preciosa pierna asomando entre sábanas blancas casi le hizo perder el hilo—. Durmiendo, supongo.

—¿Una noche larga?

El pintor le invitaba con un gesto a las confidencias, pero no era su estilo. Lo cierto es que no recordaba la última vez que había conversado con una persona que le ofreciera la suficiente confianza como para contarle algo tan personal.

—Muy larga —reconoció, tan turbado como un chaval contando a su mejor amigo su primera experiencia sexual.

—Lidia cree que le gustas de verdad, ¿sabes? Dice que ha tenido mucha paciencia contigo.

—Lo sé.

—Es una chica preciosa, lista y divertida…

—¿Sabe tu novia lo que opinas de su amiga?

A Paul le divirtió mucho aquel arranque de celos.

—No estoy interesado en Alba ni ella en mí, no te preocupes. —El pintor suspiró—. Estoy loco por Lidia. Me casaría con ella mañana si me aceptara.

—¿Se lo vas a proponer?

—Sería como proponerle a una pantera que entrara en una jaula por su propio pie. —Paul se levantó y salió hacia la zona de exposición, sin visitantes en aquel momento—. Con una mujer como Lidia, hay que dejar que ella tome la delantera, y que sepa que la sigues, allá a donde vaya.

Definitivamente, aquel era el día de las confidencias, pensó Elliot. Lo extraño era que no se encontraba tan incómodo como era de esperar. En realidad, le aliviaba tener alguien con quien hablar de temas íntimos.

—Saben lo que quieren —dijo, siguiéndole por la sala—. Soy consciente de que no he hecho nada por conquistar a Alba, al

menos nada bien.

—Es ella la que te ha echado el lazo. —Paul se detuvo ante el espacio vacío donde antes estaba el cuadro de Lidia ante la Torre Eiffel—. ¿Te asusta?

Esa pregunta necesitaba un momento de reflexión.

—Me siento afortunado —dijo, antes de que su cerebro terminara de procesar otra respuesta más sensata.

—Yo también.

Y ahí estaban, dos tipos felices, a punto de ponerse a cantar el tema romántico de alguna estúpida comedia de cine americano.

Paul carraspeó, cuadró los hombros, y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—He cambiado de opinión. Necesito una cerveza.

Elliot comprobó que su reloj marcaba la una del mediodía. Bien, no era una hora demasiado temprana.

—Yo también.

—¿Cierras ya?

—Creo que sí.

Y así se fue a tomar una cerveza, un par en realidad, con su nuevo amigo, el primero de una nueva vida.

Presiones

Un teléfono estaba sonando. Al principio le pareció muy lejano, pero entonces se dio cuenta de que eran sus pensamientos los que estaban muy lejos de la habitación.

No era el fijo, ni el móvil que tenía apoyado sobre el escritorio.

Era el otro. El que tenía guardado en el último cajón, bajo llave.

Debería haberlo destruido ya.

—El tiempo se agota. La exposición ya está en marcha y mi cliente, el señor G, se impacienta.

—Veo que eres uno de esos tipos que no entienden que no es no.

—¿Qué vas a hacer, Pierre? No puedes tener tanto dinero ahorrado para vivir como a ti te gusta. He visto cómo lo gastabas alegremente estos años, viviendo como el cachorro mimado de alguna familia aristocrática.

—Déjame en paz, Smith.

—¿Cuánto te cuesta el alquiler de tu apartamento en París? Seguro que más que las comisiones de tu nuevo negocio.

El perista le había estado siguiendo la pista, a pesar del trato mutuo de ignorar la vida del otro y no utilizar siquiera sus verdaderos nombres. Ahora pretendía extorsionarle con sus conocimientos, para obligarle a dar aquel último golpe, el que les permitiría de verdad retirarse a ambos.

—Es la última vez que hablamos. Voy a destruir este móvil, y si intentas ponerte en contacto conmigo por otro medio, te entregaré a la Interpol.

—¿De verdad, Pierre? ¿Y cómo lo harás? No creo que simplemente puedas llamar a tu amigo el agente Harrison, y decirle quien soy y a qué me dedico. Si yo caigo, tú caes.

—Puedo hacer un trato.

—Eso de la inmunidad a cambio de una confesión, es cosa de películas americanas.

—No me presiones, Smith, porque tal vez lleguemos a un punto en el que todo me dé igual.

Apretó el botón de colgar y tiró el teléfono al suelo, con la suficiente fuerza como para que se abriera la tapa y la batería saliera despedida en dirección contraria. Escuchó el sonido de la pantalla al quebrarse. Algunos cristales se esparcieron por el suelo cuando el aparato se deslizó hasta chocar con la pared.

Eso es lo que quería hacerle a Smith. Lanzarlo contra una pared y cerrar su bocaza de una vez para siempre.

Siempre nos quedará París

Alba dormía cuando Elliot entró en el dormitorio. Mirar su cara sonrosada, relajada como un bebé, que le hacía olvidar todas las dudas y preocupaciones.

Caminó de puntillas para no molestarla, acercándose para comprobar si tenía frío. Cuando la estaba arropando con la sábana, se dio cuenta de que se estremecía de risa.

—Mentirosa —la acusó, pero ella le agarró del cuello y tiró de él hasta que sus labios se encontraron.

—Malvado —dijo, después de darle un largo beso, envolviéndole con su aroma de cama revuelta y sueños felices—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Paul necesitaba un poco de conversación.

Le soltó para mirarle a la cara, intrigada.

—¿Algún problema?

—No soy un experto, pero diría que las típicas dudas de un hombre enamorado.

Alba se sentó con la espalda recta contra el cabecero, la sábana sujeta bajo los brazos. Mejor, así podría seguir el hilo de la conversación sin estar pendiente de si la tela se deslizaba demasiado por su escote.

—¿Y cuáles son esas dudas? ¿No está seguro de sus sentimientos?

—Muy seguro, esa es la cuestión. Él sabe que está enamorado, pero no está convencido de que Lidia sienta lo mismo.

—Lidia está loca por él.

—¿Tan loca como para casarse y mejorar el nivel de natalidad francés?

Alba se rio con ganas ante esa imagen.

—Me temo que sí, pero poco a poco. Si le hace una propuesta así en este momento, es posible que salga corriendo muerta de miedo.

—Eso me dijo. Parece que la conoce bien.

—Algo muy importante para que una relación funcione.

Elliot se sentó en la cama, cruzando los tobillos, permitiendo que solo sus brazos se tocaran ligeramente.

—Hemos quedado para cenar esta noche.

—¿Los dos solos? ¿Lidia y yo tenemos que preocuparnos?

Estiró las piernas bajo las sábanas, para imitar su posición. La tela blanca marcaba cada una de sus sugerentes curvas, invitando a acariciarlas.

—Los cuatro. Queremos celebrar el éxito de la exposición.

—Os habéis hecho muy amigos.

—Sí, y hoy he descubierto que me gusta tener un amigo con el que tomar unas cervezas y charlar un poco. —Levantó los brazos y cruzó las manos por detrás de la cabeza, tan cómodo como si llevara veinte años viviendo con Alba, compartiendo la misma cama, contándole sus cosas—. He viajado mucho durante años, tengo muchos conocidos, pero nadie a quien llamaría si tuviera un problema.

—Y ahora tienes a Paul… Y a mí… Y a Lidia, incluso.

Si alguien podía ser a la vez adorable y *sexy*, era la chica que se había adueñado de su cama. Provocaba la necesidad de abrazarla, protegerla, y al mismo tiempo de someterla a una sesión de sexo salvaje.

Y ella lo sabía.

—¿Has descansado bastante?

Se giró hacia ella, inclinándose para besar su hombro desnudo.

—¿Bastante para qué?

—Siempre he pensado que la luz que entra a mediodía por la ventana es perfecta para hacer el amor.

—En el fondo, eres un poeta —se burló ella.

Para castigarla, la cubrió con su cuerpo con el absurdo propósito de abrumarla. Ella le agarró por el cuello y lo besó.

—¿No te gusta mi estilo? —preguntó mientras dejaba que le desabotonara la camisa—. ¿Prefieres que sea más brusco? ¿Más duro?

La agarró por las caderas y la frotó contra su cuerpo, para demostrarle que si quería dureza, le daría toda la que pudiera soportar. La sonrisa de Alba se hizo más grande.

—No soy una muñeca de porcelana —aseguró ella al tiempo que le envolvía la cintura con los muslos—. Si buscas pelea, la tendrás.

Esa era toda una invitación en regla. Un desafío en realidad; estaba dispuesto a aceptarlo, sin contemplaciones.

En menos de un minuto estaba completamente desnudo y preparado para presentar batalla. La mirada descarada e invitadora de Alba lo recorría sin descanso, y decidió que para someterla, tenía que evitar esos ojos. Arrojó la sábana al suelo, la agarró por la cintura y la puso boca abajo. Cogió sus manos y las llevó a los bordes del futón.

—Agárrate fuerte, cariño. Estás en una montaña rusa, y no hay freno de seguridad.

—Me encantan las montañas rusas —aseguró.

Tenía una espalda preciosa. De rodillas entre sus piernas abiertas, Elliot recorrió con una mano los omóplatos y la línea de la columna, se perdió en las curvas peligrosas de su cintura, y se inclinó para besar sus preciosos hoyuelos. Alba erizó el lomo como una gata y él aprovechó para acariciarle los pechos con una mano impaciente que se paseó de uno a otro como si no pudiera decidirse.

—No me gusta no verte la cara —dijo ella.

Elliot puso las dos manos a los lados de sus hombros y la cubrió lentamente, dejando que su erección encajara entre sus nalgas.

—Pues a mí me gusta todo lo que veo —le susurró al oído.

Ella jadeó cuando él le separó las piernas con una rodilla y se abrió paso entre sus muslos. De nuevo curvó la espalda y suspiró cuando la mano de Elliot bajó por su vientre hasta su centro palpitante. Cada uno de sus gemidos, la suavidad de su piel, la humedad entre sus piernas, lo excitaban tanto que no pudo esperar más y se hundió en su interior de un solo empujón, apresándola contra el colchón con la mano abierta sobre su monte de Venus, cubriéndole la espalda con su torso. En ese momento era totalmente suya y se sintió poderoso, casi podía olvidarse de su necesidad, era suficiente con disfrutar del placer de Alba, sentirla temblar y retorcerse bajo su cuerpo. Cuando ella enterró la cara en la almohada para ahogar un grito, él sonrió de pura felicidad y la acompañó en su viaje a la cima.

Así fue durante las siguientes semanas. Una increíble montaña rusa.

La galería funcionaba razonablemente bien para ser un negocio

pequeño que aún necesitaba hacerse un nombre y una reputación. La exposición de Paul fue la clave para un buen arranque, y también para que confiara en el local el marchante de dos pintores jóvenes, pero que ya tenían un nombre en el circuito artístico parisino. Parecía que ese era de momento el estilo que iba a imperar en las exposiciones, obras de marcado carácter urbano, que incluso imitaban el grafiti, que atraían a un comprador también joven pero con una saneada cuenta bancaria, en general obtenida en profesiones relacionadas con Internet y las pujantes *startups*.

Y cada noche, cuando cerraba la galería, llamaba a Alba. Si había suerte, ella le respondía entusiasmada, dispuesta a cualquier plan que le ofreciese. Otras veces ni siquiera cogía el teléfono. El monótono «apagado o fuera de cobertura» significaba que estaba inmersa en su novela, en el mundo de ficción que solo existía en su cabeza. Elliot estaba llegando al punto de envidiar —y también odiar un poco— a sus personajes. Sobre todo cuando describía a su atractivo protagonista principal.

Si era viernes era probable que organizasen algún plan con Lidia y Paul. Cualquier otro día de la semana, sin previo aviso, ella aparecía con entradas para el cine, donde acababan compartiendo un enorme cubo de palomitas, aunque a Elliot no le interesase lo más mínimo el último gran estreno de Hollywood. Alba era una cinéfila bastante experta, con una memoria asombrosa para actores, directores, títulos y premios. Le contó que su abuela la había aficionado al cine clásico, juntas veían películas en blanco y negro de Katharine Hepburn, Cary Grant o Rita Hayworth.

No hacían planes de futuro, no hablaban de su relación, ni se juraban amor eterno.

Y cada día Elliot estaba más y más enamorado de ella. Al punto que su pasado se había convertido en un dolor permanente de estómago que amenazaba con provocarle una úlcera.

Una noche se despertó inquieto. El otro lado de la cama estaba frío y apenas guardaba el aroma de Alba. Se levantó y salió al salón, preocupado.

Ella estaba acurrucada en el sofá, viendo una de sus antiguas películas en blanco y negro, con los ojos rojos y las pestañas húmedas.

—Era la favorita de mi abuela —le dijo.

En la pantalla, Humphrey Bogart se despedía de Ingrid Bergman entre la niebla.

—Siempre nos quedará París —dijo Elliot, rogando por hacerla sonreír.

Lo consiguió, y también que le hiciera sitio a su lado en el sofá.

—Hoy es su cumpleaños —dijo—. Mis abuelos eran gente humilde, se casaron y emigraron a Francia porque en aquellos tiempos en España no se vivía muy bien… —Ingrid Bergman se alejaba de los brazos de Humphrey Bogart, para volver a los de su esposo que la esperaba al pie del avión—. Aquí trabajaron duro, y sacaron adelante un pequeño hostal. Mi padre y mis dos tíos crecieron dividiendo el tiempo entre los estudios, y el trabajo en el negocio familiar.

—Pensaba que tu padre había heredado su imperio hotelero.

—Lo creó él, a partir de aquel hostal de mis abuelos. —Alba suspiró cuando en la pantalla apareció la palabra «Fin»—. Trabajó duro y cuando sus negocios comenzaban a ser lo que son ahora, mi abuelo se murió de repente, de un infarto. Entonces mi abuela quiso volver a España, y papá decidió que quería que sus hijos se criaran en el país de sus padres. Entonces yo tenía tres años, y él aún pensaba que tendría más hijos propios.

—¿Y tu madre?

—Aguantó diez años en Madrid. Y un día dijo que no soportaba más «aquello». Hizo la maleta, y se volvió a Francia.

Le quitó el cojín que estrujaba entre las manos, temiendo que acabara rasgándolo y esparciendo el relleno por toda la sala. Estaba temblando por tantas emociones encontradas. La abrazó, subiéndola sobre sus rodillas, y respiró hondo, obligándola a seguirle el ritmo.

Poco a poco se fue calmando la ansiedad que la estremecía.

—Mi abuela era una mujer de gustos sencillos, acostumbrada a pasar necesidades en su juventud, no lograba disfrutar de los lujos de los que se rodeaba mi padre. —Volvió a hablar de su abuela, y Elliot se dio cuenta de que hablar de su madre era demasiado duro para ella; tal vez en otra ocasión—. Pero había algo que le encantaba hacer. Cada año, por su cumpleaños, me invitaba a tomar el té en el Ritz.

Incapaz de tener las manos quietas, jugueteaba con la camiseta que se había puesto para dormir, una de las que Elliot utilizaba

cuando salía a correr. Enredaba y desenredaba la tela entre sus dedos.

—¿El Hotel Ritz? ¿Qué le parecía a tu padre que su madre se fuera a la competencia?

—Él nunca iba, claro. —Alba se rio, aunque la carcajada sonó ronca en su garganta demasiado seca—. Pero no nos importaba, era nuestra fiesta de chicas.

—La querías mucho —afirmó Elliot.

—Muchísimo. Y ella a mí. Nadie me ha querido nunca tanto.

Le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a mirarle.

—Tu padre también te quiere —dijo y, antes de que ella pudiera objetar que no le conocía, añadió—. He visto cómo se preocupa por ti. Y Lidia te quiere como a una hermana. Tus compañeros de la cafetería también te aprecian… Mucha gente te quiere, Alba, no estás sola.

—Lo sé. —Se arrebujó sobre su pecho, como una niña en busca de consuelo—. Pero hoy no puedo evitar echar de menos a mi abuelita. Y ni siquiera tengo mi corazón…

—¿Tu corazón?

—Fue el último regalo que me hizo. Un brillante tallado en forma de corazón. Lo llevaba siempre puesto, pero me lo quité aquella noche para ir a la ópera…

Suspiró contra su pecho, una lágrima le mojó el pijama y le tocó la piel. Elliot podía notar el latido acelerado de su pulso bajo la mejilla de Alba. También una invisible mano fría que se cerraba en torno a su garganta.

—¿Tan importante es para ti?

—Pensarás que es una tontería, que solo es una joya y que podría conseguir otro igual… —Escondía la cara en su pecho, avergonzada de su incapacidad para contener las lágrimas—. Pero no sería realmente igual. Mi abuela lo escogió para mí. Era el eslabón que nos mantenía unidas, a través del que me seguía cuidando y protegiendo.

—Un talismán.

—Sí.

Tenía que levantarse, pero las piernas se negaban a obedecer sus órdenes. Por fin Alba le estaba abriendo su corazón y él tenía que callar como el cobarde que era.

La acunó como si fuera una niña pequeña, consiguió que se relajara y se quedara dormida. Por fin se levantó, con ella entre los brazos y la llevó a la cama.

Veló su sueño, incapaz de volver a dormir, hasta el amanecer.

Alba despertó con el zumbido de su móvil. Miró a su alrededor, desubicada, sin recordar cómo había llegado hasta la cama después de dormirse en el sofá.

Se escuchaba correr el agua en la ducha. Imaginó a Elliot bajo el agua, sus brazos tan fuertes como delicados, que habían sido capaces de levantarla y cruzar el piso con ella sin despertarla, y estuvo a punto de olvidarse de aquella molesta llamada. El teléfono, ajeno a su libidinosa imaginación, seguía vibrando sin parar.

Recordó que la familia llegaba a París aquel día. Le tocaba ir a cenar con su padre, con Silvia y sus hermanastras. No había invitado a Elliot cuando se lo comentó, y él pareció aliviado por esquivar el compromiso.

Descolgó el teléfono y escuchó la voz de Rocío, tan fría, directa e impersonal, como si estuviera dando órdenes desde su despacho en las oficinas centrales de Hoteles LV.

Cuando Elliot salió del baño, con una toalla alrededor de las caderas, seguía parada en el medio de la cama, mirando la pantalla apagada del móvil como si fuera un espejo mágico. Uno que no le había dado la respuesta esperada.

—Mi padre… —dijo, ante la mirada interrogativa de Elliot.

—¿Ya han llegado?

Alba asintió con la cabeza. Su rostro había perdido todo color.

—Se encontró mal durante el vuelo.

Aún no había asimilado las palabras de Rocío. No entendía cómo su hermanastra podía hablar con tanta serenidad. Nunca fue tan evidente que no compartían la misma sangre.

Elliot se sentó a su lado y le cogió las manos, que tenía heladas. Se las frotó entre las suyas, sin saber cómo hacerla salir del *shock* en el que estaba inmersa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Tengo que ir al hospital. —Se limitó a decir ella, perdida en sus pensamientos.

—Te llevo. Vamos.

Familia

Alba recordaba que una vez la ingresaron en un hospital. Tenía cuatro años y sus recuerdos eran confusos, aunque nada traumáticos. Sus padres estaban siempre con ella, turnándose para pasar la noche en la cama supletoria que un atento auxiliar desplegaba cada noche y a la que cambiaban las sábanas a diario —ventajas de aquella exclusiva y carísima clínica privada—. También recordaba a su abuela que, acongojada al verla tan pálida, le llevaba magdalenas a escondidas. Las enfermeras eran amables, allí todos tenían siempre una sonrisa para ofrecerle.

Su favorita era la pediatra que la atendía. Sus manos eran suaves, su gesto bondadoso. Había dejado el hospital asegurando que de mayor quería ser enfermera. Le duró hasta el día en el que Lidia se cayó en el patio del colegio y se destrozó una rodilla. Cuando vio toda aquella sangre, y la carne abierta como si fuera un chuletón crudo, estuvo a punto de desmayarse.

Aquella noche, en el servicio de urgencias de aquel hospital de París, no había nada que le recordara a la clínica de anuncio de su infancia.

Todo le molestaba. El olor a medicina que apenas tapaba el de la sangre. Las caras severas de las enfermeras, que les miraban de reojo al pasar por delante de su puesto. La risita inapropiada de un camillero, cuando bromeaba con un niño que tenía el brazo escayolado. El gesto pensativo y ausente del médico que les informó de que su padre había sufrido un infarto agudo de miocardio, y que los primeros auxilios que le había practicado una enfermera que viajaba en el mismo avión desde España, le habían salvado la vida.

No los dejaron entrar en la UCI, y tuvieron que conformarse con verlo desde una ventana de cristal grueso que distorsionaba la imagen de su cuerpo, rodeado de máquinas, tubos, y de su rostro, cubierto por la misma mascarilla de oxígeno que recordaba de su

infancia.

Silvia caminaba de un lado a otro del corto pasillo, haciendo repicar sus altos tacones mientras se frotaba los dedos índice y corazón en busca de un cigarro que no podía fumar. Rocío, la mayor de sus hijas, estaba sentada en una esquina, con el portátil sobre las piernas, para enviar algún correo electrónico sin duda muy urgente. Belén, la pequeña, ojeaba unas revistas de moda con una mano y contestaba wasaps con la otra; se le daba bien la multitarea aplicada a cosas insustanciales.

—Estaba perfectamente en el chequeo que se hizo a primeros de año —dijo de repente Silvia, cortando el silencio con su voz ronca de fumadora—. Un poco alto el colesterol, dijo el médico, pero nada de cuidado.

—¿Ha estado haciendo dieta desde entonces?

—¿Dieta? Alba, ¿es que no conoces a tu padre?

—Si tiene el colesterol alto…

—Si esperas que a su edad se ponga a comer ensaladas, es que eres más ilusa de lo que pensaba.

El tiempo le había enseñado a defenderse de esos comentarios hirientes de Silvia. Imaginaba que desplegaba un escudo mental, donde rebotaban y se perdían en el espacio. Alba sabía que aquellas cosas no se las decía a ella, sino a la persona que esperaba que fuera. A la inútil y malcriada hija única del magnate, una molestia menor que soportaba solo a cambio de una vida llena de lujos y comodidades.

Elliot se mantenía en la esquina más alejada, con la espalda apoyada contra la pared y los brazos cruzados. No estaba tan relajado como aparentaba; solo le faltaba la armadura para ser su caballero, como si estuviera esperando una indicación para sacar su espada y cortar alguna cabeza en su defensa.

No era así como esperaba presentarlo a su disfuncional familia, si es que en algún momento se veía en la necesidad de hacerlo. Había planeado hablar antes con su padre, explicarle que Elliot había puesto en marcha su negocio —sin su ayuda— y que le iba muy bien. Con eso no iba a conseguir que dejase de desconfiar de él, seguramente seguiría pensando que solo estaba con ella por la fortuna familiar, lo que no alimentaba su autoestima. Y a Silvia y a sus hijas, simplemente se lo presentaría como su pareja, sin más

explicaciones.

Y ahora estaban todos allí, como gladiadores en la arena del circo, lanzándose miradas disimuladas los unos a los otros.

Belén se pasaba de vez en cuando una mano por la melena perfecta y parpadeaba con afectación, mirando a Elliot como si fuera un pastel en un escaparate. Por suerte para ella, su dieta perpetua no le permitía comer pasteles, y ya estaba Alba pendiente de que ni siquiera se acercara a probarlo.

Rocío seguía muy ocupada con su trabajo. Le había explicado que al día siguiente tenían una importante reunión de trabajo en el hotel y que, dadas las circunstancias, ella se ocuparía de todo. En los últimos dos años su hermanastra se había convertido en la mano derecha de su padre en la dirección de la empresa hotelera. Para Alba era un alivio ya que ese era el puesto que le tenían asignado desde que terminó el bachillerato y se matriculó en Derecho y Empresariales. Un destino del que había huido justo a tiempo.

—Entonces, ¿vas a venir a la boda? —preguntó Belén, dejando las sobadas revistas sobre una silla vacía.

Silvia miró a su hija como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente, incapaz incluso de vocalizar una reprimenda, que se quedó en un resoplido muy poco propio de ella.

—No es el momento de hablar de eso —dijo Rocío, deteniendo sus manos sobre el teclado—. Y Alba ya te ha dicho una docena de veces que no. Sabes que está enfadada con Cris por robarle el novio.

—No me robó el novio…

Se mordió la lengua para no decir nada más. Era una discusión vieja y agotada, y desde luego que no era el momento ni el lugar para volver a ella. Podía disculpar a Belén por la torpeza de hablar de la dichosa boda a la que estaban invitadas desde hacía meses, pero no a Rocío que, con la excusa de regañar a su hermana, aprovechaba para lanzarle otra de sus pullas.

Al menos, Elliot dejaría de preguntarse por qué vivía en París, lejos de los lujos y comodidades del hogar familiar y del *cariño* de aquellas tres extrañas que su padre pretendía que apreciara como si fueran de su sangre.

—De todos modos, es muy feo casarte con el ex de una amiga —añadió Belén, sin dejar de mirar la pantalla de su móvil.

—¿Me lo dices o lo estás escribiendo en Twitter?

—Uy, no, no quiero que Cris se mosquee. Ya sabes que soy una de sus testigos en la ceremonia.

—No, no lo sabía.

O sea, que opinaba que era muy feo que una de sus mejores amigas y su exnovio del instituto se fueran a casar, pero eso no le impedía aceptar el papel de dama de honor a la española que le había ofrecido la novia. A veces Alba se preguntaba si la falta total de empatía de Belén no sería señal de algún tipo de síndrome no diagnosticado. Luego miraba a Silvia y a su hermana mayor y acababa compadeciéndose de ella porque comprendía que solo era una forma de defensa.

Le vibró el móvil y vio que era un mensaje de Lidia. Estaba en la puerta, con Paul, y no les dejaban entrar por no ser familiares.

—Ahora vengo —dijo, y miró a Elliot para que la acompañara.

Cuando Lidia la abrazó y le aseguró que no iba a pasar nada malo, se sintió por fin reconfortada. Ella era su verdadera y única hermana, la que había elegido para ese puesto vacante, sin sangre ni documentos por medio, ni falta que hacía.

Habló con las enfermeras para que los dejaran pasar. Le indicaron que ya eran demasiadas personas, y que sería mejor que se fueran a casa, puesto que no les iban a dejar entrar en la UCI en toda la noche. Si había noticias, los informarían.

Volvió a la sala de espera para hablar con Silvia y sus hijas. Rocío y Belén aceptaron irse al hotel, pero su madrastra dijo que ella se quedaba allí. Al final, se quedaron las dos, y Lidia, que se negó a dejarla a solas con ella.

Se despidió de Elliot en el vestíbulo de la clínica.

—¿De verdad no quieres que me quede?

Dijo que no contra su hombro, mientras él le frotaba la espalda y apretaba la mejilla contra la suya. Quería quedarse a vivir allí, entre sus brazos, y no separarse de él nunca. Pero no podía someterle ni un minuto más a la compañía de su familia.

—Tengo a Lidia para cuidarme.

—Vendré si me llamas… A cualquier hora…

Alba asintió con la cabeza y respiró hondo para mantener a raya las lágrimas. Luego, haciendo un supremo esfuerzo, abandonó el nido seguro que siempre encontraba en su pecho y forzó una sonrisa que seguramente era espantosa.

—Todo va a ir bien —dijo en voz alta, solo porque necesitaba oír aquellas palabras.

—Todo va a ir bien —repitió Elliot, y se llevó sus manos a los labios.

Con aquel beso cálido en los nudillos, pudo por fin conseguir que se movieran sus pies, y caminar de vuelta a la sala de espera de la UCI.

Iba a ser una noche muy larga.

Vértigo

Entró en el vestidor y separó las camisas y las americanas para acceder al panel trasero y retirarlo con cuidado. Detrás se encontraba la caja fuerte, la mejor del mercado, dotada de doble sistema de cierre, con la llave que siempre llevaba encima y el teclado de sensores dactilares. La puerta —de diez milímetros de grosor—, y los ocho anclajes que la mantenían sujeta al muro posterior, podían ofrecer bastante seguridad a un inexperto. Para él representaba solo el dolor de cabeza que hubiera tenido de haberla encontrado en alguno de sus trabajos, aunque no fuera tan inexpugnable como las empresas de seguridad querían hacer creer a sus clientes.

A veces se paraba a pensar en lo irónico que resultaba que guardara sus mayores secretos en una caja de la que desconfiaba.

Introdujo la combinación, el sistema electrónico escaneó sus huellas y, por último, giró la llave. Cada uno de estos pasos lo acercaban más y más al precipicio. Sabía que debía saltar, pero el vértigo volvía pesadas sus piernas, y sus movimientos, absurdamente lentos.

Separó la documentación que guardaba en el estante superior de la caja, y tocó el saquito de terciopelo negro en donde guardaba la joya. Tiró del cordoncillo que lo cerraba para dejar caer sobre su palma el corazón de diamante.

El precipicio era muy alto. Abajo le aguardaba un mar embravecido con rocas afiladas que parecían reclamar su sangre.

Cerró la caja y volvió a colocar el panel y la ropa; despacio, con infinito cuidado, alargando el momento del salto.

Aquella era la prueba que lo ligaba al Ladrón de Medianoche. El imitador estaba desaparecido después del gran golpe en el lago Como. Quizá los hombres de Capelli lo habían atrapado y todo había acabado ya de la peor de las maneras posibles para aquel

pobre diablo.

Si fuera así, podría seguir adelante con la nueva vida que se había construido, sin mirar atrás, sin el menor remordimiento, como había vivido hasta entonces.

Solo que ahora había algo en su vida que antes no estaba. Y eso le hacía replantearse todos sus proyectos. Poner en una balanza el valor de la sinceridad y la confianza, y en otra el riesgo a correr.

Resultaba difícil calcular el resultado.

Esa clase de Cenicienta

A la mañana siguiente, el médico les informó de que habían tenido que sedar al enfermo —lo llamaban coma inducido—, porque estaba demasiado agitado y necesitaba respiración asistida. Insistieron en que era mejor que se marcharan a descansar, que hasta el mediodía no tendrían más noticias ni les dejarían entrar en la UCI. Al final, más que una recomendación, fue una orden que no les quedó más remedio que acatar.

—Iré a mi casa a ducharme y cambiarme, y luego me acerco al hotel —le dijo Alba a Silvia, mientras se despedía de ella con gesto ausente.

A pesar de que estaba agotada, la preocupación mantuvo a Alba en estado de alerta permanente. Incapaz de descansar; se limitó a darse una ducha y a cambiarse de ropa.

Poco más de una hora después, se encontraba en el LV Champs-Élysées, cruzando el largo pasillo hacia la *suite*. Las voces demasiado altas de Silvia y Rocío la asustaron tanto que echó a correr con el corazón a punto de salírsele por la boca. Frenó justo a tiempo cuando comprendió que hablaban sobre el hotel, sobre la reunión a la que había acudido su hermanastra aquella mañana.

—Puede firmar Alba, ya sabes que hay unos poderes —decía Rocío.

—No quiero que se haga uso de ese documento, y menos en un momento como este —negó Silvia.

—Entonces perderemos la oportunidad, los inversores no van a esperar más de veinticuatro horas.

Alba le pidió que le abriera la puerta de la *suite* a una empleada de servicio que se le acercaba por el pasillo. La joven no dudó en hacerlo puesto que todos en el hotel la conocían. Cuando entró, Silvia y Rocío la miraron como si fuera un extraterrestre recién

llegado del espacio exterior.

—¿Cuál es el problema? No es que tenga la cabeza para negocios en este momento, pero me gustaría que me informarais de lo que está ocurriendo.

Sobre una mesa había un servicio de café. Se acercó para servirse una taza, dándoles la espalda mientras le añadía mucha azúcar. No podía dejar que descubrieran lo débil y nerviosa que se sentía.

—Ya sabes que tu padre y Rocío tenían hoy una importante reunión…

—¿Iban a comprar otro hotel?

—No… En realidad… —Rocío titubeó, algo raro en ella que siempre hablaba con tanta seguridad como si le escribieran sus frases un equipo de guionistas de cine—. Vamos a vender.

Alba le dio un sorbo a la taza. Esperó a que el líquido, caliente y demasiado dulce, le bajase por la garganta.

—¿Qué es lo que quieres vender? —preguntó, sin disimular su reticencia a creer cualquier cosa que le dijera ella.

—Pues… Este hotel…

Se terminó la taza de dos sorbos más, toda la cafeína del mundo no sería suficiente para responder con mesura a aquella insensatez.

—Nunca he creído que tuvieras sentido del humor, Rocío, y menos en un momento como este.

—No es una broma.

—Entonces, tendrás que ir al hospital a que te revisen la cabeza, porque estás perdiendo neuronas a una velocidad preocupante.

Silvia se puso en pie, agitó la perfecta melena dorada que le daba un aire a una madura Sharon Stone y levantó las manos haciendo tintinear sus muchas pulseras, en un gesto que pedía paz.

—Alba, sabemos que estás preocupada y nerviosa, todas lo estamos, pero no le hables así a tu hermana.

—Dejaré de hablarle como si estuviera loca, cuando dejé de comportarse como si fuera así.

Rocío se puso roja y pareció a punto de perder los nervios por primera vez en su vida. Las venas de su cuello estaban tan hinchadas que, de un momento a otro, romperían la gargantilla de perlas que llevaba.

—Es un negocio cerrado, Alba. Papá lleva muchos meses

preparándolo, y por eso hemos venido todos a París, para la firma.

—Si mi padre —recalcó el posesivo con rabia— fuese a vender el Champs-Élysées, yo lo sabría.

—¡Tú no sabes nada! —Rocío dio un paso hacia ella, amenazándola con el dedo índice—. Te dedicas a vivir tu vida bohemia en París, jugando a ser Cenicienta en esa cutre cafetería, pasando por completo de los negocios familiares. Y ahora quieres chafarme la mayor operación en la que he trabajado hasta el momento.

—¿Tu operación? De eso se trata, ¿no? Es *tu* operación. —Las dos dieron un paso atrás cuando Alba la enfrentó, invirtiendo las posiciones y pasando al ataque—. Dime, ¿qué comisión te pagan a espaldas de mi padre? Tiene que ser mucho dinero como para que te expongas a vender a sus espaldas su hotel favorito, el buque insignia de la cadena.

—No hay ninguna comisión que él no sepa. Estás haciendo un drama de nada.

Rocío tuvo que meterse un dedo entre el cuello y el collar para recuperar el aliento. Madre e hija miraban a Alba como hienas a una leona, tal vez calculando si podrían vencerla uniendo sus fuerzas.

—Es un drama, sí, que papá te haya tratado estos años como a una hija de su sangre, que confíe en ti tanto como para convertirte en su mano derecha, y que tú pretendas apuñalarlo así por la espalda, en su momento de mayor debilidad.

—Eres una fantasiosa, siempre lo has sido —la acusó Silvia, apretando la boca con un gesto tan amargo que se le formaron unas arrugas que ningún maquillaje podría disimular—. Esta no es una de tus películas, Alba, esto es la vida real. Los negocios ya no van tan bien como antes y necesitamos esta venta para no perderlo todo.

—No te creo.

—No sabes nada de nada. El Champs-Élysées es deficitario desde hace años, se está quedando anticuado y costaría demasiado dinero renovarlo por completo —continuó Rocío, tratando de imprimir veracidad a sus palabras—. Es el momento de vender y la oferta es magnífica.

—¿Y por qué querrían esos importantes inversores un hotel

deficitario?

Rocío dudó y buscó la complicidad de su madre, que tampoco tenía un argumento preparado para aquella pregunta.

—No sabes nada del negocio —dijo por fin Silvia, saliéndose por la tangente—. Tu padre quería que trabajaras con él y te negaste. Ahora no pretendas entender cómo funcionan las cosas en un solo día.

—Pues vais a tener que darme muchas explicaciones, porque yo no voy a firmar nada sin hablar antes con papá.

—¡Puede tardar días en despertar del coma! —exclamó Silvia, fuera de sí.

—Eso si lo hace.

La frialdad de Rocío, en contraste con la furia de su madre, fue como una bofetada con la mano abierta.

A esas dos mujeres no les importaba nada si su padre se recuperaba o no. Solo les preocupaban los negocios. Si ocurría lo peor, Alba estaba segura de que encontrarían la manera de hacerse con el control de la empresa familiar y dejarla en la miseria. Conocía ese cuento, pero esta vez ella le iba a cambiar el final.

—No soy esa clase de Cenicienta —les dijo antes de darles la espalda—. Me voy al hospital.

Caminó hasta la puerta de la *suite*, desoyendo la voz de Silvia, que la llamaba con voz chillona. La siguió oyendo en su interior mientras bajaba en el ascensor y cruzaba el vestíbulo.

Allí se interpuso otra voz, haciendo callar el eco de la llamada de Silvia. Una voz que hacía demasiado tiempo que no escuchaba.

—Alba…

La mujer que decía su nombre apoyó una mano en el mostrador de recepción, como si necesitara un asidero para mantenerse en pie.

Era hermosa y elegante, impecable incluso en aquel momento, con suaves arrugas de preocupación surcándole la frente. Los años la trataban bien. Alba tuvo que reconocer que esa imagen en el espejo, que se empeñaba con identificar con el rostro amado de su abuela, era en realidad una mezcla de las dos mujeres más importantes de su vida.

—¿Mamá? —susurró, poco acostumbrada a decir aquella palabra.

—Me he enterado por las noticias.

Las fuerzas le fallaron, eran demasiadas las cosas que se acumulaban en su cabeza, y por una vez se permitió ser débil. Dejó que su madre la abrazara y lloró sobre su hombro.

La medida del infinito

Enrique Lerna estuvo tres días en coma. Elliot aprendió en ese lapso de tiempo que tres días son la medida del infinito cuando tienes que lidiar con una madrastra, dos hermanastras, y una madre biológica milagrosamente caída del cielo.

No sabía muy bien cuál era su papel en aquel drama. Solo había sido casualidad que estuvieran juntos cuando recibió la noticia. Lo correcto era acompañarla al hospital, apoyarla en aquel triste momento. Eso no significaba que sus sentimientos por ella fuesen más allá de la amistad con derecho a roce que disfrutaban.

O eso se decía para no asustarse, para no salir corriendo sin parar hasta Siberia.

Nunca había tenido una relación. No podía permitírselo. Y ahora tenía más claro que nunca el porqué.

Era el momento de alejarse de Alba. Portarse como un cobarde, dejar que le odiara por ello si era preciso.

Así que había huido del hospital con la excusa de que tenía que abrir la galería; sin volver la vista atrás, para no arrepentirse.

Arrojó sobre la mesa el catálogo que estaba mirando sin ver, con tanta fuerza que tiró el bote de los bolígrafos, una delicada pieza de cerámica que se partió en cuatro trozos al llegar al suelo.

—¿Se te ha caído algo?

Paul entreabrió la puerta de la oficina y se asomó con gesto interrogante. Elliot se había olvidado de que estaba en la galería, atendiendo a una compradora que quería conocer personalmente al artista.

—No es nada. —Se levantó para recoger rápidamente los trozos de cerámica—. ¿Ya se ha ido tu admiradora?

—Sí, por fin. —Paul se agachó para ayudarle con los bolígrafos desparramados—. Estaba empeñada en invitarme a cenar.

—¿Le has dicho que tienes novia?

—Pues sí, pero no le ha dado importancia. —Se sentaron, uno a cada lado de la mesa—. Es una mujer muy insistente.

—Y muy atractiva, a lo mejor a Lidia no le importa jugar a tres bandas.

—Seguro…

Paul soltó una risa, que se acentuó al ver cómo Elliot trataba de recomponer el bote. Por fin, con gesto airado, lo tiró a la papelera.

—Hablando de Lidia… —continuó—. Me ha dicho que el padre de Alba ya está en una habitación, fuera de peligro. —Elliot asintió—. ¿Por eso hoy no has ido al hospital?

—No le caigo bien a ese hombre, no creo que a ninguno de los dos nos convenga encontrarnos.

—Es el padre de tu novia. En algún momento os vais a encontrar.

—¿Y qué tal tú con los padres de Lidia? ¿Ya saben que pintaste a su hija desnuda?

—*Touché*.

Había sido demasiado brusco. Paul, el único amigo que tenía en aquella nueva vida que se estaba inventando, se dio la vuelta, dispuesto a dejarle a solas con su malhumor.

—Si me esperas, cierro la galería y nos tomamos algo.

No sabía si las cosas funcionaban así, si podía agitar una bandera blanca y esperar que su amigo comprendiera que era su forma de pedir disculpas. Su profesión de los últimos años le había convertido en un ermitaño antisocial.

—Vale, pero pagas tú.

Parecía que sí, que por fin comenzaba a entender la forma en que funcionan las relaciones.

Para lo que no estaba preparado era para que lo psicoanalizara mientras se tomaban unas cervezas.

—Debería de estar centrado en mi pintura —dijo Paul, mirando la espuma de su vaso como si fuera el reloj de un hipnotizador—. Disfrutar de este gran momento. Y lo hago, claro que lo disfruto, pero lo más importante es compartirlo con Lidia.

—Un hombre enamorado… —Elliot quiso burlarse y le salió un tono de aprobación.

—Imposible no enamorarse de una mujer como Lidia. No es solo hermosa, es… perfecta… Me siento muy afortunado por haberla

conocido y, sobre todo, por comprender lo importante que puede llegar a ser en mi vida. No es una relación pasajera, no es alguien que pueda olvidar algún día.

Paul levantó sus ojos oscuros llenos de interrogantes hacia Elliot. Hasta él, con sus pocas habilidades sociales, podía comprender cuándo le estaban invitando a abrirse y responder a una confidencia con otra confidencia.

—No puedo poner en palabras lo que siento por Alba. Es demasiado complicado.

—¿La quieres?

—Sí, no sé, supongo que sí. Nunca he tenido esa clase de relación, no sé si sabría reconocer el amor aunque viniera Cupido en persona a clavarme una flecha en el pecho.

Dio un sorbo a su cerveza y lo tragó con una sonrisa amarga. Era un deficiente sentimental y lo sabía. Aun así, era triste confesarlo en voz alta.

—Imagínate que mañana dan el alta a su padre y deciden irse todos a España. Imagina que no la vuelves a ver…

No quería hacerlo. Se negaba a poner a prueba sus sentimientos con una chorrada como esa. A Alba le gustaba París, le gustaba vivir lejos de su familia, no iba a volverse a España de repente, no iba a hacer la maleta y largarse sin mirar atrás, no le dejaría así como así…

Paul le puso una mano en el pecho, su mano grande y morena, con motitas de pintura en las uñas. Elliot la miró extrañado.

—Respira —decía el pintor—. Respira hondo.

Hizo lo que le mandaba y entonces descubrió que llevaba un rato con los pulmones paralizados. Boqueó como un pez fuera del agua, tosió y se rio, incrédulo, todo a la vez.

—¿Qué ha pasado?

—¿Has tenido alguna vez un ataque de ansiedad?

Negó con la cabeza. Qué chorrada era esa. ¿Ansiedad? Ni siquiera en la más complicada de las situaciones, y había vivido muchas.

Y entonces volvió a recordar aquel sonido. Un estallido hueco que hizo temblar los cristales de la puerta de la sala. Venía del estudio de su padre. Los hombres de los maletines negros se habían marchado hacía unas horas y nadie había aparecido en el comedor

a la hora de cenar. Y entonces aquel ruido que acabó con la falsa calma que se abatía sobre su hogar.

—Quizá… —dijo—. Era un chaval y mi padre… Mi padre hizo unas malas inversiones y acabamos en la ruina. Lo teníamos todo, y nos quedamos sin nada.

No pudo contarle el horror de escuchar un sonido desconocido y a la vez saber qué era exactamente. Recordar el arma que su padre guardaba bajo llave en el escritorio, y que él había descubierto tras abrirlo con una ganzúa solo por una travesura. Nunca se lo había contado a nadie. Ni siquiera a Lionel, su mejor amigo, el que le ofreció su casa cuando se encontró solo, sin nadie a quien acudir.

—Yo nunca he tenido nada —dijo Paul, sin apartar los ojos del fondo vacío de su vaso—. Ahora me siento rico y afortunado. Tengo mi pintura y el amor de una mujer increíble. Doy gracias todos los días por mi buena estrella.

Él también debería darlas. Eso era lo que le estaba sugiriendo su amigo. Dejar el pasado atrás y disfrutar del momento. Aprender de los errores, salir adelante. Un montón de tópicos que tal vez funcionasen si uno se dejaba llevar.

—Eres un tipo sabio, Paul Bruat. Brindaría por ti, pero tengo el vaso vacío.

—Eso tiene fácil arreglo.

El pintor levantó una mano para llamar al camarero y al poco se sumergieron de nuevo en la espesa espuma de dos generosas jarras de cerveza rubia. Un amigo y una cerveza, pensó Elliot, no había diamantes en el mundo para superar aquel tesoro.

La pobre niña abandonada

Elliot fue a recoger a Alba al hospital al anochecer. Cuando aparcó la moto cerca de la puerta, la vio despidiéndose de su madre; incluso se dieron dos besos.

—¿Todo bien? —le preguntó, ofreciéndole un casco.

—Muy bien.

La sonrisa cansada que mostraba solo logró aumentar sus ojeras. Parecía a punto de derrumbarse de puro agotamiento.

—¿Vamos a mi casa?

—A la mía, por favor. Necesito una ducha larga y cambiarme de ropa.

Una hora después estaban sentados en el sofá de su pequeño apartamento. Lidia y Paul charlaban en la cocina, mientras preparaban la cena y ponían la mesa.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que está reaccionando mucho mejor de lo que esperaban. Podrá volver a hacer vida casi normal, aunque cuidándose, ya sabes…

Le rodeó los hombros con un brazo y ella se acurrucó contra su pecho, cerrando los ojos con un suspiro. Su melena aún húmeda, olía a champú infantil. Quizá fue eso lo que le hizo reconocer por fin los sentimientos protectores que le provocaba verla así, tan preocupada, tan desvalida, tan necesitada de apoyo. No era la chica alegre y desinhibida con la que tanto se había divertido en los últimos meses; esta otra Alba era mucho más real que le daba un poco de miedo.

—¿Y tu madre?

—No hemos hablado mucho. No son las mejores circunstancias.

—Mis padres murieron hace tiempo —comenzó a hablar, sin estar muy seguro de lo que iba a confesar—. Durante mucho tiempo estuve enfadado con ellos, con mi padre sobre todo, por haber

dilapidado la fortuna familiar y haberme arrebatado la vida a la que me habían acostumbrado desde niño. Ahora puedo reconocer que lo que más me dolió fue que me hubieran dejado solo cuando más los necesitaba. Ojalá tuviera la oportunidad de hacer las paces con ellos.

Nunca antes había dicho aquellas palabras en voz alta. Ni siquiera se había permitido pensarlas. La culpa era de Alba. Pasar tanto tiempo con ella le hacía desear ser mejor persona.

—Gracias —le dijo, girando la cara para darle un beso en la mejilla.

—¿Por qué?

—Por estar aquí. Por hablarme de algo tan personal.

Lidia los estaba llamando desde la cocina, avisando de que la cena estaba lista. Le dio un beso a Alba en la frente, un beso casto y cariñoso; el que le hubiera dado a una hermana si la tuviera.

—Venga, vamos a cenar, necesitas recuperar fuerzas.

—Preferiría irme a dormir, pero Lidia me matará si rechazo su comida.

Aquella noche durmieron juntos por primera vez en la cama de Alba. Ella le pidió que la abrazara, y él lo hizo, acariciándole la espalda hasta que su respiración se hizo lenta y regular.

Nunca antes había dormido así con una mujer. La única razón para compartir la cama había sido siempre el sexo y siempre en la casa de ella, o en algún hotel. Durante años, desde que dejó Marsella atrás, había llevado la vida de un nómada, sin nada parecido a un hogar en el que establecerse. Ahora que por fin lo tenía, Alba era la única mujer que lo pisaba. Ella no lo sabía, al menos él no se lo había dicho, aunque supuso que lo intuía. A veces lo sorprendía lo perceptiva que era; lo fácilmente que conocía y comprendía a las personas. Quizá con el tiempo pudiera aprender de ella ese tipo de habilidades: a relacionarse y confiar en la gente.

Con el tiempo…

La luz de una farola entraba por la ventana e iluminaba el rostro de Alba con un brillo dorado. Dormida parecía más joven todavía, dulce como una caja de bombones. Sí, se dijo para sus adentros; quería estar más tiempo con ella, todo el del mundo.

Se despertó al amanecer, pensando que solo era un inoportuno sueño erótico. Uno en el que Alba le besaba el cuello y frotaba su

cuerpo desnudo contra el de él, subiéndole la camiseta para acariciarle el abdomen y recorrer sus pectorales, jugando con sus tetillas erizadas. No abrió los ojos ni siquiera cuando las sensaciones se volvieron demasiado reales. Contuvo el aliento cuando las inquietas manos de Alba se introdujeron por debajo la goma del bóxer para quitárselo con un tirón impaciente. Luego, ella se acomodó sobre su cuerpo —más que preparado para darle lo que buscaba— y volvió a posar su boca sobre su cuello para darle pequeños mordiscos.

—Sé que no estás dormido —le dijo.

Él le puso las manos abiertas sobre las nalgas y la apretó más contra su ingle.

—No pares ahora —contestó.

Cuando ella se incorporó, Elliot abrió los ojos para mirarla en la penumbra del dormitorio, solo iluminada por la tenue luz de las farolas en el exterior. La sujetó por las caderas mientras ella se estiraba para buscar un preservativo en la mesilla. La dejó ocuparse de todo sin dejar de observarla con los ojos entornados, para que no se sintiera demasiado expuesta.

Sabía lo que buscaba. Olvido y reafirmación. Se había enfrentado a la posibilidad de perder a otro de sus seres queridos, y ahora que había pasado el momento de mayor preocupación, necesitaba una compensación que esperaba encontrar en el sexo.

No le disgustaba que lo utilizara de aquel modo. Se sentía afortunado de poder darle lo que quería, de estar allí para ella y ser su refugio. Se dejó seducir y disfrutó al verla cabalgando sus caderas, con los ojos cerrados, entregada a un placer puramente físico.

Después, cuando se dejó caer sobre su pecho, agotada y sudorosa, la besó en la frente y la acunó. Le susurró mil palabras dulces, casi sin sentido. Ella era su diamante azul, la piedra más valiosa del mundo. Con la diferencia de que aquel diamante tenía un corazón cálido que latía con el mismo ritmo que el suyo.

Alba estaba de nuevo en el hospital a las nueve de la mañana. Se encontró a su madre en el pasillo, ante la puerta cerrada de la habitación de su padre.

—Están cambiando las sábanas —le dijo, y la cogió del brazo—. Puedes invitarme a un café, lo necesito.

—¿Has pasado la noche aquí?

Camille asintió. Se la veía cansada y su rostro, siempre perfecto, estaba surcado por oscuras ojeras.

—La bruja de tu madrastra se fue en cuanto dijeron que no era necesario que nadie se quedara.

—Se va a enfadar cuando lo sepa.

—Qué pena, y yo que esperaba que fuéramos amigas del alma.

Un hombre de bata blanca les sostuvo la puerta para que entraran a la cafetería. Camille se lo agradeció con su mejor sonrisa, parpadeando con afectación para poder leer la identificación en su bata. Cuando comprobó que solo era enfermero, siguió su camino dejando que Alba le agradeciese el gesto.

—Silvia no es tan mala, ¿sabes? Tiene un carácter fuerte…

—Como un militar.

—Y es algo severa…

—Como las madrastras de los cuentos infantiles —se burló Camille.

—Pero nunca me ha fallado cuando la he necesitado.

Camille se detuvo con la mano en el respaldo de la silla en la que iba a sentarse. Inclinó el rostro a un lado para mirar a su hija. Con la boca apretada, se le formaba un reguero de arrugas sobre el labio superior.

—¿Vamos a comenzar con los reproches? Espero que no me hagas una escena en público.

—Ni se me ocurriría.

El camarero se acercó y Camille pidió dos cafés solos y sin azúcar.

—El mío con leche, por favor —dijo Alba—. Y con dos azucarillos.

Su madre la miró como si la estuviera pesando, deteniendo los ojos con impertinencia en las curvas de sus caderas ceñidas por sus finas mallas negras.

—Y un *croissant* —añadió, solo por no dejarse amedrentar—. ¿Quieres uno, mamá?

—No, gracias. Nada más para mí.

Cuando el camarero se alejó en busca del pedido las dos mujeres se retaron en silencio, hasta que Camille se rindió y desvió la vista para observar a las personas de las mesas cercanas.

No era una agradable cafetería parisina en la que sentarse y disfrutar de un momento de tranquilidad. El olor del café y las tostadas se mezclaba con el aroma propio de un hospital, a medicinas y fuertes desinfectantes. Alba notó un retortijón en la tripa y dudó que pudiera tomarse el *croissant* que había pedido sin meditar.

—Precisamente hoy me había citado con tu padre para comer —dijo Camille, que estaba revisando su agenda en el móvil.

—¿Para comer? —Alba dudaba de haber escuchado bien—. ¿Por qué?

—Es por la subasta de la colección Weinmann. ¿No te he hablado de ella? —Alba negó con la cabeza. No recordaba la última vez que habían hablado, y no entendía por qué Camille fingía que mantenían una relación cuando apenas se llamaban por teléfono en fechas señaladas—. Se va a celebrar en el hotel el ocho de agosto. Me encargo de la organización.

Cuando su madre decía «el hotel» se refería al LV Champs-Élysées, como si aún fuera de su propiedad, a pesar de que Alba sabía que sus padres liquidaron su sociedad de gananciales en el divorcio. Camille se había llevado una pequeña fortuna a cambio de renunciar a todas sus acciones.

El camarero volvió con sus cafés y un *croissant* brillante por la mantequilla que Alba miró con desgana.

—¿Qué es la colección Weinmann? —preguntó para disimular su falta de apetito.

—¿Nunca has oído hablar de las joyas Weinmann? Hay mucha polémica en cuanto a su propiedad. El abuelo del actual propietario era un oficial alemán de la segunda guerra mundial.

—¿Un nazi?

Camille levantó una mano, pidiéndole silencio.

—Procuro no utilizar términos que puedan ofender a mis clientes.

—Al menos dime que no fueron expoliadas a alguna familia judía.

Camille se tomó su tiempo para contestar. Revolvió su taza de café solo y le dio un pequeño sorbo. Arrugó la nariz al tragarlo. Demasiado amargo, supuso Alba, incluso para ella.

—Hay un magnate judío americano que las reclama, un tal Ben

Goldstein, pero no tiene ninguna prueba de que pertenecieran a su familia.

—¿Cómo puedes…?

—Solo son negocios, Alba. Han pasado ya demasiados años desde la dichosa guerra, no podemos estar siempre mirando atrás. Es mejor olvidar y dejar cerrar las viejas heridas.

Así era su madre. Reaparecía en sus vidas tantos años después como si tuviera todo el derecho del mundo sobre la familia que estuvo a punto de destrozar con su espantada. Decidía que quería organizar su exposición en el hotel de su padre, y lo hacía. Decidía jugar a la buena samaritana cuidando de él, y allí estaba, probablemente solo para demostrar que era mejor que su madrastra. Pero si entre sus planes entraba el jugar a ser la madre que nunca había sido, Alba no estaba dispuesta a permitírselo.

—Hay cosas que nunca deberían olvidarse. Las heridas que se cierran sin curar, se infectan por dentro.

Alba apartó la taza de café y ni siquiera miró el *croissant*. Todo aquello le producía náuseas, y no solo eran los olores.

—Mi pobre niña abandonada. —Camille puso una mano sobre la mesa y Alba retiró la suya, antes de que la tocara—. Nunca me vas a perdonar, ¿verdad?

—Ya no soy tu niña —dijo Alba, incapaz de añadir más sin que la emoción que le cerraba la garganta la traicionara.

—No, no eres una niña, quizá ahora puedas entender que tuve que escoger, era mi vida o…

Camille se detuvo como si de repente se hubiera quedado sin habla. Alba esperó en vano que terminara la frase, y al final lo hizo ella misma.

—Tu vida o la de tu familia. Ser madre y esposa no era suficiente para ti, lo cambiaste todo por tu libertad y huiste sin mirar atrás.

—He sido muy egoísta, sí. —Camille jugó nerviosa con el cierre de su bolso—. Llega un momento en la vida en que te das cuenta de lo deprisa que pasan los años y de que solo se vive una vez.

—Sí, es cierto, la vida es demasiado breve y valiosa para perder el tiempo. —Alba se puso en pie sin probar el café ni el *croissant* que había pedido—. Voy a ver a mi padre. Para eso he venido al hospital, luego tengo que ir a trabajar.

No esperaba que su madre tratara de detenerla. Y no lo hizo.
Camille no podía creer lo difícil que estaba siendo aquello. Había corrido al hospital en cuanto se enteró por las noticias del infarto de Enrique, y solo recibía desprecios y malos modos por parte de su segunda esposa y esas hijastras que parecían dispuestas a chuparle hasta el último euro.

Y su propia hija, su pequeña Alba, la trataba como una pariente lejana a la que había que soportar solo por pura educación.

Sabía que había hecho algunas cosas mal en su vida, pero no se creía que a estas alturas aún se mereciera tanto castigo. Habían pasado demasiados años. Entonces ella era joven e impetuosa, y su matrimonio un puro aburrimiento. Cuando le pidió a Enrique volver a vivir en París, porque se encontraba muy sola en España, él se negó en redondo. Le propuso llevarse a su hija, a lo que respondió amenazándola con no pagarle un céntimo de indemnización por el divorcio. Puesto que se habían casado según la Ley española en régimen de separación de bienes, algo en lo que ella misma había insistido porque tenía su propia fortuna heredada y Enrique solo comenzaba a tener éxito cuando se casaron, su amenaza era plenamente factible. Así que renunció a su hija a cambio de un bonito cheque que le había servido para seguir viviendo al nivel que estaba acostumbrada. Ahora tampoco le iba mal, sabía administrar sus ahorros, que completaba con la organización de importantes eventos, algo que le proporcionaban nuevos y sustanciosos ingresos.

No necesitaba la fortuna de su exmarido; solo se había presentado en el hospital porque era el padre de su hija y en otro tiempo fueron felices juntos, eran lazos que nunca se cortan del todo. Y así se lo pagaban aquella banda de arribistas y la rencorosa de su hija.

Arrancó un pedazo al *croissant* que Alba no había tocado y lo mordisqueó con ansia. Nunca comía hidratos ni azúcares, otro motivo para enfadarse más con aquellas egoístas que la habían llevado a aquel arrebato.
Harrison se presentó en la galería a las diez en punto. Como si tuvieran una cita, y se atuviera a la famosa puntualidad inglesa.

—Espero que venga a comprar algo, hoy no tengo humor para interrogatorios —dijo Elliot.

—Le veo cansado —dijo el inglés, esperando paciente en el arco

de la entrada a que le permitiera pasar—. ¿Algún viaje reciente?

Le hizo un gesto para que le siguiera a la oficina. No quería que espantase a la clientela.

—Ya no tengo tiempo para viajar. Ahora trabajo, ¿no lo ve?

—¿Ni siquiera una escapada a Mónaco, para jugar en el casino?

Colocó sobre la mesa un periódico. En primera plana, parte inferior, hablaban de la mujer herida por un ladrón que estaba en búsqueda y captura.

—Harrison, no voy a permitir…

—Todo lleva la firma del Ladrón de Medianoche. El dueño de la casa y su tercera esposa, salieron esa noche para asistir a una cena de gala. El servicio no es interno, así que se suponía que solo tenía que encargarse de las alarmas correspondientes. No contaba con que la asistente personal de *madame* se quedara aquella noche haciendo algunas horas extras, nadie sabe muy bien por qué. Y ella no puede dar testimonio, porque está en coma. —El inglés hizo una pausa dramática—. Traumatismo craneoencefálico. El ladrón utilizó un busto de mármol.

Elliot se dejó caer sobre la silla, tan indignado que tuvo que respirar hondo y pensar mucho lo que iba a decir a continuación, no fuera a confesar algo que le incriminase.

—Lo siento por esa mujer, y espero que se recupere. Pero dígame, ¿por qué está usted aquí y no en Mónaco, con los investigadores del caso?

—He venido a preguntarle dónde estaba usted anoche.

A veces, en lugar de al astuto y retorcido *monsieur* Poirot de Agatha Christie, el inglés se mostraba tan torpe que se parecía más a su absurdo paisano de ficción, *Mister Bean*.

—¿No lo sabe? Suponía que me seguía los pasos día y noche. Hay una palabra para lo que usted hace, agente Harrison, acoso policial, y es delito en muchos países.

Daba igual lo que le dijera, que le hablase ofendido o irónico, ni el tono ni las palabras hacían mella en su rostro inexpresivo. De pie ante la mesa, incapaz de sentarse si no le ofrecía hacerlo, le miraba con los ojos de un pez muerto.

—Tengo una nueva teoría…

—Y supongo que tendré que escucharla.

—… creo que el ladrón de Mónaco es su cómplice. Usted le ha

enseñado el oficio, y se queda aquí tranquilamente, amparado en su coartada de la galería, esperando su parte de beneficios.

—Yo tengo otra teoría para usted, Harrison. En los robos de los que acusa al que usted llama Ladrón de Medianoche, nunca hubo personas heridas, hasta que empezaron a aparecer relojes rotos.

El inglés se encogió de hombros, fatalista.

—Alguna vez tenía que ocurrir…

Una vez más, se mordió la lengua para no decirle que no, que de ninguna manera, que esa no sería manera de actuar. Hubiera encontrado la forma de escapar de aquella casa, aunque fuera sin botín, pero sin herir a nadie. Era un límite que nunca traspasaría.

—Bien, si no tiene más que teorías absurdas y ninguna prueba concluyente, creo que lo mejor que debería hacer es irse a Mónaco, e investigar sobre el terreno.

Se puso en pie y caminó hasta la puerta de la oficina, que abrió para indicarle que había llegado el momento de marcharse.

El agente se detuvo ante el único cuadro que adornaba desde hacía poco su oficina. Un retrato pequeño, con la firma de Paul Bruat. Desde el óleo, Alba les miraba entre divertida e interrogante; sus ojos relucían con los pigmentos azul cobalto que el pintor había utilizado con maestría.

—Dele recuerdos de mi parte a la señorita Lerna —dijo Harrison—, y dígale que me alegro de que su padre esté mejorando.

En momentos como aquel, cuando el inglés se despedía con una sonrisita absurda que apenas modificaba sus aburridos rasgos, sentía el irresistible impulso de agarrarlo por el cuello y apretárselo hasta que los ojos se le salieran de las cuencas.

—Adiós, agente Harrison.

No podía dar un portazo a sus espaldas, la mampara de cristal que separaba la oficina de la galería no lo soportaría, así que se limitó a cerrar y volver muy despacio a su escritorio, respirando hondo para alejar el malhumor.

Metió las manos en los bolsillos y tocó algo que le había estado molestando toda la mañana. Se había olvidado por completo de que lo tenía en aquel pantalón. Estaba allí desde que Alba recibió la llamada del hospital.

Sacó la cadena de oro y dejó que el colgante se meciera ante sus ojos, como el amuleto de un hipnotizador. Fascinado con el brillo

de las facetas de la piedra giró sobre sus pies, dejando que reflejara la luz. No hay nada más hermoso que un diamante perfecto bien tallado.

O sí. Había algo más hermoso para él desde hacía algún tiempo: la chica que le miraba desde el otro lado de la puerta de cristal.

Corazón de diamante

Alba abrió la puerta y entró en la oficina sin dejar de mirar el colgante.

Elliot recogió la cadena, extendió la mano, y se lo ofreció.

Su corazón.

Bueno, no su corazón, pensó, solo uno exactamente igual.

—Es idéntico —dijo, emocionada.

Elliot le miró como si sus palabras no tuvieran sentido.

Alba alargó la mano y aceptó el regalo. Durante un largo minuto se quedó hipnotizada mirando cómo el diamante reflejaba la luz, con un tono cada vez distinto según lo hacía girar entre los dedos.

Realmente era idéntico al original, no lograba encontrar ninguna diferencia.

—Es… es un detalle muy bonito —dijo, tan emocionada que no sabía si reír o llorar.

Quizá excesivo para la relación que mantenían. Durante un mes se habían divertido, dentro y fuera de la cama. Alba descubrió que en privado Elliot no era el hombre de hielo que se le daba tan bien aparentar, pero seguía siendo inaccesible. Había algo en él, en su persona o en su vida pasada, que mantenía cerrado a cal y canto, creando la ilusión de estar protegido por una especie de escudo tan invisible como indestructible.

Sin embargo, era cariñoso con ella, atento y detallista. Recordó el día que le regaló flores, tulipanes amarillos, bromeando sobre que no los había encontrado negros. Todo porque el día anterior le había contado que se enamoró de Alain Delon viendo con su abuela una antigua película llamada *El tulipán negro*. En otra ocasión fue un libro, una antigua edición de *Persuasión* de Jane Austen, que encontró en las casetas de libros usados de la orilla del Sena, y que tenía unas preciosas ilustraciones de época.

Pero una cosa eran unas flores o un libro, y otra muy distinta, un diamante de varios quilates.

—No puedo aceptarlo —dijo.

—No entiendo.

—Es un regalo demasiado valioso. —Le cogió la mano y lo depositó sobre su palma—. Sé que la galería va bien, pero no creo que puedas permitirte un gasto así, con un negocio que apenas comienza su andadura. Hazme caso —le guiñó un ojo para quitar hierro a su rechazo—, soy titulada en empresariales y sé de lo que hablo.

En realidad, no sabía nada de las finanzas de Elliot. Ni siquiera sabía si el apartamento en el que vivía era suyo o alquilado. Las cajas de mudanza habían desaparecido desde su primera visita; había ordenado sus pocos objetos personales de tal forma que se notaba demasiado espacio vacío. En la nevera ahora siempre había algunas bebidas y un bote de crema de cacao, su broma privada. Era una vivienda impersonal y falta de alma, tan inaccesible como Elliot cuando se encerraba tras su escudo.

—Alba, no es un regalo, solo te estoy devolviendo lo que te pertenece…

Aquellas palabras no tenían sentido para ella. Como si la habitación tuviera eco, escuchó que se repetían dentro de su cabeza una y otra vez, y otra, y otra…

Se había cruzado con George Harrison en la puerta. En aquellos meses, había llegado a aceptar la perseverancia del hombrecillo como alguna absurda muestra de humor inglés. Sin embargo, cuando lo saludó alegremente, el agente no le correspondió de la misma manera. Tenía una expresión que Alba interpretó como de sincera preocupación. Tan solo la saludó cortésmente y se alejó, con la cabeza gacha y los hombros encogidos.

«*¿Sabe algo de su vida, de sus negocios*?». La voz del agente, acercándose a hablarle en el restaurante del hotel a la mañana siguiente del robo, consiguió acabar con el eco de las palabras de Elliot. «*Cuando él está en una ciudad, siempre hay una fortuna en joyas que cambia de manos*».

—No… No puede ser…

—Es tu colgante, Alba, no es una imitación.

Se sentó, o más bien se dejó caer sobre la silla. Las piernas

habían decidido no soportar más su peso.

Recordaba a Elliot enfadado cuando le contó que el agente Harrison le había hecho preguntas sobre él… Harrison llegando a la inauguración de la galería…

—¿De dónde…? ¿Cómo…?

No lograba formular las preguntas adecuadas. No quería hacerlo. Eso supondría traspasar el escudo de Elliot, y ahora comprendía que no estaba preparada para enfrentar la verdad.

—No voy a decírtelo.

—¿No vas a decírmelo…?

El hombre de hielo se apoyó en el borde de la mesa frente a ella. Tan cerca que sus rodillas se tocaban. Tan lejos que podrían estar en diferentes galaxias.

—Tendrás que inventarte algo por si te preguntan. Di que no estaba en la caja fuerte, que te lo habías dejado en tu apartamento, y que ahora lo has encontrado.

—Mi madrastra me vio meterlo en la caja fuerte.

—Han pasado unos meses, puedes convencerla de que se equivoca.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Por tu propia seguridad. Porque no sabes nada ni nunca lo sabrás, y Harrison no podrá acusarte.

—Elliot, me estás asustando.

—No te pasará nada, me aseguraré de ello.

Abrió la boca una y otra vez, buscando el aire que no llegaba a sus pulmones.

«*Solo dígame si había una pieza entre sus joyas que fuera diferente, especial. Hemos descubierto que a nuestro ladrón le gustan las joyas únicas*».

No era verdad. Se negaba a creerlo. El Ladrón de Medianoche había seguido robando aquellas últimas semanas, incluso había herido a dos personas. Desde el robo de la noche de la ópera seguía su pista en las noticias. Estaba segura de que en su último golpe Elliot había pasado la noche con ella.

—¿Es por Harrison? Lo que hace es acoso policial, deberías denunciarlo.

—No es por Harrison, es por ti.

Elliot se puso en pie y le dio la espalda, mirando por la ventana

hacia la calle oscurecida por la lluvia.

Aquello no podía estar sucediendo. Solo era una absurda pesadilla de la que iba a despertar en cualquier momento. Cerró el puño y las aristas del corazón de diamante se le clavaron en la palma. No podía engañarse a sí misma, por mucho que lo intentara.

—¿Por qué tienes mi corazón? —repitió, como el niño que pregunta una y otra vez lo mismo.

—Porque tu padre no quiso financiar mi galería. —Fue la escueta respuesta.

Era una cuestión de venganza. Elliot había robado las joyas de su familia para vengarse de su padre. El muro de secretos y desconfianza que le rodeaba por fin comenzaba a desmoronarse.

Se armó de valor para hacer la siguiente pregunta.

—¿Por qué crees que voy a encubrirte?

Podía acudir al agente Harrison. Podía delatarle. Había robado las joyas de su madrastra y a saber cuántas otras a lo largo de toda Europa. Durante años había llevado una próspera carrera delictiva, manteniendo en jaque a la policía francesa, alemana, inglesa… Y ahora lo ponía todo en peligro por… ¿Por ella?

—No tienes que encubrirme —dijo, respondiendo a su pregunta.

Giró sobre sus pies y caminó hacia la puerta.

Su corazón, no el de diamante sino ese músculo que latía sin control en su pecho, comenzaba a resquebrajarse como si fuera un delicado jarrón chino alcanzado por un proyectil. El otro corazón, el diamante tan duro y frío como el hombre que se lo había devuelto, había quedado abandonado sobre la mesa, emitiendo suaves destellos hipnotizadores.

Los pasos de Elliot se acercaban a la puerta, escuchó el pomo girarse y abrió la boca. Quería gritar, pero la voz no salió de su garganta. Cuando la puerta se cerró a su espalda, sus oídos emitieron un pitido tan doloroso que se llevó las manos a los lados de la cabeza, intentando acallarlo entre gemidos.

Sabía que había secretos, sabía que a su relación le faltaba aún mucho para ser perfecta, conceptos como confianza o auténtica intimidad, pero la ilusa optimista que dominaba su mente estaba convencida de que los irían superando paso a paso.

Elliot le había abierto apenas una rendija para que se asomara a ver lo que escondía en su cuarto de Barba Azul, y como la estúpida

inocente que era, se había horrorizado y corrido en dirección contraria.

Y ahora no tenía ni idea de cómo habían llegado a aquel punto, ni qué camino tomar para seguir adelante.

Róbame esta noche

En el metro, de vuelta a casa, le dio tiempo a decidir varias veces que se lo contaría a Lidia, y otras tantas que no podía hacerlo.

Si su silencio la convertía en cómplice de algún modo, ¿lo sería también su amiga si se lo contaba? Necesitaba consejo legal, pero no podía simplemente llamar a alguno de los abogados de su padre y decirles: «Hola, he descubierto quién es el famoso ladrón de guante blanco que buscan por toda Europa, ¿qué me puede ocurrir si guardo el secreto?».

El famoso ladrón de guante blanco. Una vez más le recordó aquella película de Gary Grant y Grace Kelly, de las que le gustaban a su abuela. Si se dejaba llevar por el romanticismo del concepto hasta podía olvidar que aquello era la vida real, que robar es un delito perseguido y penado por la ley, y que los ladrones eran delincuentes sin respeto por la propiedad privada.

Y sin embargo, en ese momento la asaltaban imágenes recurrentes de películas sobre complejos robos, con los protagonistas vestidos de negro, ágiles y escurridizos. Siempre más rápidos e inteligentes que los inútiles agentes de la ley que trataban de atraparlos.

En el fondo aún no lo creía. Elliot no podía ser ese hombre. Harrison le había llamado el Ladrón de Medianoche por el detalle del reloj parado a las doce. Otro detalle que añadía más fantasía a toda aquella historia.

No, no era él. Sería como descubrir que tu novio es Spiderman, Superman, Batman… Bueno, sin máscaras ni capas ondeando al viento, pero algo por el estilo. Un hombre con doble identidad, el elegante galerista de la Rive Gauche por el día, el cuidadoso ladrón de joyas por la noche.

Era una tontería y ella había entendido mal todo lo ocurrido.

Pero estaba su corazón. Allí mismo, colgando de nuevo de su

cuello. Pasó los dedos por la superficie tan dura como suave, reconociéndolo hasta por el tacto. Era el mismo, lo había examinado con cuidado y había descubierto el punto en el que el cierre de la cadena comenzaba a gastarse de tanto uso.

Se estaba volviendo loca. Necesitaba hablar con Lidia o su cabeza explotaría como las de los marcianos de *Mars Attacks*.
El piso olía como un restaurante de tres estrellas Michelin, pero por suerte, Paul no había llegado aún para la cena.

—Tengo que hablar contigo.

—Se me pegarán los…

—He recuperado mi corazón.

Lidia la miró a los ojos, luego al colgante que lucía en el cuello, apagó el fuego y la siguió fuera de la cocina.

—¿Dónde lo has encontrado?

—No lo he encontrado. Elliot me lo ha dado.

—¿Y dónde lo ha encontrado él?

—No me lo ha dicho.

Se sentaron en el sofá, cada una apoyada en un brazo para poder mirarse cara a cara.

—A ver, deja que me aclare, se supone que lo robaron de la caja fuerte del hotel de tu padre, junto con las joyas de tu madrastra, ¿no?

—Sí. Así fue.

—Entonces… ¿El ladrón lo ha vendido y Elliot lo ha encontrado por casualidad?

—No. No creo.

—¿Elliot conoce al ladrón?

—Eso me temo.

—¿Lo conoce mucho?

—Mejor que nadie, creo.

Lidia se llevó las manos a la boca mientras la piel de su rostro pasaba por distintas fases, primero se volvió más pálida de lo habitual, y luego se marcaron dos intensas rosas rojas en sus pómulos.

—¿Elliot…?

—¡No lo sé! No me lo ha dicho. Solo me devolvió el colgante y se fue.

Lidia siguió haciendo preguntas para las que Alba no tenía

respuesta. La única y minúscula prueba que tenía de que Elliot de algún modo le estaba haciendo una confesión al entregarle el colgante era el hecho de que cuando le amenazó con delatarle, no había negado ser el ladrón.

—Necesitamos más información —dijo Lidia, y corrió a encender su ordenador portátil.

—¿Qué haces?

—Pues *googlear* a tu Ladrón de Medianoche, por supuesto.

El buscador devolvió cientos de miles de resultados sobre el ladrón. Webs de todo tipo le dedicaban sus entradas, así como las cabeceras de los periódicos de todas las capitales europeas. Había foros que analizaban sus golpes, grupos de Facebook que seguían paso a paso su actividad, cuentas de Twitter que afirmaban ser del auténtico ladrón, con nombres como *@ladrondemedianoche o @ladrondesueños*, y de fans desesperadas por ser su próxima víctima. El ladrón era una figura pop que triunfaba en la red como si del nuevo Justin Bieber se tratara.

—¿Qué piensas?

—Que tu ladrón mola muchísimo.

—Lidia, lo que hace es un delito, no puedes tomártelo a broma.

Su amiga se sentó muy recta, con las piernas cruzadas, y la nariz apuntando a la lámpara de techo. Reconoció su pose de profesora a punto de comenzar la lección. Alba suspiró, o, más bien, resopló.

—Vamos a resumir todo lo que estamos leyendo —dijo, extendiendo la mano abierta y marcando su dedo índice—. ¿A quién le roba el Ladrón de Medianoche? A gente muy rica. —Dedo corazón—. ¿Qué les roba? Joyas aseguradas. —Dedo anular—. ¿Ha dejado o piensa dejar su actividad?

Se quedó con las manos en alto, esperando respuesta a la última cuestión.

—No lo sé.

—¿No se lo has preguntado?

—No podía ni hablar, estaba en *shock*… No entendía nada de lo que estaba pasando. —Se hundió más en el sofá, ocultándose detrás de un cojín.

—Pues tendrás que preguntárselo.

—No sé si puedo. Cuando se marchó estaba muy enfadado conmigo. Ya te he dicho que lo amenacé con delatarlo.

—Pues mañana lo llamas, le dices que necesitas hablar con él, que lo has consultado con la almohada y que si te asegura que lo ha dejado, no le delatarás.

Alba ahogó un gemido contra el cojín. No sabía qué hacer. Elliot había robado las joyas de su madrastra, había robado su corazón, ¿podía olvidarse de algo así? Sentía como si fuera a traicionar a su familia, y a todas esas otras familias que habían sido sus víctimas en tantos años de delincuencia.

—Lo correcto sería informar al agente Harrison.

—Lo correcto te romperá el corazón, niña, recuerda que el de verdad no es duro como el diamante.

Oyeron los pasos de Paul en el descansillo. Le pidió a Lidia que no dijera nada de lo ocurrido con Elliot, y corrió a refugiarse en su dormitorio.

En su teléfono había varios wasap.

ELLIOT: ¿Podemos hablar?

ELLIOT: ¿Por qué te has ido?

ELLIOT: Solo quería dejarte un tiempo para que pensaras lo que querías hacer.

ELLIOT: Por favor, Alba, vuelve.

Se sentó a los pies de la cama, mirando más allá de la ventana. Había dejado de llover y la luna llena lucía enorme y amarilla sobre los edificios, recortada por chimeneas y antenas. Siempre le producía cierta sensación de desasosiego aquella enorme roca vacía, flotando en el espacio, tan cerca y, a la vez, tan lejos de la Tierra. Supuso que así se debía de sentirse Elliot, solo y alejado del mundo. Recordó lo contento que había estado aquel día, cuando se fue a tomar cervezas con Paul. Le había confesado que no tenía amigos, y

que para él era una agradable novedad el trato con Paul y Lidia.

Empezaba a ablandarse. Se imaginó abriendo una cuenta de twitter, *@robameestanoche*, donde contaría detalles íntimos sobre su apasionada relación con el Ladrón de Medianoche.

Alba Lerna, estás rematadamente loca, se dijo.

ALBA: Siento haberme ido. No sabía qué hacer.

ELLIOT: Voy a buscarte.

ALBA: No.

ELLIOT: Tenemos que hablar.

ALBA: No puedo. Ahora no. Necesito aclarar mis ideas.

ELLIOT: Cuándo?

ALBA: El 8 de julio.

ELLIOT: Falta una eternidad para eso.

ALBA: Lo necesito. Tengo que poner tiempo y distancia

entre nosotros en este momento. No me presiones.

ELLIOT: Lo siento.

Se quedó mucho rato mirando la pantalla, la vio perder brillo y apagarse, como sus ilusiones. No tenía ni idea de qué hacer a continuación. Solo sabía lo que no haría. No iba a denunciar a Elliot. Lidia tenía razón, eso le rompería el corazón y no tenía un sentido tan elevado de la moralidad y sus responsabilidades como ciudadana —o cualquier rollo de esos— como para destrozarle la vida por hacer lo que se consideraba correcto.

Otra cosa era aceptar el pasado de Elliot, si él le garantizaba que era definitivamente su pasado, y seguir adelante como si nunca hubiera existido. Ni siquiera sabía a dónde se dirigía su relación. Ella no estaba buscando una relación estable cuando se conocieron, solo se había dejado llevar por la inmensa atracción que sentía por él, atracción que seguía sintiendo cada día, cada minuto, solo con pensar en él. Reprimió los recuerdos de sus momentos más íntimos para no claudicar y salir corriendo al apartamento de Elliot.

Lo visualizó saliendo de la ducha, con el pelo mojado y gotas corriéndole por el cuello, que ella deseaba secarle a besos. Elliot preparando la cena para los dos mientras ella terminaba de escribir un capítulo. Elliot mirándola con los ojos turbios de deseo mientras la desvestía despacio, como a él le gustaba, descubriendo su piel centímetro a centímetro…

Solo de pensar que todo eso se había acabado, sentía un vacío tan grande en su interior como si le hubieran extirpado de repente corazón y pulmones. Le faltaba el aire y juraría que nada latía bajo sus costillas.

No se había acabado. No podía acabarse así. Su historia no se merecía aquel final.

No es cuestión de género

Enrique Lerna recibió el alta dos días después, y Alba se instaló en el hotel con el resto de la familia. Sus clases habían terminado ya, así como el contrato en la cafetería.

Sus compañeros habían insistido en hacerle una cena de despedida. Alba era consciente de que ellos sabían que algo no iba bien. Fingía ser la misma de siempre, alegre y despreocupada, pero cuando los descubría mirándola de reojo con gesto preocupado, algo en su interior se tambaleaba.

Lidia la acompañó con la excusa de que Paul y Elliot tenían una reunión por algo relacionado con la galería. Los chicos eligieron un local de moda entre la gente más joven —donde servían platos vegetarianos *gourmet* del gusto de la exigente recién titulada en *Le Cordon Bleu*—, que ellas aprobaron casi con entusiasmo.

José y Étienne se sentaron uno a cada lado de Alba y se dedicaron a halagarla, a jurarle que no podrían vivir sin ella, y a lanzarse pullas afiladas el uno al otro cada vez que sus miradas se cruzaban. Cuando Alba intentó pararles los pies, Étienne cambió de objetivo y se dedicó a Lidia, que estaba más callada y pensativa de lo normal.

El mexicano se cansó al fin de aquel juego y anunció que tenía que irse.

—Aún es muy temprano —protestó Alba.

—Tengo el primer turno mañana, me toca madrugar.

—Llegarás tarde, como siempre —dijo Étienne.

Alba se levantó para interponerse entre Étienne y la mirada furibunda de José. Cogió al mexicano por el brazo y le dijo que lo acompañaría a la entrada.

Lidia se quedó a solas con el francés. Alba le había contado la extraña relación entre sus compañeros y después de ver su

comportamiento durante la cena, le quedaba claro que la tensión entre ellos solo podía terminar de una manera.

—Creo que necesitamos más vino —dijo, haciendo una seña al camarero para que les rellenara las copas. Étienne bebió de la suya, pensativo—. ¿Todo va bien en la cafetería?

No quería quedar de cotilla, su trato con los compañeros de Alba había sido muy superficial hasta el momento, pero parecía que el chico necesitaba desahogarse.

—¿Alguna vez ha intentado ligar contigo una tía? —preguntó Étienne.

Aquello la pilló por sorpresa. En otro momento lo hubiera tomado como una impertinencia de Étienne, deseoso de conocer datos de su vida sexual. Por la cara de funeral que tenía el pobre, supo que no se trataba de eso.

—Sí —respondió, sin más explicaciones.

—¿Y qué hiciste?

Los grandes ojos de chocolate de Étienne la miraban como si ella tuviera las respuestas a los grandes enigmas de la Humanidad.

—Dejar claro que no me interesaba.

—¡Eso hago yo! —Étienne jugó con su copa, mirando el oscuro líquido a través del cristal—. Eso hago…

—José parece buen tío. ¿Te está… acosando?

—¡No! No. No es eso. —Negaba con la cabeza, tan confundido que Lidia tuvo que quitarle la copa de la mano para que no la derramara—. Es que yo… No sé. No sé lo que quiero.

Lidia respiró hondo y se lanzó de cabeza a la piscina.

—Pues deberías aclarar pronto tus ideas. Tiene que ser duro estar enamorado de una persona, trabajar tantas horas a su lado, y recibir solo su rechazo, o peor, su indecisión.

Étienne enrojeció hasta la raíz del cabello, como una doncella en apuros. Lidia no sabía si lo que había dicho serviría para algo o solo lo confundiría más, no estaba acostumbrada a dar consejos sentimentales. En realidad, era ella quién los estaba necesitando.

—Tienes razón. Nunca se me había ocurrido ponerme en su lugar.

Étienne se pasó las manos por la cabeza, alborotándose los largos y densos rizos. Lidia volvió a colocárselos, como una madre paciente.

—¿Seguro que tú y yo no…?

—No.

—Tu novio el pintor, ¿vais en serio?

—Yo nunca voy en serio.

Lidia se encogió de hombros, consciente de que Étienne acababa de cambiar el rumbo de la conversación, y ahora era ella la que tenía que dar explicaciones sobre su relación.

—Al final eso cansa, ¿no?

—No sé. —Una chica pasó demasiado cerca de su mesa, rozando con la cadera el hombro de Étienne, que le sonrió de medio lado al recibir sus disculpas—. No parece que a ti te canse.

Alba regresó, con la cabeza gacha y algún reproche a punto de salir de su boca. Expectantes, esperaron a que se sentara y respirara hondo antes de hablar.

—¿Y ahora qué ha sucedido? —dijo a Étienne.

El muchacho la miró con ojos desorbitados y las mejillas aún más rojas que antes.

—Nada —dijo—. ¿Qué te ha contado?

—Que eres un cabrón.

—Eso no es una novedad.

—Que no sabes lo que quieres.

—Y eso tampoco.

—Y que está harto de ti.

El rubor desapareció del rostro de Étienne como si le hubieran tirado un cubo de agua helada.

—¿Eso te dijo?

—Sí. No te va a dar otra oportunidad. No te la mereces.

—Tampoco es eso, Alba. —Étienne comenzó a levantarse, pero volvió a sentarse, desanimado—. Te lo he dicho mil veces. Yo soy… Soy… —Miró a Lidia, avergonzado por tener que exponer tanta intimidad ante ella—. Soy hetero, joder.

—¿Y por qué dejaste que te besara? ¿Por curiosidad?

—Sí, por curiosidad. Nada más.

—Curiosidad es la primera vez, Étienne. La segunda es interés.

Lidia se reclinó en su asiento y bebió un trago de vino, disfrutando del espectáculo.

—En eso tiene razón —dijo.

—Étienne… —Alba bajó el tono. Ya no estaba furiosa, ahora

trataba de acercarse a su amigo, de crear un clima para la confidencia—. Te asustaste, lo entiendo.

—A mí me gustan las mujeres, Alba, ya lo sabes. Me gustan mucho.

—Y ninguna te dura más de dos citas.

—Eso no significa que sea gay.

—No. Significa que hasta ahora no has encontrado la persona con la que quieras tener una relación más duradera.

—Eso sí.

—Porque buscas a alguien que le guste lo mismo que a ti. —Alba extendió su mano derecha y comenzó a enumerar—. Salir a divertirte, al fútbol, o pasar una tarde en el cine viendo películas de *Transformers o Fast&Furious*.

Étienne se iba hundiendo poco a poco en las arenas movedizas que Alba creaba bajo sus pies, y el pobre muchacho ni era consciente de lo que ocurría.

—Eso puedo hacerlo con un amigo, Alba.

—Y si ese amigo te besa al salir del cine… Y te gusta ese beso…

—No soy gay.

Alba miró al techo durante unos segundos. Al poco su rostro se iluminó cuando encontró el argumento que buscaba.

—No, no eres gay. Pero hoy has estado sentado toda la cena al lado de Lidia, y no le has dedicado ni una sola mirada, lo que es difícil de creer.

Étienne cogió su chaqueta, poniéndose en pie. Su rostro, demasiado blanco, se estaba volviendo del color de una remolacha.

—Mejor me voy, se me ha hecho muy tarde.

—¿Nunca te has planteado que te puedes enamorar de una persona, independientemente de su sexo?

—No. —El muchacho lanzó a Lidia una mirada de socorro—. No me lo he planteado.

Alba se puso en pie y le dio un abrazo.

—Pues piénsalo esta noche —le susurró al oído—. Cuando estés solo en la cama.

—¿Quién dice que voy a estar solo? —respondió él, y le hizo un guiño a dos chicas que cenaban en una mesa cercana y no les quitaban ojo de encima.

Alba le obligó a seguirla y salir del restaurante sin hablar con

nadie por el camino.

Lidia se quedó sentado en su mesa, bebiendo su vino sin prisa.

—Ya estoy aquí —dijo Alba cuando de nuevo se sentó a su lado, recostándose en el asiento de respaldo alto como si estuviera agotada.

—Siempre te ha gustado mucho esa novela de Jane Austen, *Emma*, ¿no? —le dijo.

—No estoy jugando a ser una celestina sin corazón como Emma. —Cerró los ojos y suspiró—. Me da pena José, porque hace meses que está loco por Étienne. Y me da pena Étienne, porque no le da una oportunidad por miedo.

—El chico dice que es hetero. Y le gustan las mujeres, tiene esa mirada, ya sabes, esa a la que pocas chicas pueden resistirse.

—Y también le gusta José. —Alba miró su copa vacía y Lidia levantó una mano para llamar al camarero—. No le quita ojo cuando cree que nadie lo mira. Solo tiene que hacerse a la idea de que ha encontrado lo que buscaba donde nunca se le hubiera ocurrido mirar.

El camarero se acercó para rellenarles las copas de vino y Lidia levantó la suya en un brindis.

—Todo esto del amor es más complicado de lo que te empeñas en creer —dijo, vaciando media copa de un sorbo.

Alba supo que su amiga también estaba preocupada por algo. Esperaba que no fuera a romper con Paul, se les veía demasiado bien juntos, eran la pareja perfecta y ya había demasiados corazones rotos a su alrededor, incluido el suyo propio. Bebió también un largo trago y pensó que no era una mala idea emborracharse. Ya se arrepentiría por la mañana.

Una disculpa y una sonrisa

Alba regresó al hotel a la mañana siguiente, cuando su padre aún estaba desayunando en la *suite*. Silvia le dijo que quería hablar con ella y abandonó el dormitorio sin darle ni los buenos días.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada mientras se acercaba al enfermo que bebía un café descafeinado con evidente disgusto.

—Estaría mejor si me dejaran tomar comida de verdad.

—Tienes que cuidar tu dieta.

—Hablas como tu madrastra.

Alba se encogió de hombros y se sentó al pie de la cama. Su padre aún tenía ese tono gris en la piel que se le queda a los enfermos. No podía mirarle mucho rato, le resultaba insoportable ver en aquella situación a quien siempre había creído invencible.

—Algo se me habrá pegado de ella después de tantos años —bromeó.

—Lo siento, Alba —dijo su padre.

Se tuvo que sujetar para no caerse de la cama del susto. Nunca le había oído decir aquellas palabras.

—¿Qué es lo que sientes?

—No haberte podido dar una madre.

—No es culpa tuya.

—Yo las escogí. A las dos. Camille y Silvia. No son muy diferentes la una de la otra.

Alba estaba de acuerdo. Sus dos madres tenían en común las dos características más notables de sus personalidades: egoísmo y frialdad. No se podía esperar mucho de ellas, y esa era una lección que le había costado muchas lágrimas aprender.

—Las dos han estado muy preocupadas por ti —dijo, porque tenía que defenderlas, no podía evitarlo—. Y hasta se han portado civilizadamente la una con la otra.

—No sé qué es lo que quieren esas mujeres, ¿sabes? Aparte de mi dinero, claro.

Su padre nunca antes le había hablado así y Alba estaba desconcertada. No sabía si aquellas confidencias eran resultado del infarto y de una nueva manera de ver la vida. O tal vez había llegado el momento en que la consideraba una persona adulta.

—Silvia te quiere, papá. Se pasó noches durmiendo en el hospital, no escuchaba ni a los médicos ni a sus hijas cuando le decían que debía descansar.

—Pero quería seguir adelante con la reunión con los inversores chinos.

Alba no quería tratar el tema de la posible venta del hotel. Le parecía que su padre aún no estaba tan recuperado como para pensar en los negocios.

—Eso era cosa de Rocío. Ya sabes como es: rápida y bastante ansiosa. —Se burló un poco de su hermanastra, para quitar hierro al tema—. Pensaba que si cancelaba la reunión, se perdería una gran oportunidad de negocio.

—No quiero vender el hotel.

—Menos mal. —Alba resopló y al momento se estaba riendo al ver la cara de sorpresa de su padre—. Rocío estaba convencida de lo contrario. —No quería hablar mal de su hermanastra, así que suavizó lo ocurrido—. Y yo me opuse. Le dije que esperaríamos a que te recuperaras.

—Rocío no podía llevar a cabo la operación sin mi firma, o la tuya. ¿Lo sabías?

—No. Me enteré por ellas. ¿Por qué hiciste esos poderes a mi favor?

—Eres mi hija. Y mi única heredera.

Miró la bandeja de desayuno con desagrado y Alba se apresuró a retirarla, dejándola sobre una mesita. Aprovechó el momento para parpadear y alejar la emoción que le producían aquellas palabras.

—Rocío es tu mano derecha.

—Es una empleada más. Es lista y eficiente, y la aprecio de verdad. He procurado ser un buen padrastro para las dos, pero nunca estarán por delante de mi propia hija.

Alba hizo algo que no hacía desde que era una niña. Se sentó de nuevo en la cama, pero esta vez con la espalda en el cabecero, y

abrazó a su padre, descansando la cabeza en el hueco de su hombro.

—Te quiero, papá —dijo—. Tenía mucho miedo de…

—No lo digas. Ya ha pasado todo. —Le rodeó los hombros con un brazo y la besó en la frente—. Y ahora cuéntame, ¿de verdad estás saliendo con ese d'Anglas?

—Es mi novio —respondió sin dudar. Porque quería creer que aún eran algo, y que aquella separación solo era una pausa para reflexionar sobre su relación.

—¿Quieres provocarme otro infarto?

—¡Papá!

Se estaba riendo. Alba notaba como su pecho vibraba con la risa contenida.

Su padre riéndose. Ese era un día para anotar en el calendario.

Alguien llamó a la puerta. Su padre dio permiso para entrar y en el vano apareció Rocío, que los miró apenas un segundo antes de retroceder.

—Vuelvo más tarde —dijo.

—Espera. —Alba le hizo un gesto con la mano para detenerla—. Yo me tengo que ir ya.

Le dio un último abrazo a su padre, que la besó en las dos mejillas, y le hizo prometer que se cuidaría y seguiría la dieta prescrita por el médico. Luego se puso en pie y caminó hacia su hermanastra, que la esquivaba con la mirada.

—Nada de trabajo, ¿no? —le preguntó, al ver que llevaba un portafolios bajo el brazo.

—No claro que no —mintió Rocío, muy apurada.

—Yo le he pedido que me traiga los documentos con la oferta para la compra del hotel.

—Pero papá, no es el momento de que te pongas con estas cosas, aún no estás recuperado.

—Solo los voy a hojear un poco, las negociaciones están cerradas definitivamente, pero necesito algo para no aburrirme.

—La gente lee libros, ve la tele…

—Alba tiene razón —dijo Rocío, sorprendentemente—. Mejor me llevo esto, y te traigo el libro que estaba leyendo mamá, creo que ya lo terminó.

Su padre resopló y se estiró en la cama para buscar el mando de

la televisión que estaba sobre la mesilla.

—Me vais a matar entre las tres. Sois peores que los médicos —protestó entre dientes, no tan enfadado como Alba esperaba que estuviera.

Salieron juntas del dormitorio y cruzaron el salón de la *suite* en silencio. Rocío dejó el portafolios sobre una mesa y cruzó los brazos, sin mirar a Alba en ningún momento.

—Lo siento, Ro, he sido muy dura contigo. Estaba muy preocupada por papá, y no entendía que tú estuvieras ocupándote de los negocios en momentos tan difíciles.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Lo siento —repitió Alba.

Rocío se pasó una mano por la cuidada melena, resopló un poco y por fin la encaró.

—Todas estábamos muy preocupadas.

—Lo sé.

—Cada una tiene una forma de enfrentarse a los malos momentos, la mía es trabajar más que nunca.

—También lo sé.

Alba intentaba sonar conciliadora, pero su hermanastra necesitaba desahogarse y dejó que lo hiciera.

—Lo que pasa contigo, Alba, es que para ti Belén y yo siempre hemos sido las hermanastras y mi madre la madrastra. Te has creído el cuento de *Cenicienta* desde el principio, y crees que tratamos de usurpar tu lugar en la familia, y robarte tu herencia.

—No tanto…

—Nunca nos has dado la menor oportunidad.

Eso dolía, sobre todo porque era cierto. Tenía que reconocer que había sido muy injusta con las tres mujeres. Nunca se conocía bien a las personas hasta que se enfrentaban a una crisis, y Silvia y sus hijas se habían desvivido por su padre durante su estancia en el hospital, y aún lo seguían haciendo.

—¿Me darás tú a mí la oportunidad de volver a intentarlo? —preguntó y extendió una mano.

Rocío la miró durante un largo minuto, y por fin la cogió y la estrechó con firmeza.

—¿Hermanas? —preguntó.

—Hermanas —respondió Alba.

Le hubiera gustado darle un abrazo, pero Rocío huía del contacto físico siempre que podía, así que se limitó a darle dos besos, y estrecharle suavemente los hombros, sin excesos.

—Creo que papá está viendo algún canal de economía, deberías asegurarte de que no le sube la tensión.

—Lo haré.

Cuando Alba bajaba poco después en el ascensor del hotel, directa al vestíbulo, se sentía tan ligera como si estuviera dentro de una cápsula espacial.

El ocho de julio

El 7 de julio, un minuto antes de la medianoche, Alba estaba sentada ante su escritorio, mirando sin ver la pantalla en la que tenía abierto su manuscrito. Hacía días que no podía escribir una línea.

Al día siguiente tenía una cita con Elliot. Él había respetado su petición y no la había llamado, ni enviado un mensaje siquiera. Estaba tan nerviosa, sin saber si se habría cansado de aquella espera, que dudaba de poder dormir y miraba la cama como si fuera un objeto de tortura.

Ed Sheeran cantaba para ella, le decía que su sonrisa estaría por siempre en su memoria, y le pedía que lo tomara en sus brazos y lo besara bajo un millón de estrellas. Quizá encontremos el amor justo donde estamos, insistía, justo donde estamos.

Los dígitos cambiaron en su ordenador y marcaron las 0:00.

Su teléfono vibró sobre la mesa, provocándole una corriente que le recorrió las manos que apoyaba sobre el teclado.

ELLIOT: Hola.

ALBA: Hola.

ELLIOT: Ya es 8 de julio.

Meneó la cabeza incrédula. Se tocó la frente y miró por la ventana hacia la luna llena.

No se había cansado.

No se había olvidado de ella.

ELLIOT: Te echo tanto de menos…

ALBA: Y yo a ti.

Respondió sin pensar. Si lo iban a intentar de nuevo, a partir de ahora entre ellos solo habría sinceridad absoluta.

ELLIOT: Se te ve muy triste desde aquí.

Se levantó de un salto y corrió a abrir la ventana. Buscó en las ventanas de las casas de enfrente; vivían en una calle estrecha, y era posible distinguir un rostro de una acera a otra. Vio a vecinos cenando, riendo o discutiendo delante de la tele, pero nadie que la estuviera mirando.

Algo se movió en el oscuro tejado y era demasiado grande para ser un gato.

Le vio ponerse en pie, su silueta recortada sobre la inmensa luna llena. Vestía de negro, con ropa que se ajustaba a su cuerpo como un traje de neopreno. Alba se tapó la boca con las manos para ahogar un grito cuando lo vio deslizarse por el canalón, y bajar hasta el balcón de una buhardilla. Allí se detuvo a mirarla de nuevo.

Recordó sus palabras aquella noche en la ópera.

«*Soy cinturón negro tercer dan. Podría rescatarte si ahora sufriéramos un ataque ninja*».

Entonces le había parecido una broma, ahora conocía su fuerza, la había notado, contenida, cada vez que la abrazaba. Hacía que se sintiera muy pequeña, frágil a su lado. También protegida.

Sin la luz de la luna detrás, podía distinguir sus rasgos y su pelo dorado destacando sobre el fondo oscuro de la fachada. Podría hacerle una foto desde allí y enviarla a la policía, a la prensa,

colgarla en la red y anunciar que había cazado al Ladrón de Medianoche.

Por supuesto, no lo hizo.

Aquel momento era solo para ella. El hombre de hielo se había quitado su escudo protector y se mostraba tal cual era, en una inmensa muestra de confianza.

Y ella, rendida como cualquiera de sus absurdas fans de internet, solo podía suspirar, y sonreír temblorosa.

Le envió otro WhatsApp y pudo ver como la pantalla de su móvil le iluminaba el rostro a leerlo.

ALBA: Róbame esta noche.

ELLIOT: Será un placer.

Lo vio bajar la fachada, como un artista del Circo del Sol, ágil, seguro, sin muestra alguna de vértigo. Luego desapareció en un callejón. Al poco escuchó el potente motor de una moto acercándose a su casa. Se detuvo ante el portal y la miró.

Salió corriendo de su habitación. Lidia y Paul estaban en el sofá viendo una película. La observaron pasar como si fuera una aparición.

—Elliot ha venido a buscarme. Me voy. No me esperéis.

Dime tu nombre

Cuando Alba subió a la moto y le rodeó la cadera con las piernas, Elliot comprendió que había valido la pena aquella estupidez. No sabía en qué estaba pensando cuando decidió presumir ante ella de sus habilidades atléticas, esas que en otro tiempo le habían convertido en una estrella del karate juvenil, deporte que abandonó por la desidia propia de su juventud.

Había sido una apuesta arriesgada, Alba no era el tipo de chica que se dejaba impresionar fácilmente, así que decidió hacer uso del dicho que asegura que una imagen vale más que mil palabras. Descender de un edificio de seis plantas por la fachada, vestido de negro, emulando a los ladrones de cine que tanto la fascinaban, parecía una buena forma de confesar y a la vez congraciarse con ella.

Cuando le entregó el casco, ella le regaló una sonrisa dubitativa. Supo que en ese momento estaba disociando al hombre que conocía, con el que mantenía una relación corta pero intensa, del famoso ladrón buscado por la Interpol. El romanticismo de la imagen que le había ofrecido, estaba ganando la partida en su favor.

Aceleró a fondo y cruzaron París, de vuelta a su piso en la Rive Gauche. No podía esperar para tenerla de nuevo entre sus brazos, los dos a solas. Sería como la primera vez. No, mejor que la primera vez, porque ahora no había un enorme secreto separándolos.

—Si algo ocurriera… —le dijo nada más entrar al piso, obligándola a detenerse y mirarle con sus ojos de zafiro—. Si me detuvieran, si te interrogaran… Recuerda que no te he confesado nada. Eso te mantendrá a salvo.

—Nunca declararía contra ti —aseguró, y la confianza había vuelto a su voz, junto con su entusiasmo habitual—. No me importa lo que hayas hecho en el pasado…

El interrogante quedó flotando en el aire entre los dos.

—Solo soy el humilde propietario de una pequeña galería de arte. Lo que era antes de conocerte, eso de lo que nunca hablaremos después de hoy, ha quedado atrás. Está olvidado y enterrado.

Alba le cruzó las manos detrás del cuello, enredando los dedos en su pelo.

—Necesito hacerte algunas preguntas —dijo.

Elliot miró su boca. Tan cerca y tan apetitosa. Imposible negarse a nada que saliera de esos labios.

—¿Sin entrar en terrenos peligrosos?

—Prometido.

—Creo que nos vendría bien un poco de vino para esta conversación.

Abrió una botella en la cocina y sirvió dos copas antes de volver a la sala. Alba se había arrellanado en el sofá, en su posición favorita de defensa y ataque, con un cojín como escudo.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó, sin preámbulos ni anestesia.

—Elliot es mi nombre, ¿por qué crees que debería ser otro?

—El agente Harrison me dijo que no se sabía nada de tu pasado, lo que lleva a la inevitable conclusión de que te has cambiado el nombre.

—Prefiero no recordar ese pasado. —Trató de mostrarse implacable, pero ella arqueó las cejas, como una profesora ante un alumno difícil. Decidió que era mejor no volver a enfadarla—. Mi nombre completo es Jean Elliot Boissy d'Anglas.

—¿Jean? Me gusta. Podría llamarte así.

—No lo hagas, no te responderé —dijo con frialdad.

—De acuerdo.

Aceptó la copa que le ofrecía y le dio un sorbo, paladeando el vino con lentitud, mientras preparaba su siguiente bomba. El hombre de hielo ya no la intimidaba ni un poquito.

—Soy huérfano y no tengo a nadie en el mundo, no te hagas a la idea de conocer a nadie que lleve mi sangre.

—Lo siento.

—He vivido mucho tiempo así, ya ni recuerdo lo que era tener una familia.

Intentaba quitarle importancia, pero solo consiguió aumentar la

compasión de Alba.

—Ni familia ni amigos. Has estado muy solo.

—Esto no es un drama de Dickens, Alba, no sufras por mí. Nunca me ha faltado dinero ni… compañía… Fue divertido mientras duró.

Ella encajó el golpe, y él supo por la mirada distante que la imaginación de Alba se había disparado. Tal vez estaba recordando a Juliette en el hotel LV Champs-Élysées, o imaginando a cualquier otra mujer de su estilo, bella y elegante, paseando de su brazo, cenando con él en restaurantes caros y compartiendo su cama tras la velada.

—Harrison dijo que vivías como un magnate y que no te faltaba de nada, hoteles de lujo, trajes a medida, mujeres…

—Era una fachada. Una distracción. —Miró su copa como si no supiera cuando había llegado a sus manos—. Alguna gente solo ve el valor material de los objetos que posee. Cuántos gramos de oro, cuántos quilates de piedras preciosas. Solo buscan la ostentación y provocar la envidia de sus semejantes.

—¿Qué ves tú cuando tienes entre tus manos una joya especial? —preguntó Alba, reclinándose sobre el respaldo y elevando los ojos para mirarlo.

—Veo una de las grandes obras de arte de la naturaleza. —Dejó la copa sobre la mesita y se reclinó también, sus caras muy cerca sobre el respaldo del sofá—. ¿Sabes cuánto tarda en formarse un diamante? ¿Cuántas condiciones y procesos se tienen que dar para que surja una piedra perfecta?

Alba negó con la cabeza, aunque entendía que las preguntas eran retóricas. Elliot le pasó una mano por el cabello, observando su brillo bajo la luz de la lámpara, y escogió un mechón especialmente claro.

—Luego están los metales preciosos —dijo, acariciándolo—. El oro, el bronce… —Soltó su cabello para fijar la vista en sus iris—. Los zafiros… He visto muchos en mi vida, ninguno tan perfecto como tus ojos. —Tomó su barbilla y le pasó un dedo por el labio inferior—. Los rubíes… —Alba sonrió—. Las perlas… —Deslizó una mano por su brazo desnudo—. La suavidad de una piedra bien pulida. —Llegó hasta sus uñas—. El nácar… —Su mano se detuvo ahora en la curva de su cintura y bajó por el sinuoso terraplén que

era su cadera—. Y el trabajo del orfebre, que engarza la piedra más hermosa con el metal trabajado a la perfección, para deleitar los sentidos con una joya única.

Se inclinó hacia ella, le quitó la copa de la mano y el cojín que sostenía contra su pecho, y la besó hasta sentir que derribaba sus barreras.

—Ninguna de esas mujeres supo nunca mi nombre completo —dijo.

—Jean Elliot —dijo Alba, saboreando las sílabas al formarlas.

—Quizá sí te conteste, no podría resistirme a tu llamada.

Cuando sus caminos se cruzaron, Elliot solo era un iceberg a la deriva. Ella había clavado una pica en su frío corazón, haciendo que la sangre volviera a fluir cálida en su interior. Ahora solo quería dedicar su vida a adorarla y mimarla sin medida alguna.

—Gracias por devolverme mi corazón —dijo, recorriendo su mentón entre besos y pequeños mordiscos.

—Me gustaba tenerlo. Hacía que me sintiera siempre cerca de ti.

—Estoy aquí —dijo, envolviéndole con sus brazos y sus piernas—. No necesitas nada más.

—No vuelvas a irte nunca.

—¿Me encerrarás en tu cuarto de Barba Azul?

—Bajo siete llaves.

—Gritaré y gritaré…

Elliot tomó de nuevo su boca, al asalto, luego mordisqueó sus labios, jugó con su lengua, devorándola hasta quedar los dos sin aliento. Podía degustar en ella cada nota del Pinot Noir que le había servido, sabía a fruta y a bosque, húmedo y fresco. Alargó la caricia por su cuello y escote, abriéndole la ropa para llegar hasta los bordes suaves de sus senos, recorriendo el valle entre ellos con la punta de la lengua.

—Sí, creo que gritarás…

La soltó, y ella emitió un sonido de protesta cuando sintió que se alejaba. Lo vio arrodillarse delante del sofá, tenía el gesto de quién está a punto de devorar su plato favorito. Le quitó las deportivas y los vaqueros, y acarició sin ninguna prisa cada centímetro de sus piernas desnudas, con las manos y luego con la boca, erizándole la piel cuando recorrió la parte interior de sus muslos. Cuando le quitó la última prenda, ella apoyó los pies sobre sus hombros, y gimió. Él

estaba en todas partes, una mano bajo su jersey, acariciándole los senos desnudos, con la otra la sujetaba por las nalgas, y su boca… Su boca la llevaba al paraíso, un lugar húmedo y ardiente donde los pensamientos se disolvían y solo existía el placer.

Piel de Asno

Aquello no podía volver a ocurrir. No podían seguir besándose en el almacén como un par de adolescentes ocultándose de sus padres.

En realidad, no podían seguir besándose. Nunca. En ningún sitio.

Aunque fuera la cosa que más deseaba en su vida. Más que ser el CEO de Staryou. Más que casarse con la hija del rey del café y vivir en un apartamento en Manhattan, con vistas a Central Park, por cortesía de su suegro. Más que los beneficios de sus acciones en la empresa. Nada de eso le proporcionaba tanta felicidad como tenerla a ella entre sus brazos.

Aquel verano Alba renunció a sus vacaciones en casa para quedarse con Elliot. Aunque no se había mudado definitivamente, pasaba tanto tiempo en su piso que sus cosas ya empezaban a invadir todas las estancias.

Cuando él llegaba por la noche, casi siempre la encontraba enfrascada en su novela, perdida en un mundo imaginario del que a veces tardaba en regresar. Le había explicado que le costaba mucho concentrarse, nada de música estridente ni ruidos a su alrededor. También que una vez que encontraba el hilo no podía dejarlo hasta que se agotaba, por miedo a no poder recuperar el momento de inspiración más adelante.

—¿Puedo preguntar cómo se titula? —le preguntó una noche, mientras cenaban.

—La mujer de Barba Azul.

—¿No era Barba Roja?

—Ese será el segundo libro de la trilogía.

—¿Y el tercero?

—Barba Verde, por supuesto.

Se reía de sus propias bromas con la desinhibición de una niña

que le cuenta un chiste recién aprendido a sus mayores.

Todos los días llamaba a su padre. No colgaba hasta asegurarse de que todo iba bien y no tenía por qué preocuparse. Le confesó que aquel susto le había hecho pensar en que no iba a estar siempre allí para ella; aun con sus diferencias, le quería y se sentía querida por él.

—A pesar de todas las veces que me he negado a formar parte de sus negocios, puso en mis manos, sin decírmelo, todo el poder de decisión que él tiene en la dirección de la cadena hotelera. —Le contó una noche, después de la cena, acurrucados juntos en el sofá como un matrimonio bien avenido que lleva ya muchos años de casados—. Yo pensaba… Pensaba que solo confiaba en Rocío… Que ella se había convertido en la hija que yo no quería ser… Cuando me negué a firmar el acuerdo de venta del hotel, lo hice en parte porque no podía permitir que ella tomara las riendas del negocio, como si papá… Como si él no fuese a volver… y ella actuase como su heredera.

—Tomaste la decisión correcta, ¿no? Tu padre te dijo que no había decidido aún la venta, y que Rocío se precipitaba pretendiendo firmar ese acuerdo.

—Sí, estaba segura de que mi padre no quería vender el Champs-Élysées, fue su primer hotel y sigue siendo su favorito.

—Una vez me dijiste que eras una especie de Cenicienta, dejando que tu madrastra y hermanastras disfrutaran de la fortuna familia, mientras tú trabajabas cubierta de posos de café.

—Ya ves, tengo fijación con los cuentos infantiles clásicos.

Elliot se levantó y comenzó a recoger la mesa. Alba le entregó su plato, uno de la vajilla que habían comprado en Ikea. Ahora hacían esas cosas, como cualquier pareja, irse un sábado al centro comercial, o a un mercadillo, y hacer compras para el piso, que ya no parecía una vivienda de alquiler barata de Airbnb. En el sofá estaban los cojines de estampado oriental que Elliot había aceptado con resignación, y que rompían por completo su estilo minimalista, y su pequeña librería, con pocos y muy selectos libros, empezaba a abarrotarse con las compras compulsivas de Alba en las librerías de viejo que tanto le fascinaban.

—No te pareces en nada a una pobre princesita desamparada —dijo Elliot.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo Alba, entregándole su copa.

—Y ni siquiera tienes un príncipe azul que te rescate.

—¿Necesito que me rescaten? —preguntó.

Elliot llevó los platos sucios a la cocina y se tomó su tiempo para colocarlos en el lavavajillas antes de volver.

—Me temo que sí. Has caído en las garras del personaje más malvado de la historia.

Miró la mesa, pero ya no quedaba nada por retirar, solo el mantel, que empezó a plegar con parsimonia.

—¿Y quién es ese?

—¿No lo sabes? La prensa le llama el Ladrón de Medianoche.

Alba se puso en pie y caminó hasta que sus cuerpos entraron en contacto.

—Ese es mi personaje favorito —le susurró muy cerca del oído.

—Es un tipo falso y sin escrúpulos.

—No, todo lo contrario. Es el mejor de los personajes, el que parece una cosa pero es otra completamente distinta. Como si llevara un disfraz.

—Los disfraces son peligrosos. Nunca puedes saber qué se oculta debajo.

—¿Recuerdas el cuento de Piel de asno?

—Creo que no.

Alba le puso las manos sobre el pecho y lo arrinconó contra la pared. Elliot se dejó hacer, con la boca entreabierta, expectante. Pero ella no le besó. No aún.

—Es sobre una princesa que tiene que huir de su malvado padre, y lleva siempre una piel de un asno como si fuera una capa. Todos piensan que es un ser horrible, porque nadie se atreve a mirar debajo de la piel.

—Otro de esos cuentos sobre que la belleza está en el interior.

—Sí, aunque esa frase es de *La bella y la bestia*.

Se apoyó en él como si el suelo tuviera pendiente y necesitara su cuerpo para frenarse. Elliot notaba cada curva suave y perfecta amoldándose a su figura. Intentó alejar aquel momento absurdo de arrepentimiento, aceptar lo que ella le ofrecía, tumbarla sobre la mesa y levantarle la falda, como si fueran una pareja de campesinos medievales retozando en el campo. Se limitó a deslizarle una mano

por la espalda, hasta rozar el delicioso final de su columna.

—Temo que algún día recuperes la cordura y huyas de mí —confesó con un tono ligero. Aún no se hacía a la idea de que ella por fin conocía su mayor secreto.

—Hagamos una cosa, olvidemos el pasado y pensemos en el futuro. ¿Cuántos hijos quieres tener? ¿Necesitaremos una casa en algún bonito pueblo, con jardín y perro? Tengo que pedirle a Lidia que me enseñe a cocinar.

Se estaba riendo de él sin soltar la mínima carcajada. Cuando se le pasó el susto por la primera pregunta y entendió su juego, la tumbó sobre la mesa y por fin le levantó las faldas.

—No importa que no sepas cocinar —le dijo, bajando la boca sobre su ombligo—. Aquí hay todo un banquete a mi disposición.

Alba jadeó cuando le rozó la piel con la lengua y su mentón le rozó la ropa interior.

—Qué dientes más grandes tienes…

—Para comerte mejor.

A él también le gustaban los cuentos clásicos, pensó, mientras descalzaba a su princesa y le besaba el empeine, de rodillas a sus pies. Sobre todo los que tenían finales felices.

El amor es una m****

Alba tenía que pasar por el piso que aún compartía con Lidia, para recoger alguna ropa.

Elliot no le había pedido que viviera con él, ni ella lo insinuaba, simplemente era algo que ocurría; inevitable como la lluvia que en aquel momento decidió descargar sobre su cabeza.

Apuró el paso para meterse en el portal y luego corrió escaleras arriba, sin paciencia para esperar al ascensor.

—¿Lidia…? —Llamó al abrir la puerta. No quería encontrarse a su amiga enrollándose con su novio en el sofá de la sala.

La encontró en la cocina, mirando una taza de café como si fuera veneno. Tenía sombras oscuras bajo los ojos y la boca curvada hacia abajo.

—¿Tan malo es el café?

—¿Café?

Alba se dio cuenta de que la taza no humeaba, y Lidia solo tomaba café recién hecho y muy caliente. Se acercó a tocarla. Estaba fría.

—¿Mala noche? O es que tu tritón te ha tenido muy ocupada.

—Se acabó —dijo Lidia, y se levantó para vaciar la taza en el fregadero.

—¿De qué estás hablando? —Lidia salió hacia el pasillo, esquivando su mirada. Alba la siguió—. Dime que no has hecho ninguna tontería. Lidia… Paul no es otro de tus novios de usar y tirar.

—Te digo que se acabó, no lo soporto más. No puedo estar con él.

La siguió hasta el dormitorio y esperó a que dejara de fingir que buscaba algo en su armario.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Da igual.

—No da igual, Lidia. Cuéntamelo, a lo mejor aún tiene arreglo.

Su amiga cerró el armario con demasiada fuerza. Se dio la vuelta, la miró, abrió las manos, volvió a cerrarlas, y se dejó caer sobre la cama.

—No puedo estar con él —repitió.

Alba se cruzó de brazos y se puso delante de ella, respirando hondo para invocar calma y contagiársela a Lidia.

—¿Por qué no puedes estar con Paul? —preguntó diciendo cada palabra muy despacio, para recalcarlas.

—Hay mujeres a su alrededor, siempre, mirándole, sonriéndole, tocándole… Y a él le encanta.

—Mira, en eso os parecéis un montón —se burló Alba, solo por reducir el dramatismo de su amiga.

Lidia apretó la boca como una niña en el sillón del dentista.

—¿Me toca hacer de psicóloga? —preguntó Alba, ante el silencio de su amiga, se sentó en una silla frente a ella—. A ver, has encontrado un hombre que te encanta, con el que te lo pasas bien y, creo, es un amante fantástico. —Lidia puso los ojos en blanco—. Es normal que te sientas un poco celosa cuando otras mujeres tratan de llamar su atención. Pero tienes que confiar en Paul, Lidia, en serio, está loco por ti.

—No me gusta… No me gusto a mí misma… Yo no soy así.

Eso era verdad, Alba no dejaba de sorprenderse cada vez que su amiga le lanzaba una pulla si ella le sonreía demasiado a Paul, o le tocaba lo más mínimo. Esperaba que fuera una fase de la primera etapa del enamoramiento, pero ya estaba durando demasiado.

—Sabes que el primer paso para solucionar un problema es reconocerlo.

—Sí, doctora —se burló Lidia, recuperando un poco su espíritu habitual.

—Entonces, reconoces que el problema es tuyo, y que esto no tiene nada que ver con tu relación con Paul, que es la mejor que has tenido…

Alba cruzó mentalmente los dedos; esperaba que sus trucos de psicología para *dummies* funcionasen.

—Si él no fuera siempre tan amable, no devolviera todas esas sonrisas… Le encanta que las mujeres lo halaguen.

—¿Y a quién no? —Contraatacó Alba—. ¿Recuerdas tu retrato

en la inauguración de la exposición? ¿Cuántos hombres pasaron por allí, encantados al verte solo cubierta con unas ramas de hiedra…?

—Esa no es la cuestión. —Lidia levantó las manos para obligarla a callar—. A Paul no le importa. Dice que cuando un hombre me mira, él también se siente halagado.

—Y tú deberías de sentir lo mismo. Ese hombre tan atractivo, y gran artista, está enamorado de ti, Lidia, y no de cualquier mujer desconocida que se le cruza por la calle.

Lidia cogió la almohada y se la puso sobre el regazo, apretándola hasta que las costuras parecieron a punto de ceder.

—*Putain. Je suis con, mais con!*

Alba asintió, pero esta vez no se pudo reír porque su amiga utilizase el francés cuando quería decir palabras groseras. Decía la verdad, estaba siendo un poco gilipollas.

—¿Qué hay de esa psicóloga de tu curso de cocina? Recuerdo que me dijiste que era muy maja, siempre dispuesta a dar un consejo.

—¿Crees que necesito tratamiento?

—Mucha gente busca ayuda profesional cuando no sabe manejar una situación. No digo que estés loca, Lidia, no más de lo que lo has estado siempre.

Lidia volvió a apretar la almohada y de repente la soltó, dejándola caer a los pies de la cama.

—¿Sabes que eres muy pesada? —la acusó, y Alba comprendió que era su forma de rendirse.

—Y por eso me quieres tanto —dijo.

Su amiga abrió los brazos y Alba dejó que la envolviera y la apretara aún más que a su almohada.

—Esto del amor es una mierda —le susurró al oído.

—No debería serlo, Lidia. Es la primera vez que te enamoras de verdad, y no sabes controlar tus emociones.

—No necesito a una psicóloga, teniéndote a ti.

—No, no, no me cargues con esa responsabilidad. Prométeme que hablarás con una profesional. —Alba se apartó para poder mirar a su amiga a la cara—. Aunque sea una charla informal y solo la invites a tomar algo después de clase.

—Bueno…

—Promételo.

—Lo prometo —dijo Lidia, con la mano en el corazón.

—Buena chica.

Alba le dio otro abrazo y se aseguró de que su amiga comenzaba a relajar la tensión que le mantenía el cuello y los hombros rígidos.

—Y ahora prepara otro café, que nos hace falta a las dos.

Lidia se levantó de un saltito, como si de repente pesara varios kilos menos que cuando entró en el dormitorio. Incluso sonreía.

—Tu ladrón te tiene entretenida toda la noche, ¿eh?

—Es insaciable.

Tomaron café juntas en la cocina, entre risas y confidencias. Lidia le contó lo feliz que estaba con su curso de cocina, y más ahora que iba a empezar a hacer prácticas en un reputado restaurante de la capital. Alba le dio que seguía adelante con su novela, aunque se daba cuenta de que no tenía las herramientas necesarias para lograr el resultado que deseaba, y por eso había empezado a leer libros de técnica literaria.

—Yo seré tu primera lectora, y si es muy malo, prometo decírtelo.

—Gracias, Lidia, siempre puedo contar contigo —se burló Alba.

—¿De qué serviría que te dijera que es lo mejor que he leído, si no lo es? La gente no se corta en dar su opinión, en librerías *online* o las redes. Imagínate que publicas, convencida de que es una gran novela, y te empiezan a llover críticas negativas.

—Tienes razón —aceptó Alba, un poco chafada.

Lidia rellenó sus tazas y le acercó la bandeja de magdalenas que había hecho aquella mañana, antes de que llegara.

—¿A que están buenas? —le preguntó.

—No sé —dijo Alba, fingiendo estar enfadada por sus palabras—. Tendré que volver a probarlas para asegurarme. Tal vez con una más, o dos…

Lafayette

Camille no aceptó una respuesta negativa cuando invitó a su hija a comer. Llevaba esquivándola desde su café en el hospital, y su madre se había cansado del jueguecito. Incluso le envió un taxi, para asegurarse de que no se retrasaba ni se inventaba alguna excusa de última hora para no acudir. Alba comenzaba a alegrarse de haberla tenido alejada de su vida durante tanto tiempo.

—Espero que traigas también a tu novio a la subasta. Su galería comienza a ser conocida, y siempre es interesante contar con la asistencia de invitados del mundo del arte. —Camille miraba de vez en cuando su ensalada con poco interés, tomaba algún pedacito minúsculo que masticaba con parsimonia—. Y ese pintor, ¿cómo se llama?

—¿Paul Bruat?

—Sí, pondrá una nota de color.

—¿En serio, mamá?

—Me refiero a su arte, no seas tonta, no hago comentarios racistas.

—¿No los haces o no los piensas?

—El racismo es muy poco elegante.

—Entiendo.

Bajo la mirada de reproche de su madre, Alba se metió un buen trozo de solomillo en la boca. Deseaba acabar cuanto antes aquella comida.

—Tu padre llegará el día antes, y Silvia también, supongo. —Camille bebió de su copa y puso los ojos en blanco. Llamó al camarero y le pidió que le trajera otra, quejándose de que el vino no estaba a la temperatura adecuada, por supuesto no aceptó su responsabilidad por tenerlo demasiado tiempo sobre la mesa—. ¿Qué tal son tus hermanastras? Apenas tuve tiempo de ver a la mayor en el hospital, y no eran las mejores circunstancias para

conocer a una persona.

—No, no lo eran.

—Es mona. Supongo que se parece a su madre a su edad, aunque Silvia no se cuida demasiado.

—Hay una diferencia entre cuidarse y obsesionarse por el paso de los años.

Camille casi sonrió ante aquel comentario y la mirada crítica con la que su hija le recorría el rostro perfecto, sin la menor señal de que el tiempo también pasaba para ella. Esperó a que el camarero le sirviera una nueva copa antes de contestar.

—Alba, eres demasiado mayor para esa pose de adolescente furiosa con el mundo.

—Puesto que te perdiste mis mejores años he pensado que quizás apreciarías una muestra de cómo fueron.

Dejó los cubiertos cruzados sobre el plato, para indicarle al camarero que había terminado.

—Creía que a estas alturas serías una compañía más interesante.

—Si busca compañía, cómprate un perro.

—Ya tengo uno.

Alba enarcó las cejas sin saber si creérselo. Impasible, Camille le mantuvo la mirada.

—Seguro que será un chucho con pedigrí y antepasados documentados hasta Napoleón. ¿Tienes una persona que te lo pasee y lo lleve a la peluquería una vez por semana?

—Soy una mujer ocupada, por supuesto que tengo una persona que lo pasee. Y te equivocas en cuanto a su pedigrí, es un perro callejero, así que sí, va a la peluquería una vez a la semana, dados sus orígenes, es absolutamente necesario.

—¿Un perro callejero? ¿Hay alguna historia lacrimógena detrás?

Camille levantó su copa y bebió un largo trago. Esta vez no se quejó ni del frío, ni del *bouquet* o cualquier otro defecto del vino. Su mirada estaba un poco extraviada cuando dejó de nuevo la copa sobre la mesa.

—Sí, la hay. Tu abuela, mi madre, salió un día a caminar por la finca de su casa y se perdió. Entonces no sabía que tenía problemas de demencia, pensaba que solo tenía algún despiste normal a su edad. Se cayó en un sendero, y quedó oculta entre ramas y hojas durante horas. Ese perro la encontró, se sentó a su lado y estuvo

aullando hasta que atrajo a las personas que la estábamos buscando.

Alba notó que el filete le pesaba en el estómago como una piedra. Su abuela materna estaba ingresada en un centro para ancianos desde hacía tres años, y ella no conseguía reunir el valor para visitarla. Apenas se habían visto desde que Camille los abandonó y, con su demencia, Alba suponía que a esas alturas no la reconocería.

—¿Cómo está la abuela? —preguntó mientras clavaba la vista en el mantel como si de repente le fascinara su delicado bordado.

—Se olvida de los nombres de las personas y de las cosas. A veces cree que está en su casa y quiere salir a pasear. —Camille se terminó su copa y le hizo un gesto al camarero para que retirara el servicio—. Se ríe como una niña cuando le llevo a Lafayette.

—¿Lafayette?

—Sí, me acordé de aquella película de Disney que te gustaba tanto de pequeña, ¿cómo era…?

—*Los aristogatos*.

—Esa.

Lafayette, su madre le había puesto el nombre de Lafayette al perro que había encontrado a su abuela y lo había acogido en su hogar. Alba miró el móvil y fingió leer los wasaps que se acumulaban en la pantalla bloqueada, aunque una traidora humedad no le dejaba centrar la visión.

Se había acordado de su película favorita. Cuidaba a un perro callejero por gratitud. Al final iba a resultar que su madre era una sentimental, aunque lo disimulara a la perfección.

Quizá tenía razón Camille, y debía dejar de portarse como una adolescente rebelde. Habían pasado muchos años casi sin contacto, ahora ninguna de las dos era ya la misma persona que entonces. Debía darle una oportunidad.

—Entonces, ¿cuándo dices que es la subasta?

Camille puso los ojos en blanco de nuevo, reprochándole su falta de atención.

—El ocho de agosto…

Alba vio a Étienne desde lejos. Parado en la acera, cerca del Starbucks, fumaba con aire pensativo.

Se acercó, camuflándose entre la marea de turistas que en verano más que nunca inundaban París, y lo sorprendió con un

chillón *bonjour* que casi le hizo tirar el pitillo.

Después de un largo abrazo, dos besos y unas cuantas pullas, le miró a los ojos durante tanto rato que el chico se removió incómodo.

—¿Qué tal va todo?

—Como siempre. Mucha gente y más calor de lo acostumbrado. Y no me es que queje de la temperatura, las chicas llevan menos ropa que nunca.

Alba cruzó los brazos y esperó en vano que añadiera lo que de verdad quería escuchar.

—Las chicas, ya.

Se asomó a la ventana de la cafetería y vio a José recogiendo una mesa. Llevaba una camiseta de manga corta que se ajustaba a sus bíceps marcados, recuerdos de su época de boxeador.

—Tienes razón —dijo, haciendo que Étienne siguiera su mirada—. Hace mucho calor.

Miraron como José volvía a la barra con la bandeja llena. El vaquero gastado se le ajustaba de maravilla en los lugares adecuados.

Alba se separó el escote del vestido y se sopló la piel como si la tuviera muy caliente. Étienne puso los ojos en blanco.

—¿Otra vez haciendo de celestina? ¿Nunca te cansas?

—¿Debería?

—Es más complicado de lo que piensas.

—¿Lo has vuelto a besar?

—Sí… No… ¿Cómo lo sabes?

—Te has puesto colorado.

Rieron los dos, apoyando la espalda contra la pared, hombro con hombro, con el intenso sol de mediodía haciéndoles guiñar los ojos.

—Vamos despacio. Yo… Aún no me hago a la idea.

—Pero te gusta…

—Supongo. O tal vez me halaga saber que yo le gusto. No lo sé.

—¿Ese es Benedict Cumberbatch?

Alba dio un saltito y señaló con poca discreción a un hombre moreno que caminaba por la acera de enfrente, alto y delgado, con la piel tan blanca como solo puede tenerla un inglés.

—No, no lo es.

—Se le parece un montón. ¿No está buenísimo?

Étienne se encogió de hombros, sin dedicarle una segunda mirada al desconocido. Alba buscó otro hombre atractivo y le preguntó de nuevo su opinión. Probó con rubios y morenos, altos y bajos, de aspecto europeo, árabe y asiático. Tomó nota de sus expresiones más que de sus palabras, su amigo no reconocería que le podría gustar otro hombre ni bajo tortura.

—¿Qué pretendes?

—Estoy comprobando cuál es tu tipo. O sea, que te gustan morenos y de ojos oscuros, y no te interesan los muy altos ni los cachas de gimnasio con pectorales XL.

Volvió a mirar dentro de la cafetería, a su amigo mexicano, que cumplía con todos los requisitos.

—No me gustan los hombres, Alba. Me siguen gustando las mujeres.

—Y José.

Étienne resopló y bajó la cabeza de golpe. Alba no supo si era su forma de asentir o de rendirse.

—Él acepta que vayamos despacio, así que déjame vivir, ¿vale?

—Nada de sexo a todas horas, ¿no?

—Nada de sexo de momento… —Étienne puso los ojos en blanco, resopló y a continuación decidió pasar al ataque—. Eso te lo dejo para ti y tu novio, ya sé que ahora vives con él. Supongo que aún lo estaréis celebrando. En la cocina, en la sala, en el baño…

—Lo celebramos muchísimo, sí.

Alba soltó una carcajada y se apoyó de nuevo en la pared. Un hormigueo le recorrió el vientre al recordar aquella misma mañana, en la mesa, a la hora del desayuno… En realidad, había salido a comprar tazas nuevas.

Recordó aquella vez que Elliot se había negado a despejar su mesa de la galería para hacerlo encima. Le había dicho que estaba llena de objetos muy valiosos. Unas simples tazas no lo eran tanto, pero era una señal de que el hombre de hielo se iba descongelando poco a poco.

—Ya veo —se burló Étienne ante su silencio.

—Voy a saludar a José y me largo, tengo mucho que hacer.

—Y yo tengo que volver al trabajo.

—¿Qué pasa? ¿No te fías de que me propase con tu novio en el almacén?

—No es mi novio.

—¿Tu chico…?

—Nada que empiece por un posesivo.

—Buena respuesta.

Alba no se daba por vencida, y Étienne lo sabía. Entraron en el almacén siguiendo a José, que no los había visto entrar, y Alba le gritó el mismo *bonjour* que a su otro amigo, sobresaltándolo también. Siguieron un largo abrazo y dos besos, que al francés le parecieron excesivos.

—La próxima semana se inaugura una nueva exposición en la galería. Vengo a invitaros.

—¿El viernes? —Alba asintió—. Tengo el último turno.

—Cámbialo con la nueva. A los nuevos siempre les toca pringar, a mí me tocó al principio. Étienne se aprovechaba de que era el que llevaba más tiempo.

—Me quería aprovechar de otras cosas, pero no me dejabas.

Alba seguía muy cerca de José, rodeándole la espalda con un brazo. Se inclinó hacia él y le habló al oído.

—Solo lo dice para pincharte.

—Lo sé.

—¿Ahora andáis con secretos? —preguntó Étienne.

—¿Te molesta?

—Mejor me voy a trabajar.

Étienne se deshizo el lazo del delantal y trató de volver a hacerlo, pero se empeñaba en retorcerse entre sus dedos.

José se acercó, cogió los dos extremos y lo ató con un movimiento rápido y eficaz.

—Gracias —dijo Étienne y, por un momento, su mirada se quedó prendada de la de su compañero—. Solo por darle gusto a Alba, ¿vale? —dijo, antes de inclinarse y darle un rápido beso.

Salió del almacén antes de que ninguno de los dos consiguiera reaccionar.

—Eso ha sido…

—Una sorpresa…

Alba levantó los hombros y se estremeció.

—No puedo volver a ver algo así —declaró—. Dos chicos guapos besándose es demasiado para mí.

—¿Te molesta, linda? —preguntó José, con un guiño cómplice.

—Si no tuviera novio, os estaría proponiendo algo indecente… Mejor me voy yo también. No sé qué tenía el café del desayuno, que me noto un poco descontrolada.

—¿Seguro que es culpa del café?

Alba volvió a recordar la mesa de la cocina, las tazas cayendo al suelo, el bote de mermelada en la mano de Elliot…

—Nos vemos en la galería.

Le dio otros dos besos a su amigo y salió despidiéndose con la mano de Étienne y su nueva compañera, que atendían en la barra a una cola interminable de turistas.

Los echaba de menos, pero ahora tenía muchas otras cosas en su vida en las que pensar. Empezando por su novela casi acabada.

El imitador

Cuando volvió al piso, tenía un escueto wasap de Elliot en el móvil.

> ELLIOT: Ceno con un marchante de arte. No me esperes despierta.

Se preguntó si tenía emojis en su teclado. Ella firmaba sus mensajes con caritas risueñas, guiños, besos. Elliot era incapaz de escribir siquiera una palabra cariñosa.

Pensó que mejor se dedicaba a sus personajes, que estaban en la fase dulce de la relación, aunque la trama comenzaba a complicarse y les tocaba sufrir un poco.

> *Ella no era esa clase de chica sin escrúpulos, de las que toman lo que quieren sin mirar si hacen daño a alguien. No iba a romper un compromiso aunque eso significara renunciar a su felicidad y, quizá, al gran amor de su vida.*
>
> *Pero cada día le costaba más resistirse a sus caricias, a sus besos, a sus promesas de solucionarlo todo. Era increíblemente difícil soportar la tentación de creerle cuando le confesó que solo estaba dispuesto a casarse con su prometida por intereses comerciales, algo que ella también sabía, y por lo tanto, nadie resultaría seriamente dañado con la ruptura del compromiso.*

Pasadas las once de la noche abandonó el ordenador y se fue a la cama bostezando. Prefería escribir a la luz del día, de noche tenía tendencia a ponerse dramática. La falta de luz despertaba su vertiente más gótica.

Era consciente de que no estaba escribiendo la mejor novela de la historia, ni del siglo, ni de la década. Su nombre no aparecería en los libros de literatura de principios de siglo XXI. Aunque visto lo

que a veces se encontraba en Amazon y en Wattpad, era difícil pronosticar quiénes serían los nombres propios de la literatura que formarían el panteón *milenial*.

También se preguntaba si las nuevas hermanas Brontë, o la Jane Austen actual, estaban perdidas entre la inmensidad de publicaciones digitales, sin destacar porque sus libros no ofrecían el suficiente morbo, sexo o sangre para atraer a los lectores acostumbrados a las emociones fuertes.

Quizá solo estaba perdiendo el tiempo con aquella historia típica y tópica, heredera de sus cuentos favoritos, que trataba de hacer bonita sin ñoñerías, dulce sin empalagar, y *sexy* sin maratones sexuales.

Sí. Estaba perdiendo el tiempo. Definitivamente.

Ni siquiera la iban a leer sus amigos. Ni hablar de su familia.

Tendría que comprar opiniones favorables en las redes, o hacerse una docena de perfiles falsos para hablar bien de su novela.

Miró la hora en su móvil. Ya pasaban de las doce y Elliot aún no había regresado. Tampoco había ningún mensaje.

Saltó de la cama para volver al ordenador y releer lo que llevaba escrito. Necesitaba comprobar si era tan malo como se temía o si era peor. Estaba segura de que sus personajes eran planos y su argumento tenía más agujeros que un colador. Por no hablar de la pobreza de su estilo de autora novel. Debería enviarlo todo a la papelera y olvidarse de aquel proyecto absurdo. Dolería menos que ver las críticas sangrantes en los blogs literarios. Eso si alguien la llegaba a leer.

Mejor se volvía a la cama e intentaba dormir. Cuando se levantó del escritorio escuchó pasos en el pasillo. Se quedó paralizada; incluso dejó de respirar.

Había alguien en el piso, y no era Elliot, estaba segura. Conocía demasiado bien el sonido de su llavero al abrir la puerta.

¿Un ladrón? Agarró el pomo de la puerta y lo volvió a soltar, como si le quemara. ¿Un ladrón en la casa del ladrón más famoso de Europa? ¿En serio?

No sabía si echarse a reír. El miedo de tener que enfrentarse a un desconocido, quizá violento, acabó rápidamente con su hilaridad.

Tenía que hacer algo, no se podía quedar esperando a que el

ladrón entrase en la sala y la sorprendiera.

Cogió su móvil del escritorio y se quedó mirando la pantalla bloqueada durante unos segundos. No podía llamar a la policía. No podía traerlos a la casa de Elliot.

Caminó de nuevo hasta la puerta y pegó la oreja a la madera. Escuchó pasos muy suaves, alejándose. El ladrón se estaba metiendo en el dormitorio. Directo al cuarto de Barba Azul.

Giró el pomo muy despacio y asomó la cabeza para asegurarse de que no había nadie más en el pasillo. Una luz tenue le llegaba desde el fondo. Una linterna seguramente.

Caminó de puntillas hasta la cocina. Allí entraba la luz de la calle y podía ver lo que hacía.

Miró el taco de madera con los cuchillos de distintos tamaños, y se estremeció. Sería incapaz de clavarle un cuchillo a alguien, ni siquiera en defensa propia.

El exprimidor y la batidora no parecían muy útiles, al menos si no tenía un enchufe cerca.

Sobre el escurridor estaba la sartén que había utilizado para hacerse la cena. La cogió con cuidado de no tocar nada más. Pesaba bastante y podía agarrarla con las dos manos para darse impulso.

Practicó un poco, recordando sus clases de pádel que quizá no debería haber dejado. Sí, esa era su arma. Ahora solo tenía que esperar que las rodillas dejaran de temblarle, y salir a cazar al ladrón.

El ladrón se había metido en el vestidor, por raro que fuera. Se preguntó qué pretendía robar. ¿Camisas? ¿Calcetines?

Se acercó con sigilo y se asomó apenas al gran interior, sujetando con fuerza la sartén entre las manos.

La ropa estaba desplazada a un lado, y el ladrón estaba abriendo una caja fuerte que había incrustada en la pared del fondo del vestidor.

Alba ni siquiera sabía de la existencia de esa caja fuerte, pero el ladrón la había encontrado y parecía que sabía cómo abrirla.

La única luz de la habitación era la de su pequeña linterna, que sujetaba con la boca mientras probaba distintas combinaciones en el teclado de la puerta. Iba completamente vestido de negro y con un pasamontañas. Otro que parecía haber visto demasiadas películas clásicas de ladrones.

Tenía que detenerlo. Tragó saliva, respiró hondo y volvió a tragar. Pensó en una pelota de pádel. Eso era. La cabeza del ladrón era una gran pelota de pádel y tenía que darle fuerte para ganar aquel partido.

Se acercó despacio a su espalda. Era muy alto, fuerte. Solo tendría una oportunidad. Tenía que ser en la cabeza. Dejarlo inconsciente. Luego ya pensaría que hacer con él. Lo importante era que no abriera la caja de Elliot, a saber los secretos que había allí adentro.

Levantó la sartén. Las dos manos cerradas con fuerza sobre la empuñadura. Contuvo la respiración y lanzó su mejor golpe.

El ladrón debió de darse cuenta de su presencia en el último momento y se giró hacia ella. La sartén le golpeó en el hombro y, al tratar de esquivarla, en la cara, lanzándolo de espaldas contra la caja fuerte.

Alba gritó y el intruso también gritó, lanzando toda clase de insultos y palabrotas. El pasamontañas se le había quedado torcido y se apresuró a colocárselo, frotándose la mandíbula donde le había impactado la sartén.

—¡He llamado a la policía! —chilló Alba con voz demasiado aguda—. Ya vienen de camino.

El tipo cogió impulso y se lanzó hacia ella. Alba no supo de donde sacó el valor, pero de nuevo lo golpeó con la sartén, esta vez en plena cara.

—Mi nariz. ¡Joder!

El ladrón cayó de rodillas ante ella, sujetándose la nariz con las manos.

—Fuera de mi casa —le gritó.

—No es tu casa —dijo el otro, mientras trataba de alcanzar la linterna que le había caído al suelo, cerca de los pies de Alba, que le lanzó una patada tan fuerte que la apagó, al tiempo que la enviaba debajo de la mesa del despacho.

—¡Fuera!

—No sabes lo que haces, estás loca. Ni siquiera sabes con quién te acuestas.

Le dolían los brazos de sujetar la sartén, pero volvió a amenazar al intruso, revoleándola ante su cara. Se sintió muy poderosa al verlo retroceder muerto de miedo.

Aquellas palabras habían despertado su interés. Se inclinó un poco hacia el ladrón caído, tratando de encontrar algo familiar en él.

—¿Quién eres?

En el silencio que siguió, los dos escucharon cómo se abría la puerta. Las luces del pasillo se encendieron, unos pasos se acercaron.

—Pagarás por esto —dijo el ladrón y echó a correr.

Elliot no tuvo ninguna oportunidad. El intruso lo golpeó con un hombro, lanzándolo contra la pared. Salió del piso antes de que comprendiera qué estaba ocurriendo.

Alba se asomó al pasillo. Dejó caer la sartén al suelo y se agarró del marco de la puerta para no caerse ella también. Elliot corrió a sujetarla.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién era ese?

—Un ladrón.

—¿Un ladrón?

Alba asintió, sin saber si reírse o llorar.

—¿Estás bien?

Supo que quería salir a perseguir al intruso; sin pensarlo mucho, decidió impedírselo. Demasiado peligro habían corrido ya.

—No, no estoy bien. Estoy muerta de miedo.

—¿Por qué no has llamado a la policía?

—No podía —dijo, y se colgó de su cuello, exagerando su debilidad.

Elliot la rodeó con sus brazos y la levantó en vilo. Cuando cruzó la puerta del dormitorio con ella apretada contra su pecho pensó que valía la pena un asalto nocturno para vivir aquel momento.

—No me sueltes —le rogó cuando él la dejó sobre la cama.

Él aceptó y se tumbó a su lado, completamente vestido, y la envolvió con su cuerpo.

—Cuéntame todo lo que ha pasado —le pidió.

—No hay mucho que contar —dijo Alba, y le resumió la escena desde que había escuchado los pasos del ladrón hasta que él había vuelto a casa.

—Nos conoce.

Alba asintió, muy preocupada. El rostro de Elliot apenas mostraba indicios de sus emociones. El hombre de hielo siempre

aparecía en las situaciones complicadas.

—¿Tiene algo que ver con…?

—Es el imitador.

Tesoros

Elliot la soltó para poder levantarse. Lo vio caminar hasta la ventana y mirar a las calles oscuras y vacías, como si aún pudiera encontrarlo. Con los brazos estirados a los costados, abría y cerraba las manos. Alba notó que temblaba ligeramente.

—¿El imitador?

—Lleva algún tiempo siguiendo mis… los pasos del ladrón original; imitando el estilo… Él fue el primero en romper relojes para marcar la hora…

No quería dar muchos datos, como las otras escasas veces en las que habían hablado de aquel tema espinoso. Alba quería hacer un millón de preguntas, pero trató de refrenarse.

—Entonces… Él sabe quién es el ladrón original.

—Es evidente.

Y muy preocupante, pensó Alba. A partir de ahora no podrían vivir tranquilos esperando un nuevo asalto, o que el tipo hiciera llegar a la policía alguna información incriminatoria contra Elliot.

—¿Por qué asaltaría tu casa?

—Tal vez solo para presumir… Para molestarme… O tal vez, por los tesoros.

—¿Tesoros?

Elliot entró en el vestidor. Alba saltó de la cama para seguir sus pasos. Al encender la luz, vieron gotas de sangre en el suelo.

—¿Es suya? —preguntó Elliot, mirándola de arriba abajo, buscando alguna herida.

—Creo que le rompí la nariz.

—Bien hecho —dijo él, después de pensárselo un rato.

Luego comprobó que la caja fuerte seguía cerrada. Alba observó los complicados pasos que necesitaba para abrirla. De su interior sacó un rollo de terciopelo negro, como los que se suelen utilizar en joyería. Lo colocó sobre el escritorio y lo desplegó. Fue como ver

abrirse la cola de un pavo real.

Diamantes, rubíes, esmeraldas, topacios, ópalos… Había piedras que Alba ni siquiera podía reconocer. Pendientes, broches, colgantes, pulseras y anillos. Una colección tan exquisita que sería difícil escoger la joya más hermosa.

—¿Este es tu tesoro? —preguntó, pasando la mano por encima de las joyas, cogiendo alguna al azar para mirarla con más detenimiento.

—Lo era —dijo Elliot y tiró de ella para abrazarla. Alba apoyó la cara sobre su pecho y le rodeó la cintura con los brazos. Todos los miedos y la tensión desaparecían entre sus brazos—. No vuelvas a hacer una locura así. Tú eres ahora mi único tesoro. Lo más valioso que hay en mi vida.

Alba levantó la cara para mirarle a los ojos. Quería atesorar aquellas palabras y aquel momento. Se sentía más que recompensada por el susto pasado.

—Elliot…

—¿Qué?

—Haría cualquier cosa por ti.

Él la miró largo rato, luego la besó en la frente.

—Solo quiero que hagas una cosa por mí.

—Lo que sea.

—Cuidar de ti misma.

—Ya lo hago. Soy más fuerte de lo que crees.

La abrazó de nuevo, con más intensidad todavía, como si fuera el último abrazo que le pudiera dar en mucho tiempo. Alba era consciente de su preocupación y de cómo en su cabeza daba vueltas a lo ocurrido.

—¿Crees que podrías reconocerlo? —preguntó.

—Llevaba un pasamontañas.

—Sí, lo he visto, aunque ha sido todo muy rápido.

—Pero su forma de hablar… Lo he escuchado antes. Habla como la gente del Sur.

Elliot la separó un poco de su cuerpo para mirarla a la cara, intrigado.

—¿Seguro que lo has escuchado antes?

—Sí… —Alba se tocó la frente, como si así pudiera obligarse a recordar—. Ya sé. Lo he visto dos veces antes. Una vez vino a la

cafetería, mis compañeros creyeron que era un periodista, porque fue después de que salieran nuestras fotos en la prensa rosa en España.

—¿Qué te dijo?

—Quería invitarme a un café. No le hice mucho caso, la verdad.

—¿Y la segunda vez que lo viste?

—Estaba en la puerta de la galería, la noche de la inauguración. Yo estaba despidiendo a George Harrison, y entonces lo vi allí parado, fumando un cigarro.

—¿Te dijo algo?

—Como creía que era un periodista, le pregunté si estaba buscando una exclusiva, y solo contestó que era un «fantasma del pasado».

Alba esperaba que Elliot se mostrara sorprendido por aquellas palabras, o que al menos le parecieran absurdas. Él no mostró la mínima expresión.

—¿Podrías describirlo?

—Es fácil, se parece mucho a ti, tanto que podrían confundiros a la distancia.

—¿Y su pelo?

—Es lo que os diferencia. De un negro tan intenso que parece teñido.

El hombre de hielo ni siquiera parpadeó. Entonces, Alba supo que había muchos motivos para preocuparse. El imitador no era un simple aficionado tratando de hacer carrera siguiendo los pasos de un ladrón experto. Era alguien importante en el pasado de Elliot.

—¿Qué voy a hacer contigo, Alba Lerna? —suspiró, por fin, como si hubiera vuelto de algún lugar muy lejano.

—Puedes llevarme a la cama y abrazarme de nuevo. Toda la noche.

Ninguno de los dos podía dormir, Alba no dejaba de hacer preguntas. Parecía que era el momento de las últimas confesiones, de hablar de recuerdos que había mantenido enterrados tan profundos, durante tantos años, que no sabía si lograría llegar hasta ellos.

Ella le había dicho que era más fuerte de lo que se creía, y esperaba que fuera verdad, porque tal vez con aquella historia lograra ahuyentarla de una vez para todas de su vida.

—Era un amigo del instituto. Lionel Guichard. Mi mejor amigo de entonces. Empezamos juntos en esto, como un reto, un juego de críos —le dijo, completamente ausente de aquel lugar y momento.

Le contó la historia de los dos niños ricos y aburridos, asaltando las casas de sus vecinos para llevarse ridículos trofeos de los que presumir. Le habló de las fiestas, de la admiración de sus amigos, de las chicas, del dinero gastado a manos llenas, sin preocupación ni conciencia.

—¿Cuándo se convirtió en algo más serio?

Por primera vez en años habló de su peor pesadilla, de los hombres de los maletines, de su padre encerrado en el despacho y su madre en el dormitorio. Cavó tan profundo en el hoyo de sus recuerdos que volvió a estar allí, aquella noche, escuchando aquel terrible estampido.

No había ninguna televisión encendida en la casa. Y el sonido de un cuerpo desplomándose tras el tiro se unió al grito alarmado de su madre.

Durante todos aquellos años se había sentido furioso con su padre. Por huir de aquella forma tan cobarde de la ruina que él mismo había provocado. Por abandonarlos a su suerte sabiendo que no tenían medios ni capacidad de sobrevivir, demasiado acostumbrados a una fortuna sin límites que les permitía hasta el mínimo de los caprichos.

En cuanto pasó el trámite del entierro, para no ver todas sus propiedades embargadas su madre huyó a Suiza, donde vivió varios meses en la casa de su hermana. Hasta que la tensión y la amargura le provocaron un derrame cerebral.

A él lo acogió la familia de Lionel como si fuera un hijo, o al menos así fue durante las primeras semanas. Pronto se convirtió en esa visita pesada que no encuentra la hora para marcharse. Y más adelante, en una carga insostenible, cuando ellos también notaron el efecto de malas inversiones y la crisis económica mundial.

Tenía que marcharse de aquella casa y buscarse la vida por sí solo, pero necesitaba algo seguro para hacerlo, no concebía la idea de salir sin más a la calle, sin un euro en el bolsillo, sin tarjetas de crédito ni una cuenta bancaria que le amparase.

—A ellos tampoco les iba bien económicamente. Me di cuenta de que era una molestia en aquella casa y me marché. No tenía

nada, ni sabía hacer nada. Solo la habilidad adquirida en aquellos retos, cuando nos colábamos en casa de algún conocido para robarle un objeto y presumir de nuestra hazaña.

Le dio tiempo para asimilar la información que recibía. Supo que se estaba imaginando cómo sería él en aquel entonces, un muchacho de instituto, acostumbrado a tenerlo todo, que se encuentra de repente en la calle sin nada ni nadie a quién acudir. No necesitaba ahondar en las etapas de su bajada al infierno para provocar su compasión. No podía justificar el camino que había tomado, no lo hubiera hecho de haberse regido por unos sólidos principios morales, y no aceptaría ahora que ella lo absolviera llevada por su gran corazón.

Alba le cogió las manos. Las sintió muy frías entre las suyas.

—¿Seguías en contacto con él todos estos años?

—No. Cuando salí de Marsella me cambié el nombre y el apellido y renegué de todo aquello que había conocido. Solo tuve noticias de su familia hace unos tres años por la prensa. También ellos terminaron arruinados.

—¿Por eso se convirtió en tu imitador?

—O tal vez por venganza. —Elliot inspiró con fuerza—. Poco tiempo después de mi huida de Marsella, Lionel fue detenido. Lo descubrieron por las joyas que regalaba a las chicas con las que salía.

—Y no te descubrió.

—No.

—¿Por lealtad?

—No lo sé, no logro entenderlo. Lionel es muy competitivo. Se tomaba muy en serio nuestros juegos y se ponía furioso si conseguía mi objetivo en menos tiempo que él.

—¿Ocurría a menudo?

—Siempre. El ansia le volvía torpe y a veces hasta se hería en sus incursiones.

—Aquel robo hace poco en Mónaco, había una mujer herida, ¿no?

—Fue él. También hirió a un agente de seguridad. No se asegura de que no haya personas antes del asalto.

—Como la otra noche…

Elliot asintió despacio. Apretó los labios y dos manchas rojas se

marcaron en sus pómulos.

—En realidad, no sé qué piensa ni qué pretende. No creo que tenga mucho que ver con el Lionel que conocí. Han pasado muchos años y la cárcel deja huellas profundas.

—Deberías intentar ponerte en contacto con él.

Elliot negó con la cabeza. De ningún modo iba a caer en aquella trampa. No quería que nada lo volviera a relacionar con Lionel Guichard nunca más en su vida. Había herido a dos personas en sus asaltos, y robado a un capo de la mafia italiana. Era demasiado peligroso.

—No puedo ayudarle, ni creo que él me lo permitiese. Solo espero que lo atrapen cuanto antes.

—¿George Harrison? —preguntó Alba con un bufido incrédulo.

—Él o cualquier otro. Lionel se está arriesgando demasiado y ha ido dejando un rastro fácil de seguir. Es solo cuestión de tiempo.

Alba bostezó y se acurrucó contra su cuerpo, cerrando los ojos.

—Lo siento, tantas emociones me agotan.

—Es muy tarde ya, los dos deberíamos dormir.

Apagó la luz y la tapó con las sábanas. No hacía frío, pero ella aún temblaba a ratos, más por la impresión vivida que por la temperatura.

—Es muy triste todo lo que has tenido que vivir, Elliot, pero ya no estás solo. Ahora yo cuido de ti —le dijo, con la voz pastosa por el sueño.

Esas palabras le arrancaron una sonrisa. Ella era así de especial, capaz de reconfortarle con una frase que sonaría absurda en cualquier otra. Ahora que estaba retirado, debería cederle a ella su título de ladrón más famoso de Europa. Esa mujer le robaba el corazón cada día, con cada palabra, con cada sonrisa, con cada beso.

A las ocho de la mañana Elliot se levantó de la cama después de una noche de insomnio.

Al menos Alba dormía tranquila, sin rastro de pesadillas ni preocupaciones por lo ocurrido de madrugada con el imitador.

¿Cuánto tiempo llevaba espiándolo?

¿Cómo se atrevía a entrar en su casa?

No podía dejar de pensar en lo que hubiera ocurrido si Alba no fuera tan valiente y atrevida.

Su preciosa Alba, que se había enfrentado al intruso con una sartén; apenas vestida con una fina camiseta de tirantes. Era como la fantasía de alguna película porno. El ladrón y la pobre chica sola en su apartamento.

Si los había estado vigilando, a esas alturas sabía lo importante que Alba era para él, así que querría hacerse también con su mayor tesoro. En el instituto solía competir con él por las chicas, y las que más le gustaban eran las que iban detrás de Elliot. Si él no les hacía caso, se aprovechaba de su parecido físico para conquistarlas.

Además, a su viejo amigo siempre le había gustado estar en una posición de superioridad con las chicas. Le excitaba que se mostraban inseguras y temerosas. Si hubiera ganado la pelea, no se habría contentado solo con las joyas de su caja fuerte.

Volvió al vestidor y miró las gotas de sangre seca sobre la tarima. Quería mucha más de esa sangre. Quería golpearlo hasta hacerle perder el sentido.

Abrió la ventana para enfriar sus pensamientos y calmar el pulso que latía furioso en sus venas. Las horas de insomnio le habían servido para reflexionar. Tenía que tomar la iniciativa y no esperar un nuevo ataque del imitador. Aquello ya había llegado demasiado lejos.

Buscó en el cajón cerrado con llave de su escritorio. Allí estaba su tarjeta, por supuesto. La tenía desde hacía mucho tiempo.

Marcó el número y esperó a que le respondiera la telefonista con la voz gangosa que llegaba desde el otro lado del Canal de la Mancha.

—Con el agente Harrison, por favor.

Extracto de la transcripción de las declaraciones de Elliot d'Anglas ante el agente George Harrison

Oficinas de la Interpol. París

—¿Nombre?

—Elliot d'Anglas.

—Nombre completo, por favor.

—Elliot d'Anglas.

—¿Niega usted ser Jean Elliot Boissy d'Anglas?

—No he negado nada. Aún.

—No se haga el listo conmigo, *monsieur* d'Anglas.

—Ni se me ocurriría, agente Harrison.

—Le preguntaré por última vez, ¿su nombre completo es Jean Elliot Boissy d'Anglas?

—Sí. Ese es mi nombre completo. Aunque a estas alturas, querido amigo, ya debería usted saber que Elliot no se pronuncia igual que en inglés. Piense en notas musicales, la más alta no es la primera, sino la última.

—No soy su amigo, *monsieur* d'Anglas.

—Me rompe el corazón, mister Harrison. Con todo lo que hemos pasado juntos…

—Nació usted en Marsella, el veinte de febrero de 1984, hijo de Pierre Boissy d'Anglas y su esposa, de soltera Marie Fontaine.

—Enhorabuena, Harrison, ha seguido usted la pista como un buen sabueso inglés, y por fin ha encontrado lo que tanto tiempo llevaba buscando.

—No debería bromear en una situación así. Le recuerdo que está usted siendo investigado.

—¿Por qué? ¿Por cambiarme el nombre y renegar de mis ilustres antepasados? No sabía que eso era delito.

—Sabe bien los cargos que se le imputan. Ha robado usted en cajas fuertes de hoteles y casas particulares, a lo largo y lo ancho de toda Europa, durante al menos diez años.

—Creo que el té de las cinco se le ha subido a la cabeza, Harrison.

—Usted es el Ladrón de Medianoche.

—Qué tontería. Pensaba que esa clase de nombres solo se utilizaban en viejas películas de Hollywood.

—Cambió su *modus operandi* hace un par de años, aún no sé por qué pero lo descubriré. Desde entonces, siempre deja un reloj roto en el lugar del robo, marcando las doce en punto.

—Insulta usted mi inteligencia. ¿Cree que haría algo tan absurdo? Sería como entregarles la lista de los lugares que he robado.

—Precisamente.

—Usted no ha visto *Solo en casa*, ¿verdad? ¿Le suenan *los ladrones mojados*?

—… Y el siete de enero pasado, el robo en la *suite* del hotel LV Champs-Élysées, donde se alojaba el propietario de la cadena hotelera, el señor Enrique Lerna y su familia. Y de cuya caja se llevó joyas valoradas en más de dos millones de euros.

—Y, según usted, ¿dónde he invertido todas esas fabulosas ganancias?

—Es lo que me falta por saber, *monsieur* d'Anglas. La pieza con la que completaré el *puzzle*.

—¿Sabe una cosa, mister Harrison? En el fondo me cae usted bien. Es buena persona, al estilo inglés, pero buena persona igualmente…

—Volvamos a empezar, entonces. Tengo todo el tiempo del mundo. En 2006, el robo en Milán, hotel…

—Tengo una cita.

—La señorita Lerna, supongo. ¿Sabe ella que la ha estado engañado todo este tiempo? ¿Que le robó a su padre, y a ella misma, y que por lo tanto no es una persona de fiar?

—Se está excediendo, Harrison.

—Usted me obliga, *monsieur* d'Anglas. ¿Está dispuesto ahora a hablar en serio?

—No soy su ladrón, agente, solo intento ganarme la vida con mi galería de arte.

—Un negocio que le habrá costado caro sacar adelante. Ahí invirtió parte de sus ganancias, claro.

—Recibí una herencia inesperada, de mi tía Yvonne, que falleció hace unos meses en las Bahamas. Tengo la documentación correspondiente, puede comprobarlo.

—Seguro que la tiene…

—¿Conoce usted a un perista londinense llamado Eddie Scrooge?

—¿Eddie? ¿No será diminutivo de Ebenezer? ¿El hombre al que visitan tres fantasmas en Navidad?

—Esto es un interrogatorio policial, *monsieur* d'Anglas, no puede tomárselo a broma.

—Es usted quien hace juegos de palabras con personajes de Dickens.

—El señor Scrooge no es un personaje de novela, es el perista más reputado de Europa.

—Un hombre que compra y vende objetos robados, ¿puede tener buena reputación?

—Sigue usted burlándose de mis palabras.

—Es que es usted terriblemente divertido, mister Harrison, y yo siempre he tenido predilección por el humor inglés.

—Volvamos a empezar. ¿Conoce usted al perista londinense de nombre Eddie Scrooge?

—No. Creo que no conozco a nadie con ese nombre. Aparte del personaje de Canción de Navidad, por supuesto.

—Él, sin embargo, ha reconocido una foto suya. Aunque insiste en llamarle Pierre.

—Me confunde. Tengo un rostro muy común.

—No es eso lo que opina la señorita Juliette Martin. Dice que se alojó con usted en el hotel LV Champs-Élysées en dos ocasiones, antes del robo de las joyas de la familia Lerna, y la misma noche del robo.

—¿Intenta confundirme lanzando nombres y datos al azar? Por favor, agente Harrison, al menos ofrézcame un buen café para no

perder el hilo de sus divagaciones.

—Volvamos a su perista, el señor Scrooge. Lo visitó usted el viernes once de mayo en Londres.

—No recuerdo haber visitado a ningún señor Scrooge en esa fecha.

—Pero recuerda haber viajado desde París en el tren Eurostar.

—Hago muchos viajes a otras ciudades europeas, para visitar galerías y conocer pintores.

—En esa cita, el ocho de mayo en Londres, el señor Scrooge le propuso dar su último golpe, robar las joyas Weinmann antes de su subasta en el Hotel LV Champs-Élysées.

—*Monsieur* d'Anglas, yo lo sé, y usted sabe que yo lo sé. Puede que no tenga pruebas concluyentes aún, pero son muchos años siguiéndole, y mi instinto no falla.

—Muchos años perdiendo el tiempo, agente Harrison. Quizá debería haberle denunciado antes, por acoso policial.

—A usted nunca le ha interesado esa clase de alboroto. Se harían preguntas, se investigaría su vida, no podría demostrar de dónde proceden los ingresos para el tren de vida que lleva…

—Solo soy un humilde galerista y un afortunado heredero, ya se lo he dicho.

—Desde hace pocos meses. Antes, y durante mucho tiempo, vivía como uno de esos personajes de la *jet set*, incluso hay fotografías suyas en revistas femeninas, acompañando a alguna modelo rubia. Siempre las ha preferido rubias, esas frías bellezas del Este.

—¿Ahora es un delito malgastar la fortuna familiar? Usted ya ha descubierto que provengo de una rancia familia de la aristocracia francesa.

—Puesto que su padre murió en la ruina, dejando cuantiosas deudas, sería un delito que usted hubiera encontrado la forma de hacerse con su herencia, si es que existe y supo ocultarla antes de morir, y no ocuparse de liquidar los créditos de su padre.

—No tengo ninguna cuenta pendiente y soy un ciudadano que paga sus impuestos, a pesar de que como es obvio en este momento, se malgastan en investigaciones absurdas…

—Tengo varias teorías sobre usted y sus… actividades. Creo que

era un joven que se había criado en la abundancia y la inconsciencia sobre lo que significaba tener que ganarse el pan, y se encontró un día huérfano y desheredado, sin saber cómo ganarse la vida.

—Una historia lacrimógena. Podría venderla para alguna serie de televisión.

—Usted lo sabía todo sobre la vida de la gente rica, ese grupo exclusivo al que antes pertenecía, y por eso le fue fácil acceder a sus cajas fuertes, robando siempre joyas que sabía aseguradas. ¿Para evitarse el cargo de conciencia, *monsieur* d'Anglas?

—¿Cree usted que los ladrones tienen conciencia?

—Creo que usted sí. Y también creo que intentó dejarlo tras el robo en el hotel LV Champs-Élysées.

—Usted no tiene familia, ni un perro al que pasear, ¿verdad? Me lo imagino en su pequeña casita inglesa, de techos bajos y pasillos estrechos, sentado con su taza de té en una butaca floreada cubierta de tapetes de ganchillo, inventándose vidas imaginarias para los sospechosos que persigue.

—Lo que aún no sé es si quiso dejarlo por cansancio, porque ya había ganado suficiente dinero para vivir cómodamente, o porque conoció a la señorita Lerna… Su relación comenzó la noche del robo en el LV Champs-Élysées, ¿o ya se conocían de antes?

—No tenemos ninguna relación.

—Vamos, d'Anglas, si hasta han salido ustedes en la prensa española del corazón. La bella y discreta hija del gran empresario, y el atractivo galerista francés con pasado de rompecorazones.

—¿Lee usted esas publicaciones, agente Harrison? Su vida es triste más allá de todas mis suposiciones.

—En aquella ocasión, en enero, ella fue su perfecta coartada. Me dijo que habían pasado un buen rato juntos en la ópera.

—Entonces podríamos acabar con esto de una vez, ¿no?

—En realidad, esa confesión innecesaria me obliga a incluir a la señorita Lerna en la lista de posibles encubridores, y/o cómplices.

—Solo pretende presionarme con esa idea absurda.

—¿Lo consigo?

—No.

—¿Le ha confesado su pasado? El amor nos nubla el raciocinio, sin duda, y es evidente que está usted muy enamorado…

—Olvídese de Alba, Harrison, soy yo su sospechoso, ¿recuerda?

—El encubrimiento es un delito grave, *monsieur* d'Anglas.

—Ella no pretendía encubrirme. Es cierto que estuvimos juntos en la ópera en aquella ocasión, pero estoy dispuesto a prescindir de su testimonio si es preciso.

—Sin su testimonio, no tiene usted coartada.

—Pero tengo algo que puedo darle a cambio de mi libertad: al verdadero Ladrón de Medianoche…

—¿Un imitador? ¿Pretende que me crea eso?

—No sería tan extraño, siempre ha habido delincuentes de poca monta aprovechándose del estilo y los conocimientos de otros más hábiles y astutos.

—O sea, que ese imitador le ha estado siguiendo la pista, aprendiendo sus trucos y aprovechando su «retiro» del oficio para suplantarle.

—No estoy hablando de mí, esto no es una confesión, Harrison, no lo tome como tal.

—Pero me dice que el ladrón de los dos últimos años es un imitador del Ladrón de Medianoche, que por eso se aprecian cambios en su *modus operandi*.

—Eso es lo que le digo, exactamente. La diferencia es que este no es tan cuidadoso, seguro que ha dejado más de una pista que le llevará a su identificación.

—¿Por qué me cuenta esto? Si logramos detenerle, podríamos acusarle de todos los robos cometidos por el ladrón original, pero ahora que sabemos que solo es un imitador…

—Se lo cuento a cambio del inmenso favor que me va a hacer por darle toda la información que tengo sobre el imitador… Ya sabe lo que quiero. Deje en paz a la señorita Lerna, y el ladrón será suyo.

El tobillo de Cenicienta

Alba se sentía un poco como una adolescente rebelde, llevando a la exposición al novio que su padre aún no había aceptado. Había decidido pasar al ataque. Si esperaba que en algún momento aprobase su relación con Elliot, tenía que mantenerse firme y demostrarle que iba muy en serio.

A pesar de su decisión los nervios la traicionaron. Al cruzar el vestíbulo, tropezó con la alfombra y dobló el tobillo. Elliot estaba allí, su caballero andante, para impedir que se estrellara contra el suelo.

—¿Te has hecho daño?

Levantó el pie del suelo y probó a mover el tobillo. Dolía un poco, pero no parecía grave. El zapato se le deslizó y cayó al suelo.

—No es nada —dijo.

Elliot se apresuró a recoger el zapato y se inclinó para ponérselo. Su mano cálida le masajeó el tobillo con suavidad. Aquella caricia subió por su pierna provocándole pensamientos demasiado calientes para una inocente Cenicienta de cuento.

—¿Seguro?

—Seguro —insistió, y le puso una mano en el pecho cuando él volvió a erguirse—. Eres mi príncipe azul y mi caballero de brillante armadura. Dos en uno.

Elliot no parecía de humor aquella noche. Apenas había mirado su vestido, su Vuitton, el mismo de la noche de la ópera. Ella esperaba que le trajera buenos recuerdos y se había vestido con tiempo de sobras por si sentía la urgente necesidad de arrancárselo; aunque se había quedado con las ganas.

Desde el asalto del imitador él había estado más distante que nunca, incluso en el sexo. A veces tenía la impresión de que se estaba despidiendo de ella, con cada caricia, con cada beso.

Su madre los vio y se acercó a darles dos besos a cada uno.

Estaba deslumbrante con un vestido blanco que resaltaba su piel cremosa y su melena platino. Parecía el hada buena de alguna película de Disney, lo que hacía difícil mantener una actitud hostil contra ella.

—Estáis guapísimos —les dijo al tiempo que los arrastraba hacia la sala de la exposición, presentándoles por el camino a algunos invitados—. Quiero que os divirtáis, pero también que seáis mis ojos y mis oídos. No conozco a todos los asistentes, y me interesan especialmente los dueños de grandes y sólidas fortunas, que estén dispuestos a hacer buenas pujas en la subasta.

El evidente fastidio de Alba no fue suficiente para desanimarla. Se alejó hacia una persona que la saludaba con la mano, abandonándolos en medio de la estancia, demasiado iluminada.

—No la he perdonado todavía —dijo, aunque solo fuera para convencerse a sí misma.

La sonrisa comprensiva de Elliot dejó claro que no la creía. Era sorprendente lo bien que la conocía ya, mientras que ella tenía que conformarse con la poca información que le iba dejando caer sobre su pasado. Aunque después del susto de la noche del asalto en su piso, las cosas habían mejorado bastante. Aún se conmovía al recordar lo que le había contado sobre la ruina de su familia y el suicidio de su padre; era una historia demasiado triste y le dolía el corazón al pensar en el Elliot adolescente que había tenido que soportar todo aquello en soledad.

Alejó aquellos pensamientos cuando Elliot tiró de su mano para que lo acompañara a ver la exposición. Era una noche para divertirse, se dijo, no dejaría que ninguna triste historia familiar la estropeara.

A su alrededor diversas vitrinas sobre pedestales de mármol albergaban la colección Weinmann. La que tenían más cerca lucía joyas de diseño *art déco*. Alba se fijó especialmente en un broche con forma de escarabajo egipcio, ojos de zafiro y alas cuajadas de pequeñas esmeraldas.

—Perfecto para Mata Hari —le dijo a Elliot, que miraba las joyas con auténtica pasión.

—Fascinante.

—Si miraras así a otra chica, tendría un ataque de celos.

Se giró hacia ella y salió de su ensueño sorprendido por sus

palabras. Deslizó una lenta y larga mirada por su escote, mucho más ardiente que la que le había dedicado a las joyas.

—Los ataques de celos no son tu estilo.

—No, no lo son.

Le acarició el cuello y la barbilla, deslizando un dedo por la línea de la mandíbula.

—He tenido muchas joyas en mis manos —le susurró al oído—, pero ninguna tan preciosa como tú.

Alba se agarró de su brazo para no perder el equilibrio. Aquellas palabras, unidas a la caricia de su aliento en la oreja, y al pequeño pero molesto dolor del tobillo, hacían peligrar su estabilidad.

Caminaron hasta la siguiente vitrina, donde había un surtido de pitilleras, pastilleros, y abanicos con mango de nácar e incrustaciones de piedras semipreciosas.

—Es una colección magnífica. No exageraba.

—¿Quién?

Elliot frunció el ceño, contrariado. Sin duda, no había querido decir aquellas palabras en voz alta.

—Me hablaron de esta exposición, hace algún tiempo…

—¿Alguien interesado?

—Sí.

—¿Interesado en participar en la subasta?

—No.

—¿Debería preocuparme? ¿Avisar a mi madre?

—No, en absoluto. Ya me he ocupado yo.

Le vio hacer un gesto de saludo hacia alguien a su espalda. Se volvió sabiendo lo que encontraría: la cara rubicunda y el absurdo bigote del hombre que parecía Hércules Poirot, pero tenía nombre de Beatle.

—Ya me siento más tranquila —dijo, con toda la ironía que pudo incluir en cinco palabras.

—El agente Harrison sabe hacer su trabajo.

—Por eso no ha conseguido reunir pruebas contra… el Ladrón de Medianoche en todo el tiempo que lleva siguiéndole.

Elliot la arrinconó detrás de una columna, contra la pared, para que su conversación no llegara a oídos indiscretos.

—Pero solo porque el ladrón hace su trabajo aún mejor que él.

—*Hacía* su trabajo —puntualizó, y él asintió, aunque le pareció

que lanzaba una mirada nostálgica hacia las relucientes vitrinas llenas de joyas que llenaban la sala.

—No va a pasar nada. Las medidas de seguridad son buenas, y la presencia de la Interpol logrará que el imitador desista.

—Dices que le apasiona el riesgo.

—Pero no es estúpido.

—Si tú… —Alba se detuvo a replantear la pregunta—. Si el auténtico ladrón tuviera que hacer… este trabajo… ¿Cuándo lo haría?

La rápida respuesta le demostró que había estado pensando mucho en el tema.

—Depende de lo que se quisiera llevar. Si es solo alguna joya seleccionada, durante la cena sería posible.

—Habrá un guardia vigilando la sala.

—Se le puede distraer.

—Las vitrinas están cerradas.

—Se pueden abrir.

—Y tendrán alarma.

—Se puede anular.

Alba jadeó, falta de respiración. No llegaba el aire acondicionado a aquel rincón de la sala, o tal vez era el sofoco de estar así, entre Elliot y la pared, sin espacio para moverse.

—¿De verdad es tan fácil?

—En absoluto. Si lo fuera, cualquiera lo haría.

—¿Es bueno? El imitador, quiero decir.

—No tanto como el original.

Ella le puso las manos sobre el pecho, notando su piel bajo la camisa, tan caliente como la suya. El corazón le latía deprisa.

—Seguro que no —convino.

Se puso sobre las puntas de los pies para darle un beso demasiado corto, no quería atraer la atención de los compradores que deambulaban entre las vitrinas.

—¿Y si nos vamos? —le preguntó él, rodeándole la cintura con las manos—. Dejemos que Harrison haga su trabajo, y olvidemos todo esto.

—Tenemos que cenar con mis padres, me toca hacer de escudo entre Silvia y mamá.

El tobillo que había doblado al entrar le dio un pinchazo, y tuvo

que apoyarse más en Elliot.

—¿Te duele?

—Solo es una molestia que se alivia si lo muevo.

—¿Quieres seguir viendo la colección?

—Sí, quizá me compre algo.

—¿Con tus ahorros de camarera a media jornada?

—¡Eh! No desprecies mi trabajo honrado, con lo que ganaba casi podía pagarme el alquiler de mi piso.

—¿Y comer?

—Comer tres veces al día está muy sobrevalorado.

Se apoyó de nuevo en su brazo, en parte porque no se sentía muy segura sobre el tobillo dolorido, pero sobre todo porque le encantaba estar así, tan pegados que el aire que respiraba se mezclaba con el aroma de la colonia de Elliot. Le recordaba a la noche que se conocieron, cuando tropezaron en la ópera. Entonces también se había aprovechado de *su dolor* para reconocer bien a fondo el cuerpo del atractivo desconocido.

En otra vitrina había una colección de relojes, de pulsera y de cadena, de oro, plata, y algunos con incrustaciones de piedras preciosas.

—Creo que deberían volver a ponerse de moda los relojes de cadena —bromeó Elliot.

—En la Gran Bretaña nunca dejaron de estar de moda —contestó George Harrison, acercándose.

Ese hombre era como un grano en la frente, pensó Alba. La clase de grano que te sale justo el día que tienes una cita importante.

—¿Nostalgia de su país, agente Harrison? —preguntó Alba—. Pasa tanto tiempo aquí que ya habla francés como un parisino.

El detective podía tener un aspecto algo ridículo, pero no era tonto, en absoluto. Se tocó sus largos bigotes, retorciéndose las puntas, y le dedicó una mirada demasiado paternal.

—Usted siempre tan encantadora, *mademoiselle*.

Había la suficiente ironía en su expresión como para que le perdonara el acoso, por el momento.

—¿Busca a su ladrón de joyas? Me parece demasiado arriesgado intentar algo esta noche, con tantas medidas de seguridad.

—Es la primera vez que se expone la colección Weinmann, y después de esta noche se venderá por piezas sueltas como artículos

de un mercadillo; será difícil seguirle la pista a cada una. —El detective se balanceó sobre sus pies, como un marinero en la cubierta de un barco—. Sería un gran golpe, irresistible para alguien tan vanidoso como el Ladrón de Medianoche.

—¿Vanidoso?

Elliot le habló por primera vez, inclinando la cabeza y enarcando las cejas. Sí, bueno, sin duda era algo vanidoso, pero tenía motivos sobrados para serlo.

—Es un perfeccionista, hace su trabajo mejor que nadie, y solo escoge las mejores joyas, descartando las opulentas y las de diseño dudoso.

—Un hombre con buen gusto.

—Un ladrón debería pensar en el valor del objeto robado, no en su belleza.

—Quizá los objetos bellos se vendan mejor en el mercado negro.

—Quizá.

Se miraban cara a cara, sondeándose, como dos duelistas antes de desenvainar sus espadas. Elliot jugaba al gato y al ratón, y el agente Harrison, muy cómodo en su papel de roedor, se dejaba acosar, para sorpresa de Alba.

Alguien la estaba llamando. Se giró y allí estaba Silvia, sola. Las tres capas de maquillaje que cubrían su rostro no lograban disimular su disgusto.

—¿Y papá? —preguntó, mirando a mi alrededor—. ¿Aún no ha bajado?

—Salió de la *suite* antes que yo, venía a preguntarte si lo habías visto.

—No…

—¿Y a tu madre?

Mentiría si dijera que no se esperaba algo así. Tras el infarto, había visto como sus padres se reconciliaban y se permitían comenzar algo parecido a una buena amistad. Podía comprender que Silvia estuviera inquieta.

—Estaba en el vestíbulo, recibiendo a los invitados.

Silvia asintió, pero no hizo ademán de marcharse.

El agente Harrison debió de comprender que estaba ante una pequeña crisis familiar, y se despidió con una elegante y anticuada inclinación de cabeza.

Elliot se mantuvo un rato a su lado. El silencio se prolongó tanto que decidió ofrecerse a traerles unas copas. Ni siquiera preguntó de qué las querían.

—Me preocupa tu padre, Alba, me preocupa su salud —dijo Silvia en cuanto se quedaron a solas.

—El médico dice que está perfectamente. Solo tiene que cuidarse un poco…

—¿Crees que le hace bien todo esto? ¿Acudir a fiestas y volver a ver a la mujer que lo abandonó?

—Es mi madre.

No tenía por qué defenderla, a ella también la había abandonado, y ahora reaparecía en sus vidas como si no hubiera pasado nada, como si se pudiera recuperar el tiempo perdido solo porque ella así lo deseaba.

—Le hizo mucho daño. Tú eras una niña y no te dabas cuenta de esas cosas.

—Es algo que tienen que arreglar entre ellos. Perdonar y pasar página es muy sano, incluso para un corazón delicado.

—¿Tú la has perdonado? —dijo, y Alba no pudo disimular el dolor de aquel dardo en su corazón—. Cuando alguien a quien amas y con quien te has comprometido para toda la vida te abandona sin mirar atrás, provoca un daño difícil de sanar. —Silvia miró a su alrededor, incómoda por sus propias palabras—. Cuando conocí a tu padre era un hombre obsesionado con su trabajo, que no se permitía un descanso ni la idea de buscar la felicidad más allá de su éxito en los negocios.

—Recuerdo muy bien cómo era entonces.

—En los últimos años ha empezado a bajar un poco el ritmo, delega algunas responsabilidades en Rocío, y se da algún capricho, como un viaje de fin de semana para ir a cenar a algún restaurante de moda.

Alba se sentía confusa. Pensaba que esas salidas eran cosa de Silvia, siempre presumiendo ante sus amistades de que habían conocido al último *chef* estrella Michelin, que les había enseñado personalmente su cocina. Ahora comprendía por qué su padre, que solía ser de gustos sencillos en cuanto a la comida, se había vuelto un tanto sibarita y seleccionaba con mucho cuidado cada plato que pedía en un restaurante.

—Rocío es una gran ayuda para él —dijo, recordando la discusión que habían tenido sobre la posible venta del hotel—. Lamento lo que ocurrió cuando papá estaba ingresado. Todas estábamos muy nerviosas aquellos días.

Le costó horrores decir aquellas pocas palabras, por eso se sorprendió del alivio que sintió al hacerlo. Tendría que hacer más caso a los gurús de la autoayuda cuando afirman que pedir perdón es liberador.

—Tenías razón. Tu padre nunca quiso vender el Champs-Élysées —concedió Silvia, de aquella manera suya, sin reconocer culpa por su parte.

Alba se permitió saborear aquel momento. Ella se había disculpado y a cambio Silvia reconocía que había acertado. Quizá era el comienzo de una gran amistad, pensó, sin atreverse a decirlo en voz alta. No creía que Silvia reconociera la cita de *Casablanca*, pero era mejor no tentar la suerte y que pensara que se burlaba de ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó al notar que la miraba desconcertada.

—¿Ese no es el colgante que te robaron en enero?

Se llevó la mano al cuello, tapando demasiado tarde su corazón de diamante. Tenía que buscar una explicación rápida, Elliot se lo había advertido pero lo olvidó por completo. ¿Qué era lo que le había dicho él?

—Me equivoqué. No estaba en la caja fuerte, estaba en un bolsillo de una chaqueta…

—¿Por qué no lo dijiste?

—Lo encontré semanas después… —Le costaba improvisar sobre la marcha, nunca se le había dado bien mentir—… No uso mucho esa chaqueta…

Una alarma sonó insistente en la cartera de mano de Silvia. Alba miró cómo sacaba su móvil y consultaba el mensaje.

—¿Ocurre algo?

—Es la hora de que tu padre tome las medicinas. Espero que no haya estado bebiendo.

—¿Te ayudo a buscarlo?

Elliot regresaba en ese momento con dos copas en las manos. Le ofreció una a Silvia, que la rechazó impaciente.

—Está en la barra de la cafetería, hablando con el director del hotel —les dijo.

—¿Camille también está con ellos? —preguntó Silvia.

—Sí.

Se marchó sin despedirse, en dirección al vestíbulo.

Te pones tan guapo cuando sonríes…

—¿Debería de seguirla y asegurarme de que no monta una escena? —le dijo Alba a Elliot, sin dejar de mirar el pasillo por el que había desaparecido su madrastra.

—Diría que no le gustan las escenas en público.

—Tienes razón. Se aguantará las ganas, aunque solo sea por no llamar la atención.

Elliot la observó mientras bebía de su copa, y se quedaba un buen rato mirando las burbujas que flotaban en el líquido dorado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Creo que he sido injusta con Silvia. Se preocupa de verdad por papá.

—Es una mujer de carácter fuerte y no regala sonrisas precisamente, lo fácil es pensar mal de ella.

—Su rudeza es como si llevara una piel de asno —dijo Alba, recordándole que habían hablado de aquel cuento en una ocasión.

—Y la belleza está en el interior —dijo Elliot, fingiendo seriedad aunque no podía evitar reírse.

Alba lo estaba mirando embobada. Siempre tan transparente. No ocultaba ni fingía sus emociones, cada una de sus expresiones demostraban lo que sentía en cada momento. Ya habían superado la fase de la pura atracción física y entraban en una nueva, la de la confianza y los sentimientos profundos. Se rio de nuevo al pensar que le daba demasiadas vueltas a algo que era muy sencillo: estaba completa y locamente enamorado de ella.

—Te pones tan guapo cuando sonríes, que hasta te perdono que te burles de mí —dijo.

—¿Eso es un halago o se te está subiendo el *champagne* a la cabeza?

—Es la pura verdad.

—Entonces contradices tus propias palabras, nada de belleza interior ni tonterías, solo me quieres por mi físico.

—No hay duda de que es un punto a tu favor.

Ella se estaba divirtiendo, y a Elliot lo volvía loco cuando se ponía juguetona.

—Pues no pensaba decirte esto, para no alimentar tu vanidad, pero tú también te pones muy guapa cuando sonríes. —Se inclinó hasta rozarle apenas los labios—. Eres la chica más bonita de la fiesta, de todas las fiestas, de París y del mundo entero. Lo eres para mí. Y lo eres por dentro y por fuera.

—Eso es muy dulce, *monsieur* d'Anglas.

—No tanto como tú.

Un grupo de gente se arremolinó a su alrededor, tratando de ver la vitrina ante la que se habían detenido. Se movieron unos pasos, para evitar que los empujasen, y entonces un hombre alto, de cabello negro, pasó por su lado, tan cerca que rozó a Alba con el hombro.

Un fantasma del pasado ante él, en carne y hueso.

Trató de seguirlo, pero el grupo que les rodeaba, impacientes por contemplar el contenido del expositor, les impedía moverse.

—¿Es él? —preguntó Alba, tirando de su manga para obligarlo a mirarla.

Lo había reconocido. A pesar de que apenas había alcanzado a ver su perfil.

Invocó en su interior al hombre de hielo, el que no aceptaba preguntas ni compartía información sobre su vida. Con nadie.

—Tengo que…

—¿Es tu amigo? ¿Lionel?

—Ahora no tengo tiempo, Alba.

—Dímelo. Necesito saberlo.

El grupo se fue disolviendo por fin, pero ya no había ni rastro del hombre de cabello negro, y Alba seguía sujetando a Elliot por la manga.

Elliot la cogió de una mano y se la llevó hacia un rincón tranquilo, donde nadie podía escucharles sin que se dieran cuenta.

—¿Cuál crees que es su plan? ¿Robar la colección?

—Imposible. Demasiados expositores, cada uno con su sistema de seguridad. —Miró a su alrededor, valorando las opciones—. Se

concentrará en uno solo, el más valioso. Lionel no aprecia la belleza, solo pensará en el beneficio.

—Es posible que se arrepienta, sabiendo que tú estás aquí.

—Eso solo es un aliciente más para él. Doble riesgo, doble emoción.

—Tal vez crea que tú también estás interesado.

—Es posible.

—¿Lo tomará como una competición?

—Si queda algo en él del joven alocando e inconsciente que conocí, sí, para él es una competición. Y esta vez querrá asegurarse de que será el ganador.

Camille se desplazaba entre los invitados, saludándoles e invitándoles a dirigirse hacia el comedor.

—Van a servir la cena.

—Ve tú delante, yo tengo algo que hacer.

Ella le puso una mano en el hombro, como si pensara que podía detenerlo. Elliot ni se dio cuenta y siguió andando, tenía que encontrar a George Harrison y advertirle de que su pronóstico se había cumplido. La dejó allí sola, con la mano en alto acariciando el espacio vacío que había dejado con su ausencia.

Alba se desvió de camino al comedor para ir primero a los baños. El tobillo torcido le seguía molestando y quería comprobar si lo tenía hinchado. En el botiquín del hotel seguramente tendrían algún remedio que pudiera aliviar el dolor, y ayudarla a aguantar el resto de la velada, si era necesario.

Todos los invitados se dirigían al comedor, y a lo lejos vio llegar a Lidia y Paul. Su amiga le había advertido que se retrasarían, porque ella tenía prácticas en la escuela de cocina hasta tarde.

Esperó a que se acercaran, comprobando la expectación que levantaban a su paso. Lidia se había vestido de blanco y parecía una ninfa recién salida del bosque. Paul llevaba el esmoquin de rigor, el cuello blanquísimo de la camisa era el contraste perfecto para su piel café.

—Debería estar prohibido ser tan guapos —les dijo, dándole dos besos a cada uno.

—Estamos agradecidos a las diosas por sus dones, y los compartimos generosamente con el resto de la humanidad —declaró Lidia al tiempo que abarcaba a todos los asistentes con un

elocuente gesto de las manos.

—Sabes que no deberías beber con el estómago vacío.

—Solo ha sido un mojito en la cafetería del hotel. Venía muerta de sed de tantas horas en la cocina.

—Alba tiene razón. —Paul le rodeó la cintura con un brazo y la apretó fuerte contra su costado—. Ven, vamos a sentarnos a ver si sirven pronto la cena.

—Sois unos aburridos y no dejáis que una chica se divierta.

Paul se inclinó sobre su oído y le susurró algo que la hizo soltar una carcajada.

—Esto es un hotel, ¿sabéis? —bromeó Alba—. Arriba hay un montón de habitaciones.

Se alejó de ellos, sin paciencia para tanto arrumaco. Le hacía muy feliz ver que se iban solucionando las cosas entre ellos. Lidia había hablado con la psicóloga, que le recomendó realizar unas cuantas sesiones para analizar los motivos de sus celos y aprender a manejarlos. La mejoría era notable y, de seguir así, se veía vestida de dama de honor antes de que acabase el año.

Saludó al pasar junto a sus hermanastras, que charlaban con dos hombres que parecían padre e hijo. El padre, un francés estirado que apuntaba al cielo con su prominente nariz mientras hablaba. El hijo, entre fascinado y aterrado por la verborrea de Belén, que le ponía una mano a ratos en el brazo a ratos en el pecho, y le lanzaba flechas con cada mirada, todo ello sin perder el hilo de su conversación.

Los invitados parecían divertirse, el salón estaba precioso, y la colección Weinmann, o Goldstein si aquella familia judía que la reclamaba a través de la prensa lograba probar el espolio, era impresionante. Un éxito para su madre, del que Alba se alegraba sinceramente. Solo quedaba esperar que, tras la subasta, ya no tuviera motivos para reunirse tan a menudo con su padre, y todo volviera a la normalidad. Era raro ponerse por una vez del lado de Silvia, pero la sincera preocupación que expresaba por la salud de su padre le estaba haciendo cambiar de opinión sobre su madrastra.

Se adentró en el pasillo vacío que llevaba a los aseos sin darse cuenta de que la seguían. Cuando el hombre la detuvo, sujetándola por un codo, se volvió sobresaltada.

—Ni se te ocurra gritar —le advirtió el hombre del pelo negro.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Hay agentes de la Interpol entre los invitados.

—Y no querrás que detengan a tu novio.

—Él no ha hecho nada. Pero puedo demostrar que tú eres el ladrón que entró la otra noche en su apartamento. El vendaje que llevas en la nariz es la única prueba que necesito.

—Elliot no habrá denunciado el allanamiento a la policía.

—Claro que lo hizo.

El imitador no la creyó. Alba trató de mantener la calma, sin rehuir aquella mirada amenazadora. Tenía sombras oscuras bajo los ojos, secuelas del derrame que le había provocado cuando le golpeó la nariz con la sartén. Por primera vez se dio cuenta de que poseía unos labios muy finos, lo que dotaba a su sonrisa de un aire cruel. Se preguntó cómo había podido llegar a pensar que los dos se parecían. No había ni rastro de maldad en Elliot, incluso cuando se convertía en el hombre de hielo.

Lionel Guichard, sin embargo, era el reflejo del diablo.

—Pagarás por lo que me hiciste —aseguró, y Alba temió que tratara de golpearla.

—Fue menos de lo que te merecías.

—Ya veo que eres muy valiente, a ver cuánto te dura el coraje cuando le entregue a vuestro amigo George Harrison las pruebas que he ido coleccionando contra Elliot a lo largo de los años.

Era un farol, solo quería asustarla y no podía permitirlo.

—¿Pruebas de qué? Elliot no es tan torpe como tú.

Lionel la agarró por los hombros y la sacudió hasta que su cabeza se estampó contra la pared que tenía detrás. El dolor le llenó los ojos de lágrimas.

—Grabaciones de cámaras.

—Te lo estás inventando.

—Quizá sea él o quizá alguien que se le parece. —De nuevo curvó sus finos labios en una sonrisa feroz—. Esas cámaras de seguridad no tienen muy buena resolución, ¿sabes?

Esa era su jugada, dejar que las cámaras le grabaran, quizá de medio perfil o entre sombras, y aprovecharse de su parecido físico con Elliot.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—¿Ya te rindes? Qué decepción, esperaba que presentaras más

batalla.

La arrinconó con su cuerpo contra la pared y acercó tanto la cara que Alba pensó que la besaría. Sintió náuseas al notar su excitación. Quería algo más de ella que un resarcimiento por la nariz rota. Quizá estaba tan obsesionado con Elliot como para desear todo lo que él tenía. Su fama como el mejor ladrón de Europa, los trofeos que guardaba en su caja fuerte y la mujer con la que salía. La bilis subió a su garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar.

—¿Esto es todo lo que sabes hacer? ¿Amenazar a mujeres?

—Elliot siempre se llevaba las chicas más guapas, y yo tenía que conformarme con las sobras. También era buen estudiante y todas esas cosas; le auguraban un futuro brillante. Cuando su familia se arruinó y su padre se pegó un tiro, yo estaba allí para consolarlo. Nunca se dio cuenta de lo mucho que disfrutaba con su desgracia.

Elliot le había contado lo de su padre. Recordaba sus largas y dolorosas pausas cuando le habló de la ruina de su familia. Su corazón se rompió un poco por el muchacho que había tenido que pasar por tantas desgracias y solo había tenido a su peor enemigo para acompañarlo.

—¿Es solo por envidia? ¿Sabes lo ridículo que suena que le guardes rencor durante tantos años por algo tan infantil? Siempre habrá alguien mejor que tú en el mundo, ¿los vas a seguir a todos? ¿Imitar sus pasos? ¿Acosar a sus novias?

—No entiendes nada. No importa, esta no es una confesión ni nada por el estilo. Solo quiero que sepas que tengo pruebas contra Elliot y no dudaré en usarlas si no haces lo que te pido.

Por fin se separó de ella, y Alba pudo respirar hondo, controlando el profundo malestar que sentía ante su presencia.

—Dímelo de una vez.

—Vas a seguirme hasta la entrada y luego irás al comedor a buscar al agente Harrison y denunciar un robo.

Lionel estiró una mano y Alba entrecerró los ojos, convencida de que la iba a abofetear. Solo sintió un tirón en el cuello cuando le arrancó el colgante con su corazón.

—¡Devuélvemelo! —suplicó, sin atreverse a gritar.

—Les dirás que te he robado y me has perseguido hasta el vestíbulo, y que me has visto huir calle abajo.

—No haré tal cosa.

—Lo harás y te asegurarás de que Harrison y los hombres de apoyo que haya traído, salen a perseguirme.

—Nadie se creerá que te has conformado solo con robar mi colgante.

—Tendrás que ser muy convincente en tu actuación. Recuerda que las pruebas contra Elliot son muchas y de mucho peso.

Lionel se guardó el colgante en su bolsillo y luego tiró de ella, cerrando su mano en torno a su muñeca con tanta fuerza que supo que le dejaría la huella de los dedos marcada en la piel.

La llevó hasta el vestíbulo por un pasillo que no pasaba cerca del comedor ni de la sala de exposición de la colección. Salieron juntos por la puerta giratoria a la cálida noche de la Avenida Champs-Élysées.

—Ha sido un placer, *mademoiselle* Lerna —se despidió, apretándole aún un poco más la muñeca antes de soltarla—. Cuenta hasta diez, y luego corre a por el agente Harrison y a por tu novio. Estarán preocupados al ver que tardas tanto en aparecer.

Lo vio marcharse con paso casi despreocupado. Caminó por la acera, cruzándose con parejas elegantes que disfrutaban de la noche de verano, y desapareció en un callejón.

Se frotó la muñeca y tragó hondo varias veces, tratando de recomponer su estómago revuelto. Luego volvió a entrar en el hotel y arrastró los pies hasta el comedor.

No le quedaba más opción que cumplir sus órdenes.

Mentiras piadosas y de las otras

Tocaba mentir a sus seres más queridos. No era lo mismo ocultarles información, como, por ejemplo, que su novio tuviera una larga carrera delictiva a sus espaldas, incluido el robo de las joyas de Silvia. En realidad, eso lo hacía por su propio bien. Ella podía ignorar el pasado de Elliot, y a ellos no les hacía falta saberlo. Esto era mucho más grave.

Pero ahora tenía que mentirles a todos, incluido un agente de la Interpol.

La situación, unida al mal trago pasado con Lionel en los baños, estaba a punto de provocarle una crisis nerviosa, así que se dejó llevar y la utilizó para dar credibilidad a sus palabras.

—Me han robado… —anunció, acercándose a la gran mesa en la que se sentaban los invitados importantes con sus padres, su madrastra y sus hijas.

Elevó la voz para que llegara a su derecha, donde estaba Elliot con Lidia y Paul, y a la mesa de su izquierda, de donde se levantó alarmado George Harrison.

—Mi corazón. —Se llevó una mano al cuello—. Mi colgante de corazón —aclaró ante las miradas extrañadas de su improvisado auditorio.

Hubo varias exclamaciones, su padre también se puso en pie y Alba recordó en ese momento su infarto y la necesidad de no causarle sobresaltos.

—¿No le robaron un colgante con un diamante en forma de corazón en enero, en este mismo hotel? —preguntó George Harrison, desconcertado.

—Fue un error. El colgante apareció en una de mis chaquetas.

—Debería haber informado…

—Lo sé. —Alba levantó una mano y detuvo al agente, ese no era el tema en aquel momento—. Ese hombre, me dijo que era el

ladrón… El Ladrón de Medianoche… Me dijo que le había acusado de robarme el colgante, así que había vuelto para llevárselo.

No sabía si lo que decía tenía algún sentido o era lo más absurdo que se podía haber inventado. Esperaba que su evidente disgusto le diera credibilidad a sus palabras. Ver lo pálido y furioso que se estaba su padre, la ponía al borde de las lágrimas.

—¿Dónde está el ladrón ahora? —preguntó Elliot, el más calmado de todos.

—Huyó. Le seguí hasta la calle. Iba camino del Louvre.

En el alboroto que siguió, George Harrison y dos discretos caballeros que hasta el momento habían pasado desapercibidos, se levantaron y desaparecieron en dirección al vestíbulo. Camille trató de poner orden, explicando al resto de invitados que todo estaba bien, solo era un pequeño altercado que estaría resuelto antes de los postres. Silvia y sus hijas cuchichearon entre ellas tratando de entender qué estaba pasando. Enrique Lerna se acercó a su hija para repetir una extraña costumbre que había adquirido tras su infarto: darle un largo abrazo.

—¿Estás bien?

—No me ha hecho nada.

—Te ha asustado y solo por eso se merece que le parta la cara.

Alba se rio y se tuvo que aguantar las ganas de decirle que ella ya se había ocupado de eso. Luego notó la presencia de Elliot, a su lado, sin atreverse a tocarla hasta que su padre la dejara libre.

—No es una frágil florecilla, d'Anglas. Siempre ha sabido defenderse sola —dijo su padre, mirándolo por encima de su hombro, antes de volver a abrazarla—. Vas a tener que conseguirle una bomba de oxígeno a tu novio, se ha quedado sin aliento.

A continuación la soltó, para empujarla suavemente hacia los brazos de Elliot.

—¿Era Lionel? —le preguntó al oído.

—Tenemos que hablar en privado.

Cruzaron el comedor entre miradas intrigadas, saliendo por la puerta que daba a la exposición de las joyas de la subasta.

—¿Qué ocurre?

—Es una trampa, pero no sé qué pretende.

Le contó rápidamente lo que el imitador le había hecho y sus instrucciones específicas.

—Quiere a Harrison y sus hombres fuera del hotel. Eso significa que lo va a intentar esta misma noche.

Y entonces se apagaron las luces de la sala. Las del techo y los expositores. Solo quedó el tenue brillo rojo de las salidas de emergencia.

Camille no estaba disfrutando de la fiesta. Era imposible con lo mal que le estaba saliendo todo. Primero Enrique la rechazaba, después de toda la intimidad que habían recuperado tras su infarto. Ahora le venía con que nunca la había perdonado y que no podía fiarse de ella. Prefería quedarse con la arpía de su segunda esposa, que la odiaba desde que la vio aparecer por primera vez en el hospital.

Por no hablar de Alba, que se negaba a dejarla entrar de nuevo en su vida. Ni siquiera sabía cómo le iba con su atractivo novio ni qué planes tenían de futuro.

No había sido buena idea tratar de recuperar a su familia perdida. Solo un momento de debilidad que tenía que superar. Aquel jeque que había llegado dispuesto a llevarse los objetos más valiosos de la colección podía ser su futuro objetivo. No estaría mal una aventura con un hombre tan exótico.

Cuando las luces se apagaron, se armó un nuevo alboroto en el comedor. Los comensales no daban crédito a lo accidentada que estaba resultando la cena. Enseguida se encendieron las lámparas de los móviles; el elegante salón del hotel cinco estrellas parecía un concierto de una banda pop.

Camille se levantó, excusándose ante sus invitados, y cruzó el comedor, sin que le faltaran galantes invitados que la iban iluminando a cada paso.

Un hombre le salió al paso antes de que llegara al vestíbulo. Camille supuso que era algún empleado del hotel.

—¿Qué ocurre con las luces? No podemos cenar en un comedor a oscuras. ¿Y la sala de la exposición? ¿No le afectará este apagón a los sistemas de seguridad?

—Espero que sí, *madame* Blanchard —dijo el desconocido.

Antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, aquel hombre la estaba llevando a rastras de vuelta hacia los salones.

El objeto duro y de forma redondeada que clavaba en sus riñones la convenció para no emitir ni un quejido.

—¿Qué quiere?

—La combinación de la cerradura de seguridad de la vitrina número cuatro.

—No me sé de memoria las combinaciones.

—Sí que las sabe.

—¿Quién es usted?

—¿No está claro? —Lionel sonrió despectivo—. Su hija es mucho más lúcida que usted.

—Usted es el ladrón que se ha llevado su colgante.

—Solo era una maniobra de distracción. Se lo digo porque parece que hay que explicárselo todo.

En la penumbra reinante, Camille pudo ver que se llevaba una mano a la nariz. Notó que tenía una venda cubriéndola.

—¿Alba le hizo eso? —preguntó al azar—. Entiendo que esté furioso.

—No estoy furioso, solo impaciente.

La empujó de nuevo hacia la sala de la exposición. Camille pudo notar el cañón de la pistola clavándose más profundamente en su costado.

Aquella sala tenía un gran ventanal que daba a un patio interior lleno de plantas, a modo de invernadero. Las luces de ambiente del patio no se habían apagado, y se reflejaban como sombras relucientes en las joyas de las vitrinas.

—La número cuatro guarda el lote de más valor. Se ve que lo tiene todo muy estudiado.

—Llevo tanto tiempo planeando esto como usted organizándolo.

Camille era una negociadora nata, no en vano había conseguido llevarse aquella colección por encima de las grandes casas de subastas de rancio abolengo, así que decidió apostar fuerte. No tenía nada que perder y mucho que ganar.

—Mi comisión es del veinte por ciento.

—¿Comisión? ¿De qué está hablando ahora?

—Ya sabe lo que es una comisión. El veinte por ciento del valor de venta de cada lote.

El imitador bufó incrédulo, y volvió a amenazarla con el arma.

—Si me mata, no obtiene la contraseña. Tampoco si me da un golpe y me desmayo…

El hombre le sujetó la muñeca, como antes había hecho con Alba aunque Camille no lo supiera, y se la apretó hasta hacer que se

le durmieran los dedos.

—Puedo hacerle mucho daño sin llegar a dejarla inconsciente.

—El tiempo corre en su contra. ¿Cuánto cree que tardarán los técnicos en arreglar el apagón? Y los agentes que han salido en su busca, ¿cuánto tardarán en darse cuenta de que solo es un ardid?

Lionel le retorció el brazo detrás de la espalda, con tanta fuerza que Camille esperó escuchar el sonido del hueso al romperse.

—La contraseña —ordenó.

Ella gimió y aguantó un poco más. Luego empezó a decirla, con exasperante lentitud, como si no pudiera hablar por el dolor.

—Cuatro. Siete. Tres…

—Siga.

—El veinte por ciento.

—La mataré.

—Creo que oigo pasos.

Lionel la soltó con tanta fuerza que Camille trastabilló y cayó de rodillas.

—El diez por ciento y su vida. Es mi última oferta.

—Nueve.

La vitrina se abrió con un sonoro chasquido en cuanto el imitador introdujo el último número en el discreto teclado oculto en la parte baja del cristal. Ignorando por completo a su rehén, convencido de que ella no lo delataría ahora que le había prometido sacar beneficio del robo, introdujo las relucientes joyas, collares, pendientes y anillos, en un saco negro que guardó en la mochila que portaba a la espalda. Para alivio de Camille, también guardó la pistola.

—No voy a decir que ha sido un placer, *madame* Blanchard, pero tal vez podamos volver a hacer negocios en otra ocasión.

—Espero que aprenda algunas normas de educación antes de eso.

Camille se puso en pie. Tan fría como desafiante, se arregló la melena apenas despeinada.

Incluso consiguió no sobresaltarse ni hacer ninguna señal de advertencia al ver la sombra que se abalanzaba sobre el ladrón.

Con las manos en la masa

Alba no podía creer lo que estaba escuchando. ¿De verdad su madre estaba negociando con el ladrón? ¿Tratando de sacar provecho del robo de una colección que era de su responsabilidad?

Se habían ocultado entre las plantas del invernadero al escucharles entrar, esperando el momento adecuado para ayudar a Camille. Elliot estaba en tensión, pendiente de cada movimiento de Lionel. Sabía que no iba a permitir que hiciera daño a su madre, pero tenían que cogerlo con las manos en la masa. Alba se mordió los nudillos cuando Lionel le retorció a su madre el brazo hasta el límite de su resistencia; no pudo mirar cuando la vio caer al suelo.

El imitador tardó unos diez segundos eternos en hacerse con el botín. Alba vio a su madre levantarse y mirarle con infinito desprecio.

—Se acabó —le susurró Elliot, antes de lanzarse sobre el ladrón.

El primer puñetazo cogió a Lionel por sorpresa y lo hizo trastabillar y soltar la mochila con el botín. Para el segundo ya estaba preparado y se enfrentó cara a cara con Elliot.

—Cuánto tiempo, Jean Elliot —saludó el imitador, como si su encuentro fuera fruto del azar—. Lástima que no estuvieras en casa cuando pasé a visitarte, pero tu novia me atendió muy bien.

—Lo sé —dijo Elliot y le lanzó un puñetazo a la nariz rota, haciéndole aullar de dolor.

Lionel dio varios pasos atrás y tuvo que apoyarse en una columna, boqueando para recuperar el aliento.

—No voy a pelear contigo, siempre fuiste más rápido que yo con los puños.

—Pero tú no dejabas de intentarlo. Siempre queriendo superarme en algo, pobre Lionel, sigues siendo un adolescente patético.

Dio un paso hacia delante, y el otro extendió una mano, muerto

de miedo.

—Tengo pruebas contra ti, grabaciones de cámaras, algunas de las joyas que vendiste…

—¿Las compraste o te las regaló Smith para chantajearme?

—Eso no importa ahora. Si haces que me detengan, te incriminaré. Caeremos los dos juntos.

Elliot miró a su alrededor, como si se lo estuviera pensando. Escondida detrás de una vitrina, Alba levantó un pulgar. Con toda la calma del mundo, Elliot se agachó a recoger la mochila de Lionel.

—Aquí está tu botín, amigo. Huye mientras puedas.

Todas las luces se encendieron en el momento en que se colgó la mochila del hombro. La alarma de la vitrina abierta comenzó a sonar y al momento aparecieron por una de la puerta los dos agentes de paisano de la Interpol, dos guardias de seguridad del hotel en el invernadero, y George Harrison en la salida al comedor.

—Ese hombre me ha asaltado y amenazado con una pistola para obligarme a abrir la vitrina —acusó Camille a voz en grito, con un brazo extendido y el dedo índice señalando a Lionel.

—Tiene un arma —advirtió Elliot—. En la mochila.

Los agentes de la Interpol se acercaron con sus armas reglamentarias en la mano, ordenando al imitador que pusiera las manos sobre la nuca y se arrodillara.

En apenas dos minutos todo había acabado.

Alba abrazó a su madre y casi le perdonó su avaricia al notar que temblaba entre sus brazos como un pajarito.

—Solo lo estaba entreteniendo —le susurró Camille—. Os vi entrar en la sala antes de que se apagaran las luces, y rezaba para que aún estuvierais aquí.

Aceptó la explicación. Era lo mejor, dadas las circunstancias. Además, su madre tuvo el acierto de no preguntar de qué conocía Elliot al ladrón.

—Siento el mal rato que has tenido que pasar. Pensamos que era mejor atraparlo cuando ya tuviera el botín.

En ese momento George Harrison estaba revisando el contenido de la mochila de Lionel. Entregó la pistola a uno de sus agentes, extrajo el saco que contenía las joyas de la vitrina, y después un rollo de terciopelo negro que desplegó sorprendido.

—Eso no es mío —gritó Lionel. Nadie le prestó atención.

El agente Harrison de la Interpol sabía de memoria el listado de las joyas *especiales* del Ladrón de Medianoche, aquellos tesoros que no se vendían en el mercado y de los que se perdía la pista para siempre en cada robo. Los identificó uno a uno, emocionado como si fueran de su propiedad; luego se volvió para hacer un elegante saludo a Elliot, que se lo devolvió con su sonrisa más indescifrable.

—Les digo que no es mío, alguno de ellos lo ha puesto en la mochila. Tengo prueba en contra de Jean Elliot Boissy d'Anglas…

—Le aconsejo que no siga hablando sin la presencia de un abogado —dijo George Harrison, haciendo enmudecer al imitador.

Uno de sus agentes se acercó a entregarle lo que había encontrado en el bolsillo del ladrón. George Harrison miró el diamante en forma de corazón y lo dejó balancearse de su cadena, como si fuera un péndulo.

—Será un placer devolvérselo, *mademoiselle* Lerna, en cuanto concluya la investigación.

Alba protestó un poco, pero aceptó la espera con resignación. Si Elliot podía desprenderse de sus tesoros, ella podía esperar unas semanas para recuperar el suyo.

Dio un paso adelante para buscarle, necesitaba su contacto, que la estrechara contra su pecho y le dijera que todo había pasado ya, que todo iba a ir bien en adelante. Se encontró, sin embargo, en otros brazos diferentes e inesperados. Belén, su hermanastra, se abalanzó sobre ella y la apretó tan fuerte que la dejó sin aliento.

—¡Qué susto, Alba! ¡Y nosotros sin enterarnos de nada! Dicen que tenía una pistola, ¿es cierto? ¡Ay, qué miedo habrás pasado!

Belén parloteaba y no esperaba a que ella contestara. Alba tampoco encontraba la voz, sorprendida por tanta muestra de afecto y preocupación. Cuando por fin la soltó, vio que detrás estaba Rocío.

—¿Estás bien? —preguntó, más fría y comedida que su hermana, como de costumbre.

—Sí, sí, no ha pasado nada, Elliot se ocupó del ladrón.

—Vaya. —Rocío buscó a Elliot, acaparado por Camille que insistía en demostrarle su agradecimiento por haber acudido a su rescate, y le dirigió una mirada de aprobación demasiado felina—. Qué situación tan emocionante…

—No sé si esa es la palabra más adecuada.

—Tú siempre buscando la palabra adecuada. Estoy deseando leer tu novela, a ver si aprendo unas cuantas palabras adecuadas.

Había algo nuevo en el tono de Rocío. No era una más de sus pullas prepotentes, parecía casi preocupada por ella. Alba sintió una extraña ternura y se vio a sí misma, como si se hubiera desdoblado y observara sus actos desde las alturas, acercándose para abrazar a su hermanastra.

—Tengo una palabra más que adecuada para ti, hermana.

—Me vais a hacer llorar —dijo Belén, uniéndose al abrazo.

—Siempre has sido una llorona —dijo Rocío, resistiéndose a dejarse invadir por la emoción.

—Y tú más fría que un pescado congelado, y mírate ahora, te está goteando la nariz.

Rocío se pasó el dorso de la mano por la punta de la nariz perfectamente seca, y lanzó una mirada de amenaza a su hermana, que se disolvió en una corta carcajada.

Silvia se acercó a ellas y las miró como si fueran tres unicornios recién salidos de un arcoíris.

—¿Estáis bien?

—Alba necesitaba un abrazo —justificó Belén.

—Es cierto —dijo Alba, y soltó a sus hermanastras, mucho más reconfortada por su cariño de lo que nunca hubiera imaginado.

—Tu madre parece muy afectada —dijo Silvia.

Alba se volvió para ver cómo Camille representaba a la perfección el papel de damisela en apuros, apoyándose en su padre para no desmayarse.

—No te preocupes —le dijo a su madrastra, quitándole importancia con un aleteo de manos—. Papá nunca ha tenido paciencia para sus exageraciones.

Como si lo hubiera invocado, su padre pareció decidir que ya era suficiente, se deshizo del abrazo de su exesposa y la dejó atrás sin volver la vista ni un momento.

—¿Estás bien? —le preguntó, cuando llegó a su altura.

Alba asintió. Notó que le temblaba la barbilla y apretó los dientes. Tantas muestras de cariño le afectaban más que enfrentarse a un ladrón de joyas armado.

—Eres una valiente —le dijo su padre, y le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia su costado.

Un poco más allá, Elliot conversaba con Lidia y Paul, que parecían estar haciendo un montón de preguntas sobre lo ocurrido. Sus miradas se encontraron y los dos supieron lo que cada uno estaba pensando. Aquello era el fin. Esperaba que también fuera el principio.

Dejaré que cuides de mí

ÉTIENNE: De verdad estás bien?

ALBA: Solo un poco harta de que todos me pregunten si estoy bien:-).

ÉTIENNE: Qué susto. Ese ladrón la tenía tomada con tu familia, no?

ALBA: No quiero hablar más de eso, en serio.

JOSÉ: No te enfades, linda, que nos llevamos un susto cuando vimos tu nombre en las noticias.

ALBA: Y eso cuándo fue? Estabais juntos?

ÉTIENNE: No.

JOSÉ: Sí.

ALBA:???

ÉTIENNE: Bueno. Sí.

ALBA: ¿Hay algo que me queráis contar?

JOSÉ: Mejor me callo.

ÉTIENNE: Ayer salimos a tomar unas copas. No preguntes más, aún tengo resaca.

ALBA: Unas copas. Ya.

JOSÉ: Ahora dirá que fue culpa del alcohol que se quedara a dormir en mi casa.

ÉTIENNE: No vale que escribáis en español, que no me entero.

ALBA: Que dice José que lo pasasteis muy bien ayer.

ÉTIENNE: Sí, bueno, estuvo bien, claro que sí.

ALBA: A que es bonito ese paisaje de su pueblo que tiene en el dormitorio?

ÉTIENNE: Supongo. Pero ayer bebí demasiado para ponerme a mirar cuadros.

ALBA: Tienes que acordarte, es un Cuadro de un campo de trigo, con Unas casitas blancas…

ÉTIENNE: No es de una playa?

ALBA: Ah… Entonces lo has visto… En el dormitorio…

ÉTIENNE: No sé. No me acuerdo. Te digo que estaba borracho.

JOSÉ: Te dije que le echaría la culpa al alcohol…

ALBA: Tengo que dejaros, chicos. Pero

quiero detalles de esa noche loca. Todos.

Sentada en el sofá, Alba parecía completamente ausente de la habitación y de Elliot, que la contemplaba en silencio. La vio llevarse la mano al cuello desnudo. Buscaba su colgante, era un gesto que le había visto antes. Cuando estaba muy concentrada, deslizaba los dedos por la cadena y el corazón de diamante.

—Harrison te lo devolverá pronto —dijo.

Lo miró como si acabara de darse cuenta de que estaba allí, sentado enfrente de ella, en el mismo salón del LV Champs-Élysées donde muchos meses atrás la encontró desayunando.

—Nos debe una, ¿no? Hoy sale en la prensa de toda Europa, como el gran investigador que siguió las pistas sin rendirse, hasta dar con el famoso Ladrón de Medianoche.

—Se lo merece. Y es cierto, además.

—¿Temes que Lionel consiga inculparte?

—Nadie va a creer sus acusaciones, y esos vídeos que dice que tiene solo sirven para incriminarle aún más.

Alba asintió. Desde el otro lado de la mesita de centro Elliot podía escuchar los engranajes de su mente girando sin pausa. Esperó con paciente la siguiente tanda de preguntas.

—¿Lamentas haber tenido que renunciar a tu tesoro?

—Teniendo en cuenta que se ha convertido en la mayor prueba de cargo contra Lionel, no, no lo lamento.

—Cuando termine la investigación, esas joyas también volverán a sus propietarios.

—Es justo, supongo… Aunque yo les tenía más aprecio, estoy seguro. —Elliot se puso en pie y se sentó en el brazo del sofá de Alba—. Solo hay una joya que me interesa ahora.

Alba tenía las mejillas sonrosadas y su pecho subía y bajaba con rapidez, como si le faltara el aliento. Elliot la volvió a mirar con calma, recorriendo su rostro hasta memorizarlo. Ella era el tesoro que nunca hubiera soñado robar.

—Solo tú, Alba Lerna, desde el momento en que tu zapato de Cenicienta se encontró con mi pierna en aquel pasillo de la ópera. Si en algún momento no he demostrado mis sentimientos, era por miedo a que no pudieras aceptar mi pasado.

La vio cerrar los ojos e inclinar el rostro sobre su mano.

—Solo es eso, pasado, no tiene nada que ver con nosotros.

—Mi pasado te puso en peligro, la otra noche en el apartamento, y ayer en el hotel; y a tu madre también…

Alba tiró de su mano para obligarle a inclinarse hacia ella, y le tomó la cara para darle un beso demasiado corto.

—Todo eso se acabó. Empezamos de nuevo, en este instante… —Sus ojos relucían cargados de emociones, sin dudas ni preocupación que pusieran alguna sombra en su mirada—. Quiero cuidar de ti, Elliot d'Anglas, y a cambio dejaré que cuides de mí.

Esa mujer podía hacerle poner de rodillas con unas pocas unas palabras. Elliot quería decirle algo más, mucho más. Quería prometer, jurar incluso, arrastrarse a sus pies y dar gracias a los dioses por haberla encontrado.

—Alba…

—Mi padre.

—¿Qué?

—Ya están aquí.

Enrique Lerna y su esposa se acercaban desde el vestíbulo, seguidos por Rocío y Belén; detrás de ellos, un botones se ocupaba de sus maletas.

Se despidieron entre besos y abrazos, incluso la fría Silvia pareció emocionada al estrechar a su hijastra contra su pecho, en el que lucía una asombrosa sarta doble de perlas. El seguro se había hecho cargo del robo de sus joyas, y Elliot tuvo que reconocer que sabía invertir bien la indemnización.

—¿Tu madre ya se ha ido? —preguntó su padre, después de mirar a su alrededor como si se temiera alguna sorpresa indeseable.

—Sí, su avión sale dentro de una hora.

Enrique Lerna dejó caer los hombros y soltó despacio el aire que retenía. Elliot pensó que tener a su ex bien lejos era el mejor tratamiento para sus problemas de corazón. También para Alba. Camille era una mujer egoísta, apenas consciente de todo el daño que había hecho a su familia. Sería difícil reconstruir su relación si no reconocía sus errores.

—Bien… —Lerna se quedó pensativo, cómo si no recordara lo que tenía que decir a continuación.

—¿Cuándo vas a venir a casa? —preguntó Silvia.

—Bueno, yo, es que estoy mirando cursos para el próximo otoño y…

Elliot se alejó un poco para darles espacio e intimidad. De todos modos, cuando hablaban en español no se enteraba de nada. Quizá debería estudiar su idioma, así Alba dejaría de tomarle el pelo diciéndole cosas que no podía entender.

—Entonces, ¿no vienes a la boda? —dijo Belén.

Alba recordó que faltaban pocos días para la boda de una de sus mejores amigas en Madrid y su exnovio de la Universidad. Se imaginó en aquella ceremonia, del brazo de Elliot. Sería como en una de esas comedias románticas, en las que la protagonista se busca un hombre de compañía estupendo para demostrar que no le afecta para nada que su antiguo amor se case con su amiga. Solo que en su caso, no sería un novio alquilado por despecho.

—No creo. A menos que a Elliot le apetezca una escapada a Madrid. —Lo miró, esperando su respuesta, sin darse cuenta de que tenía que traducírsela—. Mi hermana pregunta si queremos ir a la boda de unos amigos —dijo en francés.

Elliot se acercó, le rodeó los hombros con un brazo y la miró a los ojos. Alba pudo notar cómo su familia no les quitaba ojo, pendientes de cada gesto y cada palabra.

—¿Tú quieres ir?

—No lo sé. Tal vez. Hace mucho que no voy a casa.

—Y tenemos que celebrar el cumpleaños de Rocío —insistió Belén.

—No, este año no hay nada que celebrar —dijo su hermana, para nada emocionada con la idea.

—Es que cumple treinta —le susurró Alba a Elliot al oído, haciéndolo sonreír.

—Entonces, ¿quieres ir a tu casa? —le preguntó él, también al oído, aprovechando que ella se había quedado con la cara apoyada en el hueco de su hombro.

Era una pregunta con doble intención y lo supo al momento. El sitio en el que se había criado siempre sería su casa, pero ahora tenía un nuevo hogar y así lo sentía en el fondo de su corazón.

—Te llevaré a todos mis sitios favoritos de Madrid —dijo, para cambiar de tema. No era el momento, con aquel público tan atento, para tratar intimidades.

—Nada de restaurantes caros, cocineros estrella y comensales inapetentes. —Elliot repitió las condiciones que ella le había puesto en su primera cita, varios siglos atrás.

Lo besó en el mentón, incapaz de resistirse. Logró resistir el impulso de tumbarlo sobre uno de aquellos cómodos sofás de recepción y hacer locuras subida a su regazo solo porque sus padres y sus hermanas estaban delante.

—Nuestro taxi está aquí —dijo Silvia, y de nuevo hubo más besos y abrazos.

Cuando por fin se fueron, Alba se recostó sobre el pecho de Elliot y suspiró.

—Me alegro de que las cosas vayan mejor entre nosotros, incluso con Silvia pero…

—Pero las familias siempre son agotadoras —completó Elliot sus palabras.

—Tú sí que me entiendes.

Se colgó de su brazo y le ofreció su sonrisa especial de hada traviesa. Esa con la que sabía que podía lograr cualquier cosa que le pidiera.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó, recalcando la palabra «casa».

—Lo que ordenes, alteza.

—Ni se te ocurra llamarme así —dijo ella, mientras cruzaban la puerta y salían a la soleada avenida.

—¿Tesoro? ¿Puedo llamarte tesoro?

—Uy, no. Parece el nombre de un gato mimado…

—¿Entonces cómo voy a llamarte?

—No me llames princesa, ni nena, ni bebé, por favor, ni muñeca… Ni Cenicienta, se acabó el cuento de la Cenicienta.

La peor escritora del mundo

Sin duda se había vuelto loco. Acababa de tirar por la borda su trabajo de años. Renunciar a su puesto era una locura que no se podía permitir. Ahora tocaba reinventarse y volver a empezar; una situación que le provocaba un nudo de angustia en el estómago.

Y allí estaba ella, esperándolo en la puerta de la oficina, con una sonrisa titubeante cargada de preguntas en su preciosa cara.

La abrazó por la cintura y la besó. Un beso largo que sabía a compromiso y promesas cumplidas.

Renunciaba a su trabajo, a su país y a toda su vida por ella, por seguirla en su sueño al otro lado del océano. Nunca había imaginado que un sacrificio así resultara tan fácil…

—Alba… Alba…

Parpadeó hasta fijar la vista en Elliot, que la miraba desde la puerta, entre preocupado y divertido.

—¿Qué?

—Llevas mucho rato ahí quieta, con la mirada perdida, solo quería saber si te pasaba algo.

Cerró el portátil y lo miró como si fuera una amenaza.

—Soy la peor escritora del mundo.

Elliot se cruzó de brazos y apoyó el hombro contra el marco. Alba suspiró. Mirarlo era toda una fuente de inspiración. Lástima que no supiera trasladarla al papel.

—No lo creo.

—No has leído nada de lo que escribo.

—Porque no me dejas.

—Es horrible.

—Seguro que exageras.

—Mejor me dedico a otra cosa.

—Puedes volver a hacer cafés espantosos en tu antiguo trabajo.

Se burlaba de ella, así que le sacó la lengua. Era un hombre

insensible que no se daba cuenta de lo miserable que se sentía en aquel momento. Llevaba meses trabajando en una novela para acabar planteándose tirarla a la papelera y olvidarse de la escritura para siempre.

—Volveré a España y trabajaré para mi padre. Es algo que se me da bien aunque no me guste.

Elliot se acercó, puso las manos en el respaldo de su silla, encerrándola entre sus brazos, y la obligó a mirarlo.

—No trabajes en algo que no te gusta, matará tu espíritu.

—No sé lo que me gusta.

—Te gustan los libros y te gusta escribir.

—Puedo ser bibliotecaria…

—O traductora. Tu francés es cada vez mejor —le dijo Elliot, con un guiño.

—Trabajar en una editorial.

—En una revista cultural.

De repente se abría ante ella un mundo de posibilidades que antes no había valorado. Sí, amaba los libros, lo cual no parecía ser suficiente para convertirse en una gran escritora, así que tenía que pensar en otras opciones. Dedicarse a alguno de los oficios relacionados con la literatura sería lo más parecido a cumplir su sueño.

—Podría ser una crítica despiadada.

—Dar clases de literatura.

—Y me apuntaré a talleres de escritura. —Saltó de la silla, emocionada con aquella nueva idea—. No quiero dejarlo, estoy segura de que mi novela puede ser mejor, es una historia bonita, solo necesito mejorar mi estilo y aprender las herramientas de los buenos escritores.

—Esa es la Alba que conozco.

Volvió a sentarse y tecleó rápidamente en el buscador: taller literario *online*.

—Mira —dijo, señalando una web que se anunciaba como «Taller de escritura El desván de la memoria», leyó en voz alta la frase del encabezamiento, traduciéndola al francés para él—. «Un escritor profesional es un aficionado que no se rinde», de Richard Bach.

Había tomado una decisión y se sentía bien. Cinco minutos antes

quería tirar su novela a la papelera y olvidarse de la escritura para siempre. Ahora veía un camino de baldosas amarillas ante ella que la llevaba hacia un futuro glorioso.

Y todo gracias al hombre que tenía delante, tan relajado, con las manos en los bolsillos, como si no acabara de salvarle la vida. Respiró hondo su aroma, siempre Dolce&Gabbana Light Blue. Solo él podía haber logrado que se olvidara de David Gandy saliendo del agua con un minúsculo bañador blanco. Ahora, cuando veía aquel anuncio, la única tentación que sentía era la de disfrutar del olor de la colonia en la piel de Elliot.

Miró sus antebrazos descubiertos por la camisa remangada hasta debajo de los codos, y recorrió con una mano la cicatriz blanca que destacaba en su piel morena, lo que le recordó su accidente infantil en bicicleta.

—Ya sé cómo puedo agradecértelo —dijo.

—A mí se me ocurren varias maneras.

Alba estiró los brazos para rodearle el cuello y hacer que se inclinara ante ella. Le dio un corto beso en los labios y lo provocó con su sonrisa más traviesa.

—Es hora de que aprendas a andar en bicicleta.

—¿Qué? No. Para nada.

—Venga. —Alba le recorrió ambos antebrazos con las manos abiertas—. Imagínate a los dos paseando por la orilla del Sena, con nuestras bicis con los cestos llenos de cosas ricas para un pícnic.

—Adorable… —Elliot torció la boca como si estuviera comiendo algo muy amargo.

—Si te da miedo, podemos alquilar un tándem, yo voy delante.

Alba se rio al ver que él empezaba a preocuparse en serio. Se puso en pie y le cogió la cara entre las manos.

—¿Qué estarás pensando? —le preguntó al ver cómo se mordía el labio inferior sin dejar de observarlo.

—Que eres mi caballero de brillante armadura, rescatándome del horrible dragón de la desesperación.

Se colgó de su cuello y lo abrazó, apoyando la cara en su hombro. Elliot la rodeó por la cintura y la estrechó con fuerza contra su pecho. Podía quedarse a vivir allí, entre sus brazos. Se sentía segura y feliz. No necesitaba nada más.

—Nunca te olvides que no soy ningún caballero, soy el temible

Barba Azul.

—Me gustan los piratas.

—¿No tienes ni un poco de miedo?

—Después de lidiar con mi familia estos días, ya nada me da miedo.

Elliot recorrió su cuello con los labios, dejándole un reguero de besos suaves y cálidos.

—Pues a mí me parece que tiemblas un poco.

Le separó el escote de la camiseta para seguir besándola hasta el hombro. Alba suspiró mientras le bajaba por la espalda un pequeño escalofrío de placer.

—No es cierto —mintió.

Las manos de Elliot se colaron bajo la ropa y le acariciaron la cintura, subiendo poco a poco en una caricia que la hizo estremecerse de nuevo. Se dejó hacer, abrazada a su cuello como si fuera una tabla salvavidas, rendida a su lenta seducción.

—Creo que aún no te he hecho el amor en esa mesa —le susurró Elliot al oído, empujándola con las caderas hasta que tocó el borde de madera.

—Hay cosas muy valiosas sobre la mesa —dijo ella, pensando en su ordenador y también en las mismas palabras que él le había dicho tiempo atrás, en su galería.

—Mujer de hielo —se burló Elliot.

—Puedes llevarme al sofá…

No se lo tuvo que pedir dos veces. La cogió en brazos como una novia en su noche de bodas, dejándola con suavidad sobre los mullidos cojines. Alba no podía negar que había soñado muchas veces con un hombre así, que la levantara como si fuera un saco de plumas, tan fuerte como para cargar con ella sin ningún esfuerzo, tan cuidadoso cuando la tenía entre sus brazos para no abrumarla con esa misma fuerza.

—Príncipe o pirata, me da igual —susurró cuando la dejó en el sofá, tirando de él hasta tenerlo encima y disfrutar del placer de notar su cuerpo, largo y fuerte, cubriéndola—. Quiero que seas el protagonista de todos mis libros.

—¿Tú serás la chica? ¿Tendré que seducirte en cada historia?

Alba asintió dos veces.

—Te quiero, Elliot d'Anglas —dijo. Simplemente porque era

verdad y necesitaba decirlo en voz alta—. Mi Ladrón de Medianoche.

—¿Quieres que te robe algo? —Ella asintió de nuevo, removiéndose debajo de él, tan excitada que esperaba ver saltar chispas en el roce de sus cuerpos—. ¿Te resistirás?

—Por supuesto.

—Tendré que atarte y amordazarte.

Alba fingió que tenía que pensar seriamente aquella idea.

—Entonces no podría hacer esto —dijo, deslizando las manos por sus glúteos—. Ni esto. —Y hundió la cara en su cuello, mordiéndole bajo el mentón—. O esto. —Y le rodeó las caderas con sus piernas.

—Me has convencido, nada de ataduras.

Elliot la abrazó y giró con ella, poniéndola encima tan rápido que Alba jadeó sorprendida. Se sentó sobre sus caderas y lo miró, tendido debajo de ella, expectante. Se preguntó si siempre había sido tan perfecto. Si cuando lo conoció, y quedó fascinada por su atractivo, ya tenía aquellas finas arrugas que se le formaban en el entrecejo cuando estaba pensativo, la nariz recta que parecía hecha a propósito para frotar la suya, la boca que la hacía suspirar mientras pensaba en devorarla. Entonces no sabía la fuerza que emanaba de su cuerpo, ni había descubierto aún el placer de sentir el calor de su piel desnuda.

—Una vez, cuando era pequeña, estuvimos en una playa del norte, había temporal y el mar, que antes era cristalino, se volvió oscuro y peligroso, del mismo color de tus ojos. Fascinante —dijo, y ninguno de los dos supo si se refería al mar.

—Te quiero, Alba —dijo Elliot, sumergiéndose en su mirada. Ahora que por fin lo había dicho en voz alta, no podía parar de repetírselo—. Eres la gema más exquisita y extraordinaria que nunca imaginé que podría robar. Más que el Cullinam de la corona británica. Más que la perla Peregrina o la Estrella de la India, un zafiro que perdería su brillo ante tus ojos. Tan deslumbrante como los mil colores de un ópalo negro.

En cualquier otro momento, Alba sentiría la tentación de rebajar toda aquella intensidad con un comentario ligero, una broma absurda que les hiciera reír. En cualquier otro momento, quizá. No ahora que el hombre de hielo se estaba derritiendo ante sus ojos.

—¿Qué piensas? —preguntó ella, y le acarició la frente con una mano, alisando las arrugas pensativas.

Elliot la tomó por las caderas y la levantó, dejándola en el sofá. Luego se incorporó, metió una mano en el bolsillo de su pantalón para sacar algo, y se arrodilló ante ella.

—Alba… Di que serás mi esposa. No me importa cómo, ni cuándo, ni dónde. Por el rito que tú quieras o por ninguno. Con testigos o sin ellos. Quiero ofrecerte mi corazón, mi frío y duro corazón de diamante que tú has conseguido que vuelva a la vida. Mi mayor anhelo es que tú también puedas ofrecerme el tuyo. Prometo dedicar mi vida a hacerte feliz.

Elliot no sabía de dónde salían las palabras, nunca se había considerado un poeta ni siquiera un hombre con la capacidad de expresar sus sentimientos, solo con Alba, por Alba, podía hacer algo así.

—Elliot…

Por una vez, era ella la que se había quedado sin palabras. Su mirada iba de sus ojos al anillo que sostenía en sus manos, y de vuelta sus ojos. Elliot le cogió la muñeca para ponerle el anillo en el anular. Le quedaba perfecto.

—Era de mi madre, y antes fue de mi abuela y mi bisabuela —aclaró, por si ella tenía alguna duda de la procedencia de la joya—. Tiene casi cien años, es *Art Déco*, si no te gusta…

—Es lo más bonito que he visto en mi vida —dijo ella.

Elliot pensaba que lo más bonito que había visto en su vida era la chica sentada delante de él, pero asintió agradecido y aliviado. Era una joya magnífica, más allá del significado sentimental, y le alegraba que supiera apreciarla. En la mano de Alba, aún era más perfecta. Miró los tres diamantes, el más grande en el centro, engarzados en una banda de oro blanco, un trabajo exquisito. Eso era todo lo que quedaba de la fortuna de los Boissy d'Anglas, y no era poco. En sus peores momentos podría haberlo vendido y vivir una temporada con lo que obtuviera. Se alegraba más que nunca de no haberlo hecho.

—Quizá en Las Vegas —dijo de repente Alba, levantando la mano para que la luz de la ventana se reflejara en la sortija.

—¿Qué?

—Pero nada de ponerte un traje de esos horteras de Elvis, con

pantalones de campana.

—Alba…

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se colgó de él para besarlo hasta dejarlo sin aliento. Le gustaban aquellos arrebatos; cuando Alba se olvidaba del resto del mundo, del real y de los ficticios que creaba, para ser toda suya, en cuerpo y alma.

—La respuesta es sí, Jean Elliot Boissy d'Anglas. Seré tu esposa, por el rito que tú quieras o por ninguno. —Sus ojos de zafiro brillaban más que nunca—. No necesito un vestido ni un convite con cien invitados para decirle al mundo cuánto te quiero.

—Como desees, Cenicienta —dijo Elliot, y Alba recordó que ya una vez le había dicho las mismas palabras.

Ella ni siquiera protestó a pesar de que se había saltado la prohibición de llamarla así.

—Lo deseo aquí y ahora —dijo tan solo.

No necesitó darle más explicaciones. Al momento, Elliot se esforzó por cumplir sus deseos. Era su tarea favorita en la nueva vida que Alba le había regalado. Ella había logrado que su helado corazón volviera a la vida, y ahora solo latía al ritmo de su sonrisa.

Unas palabras de la autora

Escribí esta novela ya hace algunos años y tuvo una publicación editorial anterior, solo en *ebook*. Para esta nueva edición la he revisado, actualizado y cambiado pequeños detalles que no me convencían. Es lo que pasa cuando relees algo que escribiste hace tiempo, siempre encuentras cosas que no te convencen y necesitas mejorar. Algún escritor dijo una vez que publicamos para dejar de corregir.

Siempre me han encantado las historias clásicas de ladrones de guante blanco, ¿a quién no? Es divertido pero también complicado tener un protagonista que vive al otro lado de la ley. Te obliga a tomar muchas decisiones por el camino y no sabes si son las correctas, pero espero que si estás leyendo esto sea porque te ha convencido la manera en que la mi Elliot logró cambiar el rumbo de su vida y dedicarse a lo que de verdad deseaba.

En cuanto a Alba, mi peculiar Cenicienta, la he puesto en algunos aprietos para lograr que creciera como mujer independiente, sin que la fortuna de su padre le nublara la personalidad, porque lo que ella quiere en la vida, amor e inspiración, no se compra con dinero.

Gracias por leer esta historia, gracias por comentarla y recomendarla si te ha gustado. Siempre nos quedará París. *Au revoir*.

TERESA CAMESELLE (Mugardos, A Coruña, 1968). María Teresa Cameselle Rodríguez es una escritora española especializada en novela romántica y narrativa histórica.

Comenzó su carrera con la participación en certámenes de relatos, con los que alcanzó algún galardón y la publicación en antologías.

Su relación profesional con la literatura también la lleva a impartir talleres, organiza clubes de lectura, y actualmente ofrece un Curso de Novela Romántica en la Asociación de Escritores Noveles. Ha sido ponente en distintos congresos y eventos literarios.

Índice de contenido

Cubierta

No me llames Cenicienta

Diamantes

Al alba venceré

Los besos interrumpidos producen insomnio

Instintos vampíricos

George Harrison vive

El imitador

Un tritón en la bañera

En el ¡Hola!

Hacer algo decente

Pasado

Una Cenicienta en el café

Café con macarons

Desbrozando el monte

Venganza

Blanco es blanco

Échale la culpa al destino

El monstruo de ojos verdes

Peligro

Una constelación en la cintura

La sombra del pasado

Imposible de olvidar

El hombre invisible

Un paseo en moto

La probabilidad de la tercera cita

Chantaje

El hombre de hielo

La hermosa luz del alba

El cuento del pirata

Nocilla

Presiones

Siempre nos quedará París

Familia

Vértigo

Esa clase de Cenicienta

La medida del infinito

La pobre niña abandonada

Corazón de diamante

Róbame esta noche

No es cuestión de género

Una disculpa y una sonrisa

El ocho de julio

Dime tu nombre

Piel de Asno

El amor es una m****

Lafayette

El imitador

Tesoros

Extracto de la transcripción de las declaraciones de Elliot d'Anglas ante el agente George Harrison

El tobillo de Cenicienta

Te pones tan guapo cuando sonríes…

Mentiras piadosas y de las otras

Con las manos en la masa

Dejaré que cuides de mí

La peor escritora del mundo

Unas palabras de la autora

Sobre la autora